

2

3744

1-324 (2nd),

~~1403~~

CD

HISTORICAL INFORMATION

AS YOUNG MAN

FOR THE YEAR 1850

LOUISIANA

THE STATE OF LOUISIANA

1850

OF THE STATE OF LOUISIANA

1850

CLADRO

1911

STANDARD OF 1000000

1000000

1000000

1000000



CUADROS

DE LA

HISTORIA DE LOS ARABES,

DESDE

MAHOMA HASTA LA CONQUISTA DE

GRANADA.

POR JOSE JOAQUIN DE MORA.

TOMO II.



LONDRES:

LO PUBLICA R. ACKERMANN, STRAND;

Y EN SU ESTABLECIMIENTO EN MEGICO:

ASIMISMO

EN COLOMBIA, EN BUENOS AYRES, CHILE, PERU,
Y GUATEMALA.

1826.

LONDRES:
IMPRESO POR CARLOS WOOD,
Poppin's Court, Fleet Street.

11. 2001 年 10 月 20 日

今天去参加了在 2001 年 10 月 20 日举行的“2001 年 10 月 20 日”活动。在活动中，我们首先观看了关于“2001 年 10 月 20 日”的纪录片。纪录片中介绍了“2001 年 10 月 20 日”的历史背景、发展过程以及取得的成就。随后，我们参加了由专家主持的讲座，就“2001 年 10 月 20 日”的现状及未来发展趋势进行了深入探讨。最后，我们还进行了现场交流，就相关问题进行了热烈讨论。整个活动气氛热烈，收获颇丰。

在今天的活动中，我们不仅了解了“2001 年 10 月 20 日”的历史和现状，还通过与专家的交流和现场讨论，对“2001 年 10 月 20 日”的未来发展有了更深入的认识。希望在今后的学习和工作中，能够继续关注和深入研究“2001 年 10 月 20 日”，为推动其发展做出更大的贡献。

INDICE DEL TOMO II.

CAPITULO I.

	Página
<i>Tercera epoca del Dominio de los Arabes en España.</i>	
<i>Eleccion de Gehwar en Cordoba. Estado de las</i>	
<i>Provincias</i>	1

CAPITULO II.

<i>Muhamad, rei de Cordoba. Continuacion de la Guerra Civil.. ..</i>	8
--	---

CAPITULO III.

<i>Almutamed. Guerra entre Toledo y Sevilla.....</i>	18
--	----

CAPITULO IV.

<i>Los Almoravides. Jusef ben Tagfin. Guerra contra Alfonso I. Batalla de Zalaca.....</i>	28
---	----

CAPITULO V

<i>Continuacion de la guerra contra Alfonso. Desavenencias de los Muslimes. Triunfo de los Almoravides</i>	38
--	----

CAPITULO VI.

<i>Irrupciones de los Cristianos. Toma de Badajoz. El Cid. Las Baleares. Ultimas acciones de Jusef. Ali. Batalla de Ucles. Continuacion de la Guerra.</i>	48
---	----

CAPITULO VII.

<i>Insurreccion en Cordoba. Abdala el Mehedi. Guerra con los Almohades.</i>	58
---	----

CAPITULO VIII.

<i>Guerras de Alfonso de Aragon. Tagfin en España. Continuacion de la Historia de los Almohades. Abdelmumem. Tagfin en Africa.</i>	72
--	----

CAPITULO IX.

<i>Los Almohades en España.</i>	89
---------------------------------	----

CAPITULO X.

<i>Reinado de Abdelmumen en Africa.</i>	95
---	----

CAPITULO XI.

<i>Reinado de Jusef.</i>	109
--------------------------	-----

CAPITULO XII.

<i>Reinado de Almanzor. Guerra contra los Cristianos. Batalla de Arcos. Almanzor en Africa.</i>	114
---	-----

CAPITULO XIII.

<i>Reinado de Muhamad. Batalla de Alacab. Reinado de Almostansir. Guerra de Sucesion. A memun. Fin del Imperio de los Almohades.</i>	123
--	-----

CAPITULO XIV.

Facciones en España. Progresos de los Cristianos. 141

CAPITULO XV.

*Ultima epoca del dominio de los Arabes en España.
Alahmar. Alianzas y Desavenencias entre Mus-
limes y Cristianos* 148

CAPITULO XVI.

*Muerte de Alahmar. Reinado de Muhamad. Jusef
en España. Conquista de Tarifa. Progresos de
los Cristianos. Revueltas en Granada. Reinado
de Nazar* 169

CAPITULO XVII.

*Reinado de Ismail. Reinado de Muhamad IV. Rei-
nado de Jusef* 192

CAPITULO XVIII.

*Muhamad V. Usurpacion de Ismail. Abu Said.
Restablecimiento de Muhamad* 215

CAPITULO XIX.

*Abu Abdala Jusef. Muhamad VII. Jusef III.
Muhamad VIII. Muhamad IX.* 235

CAPITULO XX.

*Desavenencias Politicas. Jusef Aben Alahmar.
Guerras de Granada. Guerras con los Cristianos.
Aben Ozmin. Aben Ismail* ... 260

CAPITULO XXI.

<i>Fin del Reinado de Aben Ismail. Mulei Abul Hacen. Isabel la Catolica</i>	280
---	-----

CAPITULO XXII.

<i>Batalla de Lucena. Negociaciones con los Cristianos. Continuacion de la Guerra Civil. Abdalah el Zagal</i>	301
---	-----

CAPITULO XXIII.

<i>Nuevas Conquistas de los Cristianos</i>	314
--	-----

CAPITULO XXIV.

<i>Fin del Imperio de los Muslimes en España.....</i>	322
---	-----

<i>Cronologia de los principales Sucesos referidos en el segundo tomo de los Cuadros de la Historia de los Arabes, y su correspondencia con los de la Historia General de la misma epoca</i>	339
--	-----



CUADROS

DE

LA HISTORIA DE LOS ARABES.

CAPITULO I.

Tercera época del Dominio de los Arabes en España. Eleccion de Gehwar en Cordoba. Estado de las Provincias.

LA salida y deposicion de Higem III, debidas a la ambicion de los gobernadores de las provincias, y al desafecto del pueblo de Cordoba, dejaron a la capital sin autoridad suprema, y espuesta a los horrores de la anarquia. El consejo se reunió inmediatamente, y eligió por rei de España a Gehwar ben Muhamad, personage acreditadisimo en el pueblo, hijo y decendiente de ministros de los reyes pasados, y respetado de todos los partidos por su imparcialidad y prudencia en las revueltas anteriores. Los Cordo-

beses aplaudieron esta eleccion, y el nuevo monarca empezó a inspirar las mas lisongeras esperanzas de un reinado prospero y glorioso. Lo primero que hizo fue establecer una nueva forma de gobierno: en lugar de apoderarse esclusivamente del mando, como habian hecho los principes de la dinastia de Ommyah, lo depositó en un divan o consejo, compuesto de los vecinos mas respetables, reservandose tan solo el derecho de presidirlo. Todos los actos gubernativos llevaban la sancion de este cuerpo, y él no tomaba la mas insignificante medida sin su consentimiento y aprobacion. Mui en breve se conocieron los felices resultados de esta gran mejora, tan opuesta al sistema politico de las naciones orientales. Los delatores, que vivian de intrigas y acusaciones falsas, fueron desterrados de los pueblos, y en su lugar se establecieron procuradores, pagados como los jueces, del tesoro público. Dieronse providencias saludables para el abastecimiento de las ciudades, y Cordoba llegó a ser el granero y el mercado de toda España. Prohibiose el egercicio de la medicina a los infinitos charlatanes que se llaman medicos, sin esperiencia y sin estudios, y se erigio un colegio de sabios para examinar a los que deseaban profesar aquella ciencia. Es-

tableciose un arreglo prudente en la recaudacion de los impuestos y contribuciones, y una policia severa, de que los vecinos honrados cuidaban, recibiendo armas con este obgeto de manos de los gefes de los barrios. El rei entretanto daba grandes muestras de moderacion y sensatez: por espacio de muchos meses se astubo de habitar los alcazares reales, y cuando al fin trasladó a ellos su residencia, ordenó el servicio y la economia de palacio, en terminos que diferia poco del aparato de una casa particular. De aqui resultaron grandes ahorros en el erario, y del buen gobierno planteado por el consejo, la tranquilidad de la capital, la prosperidad de su comercio, y la confianza que todos ponian en el gefe del estado.

Geliwar escribio a los gobernadores de las provincias, anunciandoles su elevacion al trono, y exigiendoles la sumision que habian tributado a sus predecesores: pero los mas se escusaron con fingidos pretestos de grandes urgencias, que les impedian pasar a Cordoba, y concluian con falsas promesas de obediencia, y con desearle paz y bienandanza. El rei disimuló las fundadas sospechas que esta conducta le inspiraba, y les respondió aplaudiendo su celo en el servicio publico, y exortandolos a la concordia, tan ne-

cesaria despues de los grandes trastornos que la nacion acababa de sufrir.

Hallabase esta a la sazón dividida en muchas soberanias; que tal nombre merecian las principales provincias que ocupaban su territorio. En Sevilla dominaba Muhamad ben Ali, tan considerado por sus riquezas, como por el aprecio en que lo tenían los pueblos de su jurisdicción; Edris, hermano de Yahie, se habia declarado rei de Malaga; Algeciras obedecia a Muhamad y Hacen, hijos de Alcacem ben Hamud; Habus en Granada, no solo obraba con entera independencia de la autoridad suprema, si no que aspiraba a tomar posesion de ella; Almeria, las islas Baleares y Valencia, dependian de principes esforzados y poderosos, que se habian aprovechado de los ultimos disturbios para consolidar sus mandos, y alistar numerosas fuerzas; Almondar, hijo de Yahie, era dueño absoluto de Zaragoza; eralo de Huesca, y de una gran parte de la España oriental, Man ben Ategibi, a quien sostenian dos opulentas familias Arabes; en fin los dominios de Portugal y Estremadura tenían a su cabeza al ambicioso Abdala, que sin usar del disímulo de sus compañeros, negó positivamente sumision y vasallage a Gehwar, y trató de perpetuar la autoridad en su familia.

En Toledo se levantó con el señorío de la ciudad y de toda su tierra, Ismaíl, caudillo de gran valor, y de encumbrados pensamientos, que pretendia tener mas derecho que ninguno de los personajes Muslimes al trono de la peninsula, y que respondió con altanería y desprecio a Gehwar, diciendole que se contentase con mandar en el rincón que de prestado tenía en Córdoba, mientras sus débiles vecinos se lo permitían.

Esta división produjo los males que de ella debían temerse. Los gobernadores o soberanos de Málaga, Granada y Carmona se declararon contra el de Sevilla, y le hicieron una guerra larga y destructora; en Málaga, por muerte del rei, se suscitaron grandes disturbios, promovidos por un esclavo Africano llamado Naja, que desembarcó en aquella costa con una fuerte caballería. Acudieron al socorro de la familia de Edris las tropas de Algeciras, y lograron restablecerla, después de muchas acciones reñidas, en que perdió la vida Naja, y fueron desbaratados los suyos.

Estos acontecimientos estorvaron las intenciones de reunión y paz del rei Gehwar, que con gran pesar veía encenderse mas y mas el fuego de la guerra civil, y cuyos esfuerzos para

conciliar los animos salieron enteramente fallidos. Convencido de la inutilidad de toda medida suave, probó a sugetar por fuerza de armas al gobernador de Azahila, cuyos dominios lindaban con los suyos; mas aquel caudillo aumentó sus tropas con los auxilios del gobernador de Toledo, y con estas fuerzas unidas pudo recuperar en poco tiempo la parte de su territorio que habian ocupado las huestes de Cordoba.

En este tiempo el rei de Zaragoza Mondar, pasó a Granada, a concertarse con Habus, y fue asesinado por uno de sus parientes. Sucedióle su hijo Zuleiman, principe exelente, qué mereció gran fama por sus proezas, y que estendió sus dominios en una parte considerable de la España Oriental.

Lo mismo hacia en las regiones meridionales Aben Abed, engañando a sus pueblos con la fabula de haber parecido el rei Higem II de Cordoba, y añadiendo que este principe lo habia confirmado en la posesion de Sevilla y de toda su comarca. Murio Aben Abed, y le sucedió su hijo Almoateded, joven hermoso y de admirable ingenio; pero cruel, destemplado, y embriagado en los placeres de su harem, en que guardaba ochocientas hermosas esclavas. Tenia veinte y cinco castillos bien armados y guarne-

cidos, y en Ronda una magnífica casa de campo, en cuyos primores habia gastado sumas inmensas. Conservaba en el alcazar de Sevilla varias tazas guarnecidas de oro y piedras preciosas, hechas de los craneos de las personas principales, a quienes él y su padre habian privado de la vida.

CAPITULO II.

Muhamad, rei de Cordoba. Continuacion de la Guerra Civil.

GEHWAR seguia haciendo la guerra a los gobernadores de Azahila, y Toledo, y reparaba prontamente sus descalabros, prestandose a toda clase de sacrificios sus pueblos, que gozaban de paz interior y de abundancia, y que lo bendecian con los nombres de padre de la nacion, y defensor del estado.

Murio este exelente monarca, y ocupó su puesto su hijo Muhamad, varon virtuoso y prudente, pero de salud quebrantada y enfermiza. Juraronle obediencia los que habian sido tan felices bajo el dominio de su padre, y el sentimiento que habia ocasionado la perdida de este, se templaba con las esperanzas que daba su sucesor. Luego que subio al trono se propuso entablar negociaciones con sus enemigos: mas como estos le respondiesen en tono de desprecio, se creyó obligado a continuar la guerra, y sus

tropas lograron algunas ventajas sobre las contrarias.

Temeroso de que continuasen estas, el señor de Toledo se unió con el rei de Valencia, y obtuvo de él refuerzos considerables. Muhamad conocia entonces que era interes de todos los caudillos de Andalucia poner un freno a la ambicion de aquel magnate. Escribió con este designio a Almoateded, rei de Sevilla, el cual convino en aquellas razones, y se prestó a todo lo que el rei de Cordoba juzgase mas conveniente para su mutua seguridad. El señor de Algarbe se ligó con aquellos dos potentados, y sus respectivos embajadores concertaron en Sevilla una alianza, para ayuda y reciproca defensa de sus estados contra los enemigos de afuera, que quisiesen oprimir la libertad de los pueblos de Andalucia, o guerrear contra sus soberanos, sin que ellos entre sí se opusiesen a sus particulares intereses y gobierno, ni a las satisfacciones y derechos que entre ellos hubiese al presente, o en adelante se sucitasen. Este pacto era mas favorable a Almoateded, que a sus dos aliados; pero Muhamad disimuló por entonces, viendose molestadó por la superioridad de sus enemigos. Los plenipotenciarios fueron mui obsequiados en Sevilla, y todos se despidieron de Almoate-

ded, mas satisfechos de su liberalidad y magnificencia que de su buena fe y lealtad.

En efecto, no era hombre capaz de adoptar planes sensatos de gobierno y politica, ni podia refrenar su ambicion, por mas que llamase su atencion la necesidad de acudir a su defensa. Poco despues de celebrado el convenio referido, hizo guerra a Muhamad Abdala, señor de Carmona, obligandolo a salir de esta ciudad, cuyos vecinos, apretados por el hambre, se entregaron al vencedor. El caudillo vencido se acogio al favor de Edris, rei de Malaga, el cual salio con él a campaña. Mas esta les fue funesta, y Edris se retiró a sus estados, de donde tubo que salir mui en breve, en ayuda de su amigo y aliado Habus, señor de Granada, amenazado por el inquieto Almoateded. En la carta en que Habus comunicaba estas noticias a Edris, le decia que se guardase de su caudillo Muza, que traia inteligencias con sus enemigos, aunque aparentaba ser mui leal al servicio de su señor. Edris respondio a Habus, y dio a Muza la orden de ser portador de la respuesta: mas al llegar a Granada, Habus mandó cortarle la cabeza.

Era Muza primo de Edris, y de Muhamad ben Edris, señor de Algeciras, y quando este tubó noticia de su muerte, se dispuso a vengar-

la, y se aprovechó de la ausencia de Edris, que acaudillaba sus tropas en la serrania de Ronda contra Almoateded, y en favor de Habus. Vinó pues Muhamad ben Edris de Algeciras, con numerosa caballeria de negros Africanos, y se apoderó de Malaga casi sin resistencia. Pero el pueblo, que amaba a su monarca, tomó las armas, y obligó a los invasores a encerrarse en la fortaleza, donde se defendieron con mucho valor. Los Malagueños formaron un gran campamento; cercaron el fuerte; propusieron condiciones ventajosas a los negros, y lograron que muchos de ellos se les pasáran, y que todos los demas se intimidasen, y no osasen salir de los muros del castillo. Entretanto escribieron al rei, instándole a que acudiese con prontitud a castigar aquellos usurpadores; hizolo asi, y apretó el cerco, ofreciendo a los negros seguridad y premio, y amenazando de muerte a los que hallase en el castillo cuando por fuerza de armas lo tomase. De este modo consiguio que los negros huyesen de la fortaleza, saliendo de noche por un paso subterraneo, y Muhamad ben Edris, viendose abandonado de sus tropas, se puso en manos del rei, no dudando que mandaria quitarle la vida: pero Edris lo dejó ir a Africa, tomó posesion de Algeciras, de Tanger y de Ceuta, tranquilizó los

disturbios de aquellos pueblos, y volvió a España, a continuar la guerra en que habia tomado parte.

La que hacia el rei de Toledo al de Cordoba, se mantenia con ardor, por una y otra parte, aunque con grandes ventajas en favor del primero, cuyas tropas reunidas con las de Valencia, derrotaron completamente a las de los tres confederados, despues de una encarnizada batalla, que duró desde el amanecer hasta entrada la noche. Los vencedores persiguieron a sus enemigos hasta los montes de la campiña de Cordoba. La nueva de este desman puso en confusion al divan, en gran temor a la ciudad, y en cuidado al distraido principe Abdelmelic, hijo del rei, que vivia engolfado en placeres, en la mansion deliciosa de Zahra. Todo mudó repentinamente de aspecto : el principe fue a Sevilla a implorar mayores socorros de su aliado, porque la urgencia era terrible, y amenazaba a la cabeza y corazon del estado. Almoateded en vez de darle al punto lo que pedia, le hizo grandes honras y obsequios ; le enseñó su armeria y preciosidades ; le prometio cuantos refuerzos necesitaba ; escribio a sus caudillos, dandoles orden que allegasen tropas, y lo despidio con una partida de doscientos caballos, asegurandole que

mui en breve tendria a su disposicion mayores auxilios. Cuando Abdelmelic llegó a las cercanias de Cordoba, supo que el rei de Toledo la tenia cercada, y que no era posible atravesar su campo con el pequeño numero de guerreros que lo escoltaban ; así que determinó pasar con ellos a Azahra, esperando el prometido socorro, que tardaba mas de lo que él queria. Los de la ciudad se veian en amargo aprieto, porque no aguardaban la calamidad que les habia sobrevenido ; el rei estaba enfermo, y las ultimas desgracias acrecentaron su mal ; no habia mas esperanza que el rei de Sevilla, y el gobierno ofrecio grandes premios a los que se atreviesen a llevar cartas a aquel monarca, y al principe Abdelmelic.

Lograron algunos desempeñar esta comision, y Almoateded vió en aquella coyuntura una ocasion favorable de dar rienda suelta a su ambicion. Inmediatamente envió a su hijo Muhamad, y a su caudillo Aben Omar con instrucciones secretas, y con poderosa hueste de infanteria y caballeria. Llegaron a vista de Cordoba ; acamparon en presencia de los enemigos, y se trabaron sangrientas escaramuzas, que se hubieran convertido en accion general, a no haber sobrevenido la noche. En ella concertó Aben Omar el plan de batalla, y al romper

el día, empezaron a moverse los cuerpos de caballería de ambos ejércitos, con increíble valor y presunción de la victoria. Los de Valencia fueron los primeros que flaquearon; su desorden arrastró a los de Toledo, y muy en breve fue general la derrota. Muhamad, hijo de Almoateded, y Abdelmelic siguieron con ardor a los profugos. Los principales caballeros de la ciudad no quisieron ser ociosos espectadores de aquella sangrienta lucha, y en medio de la acción habían salido contra los sitiadores, teniendo gran parte en la victoria y en el alcance. El astuto caudillo Aben Omar trató entonces de poner en ejecución las ordenes de su rei. Como la gente de la ciudad había salido a robar el campamento de los de Toledo, y no sospechaban nada de sus aliados, aprovechó el momento, y entró con parte de sus tropas en Cordoba, y ocupó sus fuerzas y fortalezas, y se apoderó del alcazar, y de la persona del rei, cuya dolencia se agravó con la noticia de esta perfidia, hasta exalar en breve el último aliento. Cuando Abdelmelic volvió del alcance, y supo la traición de los aliados, se llenó de justa indignación; llegó delante de las puertas de Cordoba, y se vio rodeado de tropas Sevillanas que quisieron tratarlo como enemigo y prisionero.

Ciego de despecho y furor, se puso en defensa, y peleó ostinadamente, sin otro objeto que morir matando; pero al fin cayó acribillado de heridas, y fue puesto en una torre, donde murió pocos días después, maldiciendo la inconstancia de los Cordobeses, y oyendo las aclamaciones con que recibían al perfido Almoateded.

Las mercedes que este hizo a los principales habitantes de Cordoba, y las fiestas y luchas de fieras con que entretubo al pueblo, le facilitaron la mas rendida obediencia. Olvidose el nombre de Gehwar y de su sabio gobierno: solo un noble caudillo fue fiel a su memoria, y prefiriendo un enemigo declarado a un aliado traidor y engañoso, salio de Cordoba, y se acogio a la proteccion del rei de Toledo.

Deseoso Dilnun, que así se llamaba este monarca, de lavar la mancha que habían recibido sus banderas, se dispuso a nueva entrada en tierras de Córdoba, y escribió a su yerno Almudafar, que acababa de heredar el trono de Valencia, pidiéndole tropas auxiliares para aquella expedición. Mas este no quiso tomar parte en la contienda, y se escusó con pretextos frívolos. Tan inesperado procedimiento llenó de saña a Dilnun, y sin comunicar a nadie su determinación, partió con toda su caballería;

caminó día y noche; entró en Valencia, cuando menos lo aguardaban; ocupó por sorpresa el alcazar; depuso al rei, y por consideracion a la esposa de este, que era hija suya, lo desterró de aquellos estados, y volvió a Toledo, con la principal nobleza de Valencia, que se allanó a servirlo en la guerra de Andalucía. El ministro de Almudafar, que era quien habia aconsejado a su rei se negase a las proposiciones de su suegro, no quiso sobrevivir a las desgracias de que habia sido origen, y se quitó la vida, atravesandose el pecho con una daga.

Entretanto las prosperidades de que gozaba Almoateded, y los vastos dominios que ocupaba en la parte meridional de España, no eran parte a calmar la sed de mando que le devoraba el corazón. Disponiase a pelear contra las fuerzas que se apercibian en Toledo; mas no por esto descuidaba sus hostilidades contra los reyes de Granada y de Málaga. En medio de sus triunfos la suerte le preparaba una de aquellas calamidades que no se evitan ni remedian con la riqueza ni con el poder. Su hija Taira, doncella de maravillosa gracia, y sin par hermosura, adoleció de ardiente fiebre, y murió en brazos de su padre. Este no pudo resistir a tamaña pesadumbre. Quedó como petrificado por el

dolor, puesto que sin gozar de un momento de sueño, permanecía largas horas mudo e inmovil, mas semejante a una estatua que a un ser animado, hasta que la muerte puso termino a su desventura. Fue memorable su reinado, por las continuas guerras que hizo, y por haber sido, en aquellos tiempos de anarquia y revueltas, el monarca mas poderoso de España. Sucedióle su hijo Almutamed.

El año antes de su muerte, el rei Ahmed Abu Giafar, de Zaragoza, que no habia cesado de hacer guerra a los Cristianos, vencio y derrotó con horrible estrago a los Aragoneses; recobró la ciudad de Barbastro y otras fortalezas, y dio muerte en el conflicto a Ramiro I rei de Aragon.

CAPITULO III.

Almutamed. Guerra entre Toledo y Sevilla.

EL nuevo rei de Sevilla formó el proposito de sostener la gloria, y de conservar los estados que habia adquirido su padre. Era joven, prudente, y magnifico; moderado en la victoria, y humano para con los enemigos. Ganó los corazones de cuantos lo trataban, y restituyó a sus casas a los que habian sido victimas de la crueldad de Almoateded. Los historiadores Arabes lo acusan de impiedad; pues no solo era mui aficionado al licor prohibido por Mahoma, sino que permitia que sus tropas lo usasen en los dias de accion. Tenia gran fama de poeta, y se declaró protector de todos los hombres doctos de sus estados.

Dilnun, rei de Toledo, sabida la muerte de su contrario, quiso probar fortuna contra su hijo; pero en lugar de atacarlo en su capital, se dirigió, con tropas auxiliares de Cristianos de Castilla, a Murcia y Jaen, cuyos soberanos eran aliados del de Sevilla. Escribieronle de

consuno pidiendole socorros, y Almutamed, que a la sazón, estaba ocupado con la guerra de Granada, mandó que partiese a darles ayda su caudillo Aben Omar, con instrucciones de lo que debia practicar para desbaratar los planes de Dilnun. Cuando salio Ben Omar de Sevilla, llevaba gran caballeria, doscientos camellos, y un acompañamiento tan numeroso como lucido. Llegó a Murcia, y sin detenerse mas de dos dias, para renovar sus promesas, alentar a las tropas que guarnecian aquella plaza, y tomar diez mil doblas de oro de su gobernador, pasó a Barcelona, donde fue perfectamente recibido de Raimundo, principe de Cataluña. Este se obligó a socorrer a Murcia con su caballeria; recibio las diez mil doblas el dia de la salida de sus tropas, y Aben Omar le ofrecio otras diez mil cuando llegasen a su destino. Para seguridad reciproca, el caudillo Muslim tomó en rehenes un primo del Barcelones, y prometio en cambio la persona del infante Ragid, hijo de su soberano. Pusose en marcha la caballeria Catalana, y al llegar a los campos de Murcia, le salieron algunas partidas de tropa que enviaba el rei de Sevilla, con su hijo Ragid, el cual pasó al campo de los Cristianos, y quedó en rehenes con Raimundo. Aben Omar tomó

el mando de aquellas tropas, que no eran muchas, y se encaminó acia Murcia, sitiada por el rei de Toledo, con gran numero de Muslimes y Cristianos. El Barcelones que vio la poca gente con que podia contar, se quejó a Aben Omar, diciendole que si su señor no acudia con mas refuerzos, le era imposible resistir al desproporcionado numero de los contrarios. Llegó a tal punto su desconfianza, que sospechó lo traian engañado para que pereciese alli con su gente, y por asegurarse, mandó guardar con las mayores precauciones al infante Ragid. Estas quejas de los comandantes se divulgaron entre las tropas, y se indispusieron los animos. No faltaron espías de Dilnun que le diesen noticia de cuanto pasaba, ni pudieron ignorarlo los Cristianos de Castilla, por los que a ellos desertaban del campamento de los Catalanes. Aprovecharonse de la ocasion, y dieron batalla, que fue sangrienta y reñida, y en que los egercitos unidos de Almutamed y Raimundo, fueron totalmente vencidos, dejando el campo cubierto de cadaveres. Almutamed se aproximaba entretanto con su fuerza, y al detenerse a orilla del rio, que venia sobradamente crecido, llegaron los profugos, y le noticiaron el exito desventurado del encuentro. Espantaronse las

tropas, y retrocedieron precipitadas, y el rei, y el infante de Barcelona con ellas. Aben Omar lo alcanzó a pocos dias, y le confirmó la infausta nueva.

Dilnun, ofrecio buenas condiciones a los Murcianos, y estos lo reconocieron por Señor: en seguida, exitado de su propia ambicion y deseos de venganza, dispuso entrar con poderosa hueste en tierra de Cordoba, lo que verificó tan prontamente, que atemorizó a las tropas que la defendian y no halló quien se le opusiera. Solo en los patios del alcazar de Zahra hubo una sangrienta pelea, porque la guardia Africana que guardaba aquel punto intentaba salvár del riesgo al infante de Sevilla Serag Daula, que estaba en la flor de su edad, y en la contienda de los que querian prenderlo, y de los suyos por preservarlo, fue su desgracia que recibio una herida mortal y espiró. Sin detenerse la fuerza principal del egercito, corrio a Sevilla, que se entregó de contado, hallandose ocupadas en la guerra de Malaga y Algeciras las tropas de Almutamed. El alcazar fue valerosamente defendido por los guardias, pero todos ellos murieron degollados, y las riquezas contenidas en aquel edificio fueron distribuidas entre las tropas Toledanas.

Detubose Dilnūn seis meses en aquella ciudad, en cuyo tiempo Almutamed reunió sus gentes, y se acercó a sus muros, jurando morir o reconquistarlos. Puso cerco a la ciudad, y Dilnūn cayó enfermó de tanta gravedad, que no daba esperanzas de vida. Declaró por sucesor a su hijo Yahie, que era mui joven, y encargó su tutela al caudillo Hariz, a quien habia dejado mandando en Cordoba, y murió el mismo dia en que Almutamed atacó los fuertes de la ciudad. Defendiose esta con mucho valor e inteligencia por los caudillos que ocultaron la muerte del rei, para que las tropas no se desanimasen: pero fue forzoso ceder a la porfia y valor de los sitiadores, a quienes ayudaban los vecinos de la ciudad en cuanto podian, y así con el posible orden y concierto salieron de Sevilla por dos puertas, rompiendo el campo contrario. Almutamed entró en su capital, donde se detubo poco tiempo, y salió a perseguir a sus enemigos que no quisieron aguardarlo. Hariz sin embargo se mantenía en Cordoba, con esperanzas de ser proclamado rei, y confiado en las promesas de fidelidad que le habian hecho algunos de los principales vecinos: pero no tardó en desengañarse. Cercó Almutamed la plaza, y envió a decir que no levantaria el campo hasta ocu-

parla; Hariz la evacuó precipitadamente, y fue perseguido y atravesado por una lanza que el mismo rei le arrojó.

De este modo logró Almutamed recobrar sus estados de Andalucía, mientras su favorito Aben Omar suscitaba discordias en la parte del norte de España, dividiendo a los caudillos Muslimes que allí mandaban, y estorvando que acudiesen a la guerra del medio día. Conseguido este obgeto, Aben Omar tomó el mando del egercito que sitiaba a Murcia, se apoderó de esta ciudad, hizo proclamar en ella a su soberano, y habiendo tranquilizado el país, pasó en embajada a los monarcas Cristianos de Galicia y Cataluña, con quienes celebró tratados ventajosos, apartandolos de toda alianza con los enemigos del rei de Sevilla, y estipulando que prestasen socorros a este en caso de necesitarlos. Almutamed entretanto hacia guerra al rei de Malaga, hasta que logró conquistar todos sus estados, y obligarlo a buscar un asilo en Africa con toda su familia.

Alfonso I rei de Leon y de Castilla no tardó en cumplir los pactos que habia celebrado. Olvidando la generosa hospitalidad que habia recibido en Toledo, y las juradas alianzas con la familia de Dilnun, se declaró enemigo de su hijo

Yahie, y entró por sus fronteras talandole la tierra, desolando pueblos, y cautivando gentes. Almanzor, rei de Badajoz, acudio al socorro de su vecino, y atravesando prontamente con escogida caballeria las vegas que riegan Guadiana y Tajo, obligó a Alfonso a levantar el campo; pero habiendolo atajado la muerte en la prosecucion de sus designios, las tropas de Leon y Castilla volvieron al empeño, y de tal modo aquejaron a los de Toledo, que estos, sin esperanza de nuevos ausilios, aconsejaron a su debil monarca entrase en proposiciones de paz con tan formidable enemigo. Envió Yahie sus mensageros, y Alfonso se negó a todo trato y avenencia, si no se le entregaba la ciudad. Fue grave el sentimiento de los Muslimes al recibir estas nuevas, y decidieron morir defendiendo la libertad y los muros paternos: pero el pueblo se alborotaba, y la multitud mal sufrida queria rendirse, y evitar de este modo las catastrofes de la conquista. Al fin fue necesario ceder a la mala suerte, y la noble y antigua ciudad de Toledo se entregó a las armas Cristianas, otorgando el vencedor las vidas y haciendas de sus moradores, el egercicio publico de su religion, y la observancia de las leyes del Koran en la administracion de la justicia. Yahie y sus princi-

pales caballeros se fueron a Valencia, llevandose consigo sus tesoros, y Toledo dejó de pertenecer a los hijos del Islam.

No era posible que el autor de estas desgracias gozase con tranquilidad el fruto de sus perfidas negociaciones. Aben Omar se atrajo el odio de todos los caudillos de las tropas de Sevilla, y la desconfianza de Almutamed. Mandólo este prender, y él, avisado por sus amigos, vagó de corte en corte, ofreciendo sus servicios a diferentes soberanos de los que entonces dividian el territorio de España. Temeroso Almutamed de que se descubriesen por este medio los secretos de su politica, consiguio que se apoderasen de él sus espías y confidentes, y lo mandó llevar a Sevilla, bien custodiado y cargado de cadenas, recibiendo en el camino y en su entrada en la capital los insultos y denuestos del populacho. Fue puesto en una estrecha prision, desde donde escribió en verso al rei, implorando su misericordia. Almutamed le respondió tambien en verso, anunciándole un fin funesto, como lo tubo en efecto, pues el mismo rei, olvidando su dignidad, e incitado por los enemigos de su antiguo privado, entró en su encierro llenó de saña, y le cortó con su alfange la cabeza.

Entretanto viendo que el rei Alfonso no solo

habia conquistado la ciudad de Toledo, si no que sus tropas discurrían impetuosas por los terrenos vecinos, y ocupaban las campiñas que riega el Tajo, y se apoderaban sin resistencia de muchos pueblos y fortalezas, Almutamed pensó que convenia poner limite a sus conquistas, recelando mucho del engrandecimiento que ellas le daban. Escribióle que no pasase adelante en invadir los dominios Toledanos, que se contentase con aquella ciudad, y le cumpliese lo que le habia prometido cuando concertaron sus alianzas. Alfonso respondió con protestas de amistad, y en testimonio de ellas le envió quinientos hombres de acaballo, los cuales se presentaron a Almutamed en las inmediaciones de Sevilla. Este los mandó volver a Toledo, y empezó a meditar la ruina del rei Cristiano.

Para llevar adelante esta empresa, escribió el rei de Sevilla a los de Granada, Almeria y Algarbe, proponiendoles la reunion de un congreso de sus respectivos plenipotenciarios, con el obgeto de concertar las medidas mas conducentes a la defensa de los territorios Muslimicos, contra el poder y las irrupciones del monarca de Castilla. Verificose esta reunion en Sevilla, y en ella prevalecio la opinion de llamar a España, para tomar la defensa del Islam, a Jusef ben

Tegfin, principe de los Almoravides, cuyas conquistas y victorias en Africa eran ya célebres en todos los dominios Mahometanos. Zagut, gobernador de Malaga, y uno de los miembros del congreso, se opuso a esta resolucion, diciendo que Juzuf podria quebrantar el poder de Alfonso, pero que les pondria a ellos, cadenas que no les seria dado romper; que si de buena fe se unian, y procedian con el solo interes de la religion, Dios los ayudaria, y conseguirian vencer al enemigo comun, engrandecido hasta entonces por las discordias de los que profesaban la fe del Koran; en fin que la España se perderia sin remedio, si los moradores de las ardientes regiones de Africa llegaban a poner el pie en los amenos campos de Andalucia y Valencia. Fueron desatendidos estos consejos, y nombrados los embajadores que debian implorar la proteccion del gefe de los Almoravides.

CAPITULO IV.

*Los Almoravides. Jusef ben Tagfin. Guerra
contra Alfonso I. Batalla de Zalaca.*

ERAN estos nobles Africanos, decendientes de los antiguos reyes de Yemen, y sus progenitores habian sido espulsados de este pais por las convulsiones politicas, y vagado muchos años en el desierto, donde fundaron la tribu Lamtuna. La tribu Gudala, civilizada y constituida en nacion independiente y guerrera por un sabio Musulman llamado Abdala ben Yasim, declaró la guerra a los Lamtunies, y los sugetó y domelló en tales terminos que estos, de encarnizados enemigos, se tornaron discipulos y subditos de Abdala. Por su orden atacaron a una nacion feroz y salvage, que habitaba unos montes asperisimos, limites del desierto por aquella parte, y de tal manera señalaron su valor en las batallas, y tantos triunfos ganaron contra sus enemigos, que Abdala les dio el nombre de Almoravides, que quiere decir: hombres de Dios, y espontaneamente consagrados a su ser-

vicio. Viendo que con tan esforzados guerreros podria llegar a ser dueño de toda la Mauritania, los sedujo con grandes elogios de su heroismo, y con promesas de futuros bienes, y los exitó a que peleasen contra algunas naciones vecinas, que el ambicioso Abdala queria someter a su dominio. Las primeras campañas de los Almoravides, dirigidas por su caudillo Abu Yahie, tubieron los mas felices resultados. Murio peleando aquel gefe, y Abdala confió el mando de la tribu a Abu Biker, que en pocos años sometio muchos estados ricos y florecientes.

La muerte de Abdala, sacrificado al odio de un pueblo que no quiso someterse a su autoridad, consolidó el poder de Abu Biker, y atrajo a sus banderas gran numero de gentes, que antes obedecian al rei muerto. Estableciöse en la ciudad de Agmat, y se fue apoderando del señorio de la tierra, enviando gobernadores a los pueblos, y manteniendolos en su obediencia con el temor de su poderio. Multiplicaronse de tal modo sus subditos, que no cabiendo en los dominios conquistados, se quejaron a su gefe de la estrechez en que vivian, y de sus deseos y necesidad de tener tierras que cultivar para su subsistencia. Abu Biker les dio permiso de buscar un terreno conveniente para fundar en él

una ciudad; exploraron varios puntos de Africa, y al fin dieron con uno que les parecio a proposito para realizar su intento. El rei montó a caballo, con una parte de su nacion, y siguiendo a los guias, llegó al bosque y llanura en que hoy está la ciudad de Marruecos. Era un bosque desierto, en que solo vivian leones, tigres, y avestruces; pero agradó generalmente su frescura, asi como la fuerza de la vegetacion, la abundancia de pastos, y la esposicion comodisima para la ereccion de una ciudad. Comenzaronse a trazar las calles y plazas, y a delinear las casas y los edificios publicos, y los trabajos empezaron con gran entusiasmo y alegria.

En esta faena se empleaba Abu Biker, cuando tubo que acudir al socorro de sus hermanos los Almoravides, atacados de pronto por sus antiguos amigos los de la tribu de Gudala. Dejó a Marruecos, y por gefe de la nueva ciudad a su primo Jusef ben Tagfin, con una tercera parte de los guerreros de sus huestes.

Jusef concibio desde luego el proyecto de apoderarse de la autoridad suprema, y puso en practica los medios mas conducentes para el logro de sus designios. Empezó a gobernar con moderacion y prudencia; dio gran prisa a la fabrica de la ciudad, y erigio una mezquita, en cuya obra

trabajaba él mismo, preparando el barro con sus manos, como el mas infimo de los operarios. Su poder tomó tanto incremento, que en el termino de un año, se puso a la cabeza de cuarenta mil combatientes, y con ellos hizo la guerra a varias tribus Berberies que se le habian rebelado, y no solo las sometio, si no que de una provincia en otra se hizo dueño de todo el territorio de Almagreb. Alli compró gran numero de esclavos de Guinea, a unos traficantes que hacian este negocio, y los mandó a España, cambiandolos por cautivos Cristianos, juvenes y valientes, a quienes adiestraba en el ejercicio de las armas, y de quienes se servia utilmente en sus guerras y expediciones. Con estos auxilios, y con un cuerpo de caballeria de dos mil negros escogidos, y con los tributos que exigia de los Judios de sus estados, que eran muchos y mui ricos, crecio tanto su fuerza, que pocos años despues de la separacion de Abu Biker pasó en reseña cien mil hombres de acaballo. Salio de Marruecos con ellos, se dirigió a Fez, y en el camino le cerraron el paso muchas tribus poderosas, que derrotó en sangrienta batalla, haciendoles una matanza horrible. Los que escaparon de esta accion se refugiaron a Mediona, donde los Almoravides entraron con

espada en mano, saquearon y robaron la ciudad, arrasaron sus muros, y degollaron a mas de cuatro mil hombres que los guarnecian.

Abu Biker habia tomado venganza de los de Gudala, y terminado las diferencias de su propia tribu, cuando tubo noticia del engrandecimiento de su primo, de las riquezas que habia acumulado, y de las formidables huestes que combatian bajo sus ordenes. Bien conocia por estos anuncios que Jusef aspiraba a poseer solo, y como absoluto dueño los estados de que era depositario, y los que despues habia adquirido. Reprimio su indignacion, y perdida toda esperanza de recobrar el imperio, le escribio pidiendole una entrevista. Señalado y venido el dia, salio Jusef al encuentro de Abu Biker con un lucido egercito, y con brillante acompañamiento de personages. Encontraronse los dos caudillos a mitad de camino de Marruecos a Agmat, se apearon, y habiendose sentado sobre un albornoz, Abu Biker hizo solemne renuncia, en favor de Jusef, del imperio de Almagreb y Marruecos, y exigió que prestasen juramento a este, como a legitimo soberano, los magnates de la nacion, y los gefes de las tribus: añadió que no podia detenerse en aquel sitio, y que su resolucion era pasar el resto de sus dias en el desierto, propia

morada de sus hermanos y antepasados. Jusef respondió con comedimiento y humildad, y otorgadas las escrituras de abdicacion, se separaron, y dirigieron cada uno a sus respectivos establecimientos. Jusef en llegando a Marruecos, envió a su primo un magnifico regalo de caballos, armas, joyas, dinero, ropas, y perfumes.

Libre de todo recelo, el gefe de los Almora-vides continuó ensanchando sus dominios, ya por fuerza de armas, ya por el terror que inspiraba su nombre, ya por la espontanea sumision de muchos pueblos belicosos, que deseaban hacer la guerra bajo los estandartes de un gefe tan acreditado y feliz.

Cuando se hallaba en el mas alto punto de su grandeza y prosperidad, recibio las cartas de los monarcas Andaluces, convidandolo a venir con sus fuerzas a la peninsula, para contrarrestar los progresos que los Cristianos, mandados por Alfonso, hacian en Castilla, y en otras provincias interiores. Semejante propuesta debia ser sumamente grata a un guerrero ambicioso, cuyas tropas, enviciadas en el triunfo, no podian vivir en paises tranquilos, y necesitaban expediciones atrevidas para emplear su esfuerzo, y adquirir nuevos despojos. Decidiose pues a partir a España, que ofrecia tan vasto campo a sus

atrevidos pensamientos, mas antes escribio a los Almoravides del desierto, y a sus tribus aliadas, ofreciendoles no solo buena acogida, si no riquezas, posesiones y empleos. Esta generosa oferta atrajo a los dominios de Almagreb y Marruecos una numerosa poblacion, robusta, activa, y ligada con su gefe por los vinculos de la sumision y de la gratitud. Hasta entonces no habia tomado Jusef otro titulo que el modesto de Amir, comun a todos los principes y caudillos : sus pueblos lo condecoraron con el de rei de los fieles, o califa, que él admitio con fingida repugnancia, mandando a los grandes, nobles y gobernadores de sus reinos que de aquel dictado se sirviesen cuando se dirigiesen a su persona.

Mientras se ocupaba en los preparativos de su marcha, Alfonso estrechaba mas y mas a los Muslimes, y particularmente a los reyes de Algarbe y Sevilla, a quienes exigió imperiosamente que lo reconociesen por soberano. Almutamed le respondió con arrogancia, añadiendo a su carta de oficio unos versos en que expresaba su indignacion en language tan energico como elegante y poetico. Mas no por esto dejaba de tener grandes recelos y temores ; de modo que a pesar de la embajada que de con-

suno con los otros reyes envió a Jusef, le escribió a parte pintándole su posición, y urgiéndolo a que viniese cuanto antes a evitar su ruina. El rei de Algarbe imitó su ejemplo, y envió la carta con uno de los personajes mas doctos de sus estados.

Jusef consultó este importante negocio con sus amigos y caudillos, y de acuerdo con ellos respondió al rei de Sevilla que estaba dispuesto a pasar en persona a darle auxilio, con tal de que se le entregase la isla Verde, para tener seguro un punto de embarque y retirada, cuando así lo exigiesen las circunstancias. Acordada esta condicion, y otorgada las escrituras de cesion de la isla Verde, reunió sus mejores tropas en Marruecos, y pasó a Tanger, donde se encontro con Almutamed que no habia querido aguardarlo en sus tierras, tal era su ansia de congraciarse aquel guerrero poderoso, y de inducirlo a que abrazase con calor sus intereses. Jusef oyó cuanto le dijo sobre el extraordinario poder de Alfonso, sobre la consternacion general de los Muslimes de España, y sobre la imposibilidad en que estaban de defenderse, sin ayuda esterna, de los Cristianos de las provincias del norte; a todo lo cual respondió el gefe de los Almoravides que Almutamed se volviese pronto a sus estados y él no tardaria en seguirlo. Em-

barcose el rei de Sevilla, y el de Marruecos pasó a Ceuta, donde tomó varias medidas para el gobierno de Africa durante su ausencia, y mandó que empezase a pasar el estrecho su espedicion.

Desembarcó al fin en la isla Verde, con infinita muchedumbre de guerreros, y fue recibido por Almutamed, y por los principales personajes de la España meridional. La fama de su llegada voló al campo del rei Alfonso, que estaba sobre Zaragoza, y luego levantó el cerco, pensando salir al encuentro de los Almoravides, para lo cual pidió tropas a otros principes Cristianos de España, y con ellos reunió un poderoso egercito.

Al mismo tiempo marchaban a su encuentro Jusef y Almutamed con las tropas aliadas de Africa y Andalucia. Encontraronse los dos egercitos en el bosque y llano de Zalaca, cerca de Badajoz, y los Cristianos empezaron el empeño, trabando una escaramuza en que fueron arrollados los Muslimes. Reforzados estos con escuadrones del cuerpo principal del egercito, tubieron tambien que ceder al ardor de las tropas de Alfonso, y quizas su derrota hubiera sido total, a no haberse sostenido Almutamed con los caballeros Sevillanos, dando tiempo a que llegase Jusef, que hasta entonces no habia tomado parte en la accion. Mas la venida de este for-

midable guerrero con el grueso de sus Almorávides, decidió la victoria en su favor, pues en lugar de acudir adonde era mas empeñado el conflicto, se dirigió al campamento Cristiano, que estaba con poca guardia, y los suyos lo saquearon y le pusieron fuego. Cuando la caballería de Alfonso encontró a la escolta del campo, que venia huyendo, hizo un movimiento general, para contrarrestar aquel inesperado ataque, y se renovó la pelea en toda la línea con inesplicable furor y tenacidad. Los Cristianos cedieron al cabo, y los Muslimes los siguieron esterminando cuanto hallaban en su carrera. El mismo Alfonso, conociendo que era inútil prolongar su resistencia, huyó con quinientos caballos, y las sombras de la noche estorvaron que fuese víctima de sus perseguidores. La pérdida de los Cristianos fue inmensa; perecieron luchando los personajes mas distinguidos, y los caballeros mas valientes de sus tercios, y cuando el rei entró en Toledo, con aquel triste resto, y con las nuevas de su ruina, la ciudad se llenó de consternacion, y todos daban por segura la pérdida del reino. Almutamed dio cuenta de la victoria a los Sevillanos por medio de una paloma que con este objeto habia llevado consigo de aquella ciudad.

CAPITULO V.

*Continuacion de la guerra contra Alfonso.
Desavenencias de los Mulismes. Triunfo
de los Almoravides.*

CUANDO los vencedores estaban dividiendo entre sí los ricos despojos de la batalla de Zalaca, recibió Jusef la noticia de la muerte de uno de sus hijos, que habia quedado gravemente enfermo en Marruecos; cuya novedad lo obligó a disponer su regreso a Africa, dejando el mando de sus egercitos a Sir ben Ami, uno de los mas valientes y honrados de los Almoravides.

Siguieron estos recorriendo las fronteras de Galicia, tomando pueblos y fortalezas, y entre tanto Almutamed, que sabia aprovecharse de la fortuna, entró en tierra de Toledo; ocupó muchos distritos; pasó a los terminos de Murcia, y le salieron al encuentro algunas compañías de Cristianos, y lo desbarataron con harta perdida. Refugiose a Lorca, y halló todo el pais inquieto y temeroso, por las muchas guarniciones enemigas que todavia lo ocupaban, y cuyas continuas

salidas causaban los mayores desastres y miserias a los pueblos y a los campos. Al mismo tiempo Sancho, rei de Aragon y Navarra, atacó de pronto al de Zaragoza, en las inmediaciones de Huesca, trabandose una batalla tan tenazmente sostenida por una y otra parte, que el cansancio los obligó en la mitad del dia a suspender la pelea, para restablecer las fuerzas que iban perdiendo. Despues de una hora de reposo, volvieron a encontrarse, y los Cristianos entraron en la hueste Muslimica, dividiendola, y poniendola en desorden, y obligandola a retraerse en los muros de Huesca.

Los vencedores no se detubieron, sino que pusieron cerco a la ciudad; y aunque en ella perdieron al rei, que murio de herida de saeta, no por esto levantaron el sitio, antes lo apretaron con nuevas tropas que hicieron venir para aquella empresa. Mas uno de los caudillos Muslimes, que logró salir de la ciudad, y reunir una division poderosa, los obligó a retirarse, para salirle al encuentro. Fue este en las cercanias de Alcoraza, y se sostubo mui reñida la pelea, hasta entrada la noche. En ella recibieron los Muslimes grave daño, de cuyas resultas, y por las desavenencias de los gefes, que unos a otros se echaban en cara el mal exito, no qui-

sieron aguardar al dia siguiente, sino que se retiraron, favorecidos por la oscuridad, dejando los montes y valles por donde transitaban sembrados de heridos y muertos.

Estos desastres unidos a las expediciones que hacia el Cid campeador en tierras de Valencia, con grave daño de las tropas Sarracenas, obligaron al rei de Sevilla a pasar a Africa, donde espuso verbalmente a Jusef lo poco que habian adelantado los Almoravides en Algarbe, por estar conducidos por gefes mas valientes que experimentados, y la necesidad de que el mismo Jusef reprimiese con su presencia las discordias en que hervian las provincias sometidas al Islam. Jusef le dijo que no tardaria en presentarse en la escena de aquellos trastornos, y le suplicó que se restituyese cuanto antes a sus estados.

En efecto, verificó su segundo desembarco en la isla Verde, y comunicó inmediatamente ordenes perentorias a los caudillos para que se reuniesen en la proximidad de la fortaleza de Alid, comarca de Lorca. Pusose en camino, y en él se le agregaron las tropas de Malaga, Almeria, Granada, Baza, Jaen y Murcia, de modo que cuando llegó al punto de la reunion, tenia ya consigo una hueste numerosa, ademas de la que se habia juntado por su mandato. La guarnicion

de la plaza se componia de mil caballeros, y doce mil peones, gente esforzada y aguerrida, que hacia frecuentes salidas contra el campo de los Muslimes, aunque estos los rechazaban con valor, obligandolos a volver a los muros. Apreto mas y mas el asedio, y los sitiadores empleaban maquinas de guerra, que hacian gran daño en la fortificacion ; pero su situacion era tan ventajosa, que despues de algunos meses de sitio, no habia la menor esperanza de reducir a los Cristianos.

Jusef llamó a consejo a los caudillos del egercito para concertar las medidas que debian tomarse en aquellas circunstancias. Hubo diversidad de pareceres, pues los unos querian que el sitio continuase, y los otros que se dejase salir a los sitiados, para atacarlos en campo abierto. Almutamed y Abdelaziz, rei de Murcia, se trabaron de palabras ; digeronse espresiones agrias e injuriosas, y el segundo, que era joven, y de caracter impetuoso, puso mano a la espada para herir al primero. Jusef mandó poner preso a Abdelaziz, y el mismo Almutamed se encargó de su custodia.

Las tropas Murcianas, informadas del agravio hecho a su señor, se amotinaron contra los aliados, y con mucha diligencia recogieron las

tiendas, y se marcharon del campo, sin que bastasen a cambiar su resolucion las persuasiones y suplicas de sus compañeros de armas. Acan-tonaronse en los confines de aquella tierra, e interceptaron los viveres y provisiones que iban al campamento de los Muslimes, de donde vino a sentirse hambre y desercion en el egercito. Cuando Alfonso entendio lo que pasaba, partio acia Alid con un campo volante de escogida caballeria, y de todas partes mandó allegar sus mejores tercios; con cuya noticia, Jusef se fue retirando acia Lorca, y despues a Almeria, en cuyo puerto se embarcó para Africa. Los caudillos del egercito Sarraceno partieron a sus tierras, y Alfonso desembarazó el castillo, y lo desmanteló, llevandose consigo a Toledo los restos de la guarnicion, que eran unos cien hombres, estenuados de hambre, y de los otros males que habian sufrido.

Movido por estas continuas ventajas que conseguian los Cristianos, y mucho mas por la codicia de dominar en España, pasó a ella tercera vez el rei de Marruecos, inspirando sumo desasosiego a los reyes y caudillos de Andalucia, que habian penetrado sus intenciones, y procuraban ponerse a cubierto de la tormenta que se apercibia. Sin embargo pensó antes de todo

en lo principal, que era comprimir los progresos de las armas de Alfonso; y con este objeto se dirigió con innumerables fuerzas a Castilla; obligó al rei a encerrarse en Toledo; taló y quemó sus alrededores, y se apareció de pronto en Granada, cuyo rei Abdala tenia comunicaciones secretas y pactos con los Cristianos. Jusef lo sabia, y no tardó en castigar su ofensa. Residió dos meses en aquella ciudad, a cuyo rei desposeyó, y envió preso con toda su familia a la costa de Africa, y despues de afrentar a los reyes de Sevilla y Badajoz, negandose a dar audiencia a los embajadores que le enviaron, se embarcó para sus estados, nombrando gobernadores en los nuevos que traidoramente habia adquirido, y apoderandose de Malaga, a cuyo gobernador se llevó consigo en calidad de prisionero.

El rei de Sevilla conoció que llegaria tambien su vez y que al fin caeria en manos de aquel hombre insaciable, a quien él mismo habia abierto las puertas de la Peninsula. Arrepintiose aunque ya tarde de haber traído los Moros a España, y para apercibirse contra su falsia, fortificó sus ciudades, y los muros de Sevilla y el puente, y tomó otras precauciones de defensa y hostilidad.

Pero Jusef mas astuto y mas poderoso, habia ya apercebido en Ceuta los medios de realizar sus planes. Los vastos estados que poseia en lo interior de Africa, y cuya poblacion era inagotable, le suministraron nuevas fuerzas con las que formó cuatro cuerpos, que destinó a invadir los cuatro principales reinos de Andalucia: a saber, Sevilla, Cordoba, Ronda y Almeria. Partieron a España aquellas turbas sedientas de despojos y conquistas, y el rei permanecio en Ceuta para aguardar el exito de la expedicion, y proveer desde alli lo necesario.

Sir ben Bekir, el principal de los caudillos de Jusef en España, y el mas arrojado de los Almoravides, fue el encargado de dar el ultimo golpe al poder del imprudente Almutamed. Viendose a la cabeza de una fuerza irresistible, no tubo por conveniente de usar de artificios ni negociaciones con su victima, si no que invadio de repente sus dominios, y le escribió que entregase el reino a las armas Africanas. El rei de Sevilla, aunque desmayado por sus pasados reveses, y por las predicciones de sus astrologos, en quienes tenia una ciega confianza, trató de defenderse hasta el ultimo extremo; juntó sus tropas, y tomó el campo, bajo tan infaustos auspicios, que en las primeras acciones perdio

muchas fortalezas principales. A pocos meses de campaña no le quedaron mas ciudades de todo su reino que Sevilla y Carmona. Cordoba, Baeza, Ubeda, Almodovar y casi todos los pueblos florecientes del mediodia cayeron en manos del vencedor. Sir ben Bekir aseguró la frontera, por si Alfonso intentaba atravesarle, pasó contra Carmona, la cercó y combatio con increíble ardor hasta entrarla por fuerza. En estos apuros Almutamed envió a pedir socorro al rei de los Cristianos, Alfonso, ofreciendole algunos pueblos de los que recuperase en sus estados, y Alfonso creyendo que no eran tan grandes sus aprietos, le envió fuertes socorros de tropas, mandadas por uno de sus mejores capitanes. Dirigieronse a Cordoba, y se encontraron con los Almoravides, con quienes batallaron largo tiempo. Estos sufrieron enorme perdida: pero fue mayor la de los Castellanos, los cuales volvieron a su territorio, dejando al rei de Sevilla sin defensa, ni apoyo, cercado en su capital, cuya poblacion empezaba a fatigarse de las privaciones que sufría, y clamaba por que se hiciese un convenio entre las partes beligerantes. Fue necesario ceder a este conjunto de males, y el rei, con mucho dolor de su corazon, concertó la entrega de la ciudad bajo la fe y

amparo de Jusef, pidiendo seguridad para todos los vecinos de ella, y para si, sus hijos, hijas, mugeres y familia. Todo le fue concedido como lo habia propuesto; pero cuando Sir ben Bekir se vio dueño de la capital de Andalucia, se apoderó de Almutamed, y de los suyos, y los envió a Africa, donde el rei murio de pesadumbre, en una fortaleza, despues de haber sufrido todos los horrores de la miseria, de la desnudez, y del abandono.

A la toma de Sevilla siguió la de Almeria, capital entonces de un estado opulento, tanto por la riqueza de su agricultura, como por la actividad de su comercio marítimo. Denia, Jativa, Segura sufrieron la misma suerte. Valencia, despues de resistir largo tiempo con huestes unidas de Cristianos y Muslimes, abrió sus puertas a los Africanos.

Un solo estado de los que seguian entonces las leyes del Islam en España impuso respeto y temor a la audacia de los Almoravides, y fue el reino de Zaragoza, cuyo trono ocupaba a la sazón Abu Giafar, monarca valiente y entendido, cuyos egercitos no cesaban de infestar las fronteras Cristianas. Sus posesiones se estendian en una gran parte del oriente de España, y los puertos que tenia en el Mediterráneo hacian un

comercio mui activo con Africa y Siria. Era el mas rico de los reyes de España, amado de sus vasallos, respetado de sus vecinos, y temido de sus contrarios. Jusef no se atrevio a luchar con su fuerza, y noticioso de sus continuas victorias, quiso ceder al tiempo, y tener por amigo a quien tanto daño podria hacerle con su enemistad. Abu Giafar, para prevenir toda mala inteligencia, le envió ricos presentes, y le escribió manifestandole que su estado era un muro que mediaba entre los Cristianos, y los pueblos Muslimes; que debia considerarse como una barrera que estorbaba los progresos del enemigo de Mahoma, y que sus deseos se verian cumplidos el dia en que se ligase por los vinculos de un tratado de alianza y amistad con los valientes Almoravides, cuyos esfuerzos podrian serle tan utiles en la empresa que habia tomado a su cargo. Jusef le respondió en terminos amistosos y comedidos, aceptando las propuestas que le hacia, y elogiando con enfasis y ponderacion su celo, su valor y su prudencia.

CAPITULO VI.

Irrupciones de los Cristianos. Toma de Badajoz. El Cid. Las Baleares. Ultimas acciones de Jusef. Ali. Batalla de Ucles. Continuacion de la Guerra.

EN cumplimiento de los pactos que Jusef acababa de celebrar, envió a Zaragoza seis mil ballesteros, y mil caballos, de que Abu Giafar tenia gran necesidad a la sazón, para contener la irrupciones con que los Cristianos molestaban a sus provincias. Los Aragoneses y Navarros en efecto unidos con algunas huestes del medio-dia de Francia, se habian hecho dueños de Fraga y de Barbastro, y con la seguridad que daban aquellas dos fortalezas a sus retiradas, invadian con mucha frecuencia el territorio circunvecino, esparciendo por do quiera que pasaban la muerte y la ruina. No se veia otra cosa en aquellas comarcas sino sementeras destruidas, pueblos quemados, familias que vagaban por los montes, sin subsistencia ni hogar, y largas cadenas de cautivos, hechos en estas atrevidas expediciones,

y que los vencedores llevaban consigo, para hacerles trabajar la tierra, o exigir por su libertad rescates exesivos. Perecieron a sus manos mas de cuarenta mil pacificos habitantes, y los que se habian salvado de su furor, abandonaban la tierra de sus padres, donde no podian gozar de un momento de seguridad. Los Cristianos se aprovechaban de la inaccion de su enemigo, y multiplicaban sus destructoras correrias. Las tropas del rei se contentaban con guarnecer las plazas y otros puntos importantes, y no osaban salir al campo, sea por que su fuerza no era suficiente, sea porque aun no estaban concertadas las operaciones de la guerra. Pero la llegada de los Almoravides hizo mudar de aspecto las cosas. Reunidos con el egercito de Zaragoza, aquellos intrepidos Africanos atacaron a las partidas sueltas enemigas, las encerraron en sus dos puntos de apoyo, cercaron estos fuertes, los tomaron por sorpresa, pasaron a degüello a muchos de sus moradores, y recogieron de la campaña cinco mil doncellas Cristianas, mil armaduras, y una gran cantidad de otros ricos despojos. Abu Giafar envió a Jusef una parte de ellos, con la confirmacion de su amistad y alianza.

Mientras pasaban estas cosas en el oriente de

España, Sir ben Bekir continuaba estendiendo los dominios de su soberano por el lado opuesto. La creencia popular, fortalecida por los sucesos de los ultimos años, que los monarcas Muslimes de España estaban destinados por el cielo a ser victimas de gentes venidas de Africa, encadenó a los pueblos, entibió sus brios, y les inspiró una ciega sumision a los nuevos dominadores. Las fortalezas y los pueblos mas ricos de Algarbe y Estremadura les dieron entrada en sus muros. Badajoz se resistio algun tiempo, y el rei por calmar los alborotos de los habitantes, capituló, y obtuvo un seguro para sí y su familia, sin embargo de lo cual aquel infeliz monarca murio con los suyos a manos de los que ya no respetaban pactos ni convenios, y solo pensaban en afianzar su dominacion, sacrificando deslealmente a cuantos podian hacerles sombra. Fue mui sentida en toda España la desgracia de Aben Haftas, que tal era el nombre del rei de Badajoz, por ser varon doctisimo, amable, y protector de los sabios, que alojaba en su palacio, y a quienes trataba con intima familiaridad. Su catastrofe, divulgada en toda la peninsula, excitó los animos de los caudillos de Occidente, que ya no veian seguridad para sus personas, ni barrera que bastase a contener la audacia de

los Almoravides. Rodrigo, caudillo de los Cristianos, llamado vulgarmente el Cid Campeador, ofreció su apoyo a los descontentos, dándose por amigo de algunos de los personajes sacrificados por aquellos intrusos. Las hazañas de este guerrero eran entonces objeto de universal admiración; su nombre atrajo a las banderas aliadas considerable número de soldados aguerridos, y los Sarracenos que aceptaron sus auxilios consintieron en servir bajo sus ordenes. Su ejército, compuesto de Cristianos y Muslimes, puso cerca a Valencia. El gobernador Ahmed ben Geaf sostuvo algún tiempo el sitio, mas los habitantes viendo que no podían recibir socorro de ninguna parte, lo obligaron a rendirse, con avenencias de seguridad para él y toda la población. El Cid no solo aceptó estas condiciones, si no que prometió a Ahmed ben Geaf que lo conservaría en el mando, y entró en la plaza, donde se mantuvo por espacio de un año, observando escrupulosamente lo convenido. Mas pasado aquel término, mudó de sistema, se apoderó del gobierno, lo puso en manos de sus compatriotas, y salió a continuar la guerra con sus aliados Muslimes. Los escritores Arabes le echan en cara horribles crueldades cometidas en aquella ocasión, con el objeto de descubrir

los tesoros de los reyes del pais. La lejanía de los tiempos, y la escasez de historiadores imparciales e ilustrados, no permiten formar ideas correctas y fundadas sobre la verdad de aquellas acusaciones.

Sir ben Bekir, no teniendo por conveniente medir entonces sus armas con aquel caudillo, prefirió engrandecerse con los despojos del trono que habia derribado. Las islas Baleares dependían del reino de Valencia, y gobernadas por un hombre moderado y prudente, habian gozado muchos años de prosperidad y de reposo. Pero las revoluciones de la península cortaron los vinculos que las ligaban con la metropoli, y sus habitantes, que vivían entregados a las tranquilas ocupaciones de la labranza y del comercio, lejos de abrazar algun partido político, estaban dispuestos a sacrificarlo todo a la paz y a la seguridad. Presentaronse en los puertos de Mallorca las naves de los Almoravides, y el caudillo que las mandaba puso en noticia de los gobernadores y de los vecinos los progresos que habian hecho en España las armas de Jusef, y su designio de ser el unico soberano de todas las naciones que habitaban su suelo. Los isleños no vacilaron un momento en reconocer su autoridad, y en ponerse bajo su fe y amparo.

En aquellos puestos mandó Sir ben Bekir formar una numerosa expedicion, compuesta de muchas naves ligeras y de transporte, y de los mas valientes soldados que habian venido de Africa. Dirigióse a la costa de Valencia donde desembarcaron, y sin perder tiempo se encaminaron a esta ciudad, cuya guarnicion les salio al encuentro: pero viendo que los invasores eran superiores en numero, y parecian dispuestos a llevar a cabo su empresa, los Cristianos y sus aliados Muslimes, volvieron a los muros, los fortificaron, y sostuvieron un largo sitio, en que hubo frecuentes salidas, igualmente destructoras para los dos egercitos contrarios. Pero los Almoravides recibian continuos aumentos, y los sitiados no tenian recursos para suplir las faltas que experimentaban. Llegó al ultimo punto su desaliento, y se rindieron a las armas de Jusef.

Este volvió a España con sus dos hijos Abu Tair Temini, y Abul Hasen Ali, y despues de visitar los estados que se le habian sometido, reunió a todos los gefes del egercito y les declaró su voluntad acerca de la sucesion a la corona. Su nombramiento recayó en Ali, que aunque menor que su hermano le exedia en valor y esperiencia. Las condiciones que impuso para el futuro manejo de los estados, fueron que los gobiernos de

provincias, ciudades y fortalezas se confiasen siempre a los de su tribu de Almoravides; que hubiese en España diez y siete mil de estos, alistados en la caballeria, y distribuidos en las ciudades principales, y que la guardia de las fronteras y la guerra contra Cristianos estuviesen a cargo de los Andaluces, como mas ejercitados y practicos en sus correrias y peleas.

Terminado este asunto volvio a Ceuta, donde cayó enfermo, y murio a pocos dias en Marruecos, despues de dar a su hijo consejos mui sabios sobre el gobierno de España, encargandole sobre todo que respetase los estados Muslimicos de la frontera del norte, por ser la valla que defendia a los del centro, de las irrupciones y violencias de los Cristianos.

Ali fue inmediatamente proclamado en Marruecos. Era hijo de una Cristiana; y aunque no pasaba de veinte y tres años de edad, poseia vastos conocimientos, amaba la justicia, y se habia distinguido por sus hazañas. Su dominio abrazaba la mayor parte de los estados de la costa del norte de Africa, y una mui considerable de los de España. Los primeros actos de su gobierno anunciaban un reinado venturoso, pues nada hacia sin aconsejarse con los hombres mas prudentes de su corte, y siempre consultaba con

preferencia los intereses de los pobres y oprimidos. Apesar de estas eminentes prendas, y de las esperanzas que en él fundaban sus pueblos, hubo algunos disturbios en los dominios de Africa, cuando se supo la muerte de Jusef, suscitados por un sobrino de este que aspiraba a la soberania de Fez : pero Ali estirpó la causa del mal, sin otras armas que su generosidad y cordura, y cuando quedó calmada aquella agitacion, se embarcó para España, donde ya habia sido aclamado en todas las provincias conquistadas por los Almoravides.

Su primera residencia en la peninsula fue de corta duracion ; tampoco fue larga la de la segunda, que solo tubo por obgeto hacer algunas alteraciones en los mandos de las provincias, y confiar el de las tropas a su hermano Temim, que lo servia con zelo y fidelidad. Hallandose este en Granada, y viendo los grandes progresos que hacian las armas de Alfonso, reunio cuantas huestes pudo, y se encaminó a Ucles, de cuya fortaleza se apoderó haciendo grandes estragos en sus defensores. Alfonso envió inmediatamente a su hijo Sancho, con la principal fuerza de sus egercitos. Temim quiso retirarse y abandonar la plaza ; mas los caudillos Almoravides se opusieron a esta resolucion, y le aconsejaron

que en lugar de aguardar a los enemigos en aquellos muros, saliese al campo, y aceptase la batalla que ellos parecian determinados a empeñar. Siguióse este aviso, y se trabó una de las mas crudas peleas de cuantas refieren las historias de aquella epoca. Empezó el encuentro al rayar la aurora, y duró una gran parte del dia; pero habiendo caido muerto en la accion el infante D. Sancho, los Cristianos cuya perdida era ya inmensa, abandonaron el campo, y la victoria se declaró por los Almoravides. Alfonso murio de la pesadumbre que le ocasionó esta derrota.

Estas alternativas de perdidas y ventajas reciprocas eran continuas en la guerra de Muslimes y Cristianos. Los Almoravides, vencedores en Ucles, eran derrotados en Aragon, con perdida de uno de sus mas acreditados caudillos. Ali volvió a España con innumerable caballeria, asoló la provincia de Toledo, puso cerco, aunque en vano, a esta capital, se apoderó de Madrid, Guadalajara, Talavera y de veinte y siete fortalezas de aquella comarca, y al mismo tiempo el rei de Zaragoza perdía la vida y la mayor parte de sus tropas a orillas del Ebro, de cuyas fortificaciones se hacian dueños los Navarros y Aragoneses. Sir ben Bekir estendia el dominio

de Ali desde Badajoz hasta las playas del oceano, y Ramiro atravesaba victorioso las provincias de Aragon y Cataluña aniquilando a cuantos Sarracenos le salian al paso. Ali salia de Africa con la impetuosidad de un torrente, señalando con sangre y destrozos su transito desde la costa de Andalucia hasta Galicia, y su hermanito Temim huia precipitado desde Lerida a Granada, con los pocos restos que se habian salvado de los aceros enemigos. Esta fue quizas la epoca mas terrible de aquella guerra que duró tantos siglos, y que causó tantos estragos. Los estados Cristianos habian salido de su primitiva oscuridad, y podian reparar sus perdidas, y contraer alianzas utiles; los Africanos recibian continuos auxilios de las inagotables regiones de Almagreb. El entusiasmo religioso inflamaba a los dos partidos; el odio era implacable; el terreno propicio para las sorpresas y retiradas, de modo que apenas habia provincia que no fuese sangriento teatro de matanza, destruccion y encarnizamiento.

CAPITULO VII.

*Insurreccion en Cordoba. Abdala el Mehedi.
Guerra con los Almohades.*

No tardaron los Almoravides en abusar de la prosperidad de que gozaban, y de la sumision en que tenian a las opulentas regiones de Andalucia. Los que componian la guarnicion de Cordoba llegaron a ser insufribles a los moradores de aquella ciudad, pues no solo les robaban sus bienes, y destruian sus jardines y sembrados, sino que violaban el asilo de sus casas, y la honestidad de sus hijas y mugeres. No bastando quejas, ni venganzas particulares para contener la insolencia de aquellos arrogantes Africanos, los vecinos se amotinaron, y tomando de comun acuerdo las armas, acometieron a sus opresores, mataron a cuantos encontraron dispersos, y como se hiciesen fuertes en casas y torres, las cercaron y minaron, y entraron furiosos en ellas, degollando a todos los que se les ponian delante. La nueva de este alboroto llegó mui presto a Marruecos, y creyendo Ali que era necesaria su presencia para remediar los males que de alli

podrian resultar, si las demas ciudades seguian tan peligroso egemplo, pasó velozmente a España, con grandes fuerzas, como lo habia de costumbre, y llegó delante de Cordoba, donde encontró al gobernador, y a las reliquias de la guarnicion, que habian podido salvarse huyendo del furor de la muchedumbre. Los de la ciudad, como tubiesen noticia de esta llegada, cerraron las puertas, cortaron las calles que salian a la muralla, y se fortificaron y apercibieron para un largo y riguroso sitio. Ali los combatio largo tiempo, hasta que cansados los vecinos de las fatigas y penalidades del cerco, se convinieron en enviar una embajada al rei, haciendole presente la causa de la rebellion, y rogandole que tratase a la ciudad como suya; que perdonase los exesos cometidos por hombres ofendidos y ultrajados, y tubiese presente los consejos de justicia y moderacion que su padre le habia dado poco antes de morir. El rei dio benigna acogida a los enviados, y exigió tan solo que la ciudad pagase una fuerte suma, para indemnizar a los Almoravides que habian perdido sus bienes en la insurreccion. Con esto se calmó aquella efervescencia, y el rei hizo su entrada en la ciudad, donde se detubo pocos dias, por llamarle

la atencion la inquietud que empezaba a reinar en sus estados de Africa.

Habia dado lugar a ella un hombre, de oscuros principios, llamado Abdala el Mehedi, que empezó a excitar la curiosidad del vulgo por su compostura en el vestir, su austera santidad, su energica predicacion, y la libertad y vehemencia con que reprendia los vicios de los reyes y de los pueblos. Habiendose reunido con dos jovenes que abrazaron sus doctrinas y se consagraron a seguirlo en sus peregrinaciones, entró en Marruecos, y cuando la mezquita mayor estaba llena de gente a la hora de la oracion, se introdujo en ella, y se colocó en el sitio destinado al rei. Empezó a predicar, con gran estrañeza de todos los concurrentes, y un ministro de la mezquita se le acercó, y le advirtio que alli solo podia ponerse el rei de los Muslimes. Abdala le volvio el rostro mui gravemente, y le respondió con las palabras del Koran: *los templos son solo de Dios*, y continuó en su platica, teniendo suspensos a todos, y mirandolo todos con admiracion. Como de alli a poco llegase el rei, para hacer oracion, todo el pueblo se levantó, saludandolo segun costumbre, menos Abdala, que no se movio del sitio que habia tomado. Ter-

minados los ritos, dirigió la palabra al rei, y le dijo que remediase los males e injusticias de sus reinos, pues Dios le pediría estrecha cuenta de sus acciones. Ali no respondió palabra: pero creyendolo algun santo, de los que se llaman *marabutes*, y habitan en los desiertos, mandó a decirle que si tenía alguna necesidad o negocio, le diese parte de ello, para darle favorable despacho: a lo que él respondió con gran entonamiento que sus negocios no eran de este mundo, si no en cuanto trataba de corregir la liviandad y malas costumbres de los hombres.

Ali y sus ministros y cortesanos no hicieron mucho caso de este suceso; pero Abdala seguía predicando en los sitios publicos, dandose el título de *Mehedi*, o conductor, y atrayendo gran muchedumbre de oyentes, entre los cuales habia no pocos que lo tenían por enviado de Dios, e inspirado por su espíritu. El rei mandó a sus doctores que lo tanteasen y examinasen, dándole su opinion acerca de sus doctrinas y caracter: hicieronlo así, y todos ellos fueron de dictamen que era hombre peligroso y alborotador, y que convenia aprisionarlo, para estorvar que conmoviese los animos del vulgo. La agitacion que produjo esta novedad llegó a tan alto punto que Ali lo hizo venir a su presencia, y le pre-

guntó si era cierto lo que de él se decía. “¿Qué pueden decir de mi,” respondió, “si no que soi un pobre que anela por la otra vida, y nada tiene ni quiere en esta? yo no tengo en este mundo mas negocio que el mio propio, que no es en verdad de este mundo.” Maravillose el rei de esta respuesta, y mandó que los doctores disputasen con él en su presencia. El debate fue largo y erudito: pero no a satisfaccion del rei, ni de convencimiento para los sabios, los cuales volvieron a aconsejarle que lo asegurase en una prision, o a lo menos lo mandase salir de la ciudad.

Este segundo partido parecio el mas humano y prudente. Abdala salio de Marruecos con el joven Abdelmumen, a quien habia dado el titulo de Visir, y ambos se establecieron no mui lejos de aquella capital, en una choza que labraron entre unos sepulcros. Alli acudian a oirlo innumerables gentes, y tal fama se divulgó de su virtud que no tardó en ver en torno de sí mas de mil y quinientos hombres, dispuestos a seguirlo adonde fuese, y prontos a obedecer sus mandatos. Entonces fue cuando empezó a manifestar su odio a los Almoravides, ponderando su irreligion y liviandad, y a tomar abiertamente el carácter de enviado de Dios, para

reformular las costumbres, y encaminar a los hombres por el sendero de la verdad y de la justicia. Crecian su credito, y el numero de sus secuaces, y en proporcion los recelos de Ali y sus cortesanos. Por fin, a tanto grado llegó la conmocion del pueblo, que el rei mandó prender y cortar la cabeza al Mehedi: mas él tubo noticia secreta de esta orden, y se pasó a Agmat, seguido de sus mas fervorosos dicipulos, y de alli a otras regiones mas interiores, habitadas por tribus ignorantes y sencillas. Entre ellas predicó a sus anchas el dogma de la unidad de Dios, despojandolo de la metafisica del Koran; la corrupcion del mundo; la venida del Mehedi, y por fin, viendo que ya estaban dispuestos los animos, como él lo desaba para conseguir sus intentos, proclamó guerra a los infieles, y prometio victorias y recompensas terrenas y espirituales a los que siguiesen sus banderas.

Terminada una de estas platicas, con aquella vehemente elocuencia que tanta impresion hace en los animos del vulgo, se alzaron diez de sus oyentes, y lo juraron por gefe y Mehedi, y se ofrecieron, con solemnes protestas, a defenderlo y ayudarlo, a derramar sangre en su servicio, y a pelear contra todos los que se opusiesen a sus designios. En seguida lo juraron otros cin-

cuenta, y otros setenta despues, y de estos primeros sectarios formó dos consejos, que llamó de los cincuenta y de los setenta; y para dar mayor peso a su autoridad, trataba los negocios mas arduos con los diez primeros, que eran sus ministros; los de menos importancia con los cincuenta, y con los setenta, los faciles y ordinarios; pero reservandose el egercicio de la autoridad absoluta, que todos reconocian, y a la que todos se humillaban.

Con este cuerpo de entusiastas armados, vagó por los montes y desiertos, atrayendose sus rudos y selvaticos moradores, de modo que en pocos meses congregó innumerable gentio, que se acrecentaba sin cesar, y del que disponia a su arbitrio, con la autoridad que le daba el caracter sobrenatural de que lo creian revestido. Viose por fin a la cabeza de veinte mil hombres belicosos y arrojados, y habiendo formado de ellos un cuerpo de diez mil escogidos, volvio a Agmat, donde hizo su entrada no ya como un predicador humilde, ni como un doctor modesto, si no como el gefe de un egercito formidable, y de una nacion fuerte y belicosa.

Ali se hallaba todavia en Cordoba, cuya rebelion apaciguó, como hemos dicho, quando tubo noticia de esta novedad. Volvio accelera-

damente a Africa, y envió un cuerpo de sus tropas contra los Almohades, que este era el nombre que habian tomado los sectarios de Abdala. Los Almoravides estaban lejos de creer que las habian con un enemigo de tanta importancia ; así que cuando vieron la muchedumbre de guerreros que les salieron al paso, se retiraron, y dieron cuenta al rei de lo que pasaba. Ali mandó allegar mas tropas, y dio el mando de ellas a uno de sus hermanos. Encontraronse las dos huestes, y estando en orden de batalla, una enfrente de otra, y a punto de acometerse, no se sabe por qué subito temor, ni qué hubieron de ver los de la vanguardia de Almoravides, que todos volvieron de pronto, y huyeron a rienda suelta, desordenando y atropellando a todo lo demas del egercito, en terminos que en un punto quedó el campo desbaratado, y vencidas sin entrar en accion las tropas reales. Pero los Almohades les siguieron el alcance, haciendoles grandes estragos, y apoderandose de sus tiendas, armas, riquezas y provisiones. Formose otro egercito ; salio a campaña ; peleó con brio, y fue casi aniquilado, y otros dos que le sucedieron sin interrupcion tubieron la misma suerte, con cuyos triunfos envanecido el Mehedí, escribió una carta insolente a los Almo-

ravides, exigiendoles sumision y vasallage, y amenazandolos con crueles venganzas si a ello se resistian. “ Quemaremos vuestros pueblos,” les decia, “ asolaremos vuestras ciudades, no quedará de vuestras casas, ni de vosotros rastro alguno: y sabed que esta carta servira de disculpa de lo que justamente padecereis, pues os avisa con tiempo de lo que os conviene, y es bien cierto que se disculpa quien antes avisa: salud, en cuanto la lei permite que os salude; mas ella no concede ni tolera que os demos saludo de amistad.”

Llenose de consternacion Ali con estos desventurados sucesos; escribio a todas las tribus que lo reconocian por soberano; congregó nuevo egercito; salio a campaña y fue vencido como los anteriores. Temim, hermano de Ali, tomó el mando de otra espedicion, y con ella se acercó a los montes que a la sazón ocupaban los Almohades. Dio acertadas disposiciones para el ataque, y cuando sus soldados empezaban a subir aquellas alturas, se desordenaron sin saber por qué a la entrada de la noche, echandose por las breñas y despeñaderos, con tanto terror y confusion que casi todos perecieron despeñados. Los Almohades bajaron persiguiendo las reliquias del egercito, y al

pie de los montes les salio al paso una division que venia al socorro de Temim. Empeñose la accion por los Almoravides, que deseaban vengar la muerte de sus hermanos: mas no pudieron sostener el impetu de los vencedores, y se retiraron con gran perdida de los soldados, y muerte de los principales caudillos.

Despues de esta victoria, se retiró el Mehedi a Tinmal, fortaleza acomodada por su natural disposicion para resistir largo tiempo a los egercitos mas poderosos. Al apoderarse de aquel pais, repartio las tierras y casas entre sus compañeros, cercó la ciudad de altos y bien torreados muros, y en el monte que la enseñorea edificó un castillo, de grandes dimensiones y bien fortificado, desde el cual dominaba no solo el pueblo y la sierra en que está colocado, sino tambien los campos circunvecinos y toda su comarca. De todo resultó un punto tan inexpugnable, que desde él podia desafiar el poder de toda el Africa. La fortaleza y el monte solo tenian dos entradas angostisimas, por las que era imposible transitar a caballo, sin el riesgo de despeñarse a cada instante. Estos senderos estaban abiertos a mano, picados en la peña, y flanqueados por un lado de hondos precipicios,

y por otro de altos y escarpados riscos. En partes habia quiebras profundas que interceptaban el camino, y por las que se abrian paso los arroyos que de las cumbres se desprendian; encima se transitaba por puentes levadizos, que aumentaban la defensa natural del terreno, pues una vez levantados, era imposible volver atras, y pasar adelante. La longitud de cada una de estas entradas era de un dia de camino, y ellas, y el monte que cortaban, eran ramificaciones de un inmenso grupo de montañas, que, segun los escritores Arabes, ocupan una linea de igual estension a la que puede recorrer un hombre en dos meses de marcha a caballo. Encastillado en aquel sitio, enviaba el Mehedi sus gentes a correr la tierra, y decendian de sus montes como impetuosos torrentes, entrando en los campos y pueblos del rei Ali, donde cometian toda clase de exesos. Los moradores se quejaban de los estragos que sufrían, y pedían al rei que los librara de tan crueles enemigos. Habianse consumido ya grandes tesoros en disponer egercitos para contener a los rebeldes, y nada se habia logrado. Por consejo de un bandido Andaluz, que se hallaba en las carceles de Marruecos, y que recibio su perdon por este servicio, se labró en las gargantas de los montes una fortaleza,

cuya guarnicion pudo estorvar algunas irrupciones, y desbaratar muchas de las partidas de Almohades que salian a robar la tierra llana: pero el mal era demasiado grande, y no bastaban a curarlo remedios parciales ni mezquinos.

En efecto, despues de tres años de descanso y preparativos, viendo el Mehedi que su nombre era temido por todas partes, creyó que era llegado el tiempo de poner en egecucion sus planes, y quiso empezar cercando al rei en su misma corte de Marruecos. Para este fin escribió a las tribus de su obediencia, mandandoles que se uniesen con él en Tinmal, como lo egecutaron con tanta prontitud que en pocos dias tenia cuarenta mil hombres. Nombró por caudillo a uno de los diez de sus primeros dicipulos, llamado Abu Muhamad, y le ordenó que se apoderase del imperio de Africa, no pudiendo él mismo hacerse cargo de la espedicion por hallarse a la sazón gravemente enfermo. Cien mil Almora-vides se presentaron en frente de los enemigos, y los atacaron, confiados en su muchedumbre: pero la victoria, aunque algun tiempo indecisa, se pronunció contra ellos. Perseguidos, y disminuidos por el sable de los fanaticos, se reti-

raron acia la ciudad, que las tropas de Muhamad cercaron con el mayor rigor. Como las salidas eran frecuentes, y Ali no podia recibir auxilios de ninguna parte, congregó a sus capitanes, para tomar una resolucion que pusiese termino a tanto apuro. Un caudillo Andaluz, que sabia el modo de combatir de los Almohades, propuso un plan de operaciones, que fue despreciado por los otros miembros del consejo, pero que recibio la aprobacion del rei, quizas por que no veia otro medio de salir de sus ahogos. El Andaluz salio con los hombres de su confianza, armados del modo que él lo habia dispuesto; penetró en el campo contrario; se aprovechó de su primer desorden; se abrio calle por entre las tropas que empezaban a reunirse, y volvio a Marruecos con trescientas cabezas de Almohades.

Viendo Ali que sus enemigos no eran invencibles, dio sus disposiciones para una batalla general, como se verificó al dia siguiente, con tan horrible estrago de los sitiadores, que solo se salvaron de todos ellos cuatro cientos hombres de a pie y a caballo, gracias a los heroicos esfuerzos del visir Abdelmumen, en quien se vieron aquel dia brillantes anuncios de los altos

destinos que lo aguardaban. Siguieron el alcance los vencedores, hasta los muros de Agmat. El Mehedi recibió con desmayo la noticia de tan grave pérdida: pero informado de que su visir había sobrevivido a la derrota dijo que su imperio estaba seguro y empezó a dar nuevas disposiciones para la guerra.

CAPITULO VIII.

Guerras de Alfonso de Aragon. Tagfin en España. Continuacion de la Historia de los Almohades. Abdelmumem. Tagfin en Africa.

MIENTRAS llamaban la atencion de Ali el engrandecimiento y la inquieta ambicion de sus nuevos enemigos, los Cristianos que vivian sometidos al yugo de los Sarracenos en España mantenian secreta inteligencia con los de Aragon, y por las noticias que les daban acerca de la posicion, numero y operaciones de sus tropas, les facilitaban las ocasiones de atacarlos oportunamente, y de causarles continuas y graves perdidas. Los Cristianos de Granada escribieron al rei Alfonso de Aragon ofreciendoles la posesion de aquella provincia y de sus costas, y aunque al principio fueron desechadas estas propuestas, de tal modo insistieron en sus ofertas de hombres, armas y otros socorros, y con tan lisongeros colores le pintaron la feracidad del pais, y la fuerza de sus posiciones, y la riqueza

de sus productos, que Alfonso se decidió a emprender aquella expedición, con cuatro mil caballeros que juraron seguir su estandarte, y no volver jamás la espalda al enemigo.

Pusose en marcha, y se acercó a Valencia, y otras plazas de aquella provincia, haciendo inútiles tentativas para ocuparlas, pero recogiendo entre tanto gran número de Cristianos, de los países ocupados, que al tener noticia de su proximidad, salían armados a juntarse con sus huestes, y lo informaban de los preparativos de defensa que hacían los Muslimes. De este modo transitó por Murcia, Baza, y otros populosos distritos, y llegó en frente de Granada, con tan respetables fuerzas, que los habitantes Sarracenos se creían en grave peligro de caer en sus manos. Mas no entrando en sus planes atacar aquella capital, o no atreviéndose a cercarla, viéndose tan lejos de todo socorro y punto de apoyo, levantó el campó, y empezó a recorrer en varias direcciones el país, haciendo mucho daño a los pueblos, y tomando ricos despojos. Los Almoravides, que lo seguían en gran número, dispusieron acometer a la vanguardia de los Aragoneses, que iba harto separada del cuerpo principal, y lo hicieron con tanto impetu y acierto, que la arrollaron, y forzaron a abandonar

el campo y los bagages. Informado Alfonso de lo que pasaba por los fugitivos, ordenó su gente, y atacó de pronto con cuatro columnas de caballeria a los desordenados vencedores, vengando tan cruelmente el primer descalabro, que no les quedaron ganas de volver a inquietarlo.

Continuó su marcha acia la costa, hasta lograr el designio que habia formado de embarcarse en el Mediterraneo, y comer de los peces que en aquella mar se crián; volvió a las inmediaciones de Granada, se detubo y fortificó en un pueblo de la vega, y cuando lo tubo a bien se retiró a sus estados, por el mismo camino que habia traído. Quince meses duró esta expedicion, la cual dio lugar a que los Muslimes conociesen el espíritu hostil de sus subditos Cristianos, y lo que de ellos podian temer, si se les presentaba ocasion de alzar el estandarte de la rebeldia.

Tan graves eran estos temores de los caudillos Almoravides, que uno de los mas condecorados y respetados de ellos, pasó a Marruecos a informar a Ali de aquella novedad, y a preguntarle lo que convendría hacer para evitar los males que de alli podian originarse. Ali mandó que se internasen los Cristianos de las fronteras, y pasasen a los pueblos centrales de Andalucía, y que fuesen enviados a Africa los que

tenian comunicaciones con los egercitos de su nacion. Llebose a efecto esta medida, y de sus resultas pasaron a Mequinez y Sale muchas familias Cristianas, de las que no pocas perecieron con la mudanza de tierra y clima.

No satisfecho con estas precauciones, y habiendo quedado las tropas Africanas de España sin caudillo de la familia real, por haber muerto en Granada Temim, tio del rei, dispuso este que su hijo Tagfin pasase a la peninsula, con cinco mil caballos Almoravides, y orden de llevar adelante con el mayor celo la guerra contra Cristianos. Este nuevo gefe entró por tierra de Toledo, mientras los tercios Castellanos que huian de su encuentro, penetraban hasta Merida, llevando todo a sangre y fuego, y exitando universal terror en aquellas provincias. Acudio Tagfin con sus Almoravides para amparar la tierra, y llegando a comarcas de Badajoz se encontraron los dos egercitos, no lejos del celebre campo de Zalaca, donde su abuelo habia antes vencido a los Cristianos. Cuando estuvieron unos a vista de otros, ordenó el principe su tropa con mucha destreza, pues aunque joven sobresalia en la inteligencia de cosas militares. Empezo la accion con ruidosa griteria de los Muslimes, y se sostubo con igual empeño por

ambos lados, durante una gran parte del dia: pero al anochecer aflojaron algun tanto los Cristianos, y como sus enemigos proclamasen al instante *victoria* con gran estrepito, se creyeron totalmente vencidos, decayeron de animo, y corrieron desordenados, pereciendo cuantos quedaban al alcance de sus perseguidores.

Apenas había gozado Tagfin algunos dias de reposo en los muros de Cordoba, cuando tubo noticia de otra irrupcion de los Cristianos, que parecia mas seria que la anterior. No quiso sin embargo salir a campaña sin consultar a los caudillos de sus tropas regulares, y a las tribus que desde Africa habian seguido sus banderas, y manifestandose todos deseosos de pelear, salio a marchas forzadas, para evitar que el enemigo se apoderase de los fuertes a que se dirigia. Logró cumplidamente su obgeto desalojandolos de los que ya tenian en su poder, tomandoles sus tiendas y bagages, y rompiendo las cadenas de un gran numero de prisioneros Muslimes. De resultas de esta victoria, recobró Tagfin treinta castillos importantes, aseguró las fronteras, y dio cuenta a su padre del exito de la expedicion.

En Africa, pasados tres años de quietud, por que el Mehedi no se sentia con fuerzas para sa-

lir de su inespugnable cuartel general, volvió a encenderse la guerra con nuevo furor. Abdelmumen salió con treinta mil hombres, a tierra de Marruecos, y Ali se puso en estado de hacerle frente. Hubo entre ellos grandes batallas y sangrientas escaramuzas, que duraron ocho días, y al fin los Almohades vencieron a los Almoravides, y los persiguieron, despedazandolos por aquellos campos hasta la capital, donde se refugiaron los restos del egercito vencido. Cuando los vencedores volvian a Tinmal, salió a recibirlos el Mehedi, y despues de haberse informado de sus hazañas, y elogiado su valor, mandó que todo el pueblo se reuniese en la mezquita, para darle el adios postrero. Maravillaronse todos de esta resolucion, porque no creian que pensase en dejarlos: otros, viendo como habia crecido su enfermedad, recelaban que la despedida fuese para el otro mundo. Congregados en el templo cuantos en él cabian, subio el caudillo al pulpito, y despues de exortarlos a que creyesen en un solo Dios, les anunció con grandes señales de ternura su proxima muerte. Lloraron todos al oir estas palabras y él los consoló con gran serenidad y filosofia, manifestando al mismo tiempo su desprendimiento de las cosas de la vida, y sus deseos y esperanzas de gozar mui en breve

de las recompensas celestiales. Su enfermedad se agravó en efecto, y puso termino a su existencia pocos dias despues de la escena que acabamos de referir. La muerte de este hombre extraordinario produjo una afliccion general en la turba innumerable que se habia alistado bajo sus banderas. Sus compañeros, que eran cuatro, de los diez primeros que adoptaron su doctrina, por haber muerto los otros en la guerra, convinieron en confiar el mando a uno solo, para que mas facilmente los gobernase y mantubiese en el estado que con tantas fatigas y sangre habian establecido. Tubieron su consejo con los principales personajes de la nacion, y todos por comun consentimiento eligieron por su rei y señor, y por califa o principe de los creyentes al visir Abdelmumen, el amigo intimo del Mehedi, a quien tantas veces habia honrado este en presencia de todos los demas, asegurando que mientras él viviese nada temia de la suerte del imperio. La jura del nuevo gefe fue celebrada con gran solemnidad, manifestandose todos satisfechos de su eleccion, y prontos a seguirlo con las armas en las manos.

Sus primeras providencias se dirigieron al buen gobierno de sus estados, y al arreglo de las tribus que lo habian reconocido como señor, y

que no estaban muy acostumbradas a la obediencia ni al orden social. En seguida pensó en las cosas de la guerra, queriendo consumir los planes de su predecesor, y exterminar a los Almoravides, y habiendo escrito a los gefes de su gente para que la apercibiesen a entrar en campaña, reunió un cuerpo escogido de treinta mil hombres, y entró en el territorio enemigo, ocupando ciudades y provincias, unas por fuerza de armas, y otras por el terror que inspiraba su nombre, y que obligaba a los habitantes a prestarle obediencia, y a convidarlo con el mando.

Como la fortuna de las armas fuese tan contraria al rei Ali y a sus caudillos, y se hallasen esaustos sus tesoros, invadidas sus provincias y atemorizados sus subditos, le aconsejaron los hombres mas cuerdos de su corte que declarase por futuro sucesor de su imperio a su hijo el principe Tagfin, cuyas victorias le habian adquirido extraordinaria celebridad. Pasó este por orden del rei a Marruecos, interrumpiendo la serie de sus triunfos, y dejando en los dominios Españoles el germen de los males que debian desarrollarse y cundir en su ausencia.

Con su llegada se reanimaron las esperanzas de los Almoravides, y prontamente hicieron cuantos sacrificios podian para dar al principe

una ocasion señalada de castigar la osadia de los rebeldes: pero a pesar de tener consigo la flor del egercito de España, y cuatro mil Cristianos Andaluces, que lo servian con celo, y manejaban con destreza toda suerte de armas, la fortuna se le manifestó contraria en las primeras expediciones. El rei Ali, como viese fallidas sus esperanzas, y no recibiese sino nuevas de vencimientos y derrotas, tomó de ello tanto pesar, que cayó gravemente enfermo, y murió en Marruecos, despues de un reinado de cerca de cuarenta años. Proclamado Tagfin por los pueblos de Africa y España, y aprovechandose del primer entusiasmo que produjo su elevacion, levantó numerosas huestes, y salio contra los Almohades, alcanzandolos en una de sus destructoras correrias, rodeandolos con su caballeria, y haciendo en ellos tan sangriento destrozo, que Abdelmumen tubo que buscar asilo en las mas asperas sierras de Telencen, donde se defendian los suyos al abrigo de los riscos y fragosidades, sin osar bajar a la llanura que sus enemigos ocupaban. Aumentarouse estos con la innumerable muchedumbre que de lo interior de Africa acudio al socorro de Tagfin, y que estendida por aquella dilatada campiña amenazaba con destruccion y muerte a los vencidos Almohades;

pero Abdelmumen observaba desde las empinadas rocas cuanto pasaba en los llanos, y no parecia que lo amedrentasen tantos enemigos, ni que desconfiase de la victoria que una sola vez habia sido infiel hasta entonces a sus banderas.

Viendose tan superior en numero, y observando que los Almohades no estaban dispuestos a salir de aquellos naturales retrincheramientos, mandó Tagfin que una parte de las tropas ligeras subiese a la sierra, y empezase a molestarlos. Ellos se defendieron con empeño, y desbarataron a los primeros cuerpos que los acometieron; y como los soldados que los componian habian experimentado gran fatiga al subir por las asperezas, muchos de ellos no pudieron resistir el empuje de los contrarios, y cayeron despeñados por los tajos y precipicios. Los que esto presenciaron, retrocedieron llenos de pavor, y lo esparcieron en el grueso del ejercito, de manera que no fueron parte el valor y destreza del rei, ni los esfuerzos de sus caudillos a mantener en orden a la multitud, que huyó vencida mas de su propio temor que del acero enemigo. Los Almohades se aprovecharon de este espanto, y mataron mucha gente de los Almoravides, y los persiguieron a lanzadas por aquellas vegas.

Despues de esta desgraciada batalla, escribio

el rei a todas sus provincias, pintandoles el aprieto en que se hallaba como anuncio de una calamidad que debia sumir en miseria y desolacion a todos sus dominios. Sus subditos se prestaron con pronta resignacion a nuevos sacrificios, y en poco tiempo se vio a la cabeza de innumerables guerreros, que acudieron de diversos puntos, con inmensa provision de rebaños, y con vivos deseos de dar el ultimo golpe a un enemigo que los habia privado de todo reposo y seguridad. Abdelmumen justamente intimidado al ver tan irresistible masa de combatientes, movio su campo, y Tagfin lo siguió con su egercito, procurando atajarlo a cada paso, y obligarlo a venir a batalla. Tanto lo importunó esta persecucion que al fin tomó el partido de aventurar un encuentro.

Pero como era tan inferior en numero, trató de disponer sus tropas de manera que su caballeria pudiese obrar cuando la ocasion lo requiriese, y quedar defendida en caso de aprieto. Para esto formó de todo su egercito un gran cuadro, cuya linea exterior se componia de los hombres mas robustos, armados de largas picas, que servian como de muro para resistir al impetu de los caballos; seguian los ballesteros y honderos, y en medio quedaba un espacio vacio para

la caballeria, con calles abiertas por los lados, por donde podia entrar y salir sin estorvo. Empezó el ataque, y los cuerpos primeros de los Almoravides fueron rechazados con perdida. La caballeria de los Almohades se aprovechó de este reves, y salio por ambos costados, rompiendo por las filas enemigas, y volviendo al centro del cuadro, cuando estas se rehacian y los atacaban. De este modo pelearon todo el dia, hasta que Tagfin, viendo el gran descalabro de los suyos se retiró a Telecen, desconfiando ya de la fortuna de sus armas. Los contrarios lo siguieron, y no pudiendo apoderarse de aquella plaza, pasaron a sitiar Oran, en cuyo puerto habia resuelto Tagfin embarcarse para España, en caso de no quedarle otro recurso. Conociendo la importancia de aquel punto, acudio a sostenerlo, rompiendo por el campo de los sitiadores, y empenando con ellos acciones sangrientas y obstinadas. Pero como viese que el cerco iba largo, y que cada dia se engrandecian mas los Almohades, perdio toda esperanza de conservar el trono de Marruecos, y montado en una de sus mejores yeguas, se salio de noche de la ciudad, con direccion al puerto donde estaban apercibidas sus naves. Era la noche mui oscura, y el rei iba harto turbado, y temeroso de caer en

manos de los enemigos, por estar el puerto algo distante de la ciudad. Al llegar a un profundo barranco, espantada la yegua del ruido del mar, y de las lóbregas tinieblas de aquel sitio, se despeñó con el gineo, y ambos cayeron destrozados a lo hondo del precipicio. Los Almoravides no supieron esta catastrofe si no por boca de sus enemigos; y con esto cayeron de animo y entregaron la plaza despues de una larga resistencia, a que puso termino la sed, de que murieron muchos soldados y habitantes, por haber cortado los sitiadores todos los conductos que llevaban el agua a la ciudad.

Cuando llegaron a Marruecos estas funestas noticias, el divan proclamó rei a Abu Ishak, hijo de Tagfin, que un mes antes habia sido jurado principe heredero de la corona. Pero el reino se dividio en dos partidos, uno de los cuales defendia los derechos de aquel monarca, y otro, las pretensiones de un pariente suyo. Esta discordia fue mui favorable a las empresas de Abdelmumen, cuyas tropas se apoderaron de Telencen, despues de un largo cerco, y como la defensa fuese ostinada, se vengaron en sacrificar a su venganza, toda la guarnicion, y todo el vecindario. Detubose alli siete meses, durante las cuales, sus soldados cebaron su codicia en el

saqueo de la ciudad, de la que el vencedor pasó a Mequinez, que le abrió las puertas, y de allí a Fez, poblacion riquisima, gobernada por un tio del rei. Empezaron las operaciones del sitio, con sumo acierto e intrepidez de parte de los Almoravides, y tanto arrojo y tenacidad manifestaron, que Abdelmumen creyo preciso usar de un arbitrio estraordinario para reducirlos. Con este fin mandó formar una gruesa estacada, y atajar con ella el rio que entra en la ciudad. Ayudaba a su proposito la natural disposicion del terreno, que es un hondo valle o cañada ; y represada con aquel ostaculo la corriente, se formó un estanque dilatadisimo, que aumentaba sin cesar con la detencion de las aguas. Levantaronse a tanta altura que se derramaban por los campos, y buscaban nuevos cauces. Entonces mandó Abdelmumen romper la estacada, y fue a dar la inundacion con impetu y horroroso estruendo en los muros de la ciudad, y se llevó y arrancó hasta los cimientos de una parte de ellos, destruyendo tambien las casas, puentes y edificios de lo interior. Acudio la guarnicion, atropellando aquellos ostaculos, a los puntos mas amenazados, y desde las ruinas estuvo defendiendose mientras la caballeria atacaba a los sitiadores que no la aguardaban. Asi permane-

cieron muchos dias, hasta que un traidor facilitó la entrada de los Almohades, dando apenas tiempo a que se salvase el principe gobernador. Salé y Mequinez se rindieron poco despues. Abdelmumen se dirigió a dar el ultimo golpe al poder de los Almoravides, y puso sitio a su capital.

Previendo que la empresa seria larga, situó el campo en un monte vecino, y empezó a edificar en él una ciudad para abrigo y defensa de sus tropas. Labró en medio de ella una mezquita, desde cuya empinada torre se descubria toda la estension de Marruecos; dispuso dentro del recinto apartadas estancias para las diferentes tribus que lo seguian, y aprovisionó los almacenes con inmensos repuestos de viveres. Despues de algunos dias de descanso, mandó dar el primer ataque a la plaza, dejando en emboscada un cuerpo escogido. Las huestes mas aguerridas de la guarnicion salieron a pelear en campo abierto, y trabada la lucha, empezaron a ceder los Almohades, y a perseguirlos los enemigos, hasta llegar a la celada. Entonces salieron de pronto los que en ella estaban ocultos, y cargaron con tanto brio, que los Almoravides se replegaron acia las puertas de la ciudad, perdiendo mucha gente en la retirada. En las puertas fue mayor el destrozo,

por la estrechura, y apresuramiento de los perseguidos. Escarmentados de este mal suceso, los Marroquies no intentaron nuevas salidas, y como los Almohades se apoderaron en aquel tiempo de Tanger, empezaron a escasear los viveres en la capital, a cuyos muros se habian refugiado los habitantes de la provincia. Fue creciendo la necesidad hasta comer las bestias mas inmundas, y los hombres unos a otros. Las calles y plazas estaban llenas de cadaveres; los vivos parecian espectros, y por todas partes reinaba el silencio de la muerte. Mas de doscientas mil personas perecieron en esta horrible catastrofe. Al fin unos Cristianos Andaluces, que servian en la caballeria, tubieron secreta inteligencia con Abdelmumen, y concertaron que le darian entrada por una de las puertas principales, el dia en que se acercase a escalar los muros. Dispusose lo necesario para el asalto; arrimaronse las escalas, sin estorvo, y los sitiadores entraron en el recinto, como rabiosos lobos en redil de timidas ovejas. La defensa en lo interior fue corta: solo hubo alguna resistencia en el alcazar, donde estaba el rei Abu Ishak, con los principales caballeros, y toda la nobleza y caudillos de los Almoravides. Duró la matanza en la ciudad desde el

amanecer hasta la noche, sin que bastasen a desarmar a aquellos implacables verdugos los gritos y las lagrimas de sus victimas. Tomado el alcazar, sacaron de él al rei, y a sus magnates, y los llevaron a la ciudad edificada por Abdelmumen, donde se hallaba él con los suyos. Al ver llegar al desventurado monarca, tubo piedad de sus juveniles años, y de su cruel infortunio, pero uno de sus ministros le aconsejó que le quitase la vida, y no dejase crecer al leon que con el tiempo podría destrozarlo. Cuando los prisioneros estuvieron humillados a sus pies, el rei le pidio misericordia, mas uno de los gefes Almoravides, pariente cercano suyo, escupiendo en la cara, le dijo: “miserable, ¿por ventura piensas que estás delante de un padre amoroso que se apiadará de tí? Sufre como hombre que esta fiera no se aplaca con lagrimas, ni se harta de sangre.” Estas razones enojaron al rei de los Almohades, y en el ardor de su colera mandó dar muerte al rei Abu Ishak, y a todos los personajes que con él venian.

Asi acabó el imperio de los Almoravides, que en tan pocos años habia llegado a tanto engrandecimiento, dejando su puesto a otro destinado a pasar por las mismas rapidas vicisitudes.

CAPITULO IX.

Los Almohades en España.

ESPAÑA, desde la salida de Tagfin, era un vasto campo de batalla en que luchaban con tenaz porfia los partidos mas encarnizados, los intereses mas opuestos, y las mas desenfrenadas pasiones. Alzaronse en Algarbe dos predicadores fanaticos, y empezaron a sucitar a los pueblos a tomar las armas contra los Almora-vides. Crecio con increible celeridad esta faccion, y en breve pudo hacerse dueña de plazas importantes, y poner en el campo huestes numerosas. Cordoba, Valencia, Murcia, Malaga, Granada y Almeria se alzaron contra sus gobernadores y rompieron el yugo del rei de Marruecos; mas no por esto gozaron de paz ni independencia, por que las facciones peleaban entre si, y la autoridad pasaba sucesivamente a manos de los mas fuertes. Solo se hablaba en aquella desventurada epoca de monarcas depuestos al dia siguiente de su entronizamiento; de conspiraciones tramadas contra los que habian usur-

pado el poder; de batallas entre los Almoravides, y sus enemigos, y del desorden, y ruina, y destruccion que debian ser los resultados de semejante anarquia. Aprovecharonse de ella los Cristianos, y atacaban a los Muslimes de todos los partidos, penetraban en las provincias mas remotas de sus fronteras, y les ganaban sangrientas batallas, siendo la mas famosa de aquel tiempo, la que se dio en los campos de Albacete, en que pelearon los mas diestros y acreditados campeones Cristianos y Muslimes, y en que muertos los dos caudillos del egercito de los ultimos, ganaron los primeros una de las mas señaladas victorias que se mencionan en sus anales.

Lo que mas podian hacer en estas criticas circunstancias los gefes Almoravides era correr las provincias, exortar a los pueblos a la union y obediencia, y cuando no valia la persuasion, emplear la fuerza donde no hallaban un numero formidable de enemigos. Unianse con los Cristianos, para sostener por algun tiempo mas su vacilante imperio, y de este modo les daban nuevas ocasiones de ensanchar su territorio, y de grangearse nuevos apoyos en los pueblos.

Entonces fue cuando los Almohades pusieron por primera vez los pies en España. Abdel-

mumen mandó que su caudillo Abu Amran pasare con diez mil caballos y doble infanteria el estrecho, y ocupase los puntos mas interesantes de Andalucia. Desembarcó este egercito sin ostaculo, y puso sitio a Algeciras, ante cuyos muros vinieron a reunirse muchas huestes de Algarbe. Los sitiados, viendo que no se les ofrecia seguridad alguna, rompieron el campo enemigo, se abrieron paso a lanzadas y huyeron a Sevilla. Algeciras, y en seguida Gibraltar cedieron a los invasores, y poco despues Xerez los recibio en sus muros mas bien como libertadores que como contrarios. Abdelmumen escribio a esta ciudad felicitandola por su obediencia y sumision, ofreciendole su especial patrocinio, y concediendole grandes privilegios y esenciones. Sevilla, cansada del dominio de los Almoravides, se entregó sin resistencia: lo mismo hicieron Malaga, y los principales pueblos de su distrito.

Entre tanto, Aben Gania, uno de los caudillos, que aprovechandose de la anarquia universal, habian reunido cuerpos considerables, y se alzaban con las provincias, aliado con los Cristianos, se acercaba a Cordoba, y se apoderaba de sus muros. Pudo estorvar al principio que las tropas

Cristianas entrasen en la ciudad, pero al fin no pudo resistir a sus deseos, y les abrió las puertas. Mas cuando supieron estos los progresos que hacian los Almohades, tubieron por mas seguro retirarse, conservando la fortaleza de Baeza, con la que podian defender las fronteras de los dominios de Toledo. Aben Gania quedó en Cordoba, egerciendo la suprema autoridad; el pueblo lo aborrecia, por su amistad con los Cristianos, y apurada ya su paciencia, reconocio por gefe a Muhamad ben Omar, con consentimiento del mismo Aben Gania, que disimuló su rencor, y quiso aparentar moderacion y desprendimiento. Muhamad ben Omar se negó a ocupar el puesto a que lo llamaba la voz publica; mas viendose obligado a ceder, sufrio que lo proclamasen, y al dia siguiente desaparecio de la ciudad, dejando una declaracion escrita en que se despedia de los Cordobeses, porque no queria esperar que la instable rueda de la fortuna lo precipitase de la cumbre a que lo habian hecho subir por fuerza.

Los Cristianos, favorecidos de sus alianzas con los Muslimes del partido de Aben Gania, y de los muchos descontentos que se reunian a sus banderas, penetraron hasta Almeria, acau-

dillados por el rei Alfonso, mientras Raimundo de Barcelona bloqueaba la plaza por mar, con una numerosa escuadra. Los sitiados, aquejados por el hambre, se rindieron por capitulacion y Alfonso plantó las banderas de Castilla en las orillas del Mediterraneo.

Los Almohades, dejando para mejor tiempo hacer la guerra a este enemigo, se encaminaron a Cordoba, y le pusieron cerco, no ostante la oposicion de Aben Gania en el camino, y la tenaz defensa que hizo de los muros de aquella capital. Cuando se graduaron tanto sus aprietos, que ya le parecia imposible prolongar la resistencia, se salio disfrazado de la plaza, mientras las tropas opuestas, estaban empeñadas en una escaramuza, y pasó a Granada, con animos de hacer nuevos armamentos, y salir a campaña con nuevos aliados. Las tropas de Abdelmumen se apoderaron en seguida de la ciudad, siendo esta la señal de que otras les prestasen homenaje. Aben Gania, viendo que no bastaban sus fuerzas para contener a los Almohades, volvió a implorar el socorro de Alfonso, con cuya caballeria y los restos de los Almoravides que se le juntaron, aguardó a los enemigos en la vega de Granada. Allí aventuró un encu-

entro general, en el que recibió muchas heridas, de que murió pocos días después.

Privados de este jefe, los Almoravides se pusieron bajo el amparo de Alfonso, y unidos con sus huestes, y mandados por este rei en persona, sitiaron a Córdoba, talaron sus campos, y no osando asaltar los muros, aguardaron que el hambre y el cansancio rindiesen la constancia de los vecinos.

CAPITULO X.

Reinado de Abdelmumen en Africa.

EL gefe de la nueva nacion que iba ocupando poco a poco en España los dominios conquistados por los Almoravides, dueño de Marruecos y de las principales ciudades de aquel estado, hizo dos campañas felices contra algunas tribus rebeldes, y se dedicó, de vuelta de estas expediciones, a reparar los graves daños que habia sufrido la capital de su imperio. En el palacio principal, labró una mezquita mayor y mas magnifica que la mejor que habia en la ciudad en tiempo de sus predecesores. Construyó en ella unos pasadizos o galerias de estraña labor, por los que podia entrar y salir sin ser visto, y que comunicaban con los subterraneos de su alcazar. La tribuna que ocupaba en la mezquita era de las mas preciosas maderas de oriente, y las chapas, abrazaderas, barretas, clavazon, y tornillos, de oro macizo, trabajado con estraordinario primor. Pero de todas las preciosidades con que hermoseó su corte, la mas admirable

era una casa portatil de madera, de tan vasta estension que cabian en ella mil hombres, y era mas singular todavia por su estructura y mecanismo. Tenia seis alas que se alzaban con goznes, y estos y las ruedas no hacian el menor ruido, cuando se movian espontaneamente y a compas, en las direcciones convenientes. Fue autor de estas maquinas, y de otras no menos curiosas que habia en la mezquita, un ingeniero Malagueño, el mismo que dirigió las obras de la fortificacion de Gibraltar.

Mas el rei no descuidaba las empresas utiles mientras daba tanto esplendor a su corte. Fomentó la agricultura, dando el egemplo a los ricos hacendados, en una vasta huerta que plantó cerca de Marruecos, y en que crecian infinitos arboles frutales, y otras plantas raras y preciosas; fundó escuelas y hospitales; construyó puentes y acueductos, y procuraba remediar por todos los medios que estaban a su alcance los males de la guerra.

Estando empleado en estas pacificas tareas, recibio varias embajadas de Andalucia, convidandolo a pasar personalmente a España, para socorrer a Cordoba, cada vez mas estrechada por los egercitos Cristianos, y terminar con su autoridad y sabiduria los males que agoviaban

aquel pais. Oyó con benignidad estos ruegos, y prometio satisfacer los deseos de los Andaluces : mas antes debia pensar en los negocios de sus reinos, y en los disturbios que empezaban a manifestarse en ellos, por que el rei de Bugia, que se habia declarado su tributario, alzó de pronto el estandarte de la rebellion, y desafió su poder con un gran egercito. Abdelmumen, despues de una marcha rapidisima, hecha con la mayor cautela y silencio, se ofrecio de pronto a vista de su adversario, y en una sola batalla lo obligó a reconocer su inferioridad. Cuando lo vio vencido, y sin apoyo, lo llevó consigo a Marruecos, le dio una habitacion magnifica, y lo trató con el mayor aprecio y distincion.

Terminada esta espedicion, y convencido de la necesidad de tener una nobleza ilustrada, guerrera, y adicta a su persona, fundó un colegio para tres mil jovenes, hijos de los primeros personajes del estado. La organizacion de este establecimiento no deshonraria a naciones y epocas mas ilustradas. Los Hafites, que asi se llamaban aquellos mancebos escogidos, aprendian la filosofia que habia enseñado el Mehedi, se egercitaban en todos los egercicios militares, y navales, y se agilitaban y fortificaban con la natacion, la lucha, la carrera, y otros juegos

atleticos. Habia entre los discipulos trece hijos del rei que se distinguian por su sabiduria, moderacion y destreza.

Uno de ellos, llamado Cid Abu, pasó a España con una expedicion, mandada por Habu Afas, cuyo obgeto era sacar de manos de los Cristianos la ciudad y puerto de Almeria. Puso el cerco, y empezaron las operaciones, que desde el principio inspiraron gran recelo a los sitiados. El mismo Cid Abu dispuso la construccion de una cerca en torno de la plaza, que no dejaba entrada ni salida si no es a las aves. Acudieron formidables tropas de Muslimes y Cristianos, y alzaron otro muro enfrente del de los sitiadores, dando lugar a que se trabasen todos los dias reñidos encuentros, para estorvar y proteger los trabajos, hasta que la constancia de los Almohades fatigó a sus enemigos, obligandolos a separarse y dividirse. Mas no por esto habia esperanza de que cediese la plaza, que cada dia se mostraba mas inatacable y fuerte. Cid Abu la rindio por fin, despues de haber dispuesto un bloqueo maritimo que le cerró todas sus comunicaciones.

Poco antes de este suceso dispuso Abdelmumen la declaracion y jura del futuro sucesor del imperio de los Almohades, y para dar a este

acto toda la solemnidad que requeria, congregó en su corte a todos los gobernadores y personajes de las provincias. Recayó su eleccion en su hijo Cid Muhamad, y al mismo tiempo reparo el gobierno de sus estados, en sus otros hijos, nombrandoles por consejeros a los hombres mas doctos y seguros de su corte. En esta ocasion dio nuevas pruebas de su amor a la ilustracion, y de su aficion a las letras : pues como los doctores fanaticos de Marruecos hubiesen mandado quemar los libros de caballeria, prohibio que se egecutase este designio, y dispuso que se fomentase la publicacion de novelas y cuentos, y todos los ramos de literatura amena.

Los Cristianos de Sicilia, sabiendo cuan engolfado estaba el rei en estas tranquilas faenas, prepararon una espedicion, desembarcaron en Africa, y se apoderaron por fuerza de Mahedia. Abdelmumen escribio a las provincias, congregó su egercito, y se puso en marcha desde Sale. El orden que se seguia en esta jornada acreditaba el espiritu de orden, la regularidad y la magnificencia que lucian entre las eminentes prendas de aquel hombre extraordinario. Rompiase la marcha a la hora de la primera oracion : es decir, poco despues de lucir el alba. Para ponerse en movimiento se daba la señal en un

enorme tambor de quince codos de largo, y de una madera mui sonora, que para que se oyese bien de todo el egercito, se colocaba en alguna altura inmediata. Empezaban a desfilas las tribus, cada cual siguiendo a su bandera, y acompañada de los camellos y acemilas que llevaban las tiendas y bagages, y de los rebaños que debían suministrarles el mantenimiento. El egercito iba dividido en cuatro huestes, que caminaban separadas, con un dia de distancia de una a otra, a fin de que no faltase provision de agua, ni comodidad de lugar. Marchaban delante del rei cien caudillos en caballos magnificamente enjaezados, y en unas primorosas andas se llevaba el estandarte de Othman, que tambien habia sido de los Ommiyahs de Andalucia, y guardabase en una rica caja de madera aromática, cubierta de planchas de oro, empedradas de rubies, y esmeraldas, que formaban elegantes labores. Los forros interiores eran de tela verde de oro y seda, sembrada de piedras preciosas, y todo iba envuelto en paños de oro con bordados de perlas. El rei caminaba con su hijo Cid Muhamad, y detras iban los otros principes, seguidos de una banda numerosa de instrumentos belicos. Con este egercito, compuesto de centenares de tribus, recorrio parte del Africa

oriental sometiendo todos los pueblos que habian formado antes el territorio de Cartago.

Antes de llegar a Tunez, salio una embajada compuesta de los sugetos mas distinguidos de la ciudad, pidiendole seguridad, y que los recibiese bajo su fe y amparo. Abdelmumen respondió que los habitantes no serian molestados ni perseguidos, pero que debian entregar todos sus bienes, para ser distribuidos entre los Almohades. Esta proposicion no satisfizo a los de Tunez, y cerraron sus puertas con animo de defenderse hasta la ultima estremidad. Abdelmumen se detubo tres meses en el cerco, mas luego paso adelante, dejandolo encargado a una division de su egercito. Levantó su campo, y pasó a Cairvan, tomando de camino las ciudades de Susa y Safes, y continuando su jornada acia Mehedia. Antes de llegar a ella, las tropas que tenian sitiada a Tunez, apretaron tanto a los vecinos, que se rindieron con las condiciones puestas por Abdelmumen, el cual volvió atras con su caballeria, y tomó todas las riquezas de la ciudad, que se dividieron con rigorosa imparcialidad entre sus caudillos y soldados. Permanecio algun tiempo alli, disponiendo la construccion de una gran fortaleza, y de algunos colegios y hospitales. Acabadas

estas disposiciones, volvió a Mehedia, y le puso cerco por mar y por tierra. Vino de Sicilia una escuadra de doscientas naves, con maquinas y provisiones; pero fue en parte quemada, y en parte puesta en fuga por los Almohades. Sin embargo duraba el sitio, y aumentabanse los esfuerzos de las dos huestes enemigas. A los seis meses, sin embargo, de continuos acometimientos y salidas, los sitiadores penetraron por las calles, y pasaron a degüello a todos los Cristianos. Las otras ciudades de la costa se sometieron docilmente, y lo mismo hicieron las tribus poderosas que ocupaban toda la linea desde Barca hasta Telencen.

Habiendo adquirido en esta expedicion tan vastos territorios, Abdelmumen mandó medir por millas y parasangas toda la estension de sus estados Africanos, deducida geometricamente una fraccion tercia, por los montes, asperezas, rios, lagos y rodeos necesarios a los caminos, y por estas medidas mandó que se repartiesen las tierras, terminos, y comarcas de las ciudades y pueblos.

Despues de tan importantes conquistas, que hicieron dueño al rei de Marruecos de los paises mas importantes del Africa oriental, se puso en camino para Tanger, pasando antes por Oran,

donde licenció a sus tropas, escogiendo mil de cada tribu, con sus mugeres e hijos, y con estos fundó la ciudad de Bateha. Lo que dio motivo a esta medida fue el rasgo heroico de un noble vasallo de Abdelmumen, que los historiadores Arabes refieren del modo siguiente: como viesen los Almohades que se dilataban sus expediciones, y se alargaba su permanencia en Oriente, algunas tribus, deseosas de volver a su patria, creyeron que solo podrian conseguirlo dando muerte al rei. Concertaron entre si el modo de egecutar este designio, y resolvieron entrar de noche en la tienda de Abdelmumen, y asesinarlo mientras dormia. Un noble caudillo entendio algo de esta conjuracion, la reveló al monarca, y le pidio que lo dejase dormir a él aquella noche en su lecho, y que se retirase a otra tienda, custodiado por los hombres mas seguros, y mas adictos a su persona. “ De esta manera, le dijo, redimo tu vida, con la mia que vale poco, y hacemos un barato de suma importancia para el bien comun de los Muslimes. Yo espero que Dios me lo pagará con copiosa recompensa, si estos malvados ponen por obra su mala intencion, y si no, yo habre cumplido por mi parte lo que

debo hacer, y en ambos casos Dios es el remunerador."

No creyó Abdelmumen que debia despreciar aquel aviso: aceptó la oferta del caudillo, y este fue asesinado a media noche por los conjurados. El rei, no pudiendo recompensar tan importante servicio, si no honrando la memoria del que lo habia hecho, mandó poner su cadaver sobre una camella, y que la dejaran suelta, y en el sitio en que se echó, labró el sepulcro de su libertador, y en torno la ciudad de que hemos hablado.

Habiendose terminado a la sazón la fortaleza que habia mandado edificar en Gibraltar, pasó el estrecho, y entró en aquel pueblo, donde se detubo dos meses, recibiendo embajadas y diputaciones de los pueblos y caudillos de Andalucía, enterandose del estado de las cosas de España, y madurando sus planes para consolidar su dominio en este pais. Desde allí tomó sus disposiciones para que se hiciese una expedicion, contra los Cristianos de Estremadura, y la encargó a uno de sus mas acreditados caudillos, que salio de Cordoba, con diez y ocho mil caballos Almohades. El rei Alfonso de Toledo acudio a la defensa de sus lineas, y

presentó batalla, en que fue vencido con pérdida de seis mil hombres. Los Almohades recobraron las fortalezas de aquella provincia, y Abdelmumen, satisfecho con tan feliz resultado, volvió a Marruecos, para apercibir la gran operacion que debia someterle toda la península.

Como a su regreso hallase terminados los trabajos de la division territorial del imperio, mandó que sobre esta base se hiciese la distribucion del contingente de tropas y armas que debia suministrar cada una de las provincias y ciudades. La tribu Cumia, de que eran originarios los conspiradores que quisieron asesinar a Abdelmumen en Oran, se impuso los mayores sacrificios, como en satisfaccion de aquella culpa, y trató de contribuir con cuarenta mil hombres a caballo, dispuestos a seguir al rei en todas sus conquistas y expediciones. Esta columna se puso en marcha, sin previo aviso, y se dirigió acia Marruecos, llenando de desconfianza a los pueblos del transito. Cuando se acercó a la capital, todos se llenaron de inquietud; pero el rei mandó que sus tropas estubiesen apercibidas para un caso necesario, y que entretanto se astubiesen de manifestar el

menor recelo, y sobretodo de hacer la menor ofensa a aquellos extranjeros. El caudillo se paró enfrente de los muros, y mandó decir al rei las intenciones de su nacion. Abdelmumen los mandó entrar y los recibio con el mayor agasajo, dandoles el segundo lugar en las tropas de su guardia.

Hallandose mui adelantados los preparativos de la guerra que Abdelmumen queria hacer personalmente en España, recibio noticias satisfactorias de las ventajas que conseguian sus armas en aquel pais. Habianse reunido varios caudillos rebeldes de Andalucia, y marchado acia Granada, de donde los Almohades salieron en gran numero, y se encontraron con los enemigos en la vega. La batalla, que se llamó Asabicat, o derramamiento de sangre, merecio este titulo por la matanza horrible que sufrieron los dos egercitos: pero vencieron los Almohades. Los contrarios buyeron a favor de la noche, y mientras se fortificaban en algunos puntos, que consideraban como apoyos necesarios, se concertaban con los Cristianos, y unidos con ellos, salieron a vengar la anterior derrota, y sufrieron otra no menos grave en las llanuras de Cordoba.

Con estas satisfactorias nuevas, creyó Abdelmumen que era llegado el tiempo de consumir sus designios. Hizo el llamamiento final a sus pueblos, los cuales, dociles a su voz, se apresuraron a reunirse bajo sus estandartes, en tan exorbitante numero, que segun los historiadores Arabes, pasaba de trescientos mil hombres la caballeria sola. Mas se deshicieron mui en breve las lisongeras esperanzas que habian concebido los Muslimes. Abdelmumen cayó gravemente enfermó en Sale, y despues de haber revocado el nombramiento de principe heredero que habia hecho en su hijo Cid Muhamad, por sospechas que tubo de una conspiracion que habia tramado contra su vida, cedio a la violencia del mal a los sesenta y tres años de edad, y treinta y tres de reinado. Enterróse con gran pompa en Tinmal, al lado de su maestro y protector el Mehedí, y su muerte estuvo oculta, hasta que llegó su hijo y sucesor Cid Jusef, que se hallaba en Sevilla, y cuya venida y proclamacion puso termino a ciertos disturbios que ya empezaban a estallar en la corte.

Fue Abdelmumen hombre de eminentes prendas, de vasta instruccion, gran protector de las letras, impavido en los peligros, fecundo en los

planes, y moderado y frugal en sus hábitos y costumbres. Los estados que reconocian su imperio, en la epoca de su muerte, eran en España Almeria, Ehora, Berja, Baeza, Badajoz, Cordoba, Granada, y Jaen. En Africa ocupaban una estension de cuatro meses de camino de oriente a occidente.

CAPITULO XI.

Reinado de Jusef.

JUSEF empezó a manifestar tanta moderacion, y prudencia en sus ideas y conducta, que a pesar del nombramiento de su padre y del reconocimiento de sus pueblos, estuvo dos años sin usar los titulos de la dignidad suprema, por no disgustar a sus hermanos. Despidio las tropas que Abdelmumen habia congregado, y pasó a Marruecos, donde cautivó los animos de la corte y de la muchedumbre con su cordura, y liberalidad. Su hermano Cid Abu, que acababa de destrozar a los enemigos de los Almohades, en una sangrienta batalla dada en los alrededores de Murcia, pasó por orden suya al Africa oriental, para arreglar el gobierno de aquellos pueblos, y terminada esta operacion, volvió a España, con grandes fuerzas, a continuar la guerra contra los Cristianos. El rei lo siguió a pocos dias, entró en Sevilla con gran aplauso y ostentacion, y recibió embajadas de sus dominios en la Peninsula.

Hallabanse estos a la sazón divididos en facciones, y empeñados a veces en ostinados encuentros, que hacían mas encarnizados los odios, y daban mayor estímulo a los Cristianos. El rei sosegó aquellos disturbios, y como su principal obgeto era la guerra santa, dispuso una salida contra las tropas de Alfonso, cuyos resultados fueron el saqueo de muchos pueblos, y la toma de muchos cautivos. A su regreso a Sevilla, mandó edificar una gran mezquita en aquella ciudad, un puente y hermosos muelles en el río, acueductos para el riego de los campos, y adorno de los sitios públicos. Cuatro años se mantubo en la ciudad, haciendo frecuentes espediciones que no dieron lugar a grandes batallas, aunque contribuyeron al ensanche de sus dominios.

Pero su hermano Cid Abu, que ya había conseguido gran fama de guerrero, y que aspiraba a dar golpes decisivos a los enemigos de su religion, hizo entrada en tierra de Toledo, hasta llegar enfrente de los muros de la capital, matando y cautivando gentes, destruyendo pueblos, quemando alquerias, y aldeas, y cuando atemorizados los Cristianos estaban para someterse a su obediencia, salio a su defensa el caudillo San-

cho, llamado Abulbarda, por la alabarda de que usaba, que estaba cubierta de pedreria. Este intrepido guerrero traia consigo las huestes con que habia ganado muchas victorias : mas al presentar batalla enfrente de los Almohades, estos partieron de pronto y rompieron las filas Castellanas con tanto impetu, que fueron mui pocos los que se salvaron de sus alfanges. Sancho murio peleando como valiente, y con él la mayor parte de su egercito.

El rei pasó a la parte oriental de España, donde sus tropas convirtieron en ruinas y soledad los pueblos y territorios de su transito, y despues de una corta residencia en Sevilla, volvió a Marruecos, destrozó al rebelde Ziri, que se habia alzado con algunas plazas, y regresó a España, para la conquista de las que los Cristianos ocupaban en Algarbe.

La principal de ellas era Santarem, a la cual se dirigió el rei, y le puso cerco, con maquinas e ingenios, que hacian mucho daño en los muros, mientras sus continuos ataques molestaban y disminuian la guarnicion. De pronto mudó el campo, contra la voluntad de sus caudillos, y dio orden a su hijo Cid Abu para que aquella noche saliese con una division acia Lisboa. Equivocose

la orden, y se estendió la voz de que el egercito salia aquella noche con direccion a Sevilla. Cid Abu movio su gente, y las tropas acampadas en sus inmediaciones siguieron el movimiento y se pusieron en marcha. El rei, que ignoraba esta novedad, cuando al rayar el dia se levantó para la oracion, se vio sin mas egercito que la poca gente de su guardia y de su bagage, y la chusma inutil del de su egercito, que aun no habia empezado la marcha, por no haberle tocado su vez. Los Cristianos observando todo esto desde las atalayas, salieron con mucha caballeria, acometieron los pabellones, destruyeron cuanto encontraban, hirieron a las mugeres del harem del rei, y llegaron donde este los aguardaba con espada en mano, resuelto a morir antes que rendirse. Los primeros seis Cristianos que lo atacaron murieron a sus pies : mas cedio al numero, y cayó herido de muchas lanzas. En aquel punto llegaron algunos Almohades, y cargando a los Crisrianos, los arredraron y obligaron a volver a la ciudad. Retrocedio pocas horas despues gran parte del egercito, se renovó el cerco, y se combatio la ciudad con furor y ardiente deseo de venganza, hasta entrarla por fuerza de armas. Los cercados, que no espera-

ban misericordia, peleaban como rabiosos leones o heridos tigres. Diez mil de ellos murieron a los filos de las espadas de los Sarracenos. Mas estos levantaron el campo, y se retiraron tristes y despechados acia Sevilla. Jusef murio en el camino, de las mortales heridas que habia recibido en la sorpresa.

CAPITULO XII.

Reinado de Almanzor. Guerra contra los Cristianos. Batalla de Arcos. Almanzor en Africa.

JACUB aben Jusef, que tomó el nombre de Almanzor, ocupó el trono de su padre, por aclamacion general de los pueblos de Africa, prendados de sus dotes distinguidas, y de sus modales benignas y suaves. Su primer providencia, despues de celebrada la jura, fue sacar de su tesoro cien mil doblas de oro, y mandarlas distribuir entre los pobres de las aldeas. Mandó poner en libertad a los encarcelados por delitos leves ; perdonó las deudas a favor de su erario ; aumentó las pagas de los jueces ; visitó sus provincias ; fortificó sus fronteras ; fundó universidades ; multiplicó las posadas y las fuentes en los caminos, y no pensó en la política exterior hasta haber tomado cuantas medidas creia convenientes para el bien de sus vasallos.

Mas no bastaron estos felices anuncios a tranquilizar a los inquietos, ni a reprimir a los

ambiciosos. Dos hermanos y un tio suyo se le rebelaron, y fueron degollados por su orden. Al mismo tiempo, los restos del partido de los Almoravides se apoderaron de Cafisa y Cabes, donde entraron las armas triunfantes de Almanzor, haciendo sangriento estrago en los rebeldes, y destrozando despues los restos de sus tropas, que vagaban en los confines de Almagreb.

Despues que el rei hubo descansado de esta brillante y pronta expedicion, emprendio otra que terminó tambien en breve tiempo, apesar de no haberse detenido hasta Lisboa. Llegó a esta ciudad, talando los campos, arrasando la tierra, y tomando tantos cautivos, que no bajaban de trece mil los que lo acompañaron en su entrada en Fez.

Los Cristianos, informados del regreso de Almanzor a Africa, quisieron vengarse del daño que acababan de recibir, y entraron por las fronteras de las posesiones Sarracenas de Algarbe. Mas ocupado a la sazón en apagar las centellas de las ultimas discordias, el rei se contentó con reprender amargamente a los gobernadores y caudillos, mandandoles que se aperciesen a la conquista de aquella provincia, cuyas operaciones iba a dirigir en persona.

En efecto, partio poco despues de sus cartas,

tomó a Yelves, Abidenis, Beja y Beira, y entró en Cordoba con quince mil prisioneros rebeldes, y tres mil cautivos Cristianos. De allí volvió a sus estados de Africa, donde se detubo tres años dado a los cuidados de su gobierno.

Durante esta ausencia, los Cristianos cobraron tanto brio, y llevaron tan adelante sus conquistas, que acamparon victoriosos ante los muros de Algeciras. El rei Alfonso VIII de Castilla escribió desde allí la carta siguiente a Almanzor: “En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el rei de los Cristianos al rei de los Muslimes. Puesto que no puedes venir, ni enviar tus gentes contra mí, mandame barcos y saetias, que yo pasaré en ellas con mis soldados adonde estés, y pelearé contigo en tu misma tierra, con la condicion de que si me vencieres, seré tu cautivo, y habras grandes despojos, y tú daras la lei, y yo la daré al Islam, y tu me obedeceras si salgo victorioso.”

Almanzor, irritado al leer este desafio, mandó comunicar la carta a todos sus caudillos, y luego a las tribus que seguian sus banderas, y todos se ensañaron, y encendieron, y se apercibieron con ardor a la venganza. Cid Muhamad, hijo del rei, contestó por su orden a la carta de Alfonso, y lo hizo en los terminos siguientes:

“ Alah omnipotente ha dicho : revolveré contra ellos, y los hare polvo de podredumbre, con egercitos que no han visto, y que no podran evitar ni escapar de ellos, y los sumire en profundidad, y los deshare.” El rei, despues de aprobar la carta, y alabar el ingenio de su hijo, la entregó al mensagero, y mandó hacer los preparativos del terrible golpe que proyectaba dar al poder del rei de Castilla.

La muchedumbre que siguió sus banderas era tan innumerable, que no bastaban los rios para abrevarlos, ni la tierra para los pastos de su caballeria y acemilas. Desembarcó felizmente en Algeciras, y habiendose detenido alli un solo dia, para no dar tiempo a que se resfriase el entusiasmo de sus huestes, noticioso de que los Cristianos se retiraban, les siguió el alcance, y fijó sus tiendas a dos cortas jornadas de su campamento, y a poca distancia de la ciudad de Arcos.

Alli celebró consejo con los principales guerreros de sus huestes, y especialmente con los Andaluces, como mas practicos en aquellas tierras, y mas acostumbrados a medir sus armas con los de Castilla. Estos fueron de opinion que se confiase el plan de la batalla al caudillo Senanid, en quien ellos tenian gran confianza,

y que habia vencido a los Cristianos en diferentes encuentros. Senanid se presentó modestamente delante del rei, y consultado por él sobre el modo de hacer la guerra de los Cristianos, y las medidas que debian tomarse en el encuentro que se apercibia, dijo que los enemigos eran sumamente astutos en sus trazas militares, y que era imposible vencerlos, sin imitar sus mañas y arterias; que los Almohades y Andaluces, formando la vanguardia del egercito, debian empezar el conflicto atacando de repente a los Cristianos; que sostenidos aquellos por los Alarabes, Zenetes, y otras tribus aguerriadas, necesariamente habrian de romper y desordenar las filas contrarias; que el rei, con los Almohades, y los negros de su guardia, deberia situarse a espaldas de todas las tropas, en un sitio oculto y defendido por bosques y alturas; que en caso de conseguir ventajas los dos cuerpos primeros, este que quedaria de reserva, completaria la derrota, y en caso contrario acudiria al socorro de los que flaqueasen. Almanzor aprobó estas disposiciones, y mandó que se egecutasen con puntualidad.

Las tropas se colocaron y distribuyeron en las posiciones mas convenientes durante la noche. El rei la pasó orando con sus prin-

cipales caudillos, y a los primeros vislumbres de la aurora nombró los gefes de los cuerpos, paseó a caballo entre las filas de sus soldados, y tremoló el pabellon rojo, que era como el anuncio de la victoria. Colocado con la reserva, en el punto señalado por Senanid, dio la señal del ataque, y la vanguardia se puso en movimiento.

Los Cristianos que ocupaban los costados de una loma, destacaron una fuerte columna de caballeria armada de hierro, la cual envistio con irresistible empuje el frente de los Muslimes. Dos veces fueron rechazados, quedando muchos de ellos clavados en las picas, pero a la tercera, murio el caudillo que mandaba la vanguardia Sarracena, y esta empezó a desbaratarse. Al ver este movimiento se agolparon los Alarabes, y las otras tribus de su division, y rodearon por todas partes a la caballeria enemiga, resultando un empeño tan tenaz, y tanto ahinco de pelear por una y otra parte, que el polvo y el vapor de los caballos, oscurecieron con espesa nube la claridad del dia. Entretanto Senanid, con los Andaluces y los Zenetes, se adelantó a la loma en que estaba el rei Alfonso, penetró por sus tercios y escuadrones, y trabó pelea con diez mil caballeros que habian jurado no volver

espaldas al enemigo: y no las volvieron en efecto, pero todos ellos murieron peleando.

La caballeria Castellana, que no tenia noticias del ataque de la loma, se dirigió a ella cuando pudo desembarazarse de los Muslimes que la habian destrozado: pero viendo que todo el egercito estaba ya parte destruido, y parte huyendo, echó a correr desordenadamente, y a salvarse cada cual como podia. Alfonso, que se habia mantenido con gran denuedo y firmeza, hasta ver mui de cerca el estandarte de Almanzor, se retiró entonces aceleradamente, perdiendo considerable numero de los caudillos y guardias que lo acompañaban. Siguiéronlo los vencedores hasta la fortaleza de Arcos, y le pusieron cerco, creyendo que aquel monarca pensaba hacerse fuerte en sus muros: mas Alfonso habia entrado por una puerta y salido por otra. Entraron los Muslimes en la plaza, quemaron sus puertas, mataron a los que las defendian, apoderaronse de cuantas armas, riquezas y provisiones hallaron, y sacaron un gran numero de cautivos. Esta victoria fue una de las mas señaladas que los Sarracenos ganaron en la peninsula, y contribuyó en gran manera a consolidar el poder de los Almohades, y la reputacion de Almanzor.

Partio este con su egercito al territorio enemigo, y entró por él tomando ciudades y castillos, quemando aldeas y alquerias, y matando y cautivando a cuantos Cristianos se ponian a su alcance. Satisfecho con aquella venganza, harto de despojos y riquezas, volvio a Sevilla, y fue recibido en triunfo alli, y en todos los pueblos de su transito.

El año siguiente, marchó de nuevo a tierras de Toledo, se apoderó de Calatrava y otras fortalezas de la linea, y puso sitio a la capital, en cuyos muros se hallaba el rei Alfonso, con la parte mas florida de las huestes que le habian quedado. Los sitiadores cortaron el agua, quemaron los huertos, talaron los contornos, y aplicaron maquinas a las murallas y a las torres. Mas la plaza parecia inespugnable, y Almanzor no queriendo perder tiempo ni soldados, levantó el sitio, pasó a Salamanca, entró en esta ciudad por sorpresa, mató a sus moradores, se llevó en cautiverio a las mugeres y niños, quemó las casas, arrasó los muros, y continuando sus destrozos por do quiera que pasaba, tornó a Sevilla, a examinar el estado de las obras que habia mandado construir en aquella ciudad.

Cuando las vio concluidas, se puso en camino para Marruecos, donde por orden suya se esta-

ban edificando mezquitas, colegios, hospitales y otras obras de utilidad y adorno. Entonces pensó en la sucesion de la corona, y nombró por futuro gefe del imperio a su hijo Muhamad, que fue reconocido y jurado desde el centro de España hasta las regiones mas proximas a los desiertos interiores de Africa. El principe empezó a gobernar por orden y en nombre de su padre, mientras este reposaba de sus fatigas en los deliciosos jardines de su alcazar. En ellos le asaltó la ultima enfermedad, y su muerte fue sinceramente llorada por sus pueblos, y celebrada como una victoria por sus enemigos.

CAPITULO XIII.

Reinado de Muhamad. Batalla de Alacab.

Reinado de Almostansir. Guerra de Sucesion. Almemun. Fin del Imperio de los Almohades.

CUANDO Muhamad tomó posesion del trono, los Almoravides de Mallorca habian desembarcado en Africa, y tomado muchos pueblos importantes de la costa, de donde salieron a las provincias inmediatas, y en ellas hicieron destructoras correrias. Muhamad salio de Fez con fuerzas respetables, envió delante una division contra el enemigo, y este, despojado de sus plazas, y acosado por las tropas de Marruecos, atravesó el desierto, y se fortificó en Almahedia.

El gefe de los Almoravides de Mallorca era Yahie ben Ishac, soldado practico y valiente, que habia hecho gloriosas campañas en España, en Africa, y en las islas Baleares. Muhamad cercó la plaza, combatió sus muros con maquinas portentosas, y con los globos de hierro que estas

arrojaban, arruinó una gran parte de la ciudad, y los principales edificios publicos que contenia*. Pero la defensa era ostinada, y no se veia probabilidad alguna de rendicion. Sin embargo, Yahie viendo que la ciudad iba convirtiendose en un monton de escombros, imploró la piedad del rei, y le pidio la vida de los infelices habitantes. Muhamad no solo accedio a estas suplicas, si no que acogio benignamente al caudillo Mallorquin, el cual se alistó despues en su servicio, y le debio señalados testimonios de afecto y proteccion.

Para cortar de raiz los males que producian en Africa la ambicion de los Almoravides de Mallorca, envió Muhamad a aquella isla una fuerte espedicion, que se apoderó de ella, y tomó por asalto la capital. Abdala cayó en manos de los vencedores, que le cortaron la

* Los Arabes fueron los primeros que hicieron uso de la polvora en Europa, para lanzar balas y bombas. Sin embargo no parece que esta practica fue anterior a las guerras de Granada. El primer egemplo que se cita de ellas en la historia, es el sitio de Baza por los Sarrazenos en 1312. Los proyectiles del sitio de Almahedia eran probablemente lanzados por algun mecanismo, puesto que los historiadores Arabes hablan de maquinas portentosas, y no hacen mencion de fuego, ni de salitre.

cabeza, y la enviaron a Marruecos. Menorca e Ibiza se rindieron por capitulación.

Entretanto Alfonso había reparado sus pérdidas, y con las nuevas huestes que había alistado, y las que se le agregaron de Aragón y de Navarra, corría las tierras de los Muslimes, quemaba sus campos, tomaba sus fuertes, y se llevaba pueblos enteros en cautiverio. Las provincias de España imploraron el auxilio de Muhamad, el cual mandó congregar sus tropas, les repartió gruesas sumas, y desembarcó en Tarifa, con el ejército mas numeroso que había pasado hasta entonces el estrecho. Esta noticia se esparció inmediatamente por toda España, y obligó a los Cristianos a pensar seriamente en su defensa, de modo que se apresuraron a fortificar su frontera, y a dismantelar las plazas que habían tomado a los Muslimes.

Muhamad, ardiendo en deseos de venir a las manos con sus contrarios, se detubo pocos dias en Sevilla, y entró en los lindes de Castilla a la cabeza de su formidable expedición. Detubose por primera vez a vista de Salvatierra, fortaleza situada en montes escarpadisimos, con una sola entrada sumamente aspera y fragosa. Acampó el ejército, y empezó el cerco, que desde luego debía considerarse infructuoso, por las dificult-

tades insuperables del terreno. Pero el visir Abu Said, que aunque colmado de favores por su soberano y dueño de su confianza, era secreto enemigo de los Almohades, y aspiraba a destruirlos y perderlos, se ostinó en la continuacion de aquella inutil empresa, y aconsejó al rei que persistiese en ella, hasta llevarla a cabo. Fuese alargando el cerco tanto, que dicen que anidó una golondrina sobre el pabellon de Muhamad, puso sus huevos, empolló y volaron los pajarillos. Con esta inesperada detencion, que pasó de ocho meses, vino el invierno, se encrudecio la estacion, faltaron las provisiones, y pasto para las caballerias, y perecieron muchos soldados asi de la intemperie, como por falta de alimento. Cuando esto entendio Alfonso, y que los sitiadores estaban descontentos y murmuraban de sus privaciones y fatigas, aprovechandose de esta oportunidad, juntó cuantas tropas pudo, y tomó otras muchas que le suministraron los reyes Cristianos de la peninsula, y con ellas puso cerco a Calatrava, defendida por el caudillo Abul Cadis, con una reducida guarnicion. Como los embates de los sitiadores eran tan frecuentes como impetuosos, Abul Cadis escribia sin cesar a Muhamad, pintandole los aprietos en que se hallaba, y suplicandole que le enviase

algun socorro, sin el cual le era imposible sostenerse. Pero el visir interceptaba estas cartas, para evitar que el rei levantase el sitio de Salvatierra.

Al fin cansada y disminuida la guarnicion, y llegado el plazo que habia señalado Alfonso, se abrieron las puertas de Calatrava y este se apoderó de sus muros, observando escrupulosamente los articulos de la capitulacion, y permitiendo, en virtud de ella, que los Muslimes que la ocupaban saliesen seguros, y pasasen al egercito de Muhamad. Abul Cadis se presentó a este monarca, y por orden de su visir y favorito Abu Said fue muerto a lanzadas.

Los Andaluces del egercito, que tenian en alto aprecio a aquel caudillo, exasperados al ver la injusticia de que habia sido victima, murmuraron abiertamente del rei y de su visir, y dieron otras señales nada equivocas de descontento y de indocilidad. Abu Said mandó llamar a los gefes de aquellas tropas, los reconvino en los terminos mas agrios e injuriosos, y mandó que acampasen lejos de los Almohades, como indignos de su proximidad y comunicacion.

Era tanto mas peligrosa esta desavenencia, cuanto que Alfonso se aproximaba a marchas dobles con toda la fuerza de sus tropas, en las

cuales venian otros reyes Cristianos, y los caudillos mas acreditados de sus respectivos tercios. Muhamad apretó el cerco de Salvatierra, y esta plaza tubo que rendirse por capitulacion. Apenas se habian enarbolado en sus muros las banderas Sarracenas, cuando la vanguardia de Castilla se dejó ver en las alturas inmediatas.

Salio Muhamad, al recibir esta noticia, con todas sus fuerzas, y se avistó con el rei Cristiano en un campo llamado Alacab. Alli hicieron alto los Muslimes, y cuando los caudillos empezaban a dar las disposiciones de la accion, los Cristianos se adelantaron en tanta muchedumbre, que cubrian todo el terreno que la vista podia descubrir. Los voluntarios Sarracenos, que formaban un cuerpo de ciento y setenta mil hombres, salieron a hacerles frente, y quedaron envueltos por todas partes, sufriendo una espantosa matanza. Todos ellos murieron peleando, si hemos de dar credito a los historiadores Arabes. Entonces los Cristianos cargaron con nuevo arrojo contra los Almohades, y Alarabes, que por su parte hacian prodigios de valor; y en lo mas recio de la pelea, cuando el polvo y la sangre cubrian a los combatientes de ambos ejércitos, los caudillos Andaluces y sus escogidas tropas tornaron brida, y se salieron huyendo de

la batalla. De este modo se vengaron de la muerte de Aben Cadis, y de los desprecios de Abu Said.

Cuando los Almohades, Alarabes y otras tribus Berberies tubieron noticia de este desman, y del sacrificio de los voluntarios, viendo que todo el peso de la batalla cargaba sobre ellos por la derecha, y que cada instante se aumentaba el impetu de los Cristianos, principiaron a aflojar, y a desordenarse, y a huir delante de ellos. Los Cristianos siguieron con mayor pujanza, y los rompieron atravesando, y atropellando sus lineas. Deshecho de este modo el grueso del egercito, llegaron a la guardia real, en cuyo centro se habia mantenido sentado Muhamad durante toda la accion, esclamando: "solo Dios es veraz, y Satan es perfido." Y cuando ya casi llegaban a él los Cristianos, y los que lo defendian perecian peleando, tanto que de diez mil, quedaban ya mui pocos, se acercó al rei un Alarabe con una yegua, y le dijo: "¿hasta cuando te estarás sentado? ya está decidido el juicio de Dios, monta en esta castiza, que no sabe dejar mal al que la cabalga, y quizas Dios te librá, que en tu vida consiste la seguridad de todos." Montó el rei en la yegua, y huyó envuelto en el

tropel amedrentado, miserables reliquias de sus fieles y valerosas guardias.

Siguieron los Cristianos, cebando sus aceros en las espaldas de los Muslimes, y duró la matanza hasta la noche, siendo reducidísimo el número de los que escaparon con vida. Alfonso mandó pregonar que no se hiciesen cautivos; que se diese muerte a todos los enemigos y a los Cristianos que los guardasen. Sus ordenes fueron fielmente observadas, y los campos vecinos quedaron cubiertos de cadáveres.

Esta derrota fue la señal de la decadencia de los Mahometanos en España. Desde entonces empezó a flaquear su poder, y a desmoronarse el edificio que con tanto esfuerzo y fortuna habían alzado sobre las ruinas del trono de los Godos.

Cuando Alfonso terminó tan venturosamente la jornada de Alacab, pasó con su gente victoriosa a Ubeda, y la tomó por fuerza de armas, y no dejó en ella Muslim con vida. Sucesivamente se fue apoderando de otras tierras, y de las principales ciudades, hasta dejar un pequeño número de ellas en manos de los contrarios. Muhamad no se detubo hasta Marruecos, donde abandonó los cuidados del gobierno, se entregó

a los placeres, y dejó el mando a su hijo Almostansir, a quien habia declarado heredero de la corona. Asi vivio algunos años, procurando olvidar en las delicias y en el ocio, el atroz escarmiento que habia llevado su presuncion, hasta que murio envenenado por los partidarios de su hijo, sin que su perdida arrancase una lagrima, y sin que su memoria exitase una bendicion.

Almostansir subio al trono a la edad de once años, y sus tios gobernaban el imperio en su nombre. Eran hombres ambiciosos y malevolos, y distribuyeron las principales dignidades en favoritos destituidos de merito, y que solo pensaron en satisfacer por todos los medios posibles su codicia. Uno de ellos llamado Cid Abu Abdala mandaba en Andalucia, como absoluto soberano, de lo que resultaron injusticias y vejaciones en los pueblos, y general descontento en los habitantes. Los ricos y poderosos torcian a su favor la balanza de la justicia, y con sus dones alcanzaban cuanto querian, y hasta la impunidad de sus delitos. No permanecia un alcaide o cadi en su empleo, sino mientras no se presentaba un pretendiente que pagase mas la tenencia o la judicatura. Asi que los dominios Sarracenos de España llegaron a presentar mui en breve una vasta

escena de rapiñas, opresion, desconfianza y anarquia.

Los Cristianos conocieron que debian aprovecharse del desorden general, y despues de varias irrupciones, en que no hallaron casi quien les hiciera frente, pusieron cerco a Alcaraz, que era fortaleza importante, y muro de defensa de muchos pueblos ricos, y la guarnicion se entregó, y dio el egemplo a otras muchas que ni tenian medios ni deseos de resistir.

No fueron tan felices en la provincia de Cordoba, donde solo lograron hacer correrias, y saquear los pueblos indefensos; ni en Algarbe, donde un cuerpo de caballeria de Almchades sorprendio el egercito Cristiano, y lo hizo retroceder, con perdida de muchos tercios; pero la division que entró en el reino de Sevilla se apoderó del alcazar de Abidenis, pasando a cuchillo a la guarnicion, y a los habitantes, y haciendo un sangriento destrozo en las tropas de Sevilla y Cordoba, que llegaron al socorro de aquella fortaleza.

Almostansir en tanto, cuya aficion dominante era la vida pastoral, vivia rodeado de inmensos rebaños, y sin tener otros consejeros y ministros que los gañanes que los custodiaban. En estas ocupaciones, tan impropias de su digni-

dad, y de las críticas circunstancias en que se hallaba el imperio, lo alcanzó la muerte, que fue una señal de convulsiones y de guerra civil.

En efecto, no habiendo dejado posteridad, ni nombrado sucesor, se sucitó inmediatamente una encarnizada desavenencia entre sus parientes, que eran poderosos, y que dividieron el estado en facciones, todas armadas, y todas ansiosas de dominar, y de enriquecerse con los despojos de la nacion.

En España, el poder desmedido de los caudillos y gefes de provincia facilitaba los bandos y desavenencias. Hubo sin embargo un partido bastante fuerte para confiar la suprema autoridad a una persona sola, y recayó su eleccion en el principe Aladel, hijo de Almanzor, el cual fue proclamado rei en Murcia, con universal satisfaccion de los amigos del orden y de la justicia. Era en efecto hombre virtuoso y sabio, y desde luego pensó en remediar los desórdenes del mal gobierno que habia en España: pero mientras mas se esforzaba en administrar justicia, y en corregir abusos, mas lo aborrecian los que vivian y prosperaban a favor del trastorno general. Logró, apesar de estos ostaculos, que sus amigos de Marruecos lo proclamasen, y quitasen la vida

a un pariente suyo que se habia entronizado en aquella capital.

Pero su poder era tan debil en la peninsula, que no pudo oponer la menor resistencia a las continuas invasiones de los Cristianos, ni estorvar que ensanchasen sus dominios en Andalucia, en Algarbe y en Valencia. Penetraron al fin en su mismo territorio, y el se concertó con ellos, para conservar la autoridad, y reprimir a los que no podian avenirse a su rigor. Los personajes de su corte vituperaron su conducta, lo trataron de mal Musulman, alborotaron contra él los pueblos, y despues de deponerlo publicamente, le quitaron la vida ahogandolo en su propio alcazar.

Su hermano Almemun, inclito caudillo, de generoso animo, y profundo saber, fue proclamado califa, por unanime consentimiento de todos los magnates y caudillos Muslimes de España. Hallabase a la sazón en Sevilla, y queriendo seguir las huellas de su hermano, y corregir los males que aquejaban al cuerpo politico, empezó por escribir un libro contra la politica y leyes del Mehedi, en que probaba los inconvenientes de su practica, y ofrecia dar una nueva constitucion al imperio de los Almohades.

Cuando se supo esta novedad en Marruecos,

los principales empleados, que se veían amenazados de la disminucion de su autoridad, despreciaron las proclamas de los pueblos como tumultuosas, declararon usurpador a Almemun, y dieron la corona a Abu Zacaria Yahie, que mui en breve pasó con un egercito a España, para pelear con su competidor. Salio este a su encuentro, a la cabeza de un egercito Sarraceno y Cristiano, y lo halló en las inmediaciones de Medina Sidonia, donde las dos huestes contrarias estubieron largo tiempo empeñadas en sangrientas escaramuzas. Al fin vinieron a batalla campal de poder a poder, en la que las tropas de Yahie cedieron al primer impulso, y huyeron desordenadas por los montes.

Almemun no quiso perseguir a su rival: sino que se dirigió a las fronteras a contener a los Cristianos, que ya talaban las vegas del Genil, se habian enseñoreado en las inmediaciones de Granada, y tenían puesto cerco a Jaen. A este punto acudio el rei con gran diligencia, y llegando al campo de los sitiadores, los atacó de improviso, los hizo retirar precipitadamente, y les tomó las fortalezas de que se habian apoderado en aquella invasion.

Aseguradas las fronteras, se ocupó en afianzar su poder, y partió con gran celeridad a Mar-

ruecos. Llegó a sus muros con un campo volante de caballeria, y con tanto secreto y diligencia, que apenas tenian noticia de sus desig-nios sus contrarios, cuando lo vieron entrar por las puertas. Fuese en derechura al alcazar, y convocó a los miembros de los dos consejos, porque aun mantenian escrupulosamente, a lo menos en la forma exterior, las instituciones del Mehedi. Alli delante de su guardia, les echó en cara su deslealtad y la injusticia de su poder arbitrario, les oyó sus disculpas, y despues de haberlos convencido de sus intenciones per-fidas y ambiciosas, mandó que fuesen degollados en los patios de palacio. Esta sentencia fue egecutada al punto por sus guardias en los pre-sentes, que eran los mas soberbios, y entonados. Lo mismo mandó hacer en los ausentes, y en sus partidarios, y favoritos, y fue tan rigurosa su justicia, y tan esactamente puesta en egecucion, que en pocos dias vinieron a Marruecos cuatro mil cabezas, que por orden suya se colocaron en los sitios mas publicos de la ciudad. Esta seve-ridad impuso terror a la muchedumbre. Todos temblaban al nombre de Almemun, y a vista de sus guardias negros y Andaluces, que eran los fieles egecutores de sus mandatos, y los firmes apoyos de su poder.

Como la causa de la desmedida autoridad del consejo era la lei del Mehedi, buena quizas y util en una tribu reducida, pero inaplicable a una nacion rica y populosa, Almemun la anuló de un golpe, y corrigió y limitó las facultades de los dos consejos, reduciendolos a consultores del cadi, o juez supremo, en la administracion de la justicia, pero privandolos de toda intervencion en las cosas del estado, en la administracion de las rentas, y en la politica exterior. Atropellando las preocupaciones del vulgo mandó suprimir el nombre del Mehedi de las oraciones publicas, de los sermones, y de la moneda, y prohibio que se le nombrase en los actos publicos, como se hacia antes, dando a entender que estas señales de respeto, eran otros tantos homenajes tributados a la impostura, y al fanatismo. Estas innovaciones parecieron duras e insuportables al pueblo : pero el espectaculo de las cuatro mil cabezas tenia a todos atemorizados, y nadie osaba censurar, ni contradecir sus mandamientos.

Yahie sin embargo, deseaba lavar la mancha que habia recibido en los campos de Medina, y con este obgeto volvio a Africa, a la cabeza de algunas huestes que pudo recoger en Andalucia,

y en Ceuta. Llegó hasta cerca de Marruecos, de donde salio con los suyos Almemun, y con tanto impetu lo atacó, y tal estrago hizo en sus filas, que dejó diez mil contrarios en el campo de batalla. Yahie se libró huyendo con sus restos, y se refugió en las montañas de Fez; y de resultas de esta accion acudieron muchas tribus remotas a Marruecos, y ofrecieron sus servicios y obediencia al nuevo rei, cuyo nombre era ya el terror de los rebeldes.

Viendo establecida firmemente su autoridad en aquellos paises, Almemun volvio a la peninsula, informado de que el caudillo Anasir alborotaba los pueblos de Granada, y que los Cristianos se habian hecho dueños de Peñíscola, y de otras plazas fuertes. Entre los puntos que llamaban su atencion, ninguno le parecio tan interesante como la ciudad de Baeza, donde se habia alzado con el poder supremo un rebelde llamado Muhamad, aliado de los Cristianos que con su ayuda molestaban los paises circunvecinos, Almemun reunio sus gentes de Malaga, Sevilla y Cordoba, y con ellas sitió a la ciudad, resuelto a no levantar el campo, si no es entrarla por fuerza o de grado. Los de la ciudad, que no llevaban a bien la amistad de su gobernador con

los enemigos, favorecieron las intenciones del rei, y en pocos dias le abrieron las puertas, y le presentaron la cabeza de aquel caudillo.

Igual era la suerte de Murcia, en que se habia entronizado, tambien con el apoyo de los Castellanos, un principe de Zaragoza, llamado Aben Hud: con la diferencia, que este fue mui bien recibido por los Murcianos, que en sus virtudes y valor fundaban grandes esperanzas de conservarse tranquilos, en medio de los males que devoraban a España. Para resistir a los enemigos, que pudieran acometerlo, se unio con Anasir, y esta alianza dio tantos recelos a Almemun, que escribio a Fernando III el Santo, Rei de Castilla, enviandole grandes regalos, y pidiendole una suspension de armas, pretestando la necesidad en que se hallaba de apaciguar los pueblos, y castigar a los rebeldes que se las ocupaban. Aben Hud invadio entretanto las tierras de Granada, y Cid Abu Abdula, que mandaba en aquella provincia, se vio obligado a encerrarse en la capital, despues de haber sufrido muchas perdidas en los esfuerzos que hizo para contener aquel nuevo enemigo. Este sitió la plaza, cuyos habitantes le franquearon la entrada, y en ella fue proclamado rei, mientras Abdala llevaba tan tristes nuevas a su her-

mano. Almemun, que al mismo tiempo recibía la nueva de habersele revelado Valencia, conoció que sus fuerzas no eran suficientes para terminar aquella guerra, por lo que determinó pasar a Africa, y allegar un poderoso ejército que hiciese temblar a los enemigos de su corona. Asaltóle la muerte cerca de Marruecos, y con él puede decirse que terminó el reino de los Almohades en España.

Los tres príncipes de su dinastía que le sucedieron no pudieron ejercer su autoridad, sino en una pequeña parte del territorio, y solo la emplearon en defenderse contra los ambiciosos que aspiraban a derrocarlos. Cedieron al poder de los Beni Merines, como los Almoravides habían cedido a los fundadores de su prosperidad, y desde esta época Marruecos cesa de influir en la suerte de España, y empieza a perder la cultura y la importancia que le habían dado las dos dinastías anteriores.

CAPITULO XIV.

Facciones en España. Progresos de los Cristianos.

DESPUES de la retirada de Almemun a Africa quedaron los estados Sarracenos de España divididos en tres gefes de partido, que aspiraban a destruirse unos a otros, mientras las armas Cristianas aceleraban la ruina de todos ellos. Estos tres caudillos eran Aben Hud, proclamado en Murcia, Giomail, rei de Valencia, y el joven Aben Alahmar, sobrino de Nasir, de quien ya hemos hecho mencion, y que por muerte de su tio, se halló a la cabeza de una hueste poderosa, y señor absoluto de Jaen, Arjona, Guadix, Baza, y de todas sus dependencias.

Aben Alahmar era mui estimado entre la juventud de Andalucia por su valor y gentileza. Deseoso de señalarse en servicio de su tio, fue con la caballeria de este sobre Jaen, donde

entró arrollando a los que defendían la plaza, y donde tubo principio la fortuna que despues lo acompañó en sus empresas.

Las que al mismo tiempo hacían los Cristianos en todos los puntos en que podían venir a las manos con los enemigos de su lei, terminaban por lo comun en perdida de estos. Jaime, rei de Aragon, se apoderó de las islas Baleares, apesar de la matanza que hizo en sus huestes el gobernador de Mallorca. Fernando llegó hasta las cercanias de Cordoba, Xerez y Sevilla, esparciendo terror y desolacion por do quiera que sus huestes transitaban. Aben Hud, olvidando por este peligro las ventajas de sus competidores Muslimes, quiso hacer frente al rei de Castilla, y lo encontró cerca de Xerez, a orillas del rio Guadalete. Cuando estuvieron uno en frente de otro los dos egércitos, los Cristianos dieron muerte a los cautivos Sarracenos que tenían en su poder, a vista de las filas Mahometanas, en las que este espectaculo exitó un furioso deseo de venganza. Acometieron en efecto con terrible impulso, y los Cristianos salieron al mismo tiempo en tropel, empenándose una lucha encarnizada en que todos peleaban como fieras rabiosas. Rompieron los Cristianos

a la caballeria que los habia circundado, y se hacian paso por medio de la infanteria, abatiendo cuanto les ofrecia alguna resistencia. Enfin, disminuidos las dos huestes contrarias, por la espantosa matanza que reciprocamente se hicieron, los Cristianos se retiraron, y los Muslimes volvieron a Medina y a Xerez, a reparar las graves perdidas que en aquella sangrienta jornada habian sufrido.

Ubeda se rindio poco despues a las armas de Fernando, y quando Aben Hud marchaba a su socorro, tubo noticia de que los Cristianos, apoderandose de una noche oscurisima, habian sorprendido una de las torres de la muralla de Cordoba, y degollado las tropas que la guarnecian. Quando al rayar el dia se entendio en la ciudad este acaecimiento, acudieron muchos valientes vecinos a desalojar a los Cristianos: pero hallaron la torre tan bien defendida que todos sus esfuerzos fueron inutilles. Mudó de direccion Aben Hud, y trató de acudir a remediar este mal, pues Cordoba se miraba como la llave de Andalucia, y la posesion mas importante de los Sarracenos en los pocos dominios que les quedaban. A la mitad del camino tubo aviso de que los enemigos se habian apoderado del arra-

bal, y de que Fernando habia llegado al campo de Alcolea, con grandes fuerzas de Estremadura. Al mismo tiempo recibio cartas del rei Giomail, de Valencia, en que le pedia viniese a su ayuda, para defenderlo de Jaime, ofreciendole vasallage y sumision si lo preservaba de aquel peligro. Esta novedad lo hizo mudar de resolucion, y dio orden de que volviese atras el egercito, y tomase el camino de Almeria. Los Cordobeses, que peleaban tenazmente, defendiendo palmo a palmo las calles y las plazas, con la esperanza de que no tardaria el socorro que habian implorado, sabiendo la retirada de Aben Hud, y viendose abandonado de todas las fuerzas Sarracenas, se rindieron a las condiciones que los vencedores quisieron imponerles.

Aben Hud llegó a Almeria, se embarcó para Valencia, y fue perfectamente recibido por Abderraman, gobernador de la plaza, en ausencia de Giomail, que estaba defendiendo sus fronteras. Hubo grandes banquetes y fiestas en el alcazar, y Valencianos y Andaluces parecian sinceramente reconciliados y decididos a unir sus esfuerzos contra el enemigo comun. Pero en medio de las esperanzas que esta buena inte-

ligencia inspiraba a todos los Muslimes, Aben Hud fue ahogado por su perfido huesped, con cruel y barbara traicion. Los de su hueste no sospecharon el delito, por haberse divulgado que el rei habia muerto de apoplegia. Volvieronse aquellas tropas desanimadas a sus tierras, y no fue posible a sus caudillos detenerlas, ni inducir-las a seguir el comenzado intento de defender a Valencia. Sabido este acaecimiento en Murcia, fue proclamado rei Adid Dola, hermano de Aben Hud; pero a pocos dias perdio la vida en un levantamiento popular.

El asesino Abderraman, para consumir su falsia, y buscar un apoyo en caso de desgracia, hizo que los de Almeria se declarasen por Alhamar, que ya habia juntado numeroso egercito, para defensa de sus estados de Jaen y Arjona. Los caudillos y principales sugetos de estas dos ciudades enviaron emisarios a Granada, para acrecentar su partido en aquella provincia, y Alhamar, que habia fijado en ella su ambicion, invadio su territorio, y fue recibido en la capital con las aclamaciones de un pueblo cansado de sufrir, y deseoso de reónocer una autoridad protectora, y de tener por soberano un hombre digno de tan alta gerarquia.

El rei Jaime de Aragon, alentado con la desercion de los Sevillanos, entró en la provincia de Valencia, con su egercito y tropas auxiliares Francesas, y juró no volver atras sin tomar posesion de aquella magnifica capital, vergel de las amenidades de España, segun la espresion de los escritores Arabes. Aunque la caballeria de Giomail salio contra ellos, y escaramuzó muchos dias, no fue posible estorvar que llegasen cerca de sus muros, y le pusiesen sitio. Empezaron a combatir la fortificacion con incansable empeño, y valiendose de maquinas destructoras. Giomail se defendia valerosamente, aguardando los auxilios que habia pedido a sus amigos de Africa: mas la expedicion que los conducia estuvo muchos dias enfrente de la costa, detenida por los temporales, y sin poder aproximarse a tierra. Apurados ya los Muslimes con las incomodidades de tan largo cerco, y cansados de defenderse de asaltos y escaladas, obligaron a Giomail a que propusiese tratos de avenencia, y entregase la plaza con buenas condiciones. Salieron para esto dos caudillos, y concertaron con Jaime que la ciudad le seria entregada, ofreciendo seguridad a todos sus moradores, y libertad para irse a otra parte con sus haberes, y a los que queda-

sen tributarios, el libre uso de su religion, leyes y costumbres. Firmado este convenio, y otro en que se estipulaba una tregua por algunos años, los Sarracenos abrieron las puertas, y Jaime entró por ellas, enmedio de la consternacion de los habitantes y de los estrepitosos victores de los Aragoneses y de sus aliados.

CAPITULO XV.

Ultima epoca del dominio de los Arabes en España. Alahmar. Alianzas y Desavenencias entre Muslimes y Cristianos.

DESPUES de la toma de Valencia, Alahmar, rei de Granada, quedó siendo la unica columna del imperio de los Arabes en la peninsula Española. Para remediar por su parte tan repetidos infortunios, luego que dio sus disposiciones para el gobierno de la capital, encargandolo a los mas inteligentes y honrados de sus moradores, hizo llamamiento a sus gentes, y con tres mil caballos, y mitad de aquella fuerza de infanteria, salio a correr la tierra de Cristianos, y a poner sitio a Martos, que les era de mucha utilidad como punto de apoyo en sus invasiones y entradas. Los Castellanos vinieron a socorrer la plaza, y forzaron a los Granadinos a levantar el cerco: pero habiendo apretado su persecucion, los Muslimes volvieron caras, y pelearon con tanto denuedo, y con tal ventura que en pocas horas rompieron a sus enemigos, causandoles

tanta perdida, que solo escaparon con vida los que huyeron al principio de la accion.

Apesar de esta ventaja, suspendio por entonces sus operaciones, y se limitó a fortificar y asegurar sus fronteras. Volvio a Granada, y se consagró esclusivamente al bien de sus subditos. Labró hermosos edificios, hospitales, colegios y mezquitas; hermoseó la ciudad con abundantes fuentes; hizo acequias para el regadio de los sembrados y huertos, y procuró con particular esmero que los mercados estuviesen copiosamente provistos de todo lo necesario a la vida. Para los gastos que ocasionaban estas empresas no bastaban las contribuciones ordinarias: pero el pueblo se sometio con gusto a nuevos sacrificios, viendo que todo se empleaba en utilidad comun, y que la casa y el harem del rei eran el modelo de la frugalidad, del orden, y de la economia.

Como entretanto los Murcianos se entregasen pacificamente al principe Alfonso, hijo de Fernando III, y Jaime se apoderase de Denia y de otros puntos de la costa, Alahmar pensó en aprovisionar sus plazas fuertes, y dispuso con este obgeto que saliese de Granada para Jaen una recua de mil y quinientas acemilas, cargadas de

armas y viveres, con escolta de quinientos caballos. Tubieron noticia de esto los Cristianos de la frontera, salieron en gran numero, y dispusieron emboscadas en el camino por donde debia transitar aquel convoi: mas la escolta conocio su intento y retrocedio a la capital. Poco tiempo despues, y quizas de resultas de esta inutil tentativa, cercaron las tropas Castellanas la ciudad de Jaen, en que mandaba Abu Omar, varon esforzado, y en quien el rei tenia mucha confianza. Este caudillo se defendia con inteligencia y denuedo; mas no pudo evitar que los sitiadores talasen toda la comarca, tomasen la fortaleza de Aben Zaide, quemasen y destruyesen a Illora, y se llevasen de los pueblos indefensos infinito numero de cautivos. Salio Alahmar contra ellos, con cuanta gente pudo alistar, y peleó animosamente en Bolullos, a pocas leguas de Granada. El empeño fue largo, y sangriento: pero como la mayor parte de los Muslimes era gente allegadiza y poco acostumbrada a las armas, decayeron de animo y empezaron a huir, desordenando y llenando de pavor a los veteranos, de modo que les fue preciso ceder, padeciendo notable matanza en la retirada.

Sobrevinieron grandes lluvias y crudos temporales, mas no por esto desistían de su empeño los sitiadores de Jaen, y el cerco llegó a ser tan penoso, que ni ellos ni los sitiados descansaban un momento, pues día y noche se daban combates y asaltos, a cual mas porfiados y sangrientos. Conociendo entonces el rei de Granada el firme proposito y constancia del de Castilla, tomó la estraña resolucion de pasar confiadamente a su campo, ponerse bajo su fe y amparo, besandole la mano en señal de obediencia. Fernando no quiso que Alahmar lo exediese en confianza y noble generosidad ; lo abrazó, lo trató como amigo ; no recibio ninguno de los magnificos dones que le traia, y dejandole sus posesiones y estados, le impuso una contribucion anual, y la condicion de prestarle ausilios cuando los requiriese, y de asistir a sus cortes cuando lo convocase, a la manera que lo hacian sus grandes y ricos hombres. Firmaronse estos pactos delante de Jaen, en cuya ciudad se puso guarnicion Castellana, y los dos monarcas se separaron, dandose reciprocas muestras de buena armonia y cordialidad.

Ocho meses despues de este tratado, Fernando pidio ausilios a Alahmar para la guerra de Sevilla, y el mismo rei pasó con quinientos ca-

ballos escogidos, y entró en compañía de sus aliados en aquella provincia, ocupando desde luego la fortaleza de Alcala de Guadaira, que el rei Cristiano dio a los Granadinos, como primicias de la espedicion. Carmona y Constantina prestaron homenaje a Fernando, y otros pueblos lo hubieran hecho espontaneamente, si los vencedores no hubiesen entrado violentamente en algunos que no pensaban defenderse, destruyendo sus sementeras, arrancando sus olivares, y haciendo otros horribles estragos. Alahmar conoció los funestos resultados que estas tropelias podian acarrear a ambos partidos, y deseoso de evitarlos, aconsejó a Fernando que se usase al principio de medios suaves y benignos, y que solo se echase mano de la violencia y del rigor, con aquellos que se negasen a toda avenencia. Adoptose este aviso, y el mismo Alahmar consiguió con sus persuasiones que una parte de la provincia evitase los males de la guerra, y se allanase docilmente a la lei de la necesidad.

Fernando determinó al fin poner cerco a la capital de Andalucia, apercibidas ya las naves que debian molestarla por el rio. Alahmar tubo a su cargo uno de los puntos mas dificiles del asedio, que era enfrente de la puerta del alca-

zar. Allí habia continuas batallas, con la caballeria de Algarbe, que era lo mas florido del egercito, dando lugar a que los Granadinos mereciesen los aplausos de sus aliados, y a que Fernando se mostrase satisfecho de su buen servicio.

Las hostilidades se agriaban cada dia mas, tanto en el cerco por las continuas salidas de los sitiados, como en el rio, donde los barcos contrarios se arremetian unos a otros hasta hundirse y aniquilarse. Diez y ocho meses habian pasado en esta incesante lucha, cuando Alahmar propuso a Fernando que, para estorvar las comunicaciones de la ciudad con los puntos exteriores, se quemasen sus barcos, y se destruyese el puente. Parecio bien al rei este consejo y se verificó el incendio de la escuadra con maquinas, y ollas de alquitran, y la destruccion del puente con dos grandes naos de carga, que llevadas por el impetu del viento y del agua, fueron a dar en medio de las barcas que lo sostenian, y rompieron las cadenas de hierro que las trababan. Para aumentar los apuros de los Sevillanos, los sitiadores quemaron y saquearon dos arrabales, sufriendo al mismo tiempo considerable perdida, por la tenaz

defensa de la guarnicion, y las ingeniosas maquinas que dispusieron, con las cuales arrojaban a gran distancia dardos que atravesaban a un caballo armado de parte a parte.

Pero al cabo se fatigó su paciencia, y sin esperanza de que les fuese socorro alguno, trataron de rendirse, y propusieron sus condiciones, que fueron todas aceptadas por el rei. Las principales fueron que los Muslimes pudiesen quedar en la ciudad, y vivir en ella con toda libertad, gozando de sus casas y posesiones seguramente, sugetos solo al moderado tributo que pagaban a sus reyes: que los que no quisiesen permanecer en Sevilla tubiesen libre disposicion de sus cosas, y tiempo conveniente para salir; que por espacio de un mes se dieseen a estos ultimos acemilas o naves, para pasar a Africa, o a algun punto de lo interior donde quisiesen establecerse. Abul Hasan, que mandaba en la capital y en la provincia, apesar de las generosas ofertas del vencedor, entregó las llaves, y se retiró a Africa. Pocos de los habitantes fueron los que siguieron este egemplo: algunos pasaron a Algarbe, y a Xerez, y los mas aceptaron la proteccion de Alahmar, y se establecieron en sus dominios de Granada.

Cuando Fernando hubo tomado posesion del alcazar, y sus caudillos de las fortalezas de la ciudad y sus cercanias, Alahmar obtuvo su permiso para regresar a sus estados, y volvio a ellos, apesadumbrado interiormente al ver la prosperidad de los enemigos de su religion, y previendo que este engrandecimiento produciria al fin la ruina del imperio de los Muslimes en España.

Restituido a su capital, se dedicó a fomentar la industria y aplicacion de sus vasallos, concediendo premios y esenciones a los mejores labradores, yegüerizos, armeros, guarnicioneros y tegedores. Mui en breve aquel delicioso pais, de suyo tan feraz y productivo, llegó a ser el centro de la riqueza y de la abundancia. Propagaronse la cria y fabrica de seda, y las manufacturas de Granada llegaron a competir con las mas acreditadas de Oriente. Beneficiaronse las minas de oro y plata, y se empezó la obra de la Alhambra, que él mismo rei dirigia, mezclandose con los alarifes y arquitectos, y cuidando de todos los pormenores con el mayor esmero e inteligencia. Los pueblos repararon sus daños; la poblacion recibio grandes aumentos; se acumularon grandes capitales; la agricultura llegó a una perfeccion que no tenia eemplo, y el

reino de Granada, tan favorecido por la naturaleza, ofrecia una vasta escena de riqueza, de actividad y de ventura.

En estas honrosas y beneficas tareas pasaba la vida el fundador del reino de Granada, cuando supo que habia perdido la suya su aliado y protector Fernando. Inmediatamente envió mensajeros al rei Alfonso, dandole el pesame, y renovando sus tratados de alianza y amistad, en los mismos terminos en que las habia tenido con su padre.

Alfonso se ocupó dos años en el arreglo de sus estados, y al cabo de ellos escribió a Alahmar, pidiendole refuerzos para la conquista de Xerez. Conseguida esta, en virtud de una capitulacion igual a la de Sevilla, el infante D. Enrique, hermano del rei, siguió conquistando muchos pueblos importantes de aquellas cercanias, como Arcos, Lebrija, Medina y sus comarcas. Mas aquellos dos personajes se indispusieron poco despues, y Enrique escribió al rei de Granada, pidiendole asilo en su corte. Alahmar, por evitar disgustos con Alfonso, le respondió con un caudillo de su confianza que pasase a Africa, y le dio cartas para su amigo el rei de Tunez, encargandole que lo tratase como a su propia persona. Enrique adoptó este

partido, y pasó a Tunez, donde fue recibido con mucha honra, y hospedado, y tratado en el alcazar del rei, como su valor y nobleza requerian.

Alfonso, conociendo cuan ventajoso le era el auxilio de un aliado tan diestro y leal como el rei de Granada, le escribió de nuevo, comunicandole su proyecto de arrojar de España a los Almohades, atacandolos en las fortalezas de Algarbe que poseian. Al mismo tiempo le pedia los acostumbrados contingentes de tropas, que Alahmar suministró puntualmente; mas no quiso asistir a la espedicion, por no interrumpir los trabajos gubernativos a que se habia dedicado. Sin embargo sus guerreros pelearon con el mismo denuedo que siempre, bajo las banderas de Castilla, y las tropas aliadas se apoderaron del condado de Niebla, y de una parte mui considerable de Portugal.

Alahmar en este tiempo recorrió sus tierras, visitó sus provincias, y fortificó sus fronteras, temeroso de que terminase mui en breve la buena armonia que reinaba entre él y los Cristianos. Hallandose en Gibraltar, reparando sus muros, llegaron a visitarlo algunos caballeros Muslimes de Xerez, Arcos, Medina y Murcia, y le ofre-

cieron que lo aclamarían por soberano, si los ayudaba a sacudir el yugo que Castilla les había impuesto. Ofrecióles el rei que les respondería con brevedad: volvió a Granada, y consultó aquel arduo y delicado negocio con sus visires y consejeros. Los mas fueron de opinion que se aceptasen aquellas ofertas; que se rompiese la paz con Alfonso, y que se incitase a todos los Muslimes de España a tomar las armas contra aquel principe, cuyo poderio iba haciendose formidable. El rei alabó su buen celo, y les puso delante los peligros e inconvenientes de una guerra abierta con un caudillo tan esperto, y que podia disponer de fuerzas irresistibles; opinó que seria bueno ayudar a los rebeldes, pero con gran disimulo y precaucion; que se favoreciesen levantamientos parciales en puntos opuestos, a fin de distraer la atencion del enemigo: por fin, que cuando este llegase a exigir socorros, en virtud de los tratados existentes, se buscase un pretexto para negarlos, y en todo caso se rompiese abiertamente, y saliesen las tropas a campaña.

Prevalecio en el consejo esta opinion, y se comunicaron instrucciones secretas a Xerez, Algarbe y Murcia, para que todos se alzasen en

un mismo dia, y echasen de sus respectivas ciudades a los Cristianos que estubiesen de guarnicion en ellas. Los principales motores de la revolucion, hicieron creer a los pueblos para animarlos, que el rei de Granada los habia ya tomado bajo su fe y amparo, y que al mismo tiempo entraba en tierra de Cristianos haciendoles sangrienta guerra.

No fue menester mas para que el pueblo se acalorase. Sin aguardar a que estubiese maduro el plan de la insurreccion, y guiado tan solo por su odio, y por su innata aficion a novedades, tomó las armas, y alzó el grito, aclamando al rei de Granada. Murcia, Lorca, Mula, Xerez, Arcos, Lebrija y otros pueblos se alzaron en un mismo dia, matando y echando fuera de las fortalezas a los Cristianos que las tenian. En Xerez fue horrorosa la matanza, y tenaz la defensa de los de Castilla. El conde Gomez, que mandaba en aquella ciudad, sostubo con heroico denuedo el alcazar. Toda su gente estaba ya muerta, y él solo defendia la entrada, lleno de sangre, y cubierto de heridas: pero atropellado del gran numero de los que lo atacaban, cayó y murio desangrado. El egemplo de la rebelion cundio en todas aquellas cercanias, y fueron

muchos los Cristianos sacrificados a la venganza de sus enemigos. En Murcia entraron socorros de Granada, y el pueblo recobró su libertad.

El rei D. Alfonso envió sus tropas a contener este movimiento, y al mismo tiempo pidió al de Granada enviase otras a Murcia para recóbrar su autoridad perdida. Alahmar se escusó con pretestos de religion y politica, ordenando entretanto a los gobernadores de la frontera que estuviesen apercebidos para la defensa. Alfonso, poco satisfecho de aquellas escusas, mandó romper las hostilidades. Los dos monarcas, antes amigos, salieron a medir sus fuerzus, y se dieron sangrienta batalla a vista de Abenzaide. Mas no quedó decidida la victoria, y despues continuaron las escaramuzas y los encuentros sin notables resultados. Alfonso envió sus mejores caudillos a sojuzgar a los rebeldes de Algarbe, y entretanto su enemigo talaba en repentinas invasiones las fronteras Cristianas, robando ganados y cautivando gente. Para acudir a los de Murcia, que imploraban su asistencia, allegó mucha gente de a pie, y de a caballo, y la dividió en cuerpos, repartiendo sus mandos a los caudillos en quienes mas confianza tenia. En esta ocasion, y de resultas de la preferencia que

habia dado a los Zenetes y Zegries, se ofendieron los gobernadores de Malaga, Guadix y Comares, y con otros de menos nota que abrazaron su partido se negaron a tomar parte en aquella expedicion, pretestando la falta que hacian en sus respectivos gobiernos. Disimuló Alahmar el enojo que le causó este procedimiento, y les dio licencia para que se retirasen, mas esta suavidad no fue parte a curar la llaga que les roia el corazon.

De vuelta a sus estados, y mientras Alahmar se ocupaba en hacer jurar por sucesor del reino a su hijo mayor, los tres gobernadores escribieron a Alfonso, declarandose vasallos suyos, acogiendo a su proteccion, y ofreciendose a asistirlo con todas sus fuerzas en la guerra contra el rei de Granada. Alfonso que no aguardaba esta importante alianza, les respondió en los terminos mas amistosos, les prometio favor y ayuda, y los exitó a que saliesen a campaña, contra Alahmar, con cuantas fuerzas pudiesen recoger. Los confederados lo obedecieron sin detencion, y espaciaron sus escuadrones en el territorio de Granada. Esta division estorvó a Alahmar su ida a Murcia, y el rei Alfonso pudo mas a su salvo hacer la guerra a los descontentos de esta ciudad y a los de Xerez.

Pero fijó su principal atencion en esta ultima

plaza, a la que puso cerco, recorriendo entre tanto los pueblos y fortalezas de sus cercanias, y al fin de cinco meses, se le entregó la ciudad, sin otra condicion que la vida de sus moradores, los cuales la abandonaron, y se repartieron entre Africa y Granada. La misma suerte tubieron los principales pueblos de aquella parte de Andalucia, de modo que Alahmar por un lado perdía dominios, y por otro aumentaba la poblacion de los que quedaban en su poder: circunstancia de que resultaron grandes ventajas a sus pueblos, pues se cultivaron muchas tierras de las que hasta entonces habian quedado baldias, y los que preferian la industria a la agricultura, se dedicaron a trabajos utiles, que dieron considerable impulso a la prosperidad del estado.

Jaime, rei de Aragon, que deseaba estender sus conquistas por la parte oriental de España, se aprovechó de esta campaña que Alfonso hacia en Andalucia, y envió un egercito contra Murcia. Alfonso tambien dirigió parte de sus tropas al mismo punto, con designio de poner a la cabeza de aquel estado, a su hermano D. Manuel, a quien amaba entrañablemente. Para combinar los intereses de ambos soberanos, se dispuso que este principe diese la mano de esposo a la hija de Jaime; pero Violante hermana de esta, y muger de Alfonso, envidiosa del

merito, y de las futuras prosperidades de la que iba a ser reina de Murcia, escribió al rei de Granada, manifestando vivos deseos de restablecer la paz entre él y su esposo, y rogandole que hiciese proposiciones con este objeto, a fin de poder con mas holgura someter a los gobernadores rebeldes, mientras Alfonso refrenaba por su parte la ambicion del rei de Aragon. Al mismo tiempo le daba a entender que sus intenciones eran estorvar que Jaime ni alguno de su casa fuese dueño de Murcia, por satisfacer ciertas venganzas domesticas en que ella tenia sumo interes. Alahmar cedio a tan alagueñas proposiciones; envió sus gentes a Murcia, y escribió a Alfonso en los terminos que Violante le aconsejaba, y a esta manifestandole su gratitud, y ofreciendose a apoyar sus intentos, y a servirla en cuanto pudiese. Alfonso aprobó los partidos de su antiguo aliado, y lo convidó a una entrevista en Alcala; al mismo tiempo hizo entender a los gobernadores de Malaga, Guadix, y sus amigos, que no los abandonaria, aunque hiciese paces con Alahmar, si se decidia a esta medida por convenir asi a sus intereses.

La conferencia se verificó con demostraciones amistosas de una y otra parte. Alahmar, y su hijo y sucesor renunciaron a toda pretension y

derecho que creyesen tener sobre los estados de Murcia, y Alfonso se obligó a retirar sus ausilios a los gobernadores descontentos, estipulando un año de treguas con ellos, y ofreciendose a emplear en este intervalo su influjo y su mediacion en reducirlos a la obediencia del rei. Si no lo conseguia, Alahmar podria al cabo de aquel termino emplear contra ellos sus armas, sin que las de Castilla tomasen parte en la contienda. Murcia deberia formar parte de los dominios de Alfonso, pero bajo el gobierno de un principe Muslim, y los habitantes solo pagarian la decima que estaban acostumbrados a pagar a sus reyes, conservando el egercicio de su religion, sus leyes, sus costumbres, y sus tribunales. Alahmar en vez del servicio de caballeria que estaba obligado a dar a Alfonso, le contribuiria anualmente cierta suma, y emplearia todos sus esfuerzos en facilitar el allanamiento de Murcia con las condiciones referidas. Este tratado, que parecia tan favorable a las partes que lo celebraban, fue firmado por ambos monarcas, por el principe heredero de Granada, y por los magnates de una y otra corte.

Pero mientras se concertaban sus articulos, los caudillos Granadinos atacaron un convoi de provisiones que iba al campamento de los sitia-

dores de Murcia, y pelearon venturosamente con los guerreros que lo guardaban y conducian. Con la falta de estos viveres, y con las continuas salidas de los sitiados, estaban los Cristianos a punto de abandonar el cerco, y en especial por la mala inteligencia que reinaba entre los Aragoneses y los de Castilla, que unos a otros se mataban, y se alegraban mutuamente de sus perdidas y desgracias. Partieron acia Murcia los dos monarcas aliados, y Alahmar escribio a los gefes de la guarnicion, aconsejandoles que se abandonasen a la generosidad de Alfonso, e instruyendolos de las condiciones con que debia hacerse su entrega. Estas medidas tubieron el efecto deseado. Ajustaronse todas las desavenencias, y los reyes de Castilla y de Granada entraron en la ciudad, con universal satisfaccion de ambas naciones. Alfonso dispuso que Aben Hud, hermano del rei del mismo nombre de que se ha hecho mencion en los capitulos anteriores, quedase, con el titulo de rei, mandando en la capital y en la provincia. Alahmar ofrecio casas y posesiones a los personages Murcianos que no quisieron someterse al nuevo dominio, y partio con ellos a Granada, dejando a Violante satisfecha con la humillacion de su hermana, y envanecido a Alfonso con tener reyes tributarios.

Pasado el año convenido en Alcala para la sumision de los gobernadores rebeldes, y no habiendose conseguido este obgeto, Alahmar escribio al rei de Castilla que era llegado el tiempo de emplear la fuerza de las armas, y que ya disponia sus tercios para acometer a aquellos enemigos. Alfonso intercedio todavia por ellos, pero fue en vano, pues ya sus egercitos entraban en el territorio de Malaga y Guadix, y ocupaban muchas de sus mas importantes fortalezas. Entonces descubrio Alfonso todo el sistema politico que hasta entonces habia disimulado con tanta cautela. Poniendo aparte el caracter de amigo, y hablando como señor y soberano mandó a Alahmar que desistiese sin replica de aquella empresa, o que se dispusiese a haberlas con las fuerzas de Castilla; le notificaba que era necesario avenirse con los gobernadores, y que estos volverian a la antigua sumision, si se les entregaban las fortalezas de Tarifa y Algeciras.

Cuando Alahmar vio tal perfidia, y llegó a convencerse de que hasta entonces habia sido juguete de las arterias de Alfonso, solo pensó en tomar sangrienta venganza de tan artificioso enemigo. Sin embargo interin se apercibia a entrar en campaña le escribio quejandose de la infraccion del tratado; manifestandole la sin-

razon de su demanda, y aconsejandole que obrase con su acostumbrada cordura y generosidad, y como merecian los servicios que le habia hecho. Estas cartas llegaron a tiempo en que Felipe hermano de Alfonso, y otros magnates de su corte, llevando a mal el desmedido imperio que en él egercia su esposa, rompieron abiertamente con él, y se vinieron a Granada al amparo de Alahmar, cuya nobleza les era bien conocida.

Recibiolos como a tan ilustres personajes correspondia, y todos ellos fueron aposentados en las casas principales de la ciudad, y mui honrados por el rei, y por los hombres mas distinguidos y poderosos. Ellos por su parte se ofrecieron a servirlo en la guerra contra los rebeldes, y le rogaron que escusase cuanto pudiese ir contra el rei de Castilla, pues en esta empresa no podian ni debian ayudarlo. Alahmar aprobó su conducta, y partio con ellos y con Muhamad, el principe heredero, a comprimir las correrias del gobernador de Guadix. En esta guerra hicieron aquellos caballeros notables proezas, a competencia de los mas esforzados Muslimes, y el rei les daba parte en los despojos, y concertaba con ellos todos sus planes y designios. Sin embargo nada importante se

hacia en la campaña, por estar divididas las fuerzas Granadinas en puntos remotos, y peleando con diferentes enemigos. Alahmar cansado de tan prolija y enfadosa contestacion, imploró los auxilios de Jusef, rei de Marruecos, y le pidió algunos cuerpos de caballeria, para contener la soberbia del rei de Castilla, y obligar a los gobernadores de Malaga, Guadix y Comares a servir a la defensa de los Muslimes en España, y no a su acabamiento y perdicion. Jusef ofrecio acudir al socorro de Alahmar, y esta noticia esparcio la consternacion entre los Cristianos.

CAPITULO XVI.

Muerte de Alahmar. Reinado de Muhamad.

Jusef en España. Conquista de Tarifa.

Progresos de los Cristianos. Revueltas en Granada. Reinado de Nazar.

VOLVIO Alahmar a Granada, a disponer el recibimiento de las tropas que aguardaba de Africa, y a poco tiempo tubo aviso de que sus enemigos Sarraeenos entraban por sus fronteras, y hacian grandes estragos en los pueblos y en los campos. Encolerizose sobremanera, y mandó inmediatamente que se pusiesen a caballo todos sus guerreros, a cuya cabeza partio con animo de dar fin a tan larga y desventurada contienda.

A poco mas de medio dia de camino empezó el rei a sentirse indispuesto, y a la media hora le asaltó tan grave accidente, que fue forzoso volverlo a la ciudad en una silla, acompañado y asistido de todos los caballeros así Muslimes

como Cristianos que seguian sus banderas. La dolencia se agravó en extremo antes de llegar a la ciudad; detubose la comitiva, fijaronse tiendas, y el rei espiró despues de haber sufrido una violenta convulsion, y un copioso vomito de sangre. El principe D. Felipe se mantubo a su lado, hasta que exaló el ultimo suspiro. Esparcióse la noticia de su fallecimiento, y todos lloraban, como si cada cual hubiese perdido su propio padre. Enterrose con gran pompa, embalsamado en una caja magnifica, sobre la cual mandó poner su hijo el siguiente epitafio en letras de oro:—

“ Este es el sepulcro del Sultan Alto, Fortaleza del Islam; Decoro del genero humano; Gloria del dia y de la noche; Lluvia de generosidad, Rocio de clemencia; Polo de la secta, Esplendor de la lei; Amparo de la tradicion, Espada de verdad; Mantenedor de las criaturas, Leon de la guerra, Ruina de los enemigos, Apoyo del estado; Defensor de las fronteras, Vencedor de las huestes, Domador de los tiranos, Triunfador de los impios, Principe de los fieles; Sabio adalid del pueblo escogido, Defensa de la fe, Honra de los reyes y sultanes;

el Vencedor por Dios ; el ocupado en el camino de Dios,

ABUD ABDALA

MUHAMAD BEN JUSEF BEN NASAR

EL ANSARI.

Ensalcele Dios al grado de los altos y justificados ; Coloquelo entre los profetas, justos, martires y santos ; Complazcase Dios de él, y seale misericordioso, pues fue servido que naciese el año de quinientos noventa y uno, y que fuese su transito dia Giuma, despues de la azala de Alasar * a veinte y nueve de la luna Giumada postrera, año seiscientos sesenta y uno. Alabado sea aquel cuyo imperio no fina ; cuyo reinar no principia ; cuyo tiempo no fallecerá, que no hai mas Dios que él, el misericordioso y el clemente."

Luego fue proclamado rei Muhamad su hijo con general aplauso, y paseó las principales calles a caballo, con la flor de la nobleza, y empezó a dar claros indicios de querer seguir en todo las huellas de su padre. Cuando hubo arreglado los negocios del estado, y frustrado las esperanzas de algunos ambiciosos que fun-

* Oracion de la tarde.

daban en él los planes de su engrandecimiento, salio con su caballeria contra los rebeldes que habian aprovechado la ocasion, y llevaban gran presa de ganado y de riquezas que habian robado en tierra de Granada. Acompañaronlo los caballeros Cristianos que su padre habia acogido, y rompieron el egercito de los gobernadores, quitandoles los despojos que llevaban, y despues de haberlos perseguido volvieron triunfantes a Granada, donde el rei elogió el valor de los Castellanos, haciendoles ricos presentes de armas, vestidos, jaeces y caballos.

En este tiempo volvio de Africa el principe Enrique, por sospechas que tubo de que el rei de Tunez intentaba quitarle la vida; porque acaecio que esperando Enrique al rei para salir a caza, lo estaba aguardando en un patio del alcazar. Hallabase solo a la sazón, y sin saber como ni por donde se vio enmedio de dos leones, de los que el rei tenia enjaulados. El esforzado caballero sacó la espada para defenderse, y los leones no osaron acometerle, con lo que se salio del patio, y avisó a los leoneros que los guardasen mejor. El rei se escusó diciendo que habia sido una casualidad imprevista, pero Enrique entró en recelos, y volvio a España. Su venida llenó de cuidados al rei de Castilla,

sobre todo cuando supo por su medio que el de Marruecos pensaba venir a la peninsula, a dar socorro al de Granada, y castigar a los gobernadores rebeldes, y a sus auxiliares. Alfonso, intimidado por estas noticias, entró en negociaciones con Felipe, y con los grandes que lo habian acompañado, convidandolos a que volbiesen a sus tierras, y olvidasen los disturbios pasados, y manifestandoles al mismo tiempo que recibiria gran servicio en que tratasen alguna manera de reconciliacion y avenencia con el rei Muhamad. Como estos caballeros eran tan estimados por aquel monarca, no fue menester mucho para que accediese a sus propuestas, bien satisfecho de la nobleza y verdad de sus seguridades, y de cuanto por su parte le ofrecian. Concertaron ambos soberanos una conferencia en Sevilla, y Muhamad se presentó en esta capital con D. Felipe y sus compañeros, y fue recibido con gran pompa por Alfonso, el cual lo colmó de atenciones, y lo armó caballero, segun las formulas y usanzas de Castilla. Como Muhamad era culto en sus modales, ingenioso en su conversacion, y hablaba con mucha fluidez y elegancia la lengua Castellana, hacia largas visitas a la reina Violante, y a sus damas, de cuya ocasion se valio aquella astuta princesa para

suplicarle que le otorgase de antemano un favor que tenia que pedirle. Muhamad no vaciló un instante en dar su palabra que todo lo que la reina exigiese seria inmediatamente egecutado. Violante dijo entonces que la gracia de que se trataba era que acordase un año de tregua a los gobernadores de Malaga, Guadix, y Comares; en lo que Muhamad convino, por no faltar a su promesa, pero convencido de haber caido en las redes de Alfonso, que por este medio queria atarle las manos, y dar tiempo a los rebeldes para que se aparejasen a combatirlo con mayores fuerzas.

La proposicion de Violante fue repetida por Alfonso en las conferencias que tubieron sobre la paz que debia reinar entre Granada y Castilla. A todo se allanó Muhamad, exigiendo tan solo que terminasen las discordias entre Alfonso y Felipe, lo que consiguio a satisfaccion de ambos, y con vivo agradecimiento del infante y de sus amigos, que debian a su mediacion la restitution de sus bienes y dignidades.

De vuelta a su capital, Muhamad conoció cuan penosa era la posicion en que se hallaba, y cuanto podria estimular a sus enemigos la inaccion a que él mismo se habia condenado. Prevía que pasado el termino de la tregua, los

rebeldes serian ausiliados por las fuerzas de Castilla, y temia que Alfonso, obrando de concierto con ellos, invadiese al mismo tiempo su territorio. El unico arbitrio que pudo hallar para salir de tanto aprieto, fue escribir al rei Jusef, de Marruecos, refiriendole los males que aquellos rebeldes le causaban con su inobediencia; pintandole las enormes perdidas que el Islam habia sufrido en España, y obligandose a reconquistar toda Andalucia si le enviaba algunas divisiones, para lo cual, y como en rehenes de su buena fe, le daba los puertos de Algeciras y Tarifa. Jusef aceptó estos ofrecimientos, y por de pronto envió a aquellos dos puertos diez y siete mil hombres, asegurando que quedaba haciendo nuevos alistamientos, los cuales no tardarian en atravesar el Mediterraneo.

Toda España se atemorizó al tener noticia de este desembarco. Los gobernadores de Malaga, Comares, y Guadix, temerosos de ser victimas del resentimiento de los Africanos, se concertaron con Muhamad, y le pidieron perdon de su rebeldia. En tanto las tropas recién llegadas se dirigieron a Malaga, como les estaba ordenado por Jusef.

Pocos dias despues desembarcó él mismo con innumerable egercito que tardó muchas semanas

en atravesar el estrecho. Los gobernadores salieron a recibirlo, y estuvieron con él hasta la llegada de Muhamad. Jusef compuso sus desavenencias; reprendió a aquellos caudillos, por la discordia que habian promovido, tan contraria a los intereses de los Muslimes, y les mandó que estuviesen siempre unidos, y en servicio del rei de Granada, como que no podian conservar sus estados sin esta union y obediencia. Luego se trató de la manera de hacer la guerra a Castilla, y acordaron que Jusef entrase en comarca de Sevilla, y comenzase a talar la tierra de Ecija; que Muhamad con algunas compañías de caballos Alarabes, y con la caballeria Granadina invadiese las fronteras de Jaen, y que los tres gobernadores ya reconciliados llamasen la atencion del enemigo por la parte de Cordoba.

Don Nuño, uno de los caudillos que habian acompañado a D. Felipe durante su mansion en Granada, fue el destinado por Alfonso a salir al encuentro de Jusef, con la flor de la caballeria Castellana, y escogidos tercios de infanteria. Avistaronse los pendones de estas huestes, y si bien el caudillo Cristiano entendio que las habia con fuerzas dobles, todavia le parecio que no debia escusar la pelea sin mengua de sus armas; asi que sin dilacion ordenó sus columnas, y dio

la señal del ataque. Lo mismo hizo Jusef, mandando que su caballeria empezase el empeño. La tierra se estremecio al estruendo de los atambores y trompetas, y al horrible alarido de los combatientes. Los Muslimes dilataron sus filas, y rodearon a los Cristianos que peleaban con mucho valor: pero envueltos por los Alarabes cedieron vencidos, y solo se salvaron los que huyeron a la proxima ciudad de Ecija. D. Nuño murio peleando, y por su lanza murieron muchos valientes Muslimes.

Muhamad, aunque lleno de satisfaccion por la victoria de Jusef, mostró que le pesaba en el alma la muerte de D. Nuño, cuya cabeza le enviaba el monarca Africano. Al verla se cubrio el rostro con las manos, y exclamó: “ ¡ O mi buen amigo ! no merecias tan triste suerte.” Mandó embalsamar aquel sangriento despojo, y que se enterrase en Cordoba con todos los honores debidos a la amistad y al agradecimiento.

Jusef cercó la ciudad de Ecija al dia siguiente al de la batalla: los Cristianos la defendieron con tanto ahinco que los Alarabes no osaban acercarse a sus muros, por el gran daño que con las ballestas les hacian: pero entretanto corrian la comarca, saqueando los pueblos, y

tomando cautivos y despojos. Muhamad y los gobernadores asolaron al mismo tiempo la provincia de Jaen.

D. Sancho, infante de Castilla, joven impetuoso y arrojado, pero poco practico en las cosas de la guerra, acudio con gentes de Toledo y Calatrava a la defensa de las fronteras invadidas, y con tan impetuoso denuedo acometio a los Alarabes, que estos lo rodearon en breve tiempo, y lo hicieron cautivo. Como los Africanos quisiesen enviarlo a Jusef, y los Granadinos a Muhamad, se sucitó entre ellos gran disputa, en terminos que ya iban a tomar las armas unos contra otros. Pero el caudillo Nazar, que era de la casa de Granada, dando de espuelas al caballo, arremetió al cuitado D. Sancho, y lo pasó de una lanzada, diciendo: “no quiera Dios que por un perro Cristiano se pierdan tantos buenos caballeros como aqui estan.” El infeliz cayó muerto, y le cortaron la cabeza y la mano derecha, dividiendose estos despojos entre los dos partidos. Al dia siguiente llegó D. Alfonso con el grueso de sus tropas, y vengó la muerte de su hijo, trabando una batalla sangrienta, en que si bien la victoria no fue señalada, los Muslimes perdieron la flor de sus soldados.

Signio Jusef corriendo las cercanías de Sevilla, y como tubiese noticia de que los Castellanos trataban de impedirle la retirada a Marruecos por mar y tierra, se retiró acia Algeciras con rica presa de ganados y cautivos. Las naves de los Cristianos cruzaban ya el estrecho, y no quiso aventurarse a caer en sus manos. Sus tropas padecian ya falta de provisiones, asi que antes de venir a mayor aprieto, trató de avenencia con Alfonso, y concertó treguas por dos años a gusto de ambos, y sin consejo ni comunicacion con Muhamad. Este tubo gran pesar de aquellos tratos, que no esperaba de la nobleza y cordialidad de Jusef. Los gobernadores de Malaga y Guadix se retiraron a sus ciudades, y el primero renovó sus alianzas con Alfonso, escusandose de lo pasado, con el gran poder de Jusef que lo habia obligado a unirse con el de Granada.

Muhamad se fortificó, y dispuso a cuanto viniese. Pesabale haber cedido los puertos de Algeciras y Tarifa, que eran las llaves de sus estados, pues conocia que Jusef despreciaba los pactos, y solo atendia a su propia conveniencia. Dos años pasaron sin guerra abierta, los que el rei de Granada, sin desatender a la custodia de su frontera, dedicó al cultivo de las letras, y al

trato de los filosofos y poetas distinguidos que se habian reunido en su capital.

Terminada la tregua, Alfonso puso sitio a Algeciras por mar y por tierra, aplicando maquinas e ingenios que la combatian dia y noche, y poniendo en la mar muchas galeras armadas que no permitian entrar provisiones en el puerto. Los Muslimes hacian frecuentes salidas, y trababan sangrientas escaramuzas con los sitiadores. Durante el cerco, como faltasen las provisiones en el campo y en las naves, se entibió el fervor de las hostilidades, y los de las galeras enfermaron, y acamparon en la isla, dejando los buques con poca gente. Jusef que estaba en Tanger, avisado por sus espías del descuido de los Cristianos, envió contra ellos catorce galeras grandes, bien provistas y tripuladas, las cuales quemaron sin resistencia la armada Cristiana y a los infelices que en ella habian quedado. Intentaron despues desembarcar los Muslimes, y hallaron tan debil oposicion, que todos saltaron en tierra, mataron a cuantos podian alcanzar, y pusieron fuego a su campamento. Los fugitivos del campo llegaron a Sevilla llenos de pavor. Jusef pasó a Algeciras, y mandó edificar una nueva ciudad en el sitio que habian ocupado los sitiadores. Alfonso viendo que la fortuna se

oponia a sus empresas, escribió a Jusef, y renovó la tregua.

Como Muhamad habia separado su causa de la del rei de Marruecos, siguió haciendo guerra a los Cristianos, que acaudillados por el infante D. Sancho se aproximaban ya a las orillas del Genil. Salio con cincuenta mil hombres, que armó en pocos dias, y forzó al principe a retirarse a sus fronteras, despues de haberle hecho gran estrago en sus filas.

A la sazón, D. Sancho se indispuso con su padre, y escribió a Muhamad ofreciendole su alianza, y dandole en rehenes la plaza de Arenas. Vieronse ambos en Priego, y se trataron como si de largo tiempo hubieran sido amigos, concertaron sus tratos y confederacion, y cada uno partio a su territorio, para disponerse a empezar las hostilidades. Alfonso temio mucho de esta liga, y pidio socorros a Jusef, que acudio en persona a la defensa de su antiguo enemigo. Siguióse una larga y penosa campaña, con grandes alternativas de perdidas y ventajas para unos y otros, y con algunos disturbios y desconfianzas entre los monarcas de Castilla y de Marruecos. Estos dividieron sus tropas y se retiraron, el uno a Sevilla, y el otro a Algeciras, aunque Jusef lo hizo contra su

voluntad, y solo por no ser bastante fuerte para continuar la campaña sin los Castellanos. Alfonso cayó enfermo, y con sus pesadumbres domesticas se agravó su dolencia y acabaron sus dias. El merito superior de este gran monarca apagó en los Muslimes la saña de los preocupaciones religiosas y nacionales. Admiraronlo en vida como sabio, legislador, y prudente, y deploraron su muerte como la de un hombre benefico, franco, y generoso.

Sucediole su hijo D. Sancho, que inmediatamente renovó su amistad con el rei de Granada. Jusef le envió embajadores para darle el pesame, y pedirle la continuacion de la alianza que con su padre habia tenido. Sancho les respondió: “decid a vuestro Señor que hasta ahora me ha talado mis dominios, que yo tengo en una mano el pan, y en otra el palo, y que escoja lo que mas le acomode.” Irritado de esta respuesta, Jusef juntó gran caballeria Cristiana y Sarracena, y recorrio, haciendo horroroso estrago, las campiñas de Medina, Alcala, y Xerez. Pero intimidado al saber los grandes preparativos que su contrario estaba haciendo, volvio a Algeciras, y escribió a Muhamad diciendole, que él no habia venido de Marruecos para mal de los Muslimes; que deseaba antes de su par-

tida componer las desavenencias que entre ellos reinaban; que el estado parecia si no se le ponia termino, y que si el rei de Granada se preciaba de buen observador de la lei del profeta, viniese a Algeciras a conferenciar con él sobre los medios de establecer una paz firme entre los Sarracenos, y hacer la guerra de concierto al que era su comun enemigo.

Esta entrevista, a que concurrieron los gobernadores de Malaga, Guadix y Comares, no tubo los resultados que debian aguardarse. Fue imposible combinar intereses tan opuestos, y desarraigar enemistades tan envegecidas. Los gobernadores prefirieron la franqueza de Jusef, al disimulado desinteres de Muhamad; este se volvio a sus estados, y aquellos se concertaron con el Africano, y aun el de Malaga lo puso en posesion de su territorio, y se retiró a las tierras y alcazar que su protector le dio en Marruecos.

Jusef murio poco despues en Algeciras, y habiendo heredado el trono su hijo Jacob, sus primeros cuidados, despues de haber apaciguado algunos disturbios en Africa, se dirigieron a entablar negociaciones con Muhamad y D. Sancho, para mantenerse en paz con ambos principes. Pero durante su segundo viage a Africa, donde

lo llamaron nuevas agitaciones, Muhamad se apoderó de Malaga, por traicion del caudillo que mandaba en esta ciudad, y Jacub, ardiendo en deseos de venganza, mandó reunir en Tanger cuantas fuerzas tenia disponibles, y una numerosa escuadra en que debia esta embarcarse, y pasar con la posible celeridad el estrecho. Todo estaba ya dispuesto para el embarque, cuando sobrevino la armada Cristiana, y puso fuego a las naves Africanas, sin que una sola se salvase del incendio, y sin que pudiesen estorvar aquella desgracia los millares de guerreros que la veian llenos de despecho desde la costa. Sancho entretanto se aproximó a Tarifa, tomó la plaza despues de un sangriento asedio, y puso en ella de gobernador a D. Alfonso Perez de Guzman, que merecio por sus hazañas el sobrenombre del Bueno.

Cuando Jacub estaba deplorando tan repetidos desmanes, y concertando los medios de restablecer sus negocios en la peninsula, se presentó en su corte el infante D. Juan de Castilla, que se habia indispuerto con el rei su hermano, y venia a ofrecerle sus servicios, y a obligarse a reconquistar la plaza de Tarifa, si le daba medios suficientes para aquella empresa. Recibiolo Jacub afectuosamente, y mandó a

sus caudillos que acompañasen al príncipe con cinco mil caballos, y obedeciesen en todo sus ordenes. Desembarcó esta expedición en la playa vecina a la ciudad, y con la gente que se les juntó de Algeciras, le pusieron cerco, y la combatieron con ingenios y maquinas. Guzman sin embargo se defendia con tanta constancia, que apurado D. Juan por no poder cumplir la palabra que habia dado al Rei, acordó de probar por maña, lo que no podia realizar por fuerza. Tenia en su servicio a un hijo de Guzman, y lo mandó encadenar, y que lo pudiesen a vista del muro, y llamando de su parte al gobernador, le notificó que entregase la fortaleza si no queria ver morir a su hijo. Guzman no respondió, si no que desnudando su espada, la arrojó al campo, y se retiró del muro. Los Muslimes realizaron su amenaza, y echaron a la plaza, por encima de la muralla, la cabeza del malaventurado joven. Siguió el sitio, y persistió Guzman con heroica constancia en la defensa. Al fin cansados los sitiadores, renunciaron a toda esperanza de doblar su tenacidad, y se retiraron a Algeciras.

En este tiempo Muhamad reclamó de D. Sancho la posesion de aquella fortaleza,

que le habia sido usurpada por el rei de Marruecos. Negose el de Castilla a su demanda, y empezaron a pelear con encarnizamiento que aguzaba la memoria de sus antiguas amistades. Fue larga y ruinosa la campaña, y en ella se conquistaron por una y otra parte ciudades y castillos, aunque la victoria se pronunciaba generalmente por los Cristianos, que iban ensanchado poco a poco su territorio. Muhamad sin embargo volvio a tomar posesion de Algeciras, por convenio con los Africanos. D. Sancho murio durante la guerra, y a pocos meses lo siguió al sepulcro Muhamad, dejando por sucesor a su hijo Abu Abdala, llamado tambien Muhamad III.

Tenia este principe tan exelentes prendas, y era tan aplicado al gobierno de sus estados, que no bastaban sus secretarios y ministros a los trabajos que emprendia. Sin embargo, algunos disturbios que oscurecieron los primeros meses de su reinado, ofrecieron a los Cristianos la ocasion de acometer nuevas empresas, que por lo comun terminaban en gloria de sus armas. Apoderaronse de Gibraltar, llegaron a las puertas de Almeria, y ya iba Algeciras a caer entre sus manos, cuando el rei de Granada

consiguio del de Castilla que levantase el cerco, pagandole una suma enorme de monedas de oro.

Estas desventuras favorecieron las intenciones de algunos facciosos de Granada, que aborrecian a Muhamad III, y querian dar el cetro a su hermano el principe Nazar. Los conjurados rodearon el alcazar al rayar el dia, sin intentar la entrada, ni hacer mas violencia que gritar: "viva Nazar, nuestro rei." Otra chusma de gente desalmada y baldia acudio a la casa del visir, y la entraron por fuerza robando las alajas, ropas, libros, y preciosidades que contenia. Estos mismos se dirigieron despues al alcazar, y con pretesto de buscar al visir, que se habia refugiado en él, atropellaron a los pocos guardias que quisieron contenerlos; entraron furiosos, sin respetar la persona del monarca, y en su presencia maltrataron al obgeto de su furor, y se cebaron en robar y despojar el mismo palacio. Los caudillos de la sedicion se acercaron entonces a Muhamad, y le intimaron que abdicase, o se dispusiese a morir. Viendose solo enmedio de tantos enemigos, el rei cedio a la fuerza, e hizo con toda solemnidad la renuncia que se le exigia.

Nazar procuró ante todas cosas negociar pa-

ces con los Castellanos, para acudir a la defensa de Almeria, sitiada a la sazón por el ejército Aragonés del rei Jaime; mas no consiguió lo que deseaba, y tubo que acercarse a la plaza, dejando la frontera abierta a las incursiones de sus vecinos. Jaime le salió al encuentro, y empenóse la acción, a que puso término la noche, dividiendo a los combatientes exhaustos de cansancio, y quedando considerablemente disminuidos ambos ejércitos. Jaime levantó el sitio, y no quiso renovar el combate. Nazar volvió triunfante a Granada.

Poco después le asaltó un violento ataque de apoplejia, y habiéndose publicado la voz de su muerte, se alborotaron los amigos de Muhamad, y a su pesar lo sacaron en una litera de Almuñecar, y lo entraron en la capital. Pero Nazar estaba ya restablecido, y Muhamad pretestó que su venida había tenido por objeto visitarlo, sabiendo el quebranto que había sufrido en su salud. Nazar disimuló, le dio gracias por su atención, y le mandó volver a su retiro con todos los que lo habían acompañado. A pocos meses murió este malhadado príncipe, sobre cuyo sepulcro mandó grabar su hermano un epitafio lleno de los mas altos encomios de su virtud, prudencia, y sufrimiento en los trabajos. Quizas

no echaria de ver que estas bien merecidas alabanzas comprendian una satira amarga de su violenta usurpacion, y de su insana y ambiciosa conducta. Por muerte de Muhamad, Nazar, que hasta entonces no habia sido mas que un intruso, fue rei legitimo, y como tal reconocido por los que habian permanecido fieles al rei destronado.

Mas no tardó en experimentar las mismas calamidades que habia hecho sufrir a su predecesor. Apenas hubo firmado, con gran satisfaccion de sus pueblos, la paz que tanto deseaba con el rei D. Pedro de Castilla, cuando se amotinaron los Granadinos, con motivo de los ultrages que les hacia el visir Alhagi, grán favorito, y hombre de todas las confianzas del rei. Abul Walid, pariente de este, y gobernador de Malaga, aspiraba al trono, y avivó el fuego de la sedicion, ofreciendo proteccion y recompensa a los que la promovian. Juntaronse los descontentos, aproximaronse al alcazar, y osaron demandar a Nazar la cabeza de su ministro. Presentose Nazar a la muchedumbre, apaciguola con sus palabras, y ofrecio que el visir no incomodaria mas al pueblo. Con esto se calmó algun tanto la tempestad : pero el rei no hizo mas que privar al visir de su empleo. Esto no satisfizo a los ene-

migos de Alhagi, el cual permanecia al lado del monarca, obligandolo con su influjo a castigar a muchos de los que habian tomado parte en el alboroto. Muchos de estos huyeron a Malaga, y animaron al gobernador a que se apoderase del reino, asegurandole de las buenas disposiciones del vecindario de Granada, y de las facilidades que le ofrecia el descontento general. Abul cedio a estos alagos; juntó suficiente numero de tropas; allanó con poca dificultad las fortalezas del camino, y se acercó a los muros de la capital, de donde salio mucha gente a jurarle obediencia. Toda la ciudad se dividio en bandos, y los unos y los otros robaban y mataban, saciando unos su codicia, y otros sus resentimientos y particulares venganzas. En estas revueltas estuvieron gran parte de aqnel dia, y toda la noche, y al rayar la aurora, se abrieron las puertas del Albaicin, y por ellas entraron triunfantes los Malagueños.

El rei Nazar se habia retraido con sus amigos y guardias a la Alhambra, donde mui en breve lo cercaron las tropas de Abul. En este apuro escribio al rei D. Pedro, pidiendole que viniese sin perdida de tiempo a su ayuda. Juntó aquel principe su gente, pero no fue tan pronto como las circunstancias requerian, porque Abul es-

trechaba el asedio, y los caudillos y partidarios de Nazar le rogaron que se entregase con buenas condiciones, pues solo podia esperar socorro del cielo. Hizolo asi el monarca, y concertó con su sobrino que le cediese la ciudad de Guadix y su comarca, y seguridad y perdon para los que habian seguido su bando. Todo lo concedio generosamente el vencedor, contento con haber logrado tan facilmente el fin de sus deseos. Nazar se retiró a sus estados, donde pasó tranquilamente la vida, y donde murio pocos años despues, desengañado de los errores de la ambicion, y bien persuadido de los caprichos inconstantes de los pueblos.

CAPITULO XVII.

Reinado de Ismail. Reinado de Muhamad IV.

Reinado de Jusef.

ABUL Walid, o Ismail, que fue el nombre que tomó desde que fue aclamado rei, empezó a gobernar bajo los mas tristes auspicios. Noticioso de que el rei D. Pedro enviaba un convoi de provisiones a Guadix, a ruegos de Nazar, y que lo escoltaba una division del egercito Cristiano, mandó que los suyos le saliesen al encuentro, bien que no hubiese provocacion alguna de parte de los Castellanos, que ademas marchaban por territorio de un principe amigo y aliado. Los Granadinos atacaron sin saber la superioridad de las fuerzas contrarias, y estas no tardaron en envolverlos y derrotarlos, obligandolos a retirarse con perdida de mil y quinientos hombres.

De esta victoria, llamada batalla de Fortuna en las Cronicas Arabes, cobraron aliento las tropas de Castilla, y repitieron sus incursiones, y tomaron muchas plazas, logrando al mismo

tiempo que levantasen el sitio las tropas Muslimicas que se lo habian puesto a Gibraltar. Tan graves y continuas eran las perdidas que experimentaba el estado, que el rei determinó convertir en brio y entusiasmo el sobrecogimiento y temor que se habian apoderado de los suyos. Habló energicamente a sus caudillos; les hizo ver los peligros que amenazaban a los Muslimes si no se ponía termino a los progresos de sus contrarios, y de tal modo inflamó sus animos, que salieron de palacio a exitar a la nobleza y al pueblo, y cundiendo rapidamente el ardimiento que el rei habia sabido inspirarles, se logró que se armase toda la juventud, y que se juntase en pocos dias un egercito tan lucido como numeroso.

Salio Ismail a campaña, y ya era tiempo, puesto que los enemigos se hallaban a vista de la capital. Encontraronse con furor las huestes contrarias, y aunque vivo y destructor, no fue largo ni sostenido el empeño: porque los castellanos empezaron a ceder, al ver muertos a los infantes D. Pedro y D. Juan que los mandaban, y se retiraron perseguidos por los de Granada, hasta que los ampararon de su furor las sombras de la noche. De resultas de esta derrota, los vencidos perdieron muchos pueblos de la juris-

diccion de Cazorla, y pidieron treguas, que fueron estipuladas por tres años.

Cuando cumplio su termino, sabiendo Ismail que los de Castilla andaban en desavenencias entre si, allegó su gente, y dispuso una entrada que se prometio venturosa. Acampó enfrente de Baza, que poco antes habian ocupado los enemigos; fortificó su real; combatio la ciudad noche y dia; empleó proyectiles arrojados por la fuerza de la polvora*, y de este modo hizo gran estrago en los muros y torres de la ciudad. Tanto la estrechó, que tubo que capitular, y abrir sus puertas. Mas deplorable fue todavia la suerte de Martos, cuya guarnicion quiso defenderse hasta la ultima estremidad, y fue pasada a cuchillo.

Volvióse Ismail a Granada, donde entró con gran pompa, seguido por las recuas que llevaban los despojos de sus ultimas victorias, y por gran numero de niños y mugeres cautivas. Entre ellas habia una doncella de singular hermosura, que causaba la admiracion de todos. Habiala sacado de entre las manos de los soldados Mu-

* Son notables las palabras del historiador Arabe: "los ingenios, dice, lanzaban globos de fuego, con grandes truenos, en todo semejantes a los rayos de las tempestades."

hamad Aben Ismail, guerrero joven y acreditado; hijo del gobernador de Algeciras, y primo hermano del rei, costandole mucho trabajo y riesgo de su propia vida librarla de los que la habian hecho prisionera. Cuando Ismail la vio, se acordó de que era rei, y la mandó llevar a su harem. Ofendiose de esta tirania Muhamad, y se quejó al monarca con firmeza y energia. Este, que no sufria reconvenciones, lo mandó callar, y que se saliese de su presencia, y que si no queria permanecer en Granada se fuese de ella, y pasase al bando de los rebeldes y enemigos de la corona. Muhamad se retiró, devorado de zelos y de resentimiento, y juró tomar venganza del agravio recibido. Comunicó su proyecto a sus amigos, que eran muchos y mui encumbrados, y todos le prometieron ayudarlo a realizar sus planes. No queriendo dilatar el golpe, por no dar tiempo a su rival de que gozase de su presa, a los tres dias de la entrada del rei, se presentó a las puertas de palacio, con su hermano, y algunos de sus mas valientes amigos, y digeron a los eunucos que deseaban hablar al rei. Presentose este acompañado de su visir, y habiendose acercado Muhamad y su hermano a saludarlo, sacaron los puñales que llevaban escondidos, y le hicieron tres profundas

heridas en el pecho y en la cabeza. El visir sacó la espada para defender a su amo y defenderse ; pero cayó muerto a puñaladas por los otros conjurados. Fueron tan rapidos estos sucesos, que cuando llegaron los eunucos y guardias, ya los matadores estaban fuera de palacio, y los mas en salvo.

Tomaron al rei los ministros, y lo llevaron a la camara de la sultana madre, donde se vio que eran mortales las heridas. El segundo visir informado de quienes eran los autores del delito puso gran diligencia en prenderlos ; pero los mas estaban ya fuera de la ciudad, y los que pudieron ser habidos recibieron al punto la muerte. Cuando volvio a palacio halló gran alboroto a la puerta, donde se habia agolpado la gente de la ciudad preguntando como estaba el rei. Capitanaba este tropel el caudillo Ozmin, parcial de los conjurados, a quien el visir respondio que el rei estaba vivo, que las heridas eran leves, y que mui pronto lo verian sano. Mas al entrar en la camara, lo halló espirando : procuró sin embargo que no se divulgase esta novedad : salio de nuevo, volvio a palacio con todos los amigos que pudo juntar, y viendo que acababa de espirar Ismail, envió a decir a Ozmin, y a los demas caudillos y magnates que entrasen, pues el rei

deseaba verlos. Estando todos reunidos en el salon principal, se presentó a ellos Muhamad, hijo mayor de Ismail, y el visir dijo a todos los concurrentes que el rei se empeoraba, y habia mandado que su hijo fuese reconocido, y jurado principe heredero de la corona. Celebrose esta ceremonia, terminada la cual se anunció la muerte del rei, y el nuevo monarca fue aclamado en el palacio y la ciudad con el nombre de Muhamad IV.

Tenia a la sazón doce años, y aunque instruido y animoso, consintió en que gobernasen sus estados el visir Abul Hasan, y Otman, caudillo de la caballeria. Murio a poco tiempo el primero, y ocupó su destino un ilustre Granadino llamado Almahruc, hombre de diestra politica y de miras ambiciosas. Eran las circunstancias mui propicias para favorecer sus intentos; así fue que, durante el tiempo que el joven rei se dirigió por su consejo, logró oprimir a sus iguales, abatir a la nobleza, oscurecer a todos los hombres de merito, y apartar del trono hasta los hermanos del mismo rei; en fin llenó la corte y el reino de desavenencias y descontentos. Otman, apesar de su alta dignidad, y de la feliz campaña que hizo contra los Cristianos, tomando la fortaleza de Rute, fue tambien de los

ofendidos, y viendo que el rei se habia puesto enteramente en manos del visir, y no hacia caso de representaciones ni quejas, salio de la corte, y pasó a Marruecos con animo de ofrecer sus servicios a aquel soberano.

Luego que el rei tubo edad para gobernarse por sí, y discrecion para conocer la conducta de su ministro, lo depuso de su empleo, y lo mandó poner en prision segura. Con esta resolucion, confirmó las esperanzas que habia dado en su primera juventud, pues aunque hasta entonces no habia tomado parte en los negocios publicos, siempre se habia mostrado amigo de la justicia, firme en sus resoluciones, y recto y acertado en sus juicios. Era tambien mui dado a la caza, a los torneos, y a todos los egercicios de caballeria, distinguiendose en ellos sobre todos los nobles de su corte, y cautivando al mismo tiempo al pueblo por su gallardo talante, su gentileza y afabilidad.

Mas estas exelentes prendas, y el amor que los Granadinos le profesaban no fueron parte a contener los males que habian tenido origen en los primeros años de su reinado, y en las violencias e injusticias de su antiguo ministro y consergero. El injuriado Otman habia alborotado personalmente, y desde Africa los pueblos de la

tierra de Andaraz, proclamando al principe Terag, tio del rei, que estaba en Telencen, de donde se decia que pasaba a España con huestes numerosas y aguerridas. Salio el rei sin perder tiempo a castigar a los rebeldes; peleó con ellos con varia fortuna, y no pudo empeñarlos en una accion general, como lo deseaba, porque ellos se amparaban en las fragosidades de las sierras, y desde ellas se aprovechaban de los descuidos de las tropas reales, y recorrian, haciendo mucho daño, los pueblos de la llanura. Ibrahim, hijo de Otman, pasó de orden de su padre a Sevilla, a incitar a los Castellanos a tomar armas contra Granada. Logró cumplidamente su intento, y los Cristianos, despues de haberse hecho dueños de Vera, de Olbera, y de Ayamonte, se presentaron en gran numero cerca de Cordoba, donde se trabó una sangrienta batalla en que fue destrozada y forzada a ponerse en fuga la caballeria Granadina. El rei se retiró a Granada, y mandó cortar la cabeza al imprudente Almah-ruc, causa de todos aquellos desmanes.

Siguieronles otros no menos funestos y deplorables. Los Africanos que habian abrazado el partido de Otman, desembarcaron en el estrecho, pelearon denodadamente con los Andaluces, y les quitaron las plazas de Algeciras,

Marbella y Ronda. El rei se dispuso a salir a campaña, y a pocos dias de haberla emprendido tomó a los Cristianos por fuerza de armas las fortalezas de Cabra y Priego. En seguida pasó a Baena, que se le entregó viendo que la resistencia era inutil, y puso cerco a Casares, que levantó mui en breve, para salir al paso a las tropas que venian a su socorro. Dio a estas una sangrienta batalla, desbarató su caballeria, persiguio el grueso del egercito algunas leguas, y desembarazado de aquellos enemigos, y deseoso de acudir a sus estados invadidos, y de acercarse a los nuevos enemigos que Otman le habia sucitado, se aproximó a Gibraltar, y la cercó y la estrechó en terminos, que a pesar de las maquinas e ingenios con que los Cristianos la defendian, entró en ella por fuerza y se apoderó de sus muros y de su roca. Ronda, Marbella y Algeciras sacudieron el yugo Africano, y volvieron a poder de su rei.

Pero no fueron duraderas estas venturas. Los Cristianos sitiaron a Teba, y habiendose acercado los Muslimes a atacar a los sitiadores, estos sorprendieron sus reales, y mataron a cuantos los defendian. Teba se rindio, y despues Priego, Cañete, Cuevas y Ortegar. Entretanto el nuevo rei de Fez, Abul Hasan pasó

el estrecho y se hizo dueño de Gibraltar como si legitimamente le perteneciese. Muhamad sintió tan grave perdida, pero no quiso romper con un príncipe poderoso y guerrero, cuya fama habia atraído a sus banderas las mas formidables tribus de lo interior de Africa; así que, cediendo a las circunstancias, no solo le hizo cesion formal de aquella plaza, si no que llamado a su socorro por Abul Hasan, por haberla cercado una division Cristiana, juntó lo mejor de su egercito, atacó a los sitiadores, los derrotó en una accion mui reñida, y los obligó a renunciar por entonces a su empresa.

Abul Hasan se hallaba en Africa, y Muhamad se propuso hacerle una visita, y negociar con él una alianza, que tan necesaria le era, en los apuros que lo cercaban. Entró con este obgeto en Gibraltar; despidio a sus tropas, y se quedó tan solo con la pequeña escolta que debia acompañarlo en su viage. Pero como durante su mansion en aquella plaza, se jactase imprudentemente del auxilio que habia dado a los Africanos, chanceandose con estos caudillos sobre el desprecio en que los Cristianos los tenian, y el respeto con que miraban a los Andaluces, se ofendieron aquellos barbaros, y vengaron su injuria, pagando unos asesinos, que mataron al

rei a lanzadas a tiempo que con unos pocos caballeros de su comitiva habia ido a pasear por el monte. No pudieron defenderlo los suyos, por haber sido acometido en un paso estrechísimo, donde les era forzoso caminar uno tras otro. Los guardias y soldados que estaban en el campamento, avisados de la desgracia de su señor por los soldados que lo acompañaban, aunque eran pocos resolvieron vengarse cruelmente de aquella traicion: pero los Africanos previeron su intento y cerraron las puertas de la plaza. Partieron luego a Granada con la infausta nueva, y los visires y la nobleza proclamaron rei a Jusef Abul Agiag, hermano del desgraciado Muhamad IV. Los Africanos entregaron el cadaver de este, y por orden del nuevo soberano fue enterrado con gran pompa y solemnidad.

Apenas habia tomado Jusef las riendas del gobierno, cuando murio el visir Reduan, que habia servido con el mayor celo e inteligencia al ultimo rei, y contribuido por sus consejos y acertadas medidas a la paz interior, y a la prosperidad de que el reino habia disfrutado. Nombró Jusef en su lugar al noble Granadino Abu Ishac ben Abdelhar, y apenas se divulgó esta noticia cuando todos los magnates y caudillos que habia en la ciudad se presentaron al rei, y

acusaron al nuevo ministro de altanero, vano, vengativo, favorecedor de discordias y facciones, suplicandole por todas estas razones que lo depusiese de aquel alto puesto, si deseaba la ventura y el reposo de sus dominios. El rei les respondió que haria lo mas conveniente al bien comun, que les agradecia el aviso, y que no tardaria en probarles cuan precioso le era el celo que manifestaban en el servicio publico. Pocos dias despues les dio la satisfaccion que deseaban, y confirió el puesto de visir a Naim, hijo de Reduan, hombre virtuoso, pero tan justiciero y de tan dura condicion, que en el tiempo de su gobierno hasta los mas inocentes temblaban, porque la brevedad y sencillez de los juicios no permitian que se averiguase con la debida certeza la gravedad ni el autor del delito: asi fue que muchos perdieron la vida sin mas que ligeras presunciones, y otros huian del pueblo temerosos de ser victimas de aquella precipitacion. Jusef que daba audiencia a todos, y acogia benignamente las suplicas de los vasallos mas humildes, noticioso de estos exesos, y viendo que procedian de la iracundia y mal humor de su visir, lo despojó del mando, y lo hizo encarcelar en una torre.

En este tiempo llegó a Granada la noticia

que el rei de Fez Ali habia pasado el estrecho, y desembarcado en Algeciras, despues de haber ganado a los Cristianos una victoria naval, en que casi todas sus naves habian sido destruidas o apresadas. Celebrose esta nueva en Granada con iluminaciones, fuegos y bailes, y Jusef trató de ir a visitar a aquel monarca con los principales sugetos de su egercito y de su corte. Vieronse los dos soberanos, con mutua satisfaccion y amistad, y trataron desde luego de poner sitio a Tarifa, que los Cristianos ocupaban. Empezaron las operaciones, y se hizo uso de la artilleria, que causó grandes daños y ruinas en la poblacion: pero como el cerco se dilataba, el rei de Fez mandó una division de Almogarares a talar y correr las tierras de Xerez, Medina, Lebrija y Arcos, dando la direccion de aquella empresa, y el mando de las tropas, a sus caudillos Ali Atar, y Abdelmelic, que eran de los mas distinguidos del egercito. Los Cristianos que guardaban aquella frontera salieron a su defensa, y hallaron a los Muslines donde menos los aguardaban estos. Sobresaltados con el impreviso ataque de los enemigos, y embarazados con la rica presa que llevaban, apenas acertaron a ponerse en orden para defenderse, y llenos de confusion, echaron a huir, sin atender a las

ordenes e instancias de sus gefes. Ali Atar y Abdelmelic fueron de los primeros que murieron peleando, y sosteniendo el empuje de los contrarios, para dar tiempo a que los suyos se rehiciesen. Mil y quinientos Muslimes que imitaron su egemplo quedaron en el campo de batalla.

La nueva de esta desgracia llenó de sentimiento a todos los Muslimes, y de despecho a los dos monarcas, especialmente por la perdida de aquellos dos guerreros en quienes fundaban sus esperanzas. El de Fez escribió a sus estados pidiendo nuevos refuerzos; y el de Granada hizo lo mismo.

Los Cristianos cercados en Tarifa veian aumentarse cada dia el campo de los Muslimes, y que su innumerable gentio cubria los montes y llanuras de la comarca. Escribieron a los reyes de Castilla y Portugal, pintandoles con vivos colores el aprieto en que se hallaban, y manifestandoles que si no intentaban hacer un gran esfuerzo en su favor, necesariamente cederian al exesivo numero de sus contrarios. El Castellano estaba a la sazón en Sevilla, y se puso al instante en movimiento, con los tercios que tenia disponibles. Siguiolo a poco tiempo el de Portugal, y reunidos ambos, descubrieron en Hjarayel

el campo de los Sarracenos, que avisado por las partidas avanzadas, se movio contra ellos, en varias divisiones. Los cuatro soberanos ordenaron por si mismos sus gentes, y tomaron las disposiciones convenientes para la pelea; pero como ya fuese a puestas del sol, a unos y a otros parecio poco espacio de tiempo el que quedaba del dia, para dar una batalla decisiva, y no querian que la ya cercana venida de la noche interpusiese treguas a sus hostiles intenciones. Asi fue que pasaron la noche en sus respectivos campamentos, aguardando la venida del alba con la incertidumbre del temor y la esperanza, observando el orden mas riguroso, y sin permitir que saliesen patrullas, ni descubiertas, ni que se trabasen escaramuzas. Los caudillos arengaron a las tropas, esforzandolos para los conflictos del siguiente dia, y exortandolos a la union y a la firmeza si querian conseguir la victoria.

Al despuntar el crepusculo se oyeron las trompetas de los Cristianos, a que respondieron las bocinas Sarracenas, y los alaridos de los guerreros de una y otra parte. Corria en medio de ambos campos el Guadalecito, a cuyas margenes llegaron primero los campeadores Cristianos, saliendo a su encuentro a toda brida los

Zenetes, Gomares y Granadinos. Trabaronse ambas huestes con igual valor, y en lo mas recio del combate, comenzaron a remolinarse ciertas tribus Africanas, a que se dirigieron los caballos armados de Castilla, desbaratandolas, y dividiendolas del resto de las tropas. Al mismo tiempo hicieron una violenta salida los sitiados, se apoderaron del real de Abul Hasan, de su harem y de sus riquezas, y al punto, los Africanos, que no aguardaban este acometimiento, abandonaron llenos de terror el campo, en que solo se mantubieron firmes los Andaluces, y a su cabeza el rei Jusef. Viendo este que la flor del egercito enemigo cargaba sobre los suyos, y que los Africanos habian desaparecido, mandó que su vanguardia empezase a retirarse peleando, y dirigiendose acia Algeciras; lo que se verificó, sosteniendo aquel movimiento las otras divisiones, y dejando trazas sangrientas en todo el camino. El rei de Fez se refugió a Gibraltar, y el mismo dia de la batalla se embarcó para Ceuta.

Tambien tubo que embarcarse Jusef con sus tropas, por haberle dado aviso sus descubiertas que los enemigos ocupaban todos los pasos de su retirada. Desembarcó en Almuñecar, y entró en su capital, donde las ultimas desgra-

cias esparcieron la consternacion en el vecindario, por haber sido la accion de Guadalecito funesta a muchos magnates y nobles Granadinos, que prefirieron la muerte a la fuga. Despues de aquella victoria, los Castellanos entraron en tierra de Cordoba, y tomaron a Priego y Benamegi, y para dividir las fuerzas de los contrarios, enviaron una division a sitiar a Algeciras, mientras otra, con el rei Alfonso a su cabeza, se dirigia acia Granada.

Jusef, dejando bien fortificada la capital, y en ella escogidos cuerpos de a pie y a caballo, partio con gran celeridad a Algeciras, cuyo cerco era ya sumamente mortifero y empeñado, habiendo construido los Cristianos altos torreones para combatir mas seguros la ciudad, mientras los sitiados hacian oportuno uso de la artilleria, cuyas ventajas les eran conocidas, y que hacia gran estrago en las lineas opuestas. Llegó Jusef a las margenes del Guadijaro, y bien hubiera querido atacar de pronto a los sitiadores: pero los gefes Muslimes no osaban acometer al campo fortificado en que se habian retrincherado, y prefirieron aguardar a que saliesen de él, para sorprenderlos donde no tubiesen aquel abrigo.

Sin embargo el rei, temiendo que la ciudad

estubiese en los ultimos apuros, y que se perudiese si no recibia pronta ayuda, animó a sus gentes, y llegó una madrugada a orillas del rio Palmones, que mediaba entre los dos campamentos. Pareciole oportuno aventurar una sorpresa, y con este designio ordenó que se acometiese antes del dia, cuando menos lo aguardasen los Castellanos. La arrancada fue intrepida, y violenta, y grande la confusion de los atacados, pero los anchos fosos que los defendian desordenaron a los Muslimes, y no pudieron hacer todo el efecto que deseaban. Rompieron sin embargo cuanto se les puso delante, pero quedaron muchos caballeros clavados en la espesa selva de lanzas que les opusieron; ademas la muchedumbre que acudio a las trincheras era tan considerable que parecio imprudencia continuar tan desesperado empeño. Los de la ciudad, cuyas provisiones escaséaban, y que ya no podian resistir tanta fatiga y aprieto, viendo que Jusef desistia de la empresa comenzada, le enviaron a decir que se concertase con el rei de Castilla, o que ellos cederian a la necesidad, y le abririan sus puertas. Lo mismo le aconsejó el rei de Fez, a quien envió a pedir socorros, que le fueron negados con pretexto de los disturbios y revueltas de Africa. No quedando

pues otro recurso, Jusef envió emisarios a Alfonso con proposiciones de avenencia; mas este a nada quiso dar oídos si no se le entregaba la ciudad. Por dictamen de todos los caudillos de sus tropas, Jusef abrazó este último partido, y se convino entre ambos monarcas que desde luego los Muslimes pasasen de la ciudad nueva a la antigua con cuanto tubiesen, y en conveniente plazo pudieran retirarse de allí adonde mas les acomodase, llevando sus bienes y familias consigo, bajo el amparo y fe del rei de Castilla. Así mismo concertaron treguas por diez años, de que ambas naciones necesitaban, para reparar los daños que habia traído consigo una guerra tan larga y destructora. Alfonso trató con afabilidad y consideración a los plenipotenciarios de Jusef que negociaron la capitulación y la entrega, y todos quedaron prendados de su generosidad. Los de Algeciras hallaron en él mas bien un padre que un conquistador.

En el largo tiempo de la tregua, Jusef se consagró al beneficio de sus pueblos, y además de la erección de escuelas y hospitales, que eran fundaciones muy comunes entre los reyes Muslimes, espidió ordenanzas muy útiles para los menestrales y trabajadores, en cuyo favor

mandó escribir cartillas elementales, con las que cada cual podia aprender el oficio o industria a que se dedicaba. Quiso que se aprendiese teoricamente el arte militar, y ordenó que se compusiesen tratados breves y claros, en que se daban todos los preceptos relativos al modo de hacer la guerra, como entonces se practicaba. Inventó distintivos y condecoraciones para los que sobresalian en cualquier ramo de trabajo util, o en cualquier clase de empleo, y abrevió las formulas de los actos publicos, reduciendolas a frases cortas y sencillas.

En el arreglo de los negocios religiosos, se manifestó tan puntual y prolijo, que bien se echaba de ver poseia la ciencia favorita de los Muslimes, que es la esplicacion del Koran. Determinó por apices los ritos y las ceremonias de las oraciones diarias, de los entierros, de las fiestas particulares, en cuyas medidas si bien seguia el espiritu supersticioso y fanatico propio de la religion que profesaba, procuró a lo menos que no se mezclasen ideas profanas, practicas indecorosas, ni exesos repreensibles en lo que pertenecia al culto y a la devocion. Quiso que reinase la mas edificante decencia y la mas severa compostura en las mezquitas; distribuyó los puestos que en ellas debian

ocupar los hombres, las mugeres y los niños, y prohibió las locuras y algazaras que se hacian en tiempo de pascua, en cuya festividad se habian introducido grandes abusos, desde que el trato con los Cristianos habia empezado a relajar la severidad de la diciplina.

Aspiró tambien a perfeccionar la legislacion criminal, y reformó la que reinaba en su tiempo en los delitos de robo, adulterio, homicidio y estrupo, y planteó un sistema de policia municipal, en que se hallan disposiciones saludables e ingeniosas, mui semejantes a las que han adoptado despues las naciones cultas.

En su epoca y a egemplo suyo, hermosearon los vecinos ricos de Granada sus casas, con torres de madera o de piedra, primorosamente labradas, y terminadas en lucientes capiteles de metal; salones pintados de oro y azul en elegantes arabescos; retretes amueblados con gusto, y pavimentos de menudas piezas de colores diferentes, imitando el mosaico. Construyeronse en los alrededores amenos jardines, con laberintos, fuentes, calles de arrayan, menderos y otros adornos. Por fin Jusef estimuló con su egemplo, y con sus exortaciones todo cuanto podia contribuir a la ventura, a la comodidad y al deleite de sus pueblos.

Pasados los años de la tregua, aun hubiera querido prolongarla por otros quince mas; pero, no se avino a ello el rei Alfonso XI, que en aquel espacio habia consumado los altos desig-nios de su politica, y se hallaba ya dispuesto a las conquistas y triunfos que meditaba. Acer-cose este monarca con grandes fuerzas a Gi-braltar, y le puso sitio, esforzandolo con es-traordinario ahinco al principio, y convirtiendolo despues en bloqueo, cuando vio que los Mus-limes habian sabido aprovechar las singulares ventajas del terreno, y que solo podria rendirse por hambre la ciudad: pero dispuso la suerte que aquel gran monarca muriese de la peste, durante las operaciones del asedio, cuando tan gloriosas esperanzas daba a la nacion, cuyo bien y prosperidad era el unico obgeto de sus deseos, y el unico norte de su politica.

El rei de Granada hacia sus correrias y entra-das desde Ronda, Zahara, Estepona y Marbella, y se disponia a marchar con sus caballos a com-batir con los sitiadores, cuando entendio la muerte de su magnanimo y generoso enemigo, y como quiera que, por el bien y seguridad de sus estados holgára de aquella noticia, con todo eso manifestó pesadumbre, porque decia que habia muerto uno de los mas exelentes principes del

mundo. Muchos caballeros Muslimes tomaron luto en aquella ocasion, y las huestes que guardaban las inmediaciones del cerco, dejaron pasar sin ofensa la escolta del cadaver del rei, cuando lo llevaban de Gibraltar.

Pocos años despues, hallandose Jusef en la mezquita de Granada, haciendo las acostumbradas oraciones, fue herido mortalmente por un furioso desconocido, a quien no podia atribuirse otro motivo para tan vil atentado, sino el desorden de sus facultades mentales, o quizas algun raptó de barbaro fanatismo. Fue inmediatamente trasladado a su palacio, y murio al punto. El asesino perecio a manos del pueblo, y fue convertido en cenizas su cadaver. La consternacion y el dolor de los Granadinos y de todo el reino, cuando se esparcio la noticia de tan imprevista catastrofe, daban suficiente testimonio de las altas prendas, y nobles virtudes del monarca que deploraban.

CAPITULO XVIII.

Muhamad V. Usurpacion de Ismail. Abu Said. Restablecimiento de Muhamad.

MUHAMAD ben Jusef sucedio a su padre, y fue proclamado sin oposicion el mismo dia de la desgracia que acabamos de referir. Era de veinte años de edad; hermoso de cuerpo, de inalterable condicion, de apacible trato, mui humano, franco, y liberal: tan compasivo y sensible que muchas veces sus lagrimas manifestaban cuanto herian su corazon las aflicciones y calamidades que le referian, y asimismo tan benefico y dadivoso que ganaba el amor de cuantos lo trataban. Negó la entrada de su alcazar a los aduladores, ministros y empleados de lujo inutil, y de vana ostentacion, y establecio en su servidumbre un numero arreglado de personas, y un metodo y economia, cual eran convenientes al gefe de un estado de mediana estension y riqueza. Con estas virtudes, solo era aborrecido de los cortesanos, que vivian de las prodigalidades de los reyes sus predecesores: pero la gente noble del

reino lo estimaba, y todo el pueblo lo miraba con respeto, amor y confianza.

Crecio la aficion de los amigos del reposo y del orden, cuando vieron que el nuevo rei entabló negociaciones pacificas con los de Castilla y de Fez, y que uno y otro, satisfechos de su moderacion y prudencia, se avinieron a las condiciones que les propuso, y celebraron treguas por muchos años. Pero todos estos felices anuncios no bastaron a refrenar los planes ambiciosos que ya se tramaban en daño suyo.

La sultana madre, que no lo era de Muhamad, sino de su hermano Ismail, habia sacado inmensas riquezas de palacio, el mismo dia del asesinato de Jusef, y desde luego trató de emplearlas en facilitar el camino del trono a su hijo, con la ayuda del principe Abu Abdala, que estaba casado con una hija de la misma sultana, y que amaba perdidamente, y obedecia en todo a su esposa. Empezo esta trama, derramando grandes sumas de dinero, y alistando por este medio un considerable numero de conjurados, hombres de la confianza y del partido de ambos principes, y tomando las mas esquisitas precauciones para que nada se trasluciese, ni nada estallase hasta el momento en que conviniese dar un golpe decisivo. Lejos estaba el rei de sospechar la traicion que se le apercibia; antes bien habia

manifestado el mayor respeto y consideracion a la sultana y a sus hijos, cediendoles el alcazar vecino al principal de su padre, que era un suntuoso edificio, adornado con el mayor lujo y magnificencia.

Entretanto se alzó con título de rei en Gibraltar, el gobernador de aquella plaza Iza ben Alhazan, y empezó su reinado, oprimiendo y persiguiendo barbaramente a los vasallos fieles que se habian opuesto a su ilegal exaltacion. Mui en breve disgustó y exasperó con su avaricia y crueldad a los mismos que habian favorecido sus designios ambiciosos, y al cabo el pueblo se amotinó y tomó las armas para derribarlo, obligandolo a encerrarse en el castillo, donde no pudo resistir largo tiempo. Los amotinados lo enviaron a Ceuta, y el rei Abu Anan, en pena de su deslealtad y traicion, lo hizo morir en los mas barbaros y esquisitos tormentos.

Este mismo Abu Anan, que todavia conservaba algunos puntos en España, y que deseaba evitar toda desavenencia con sus vecinos, escribio en los terminos mas amistosos al rei Pedro de Castilla, y le envió su hijo y varios principes de su casa, para que residiesen en su corte, y sirviesen como de rehenes de su amistad y buena fe. El rei mandó una nave de su escuadra a

la costa de Gomera, para recibir y conducir a estos principes, y los hospedó y agasajó con grandes muestras de cordialidad y estimacion.

Muhamad pensaba tambien en estrechar sus vinculos con aquel monarca, cuando la sultana y sus complices creyeron que no debian diferir la egecucion de sus audaces designios. Para ello escogieron cien valientes de los mas osados del partido, los cuales escalaron de noche la parte mas alta del alcazar de Muhamad, y favorecidos por las tinieblas, se ocultaron en unas estancias remotas, donde pudieron entrar, y mantenerse escondidos, sin ser notados ni descubiertos. A media noche, salieron de repente con teas encendidas y armas, y recorrieron el palacio, dando grandes voces, y atropellando y matando a cuantos les salian al paso. Otros al mismo tiempo rompieron las puertas de la casa del visir, y lo mataron a él, a su hijo, y a varias personas de su familia. Pero los que en el alcazar debian acometer al rei, y quitarle la vida, cebados en el robo de las muchas preciosidades que por todas partes se ofrecian a su vista, le dieron tiempo para que se escapase, disfrazado de muger, con los trages que le puso una de sus concubinas, en cuya compañía se hallaba a la sazón. Con las tropelias y confusiones de aquel primer mo-

mento, nadie pensó en estorvar la salida de palacio, a dos mugeres, que huian amedrentadas y pavorosas. El rei tubo la fortuna de dar con amigos que le proporcionaron buenos caballos, y de este modo pasó a Guadix, cuyos habitantes se le mantubieron fieles, y le renovaron su obediencia y homenaje.

El usurpador Ismail fue proclamado rei en Granada, y paseado en triunfo a caballo por su cuñado Abdala y sus parciales, en medio del silencio y consternacion de los vecinos. Inmediatamente escribió al rei de Castilla, pidiéndole su proteccion, y reconociéndose su vasallo. Muhammad, que no tenia bastante con el apoyo que podia prestarle Guadix para recobrar sus legítimos derechos, pensó valerse del poder y autoridad del rei de Fez, a cuya corte pasó desde el puerto de Marbella, y en ella fue recibido y hospedado cual correspondia a sus distinguidas prendas, a su alta condicion, y a la justicia de su causa. Abusalén, que entonces ocupaba aquel trono, le prometio su auxilio, y se portó con tanta generosidad, que mandó alistar dos poderosos egercitos, para que pasasen sin perdida de tiempo a Andalucia, y derrocasen al osado Ismail del injusto poder que usurpaba. Muhammad se embarcó con aquellas tropas, y al llegar, escribió

al rei de Castilla dandole cuenta del estado de sus negocios, y esplicandole los motivos que habia tenido para traer a España aquellas huestes Africanas.

La noticia de la llegada de esta formidable expedicion puso en inquietud a toda la península, y llenó de terror al partido de Ismail, que no se hallaba en disposicion de hacerle frente. Salieron sin embargo algunas de sus tropas a cerrarles el paso, aunque al acercarse, no osaron presentarseles, y volvieron a Granada con las nuevas de su exesivo numero, exeleute armamento, y arrojado valor. Pero en medio del camino de los puertos a la capital, recibieron los Africanos la nueva de la muerte de su rei, que habia perecido a manos de unos rebeldes, y la orden de regresar a Africa desde el punto en que a la sazón se hallasen. Con esta infausta novedad cayeron y se disiparon las esperanzas de Muhamad, y mientras sus aliados retrocedian, él se dirigió a Ronda, cuyos habitantes se habian declarado en su favor. Desde allí volvio a escribir al rei de Castilla, aunque en vano, porque las guerras que tenia en el norte de España llamaban su atencion, y ademas no le pesaba que hubiese divisiones y alborotos entre los Muslimes.

Su hermano Ismail, durante estas ultimas ocurrencias, habia empezado a descubrir la pequeñez de su espiritu, el desenfreno de sus pasiones, y su incapacidad de desempeñar las funciones del alto puesto de que se habia apoderado. Era tan afeminado en su semblante, como en su caracter e inclinaciones. Abu Said, pariente suyo, y uno de los que mas habian trabajado en su engrandecimiento, lo dominó al principio, y despues lo despreció como al ultimo de los esclavos.

No satisfecho con el absoluto poder que egercia en el estado, quiso tener lo unico que le faltaba que era el titulo de Rei: asi que, procurando hacer odioso a Ismail, a quien él mismo habia entronizado, y ganando a los caudillos y cortesanos, que no le fue mui dificil, por ser el dueño de todas las mercedes y gracias, propuso a los mas osados e insolentes su intencion, y de acuerdo con el visir Mauro, que era su hechura y confidente, tramó el plan de la conspiracion, que debia servir de cimiento a su fortuna. Trataron de promover un motin, con la gente baja, que facilmente podian seducir, y en la confusion y alboroto de una estrepitosa asonada, pedir la deposicion de Ismail, y la proclamacion

de su pariente. Todo se egecutó como había sido proyectado : huyó Ismail, y se acogio a la Alhambra, y desde alli dirigia sus proclamas al pueblo, implorando su socorro, por no bastar a su defensa los pocos guardias y confidentes que lo habian seguido. Mas nadie se alzó en su favor, porque no habia sabido cautivarse el afecto de la muchedumbre, ni borrar de ningun modo el odio que le habian atraído su violencia y su ambicion. Falto de esperiencia, y confiado en la juventud que lo rodeaba, salio contra los insurgentes, les dio batalla, en que estos pelearon prosperamente, y los suyos fueron vencidos y desbaratados, y él mismo cayó en manos de sus enemigos. El cruel y perfido Abu Said lo trató con desprecio, lo acusó de los delitos que él mismo le habia inspirado, y lo mandó despojar de sus preciosos vestidos, y poner en la carcel con los facinerosos mas desalmados. Mas antes de llegar a ella, los soldados le dieron muerte, por orden de Abu Said, y luego fue despedazado su cuerpo por aquellos sangrientos satelites. Su hermano tubo la misma suerte, y sus dos cabezas fueron paseadas en triunfo por las calles, en medio de la espantosa alegria, y feroces jubilos de sus verdugos. Los restos de

aquellos desventurados se pudrieron en las calles de la ciudad, sin haber quien osase darles sepultura.

Todos estos trastornos y desordenes eran favorables al rei Muhamad, cuya moderacion echaban menos los Granadinos, comparandola con el desenfreno de los que habian ocupado su trono. Persuadido del afecto de su pueblo, y esperando que este lo ayudaria si se presentaba una ocasion oportuna, hizo tantas instancias al rei de Castilla para que lo asistiese en el recobro de sus dominios, antes que Granada se acostumbrase al despotismo del usurpador, que D. Pedro le ofrecio auxilios de tropas, y luego puso en marcha una poderosa hueste de infanteria y caballeria, con mil y quinientos carros cargados de maquinas y pertrechos militares. Este egercito se acercó a Ronda, y Muhamad se le unio, a pocas leguas de aquella ciudad, con las gentes que pudo armar en su favor. Abu Said, que habia previsto la tormenta que lo amenazaba, corria y asolaba las fronteras de Castilla, y pactó alianzas con el Conde de Barcelona, que estaba a la sazón en guerra con los Castellanos. Estos y los Muslimes del rei legitimo de Granada continuaron su marcha, mezclados y unidos, como si fuesen gente de la

misma nacion y creencia, y entraron en el territorio Granadino, sin hallar la menor resistencia, antes bien todos los pueblos aclamaban a su monarca, y lo recibian con grandes demostraciones de celo y entusiasmo.

Pero viendo Muhamad los inevitables estragos y vejaciones que causaban las tropas Cristianas en sus dominios, desistio generosamente de su primer intento, y rogó al Castellano tubiese a bien retirar sus tropas, haciendole presente las calamidades que atraía la guerra a sus pobres subditos, y asegurandole que preferia la oscuridad, y la persecucion, a una corona comprada a tanta costa. El rei de Castilla aprobó aquella noble resolucion de Muhamad, y ofreciendole con buen animo, y sincera voluntad su auxilio, siempre que lo necesitase, se volvio a sus estados, que tambien andaban discordes y revueltos. Muhamad regresó a Ronda, y alli vivia pacifico y contento, haciendo felices a los que obedecian a su autoridad, y procurando que estubiesen satisfechos sus subditos, y defendidas sus fronteras.

Abu Said habia penetrado por las de Castilla, y ganado algunas ventajas contra las huestes que las guarnecian. En una de sus entradas, las tropas de su egercito hicieron prisioneros a

muchos nobles Castellanos, y entre ellos al Maestre de Calatrava, hermano de la reina. Abu Said creyó que esta era una ocasion oportuna de ganarse el afecto y la alianza del rei D. Pedro, y con este fin envió al Maestre y a los demas caballeros sin rescate, antes bien con grandes regalos para ellos y para su soberano. Esperaba de este modo que Muhamad quedaria abandonado y sin amigos, y que le seria mas facil destruirlo, y despojarlo de los estados en que aun se mantenía con el pleno egercicio del supremo poder.

Pero le salieron fallidas sus esperanzas por que en aquella misma epoca supo que su enemigo habia sido proclamado en Malaga, y que en aquella ciudad se reunian numerosas partidas de caballeros y soldados Muslimes, deseosos de vengar sus agravios, y de restituirlo al goce de sus legitimos derechos. Esta novedad abatio los brios del usurpador, y desde entonces empezó a conocer que se cansaba de favorecerlo la fortuna. Aumentaban sus recelos las continuas deslealtades de sus privados y favoritos, y sobre todo las escaseces de su erario, y el desorden de su hacienda administrada por manos infieles. Apurado por todas partes, y viendo que le era forzoso tomar una resolucion energica y decisiva,

abrazó el partido de pasar a Castilla, y ponerse en manos del rei D. Pedro, esperando de su generosidad que repararia los males de su infausta suerte. Partio pues de Granada, con aparato real, y gran compañía de nobles personajes, llevando consigo las mas ricas joyas y preciosas alajas que tenia, asi en pedreria de esmeraldas, perlas y diamantes, como en tegidos de oro, seda y esquisitas ropas, con no pequeña cantidad de doblas de oro, caballos, jaeces, y finas y bien labradas armas, creyendo de este modo ganar el animo del rei y de sus consejeros, y comprar, si era preciso, los ausilios que pensaba pedirle.

Llegó a Sevilla y fue mui bien recibido de D. Pedro, el cual dio orden que su huesped fuese servido con la ostentacion y acatamiento que a su alta dignidad correspondia. Despues tubo consejo con sus ministros y cortesanos, y entre ellos decidieron darle muerte como a usurpador del reino de Granada, y enemigo de un soberano aliado con el de Castilla. En efecto aquella misma noche fueron sacrificados los compañeros de Abu Said, en el mismo palacio en que se les habia dado hospitalidad. Cuando venido el dia se divulgó en la ciudad la muerte de los caballeros de Granada, todos

los habitantes se horrorizaron y temblaron de pavor de tan alevosa y perfida crueldad: pero, segun dicen los Cronistas Arabes, su rei les ofrecio aquel mismo dia otro espectaculo todavia mas inhumano y espantoso. Sacó a un campo fuera de la ciudad al infeliz Abu Said, y por su propia mano le dio muerte con una lanza. Los Arabes atribuyeron esta maldad al deseo de apoderarse de las riquezas que Abu Said habia llevado a Castilla; el vulgo de los Castellanos no vio en ella mas que una accion inspirada por el celo religioso, y disculpable en favor del *santo* motivo que la habia inspirado. Como quiera que sea, ella sola bastaria para justificar el título de Cruel que han dado a D. Pedro la opinion publica y la historia.

Voló la nueva de la muerte de Abu Said, y llegó a Malaga, donde todavia se hallaba, ordenando sus tropas, y arreglando el gobierno de sus estados, el rei Muhamad de Granada, el cual celebró la destruccion de su enemigo, aunque lo estremecio la perfida inhumanidad de su aliado y protector. Al punto, acompañado de la nobleza de Andalucia, partió para Granada, y entró en aquella capital, rodeado de aclamaciones populares. Todas las clases de la ciudad salieron a recibirlo, y le dieron la en-

horabuena : hasta los parientes de los malhadados que habian acompañado a Abu Said en su infausta romeria, temerosos de mayores desventuras si no prevenian con su pronta y rendida sumision el animo del rei, se le presentaron y le besaron la mano, felicitandolo de que hubiese recuperado su reino y su ciudad. Cuentan algunos historiadores que envió el rei de Castilla al de Granada la cabeza de Abu Said embalsamada, y que el enviado que se la presentó le dijo : “ Asi veas, inclito Soldan de Granada todas las de tus enemigos,” y que Muhamad celebró y agradecio aquel presente, y envió al rei de Castilla veinte y cinco hermosos caballos de la yeguada real, criados en las riveras del Genil, con preciosos jaeces, ricos alfanges guardados de pedrerias, y otros dones de gran valor. No satisfecho con estas demostraciones de gratitud, dio libertad sin rescate a todos los cautivos Castellanos, que estaban en sus dominios, con cuyo motivo D. Pedro renovó sus tratados de alianza y amistad.

Pero el escarmiento que habian llevado en cabeza de Abu Said los rebeldes y descontentos de los estados Granadinos, no bastó a refrenar la inquieta ambicion de los que solo viven y prosperan en tiempos de alboroto y desorden.

Algunos soldados indisciplinados e insolentes que habian tomado parte en los ultimos disturbios, y que no podian hallarse con la paz y el reposo de que empezaban a gustar los pueblos, salieron armados de la capital, y retirandose a los montes, y favorecidos de sus asperezas, proclamaron rei al principe de la familia real Ali ben Ali, hombre oscuro, y de vulgares pensamientos, que solo podia servir de pretesto, y no de cabeza ni apoyo a una rebelion. El rei salio inmediatamente con sus tropas, y atacó a los amotinados en diferentes encuentros, dejandolos tan mal parados, y aniquilando de tal modo sus fuerzas, que los pocos que permanecian unidos, se fueron dividiendo poco a poco, y el que habia dado motivo a tan insensato movimiento, viendose solo y abandonado, tubo que esconderse en las malezas y fragosidades de las selvas, donde murio sin asilo, y sin honor. Despues de esta espedicion, que fue de pocos dias, Muhamad, consolidadas sus relaciones pacificas con todos los estados vecinos, volvio a consagrarse al gobierno de sus dominios, y al cultivo de las letras, ocupaciones mas analogas a sus habitos y principios que las guerras y los disturbios.

Los que agitaban entonces los reinos de

Castilla habian exasperado de tal modo los animos, y agriado tan rencorosamente las facciones, que el rei no podia ya luchar solo con su propio hermano, y con el rei de Aragon, resueltos el uno a destronarlo, y el otro a molestar sus fronteras, contando ambos con la dèskonfianza y aborrecimiento de los Castellanos, a quienes se habian hecho insoportables las crueldades y tiranias de su monarca. Este escribio a Muhamad recordandole la buena armonia que entre ellos habia reinado siempre, y pidiendole auxilios de tropas para salir de los embarazos en que se hallaba sumergido. Muhamad le enviò desde luego seiscientos caballeros escogidos, perfectamente armados, y mandados por Farag Reduan, ilustre caudillo que habia servido con honor y distincion en las guerras anteriores. No siendo suficiente aquel refuerzo, y yendo en aumento los apuros del rei de Castilla, volvio a implorar la generosidad de su aliado, para sojuzgar las ciudades castellanas que se habian apartado de su obediencia, y Muhamad volvio a responder a su llamamiento, franqueandole siete mil caballos y mucha infanteria. Estas tropas hicieron importantes servicios al partido que iban a sostener. Cercaron la ciudad de Cordoba, y la pusieron en tanto estrecho, que estuvo ya casi en poder

de los Muslimes, los cuales subieron a escala vista a sus muros, y tomaron el alcazar viejo: pero los Cordobeses los rebatieron, y circundaron, obligandolos a evacuar los puntos de que se habian hecho dueños. A la sazón recibió orden aquella division de volver a Granada, hostilizando en su retirada el territorio enemigo, y así se verificó, saqueando las ciudades de Ubeda y Jaen, y haciendo gran numero de cautivos.

Como las guerras de Castilla fuesen poco venturosas al rei D. Pedro, y tubiese este tan repetidas esperiencias de las ventajas que habia conseguido con los socorros de los Granadinos, escribió tercera vez a Muhamad, haciendole ver que se hallaba a pique de perder la corona, si no acudia a sostenerlo con cuantas fuerzas pudiese armar en su apoyo. Prestose a estos nuevos sacrificios, y pasó circulares a todos sus pueblos, mandandoles que armasen cuanta gente pudiesen, y en efecto reunio uno de los mas fuertes egercitos que vieron jamas en sus orillas Darro y Genil: mas cuando ya iba a ponerse en marcha, llegó la noticia de haber muerto D. Pedro a manos de su propio hermano en los campos de Montiel, y de haberse declarado en favor de este todo el reino. Muhamad, viendo en

estos sucesos tan oportuna ocasion de emplear en ventaja propia aquella belicosa juventud, pretestó su amistad con el rei muerto, y aunque Enrique su sucesor le hizo propuestas de paz, no les dio oidos, y entró con su caballeria en la frontera, corriendola libremente, y robando y cautivando lo que hallaba fuera de las fortalezas, a las que no quiso poner cerco, por no perder el tiempo en inutiles operaciones. Sabiendo en una de estas espediciones que la plaza de Algeciras estaba mal defendida y guardada, se acercó a ella, la tomó por fuerza de armas, y recelando que no podria conservarla, por hallarse tan lejos de sus estados, la quemó y arrasó sus muros, a fin de que no pudiesen aprovecharse de ella sus enemigos.

Enrique no pudiendo medir sus fuerzas con un contrario que iba adquiriendo tantas, le envió de embajador al maestre de Calatrava, ofreciendole de nuevo su amistad en los mismos terminos que la habia tenido con su predecesor y hermano. Muhamad convino en las condiciones que aquel personage le propuso, y sin aventurarse a celebrar una paz estable y decisiva, estipuló una larga tregua, que deseaba aprovechar en llevar a cabo sus planes de beneficencia y utilidad publica. En efecto, entonces fue cuan-

do fundó un soberbio hospital para toda clase de enfermedades, con todas las comodidades que sabe proporcionar la arquitectura y imaginar la caridad ingeniosa, cuidando de que hubiese fuentes y estanques de marmol, para refrescar el aire, y recrear a los locos y melancolicos. Tambien hermoseó con nobles edificios la ciudad de Guadix, en que solia pasar largas temporadas, en agradecimiento de la buena acogida que le habian dado sus habitantes, cuando tubo que salir profugo y perseguido de su capital.

Esta llegó a ser, bajo el gobierno paternal de tan benefico principe, el emporio del comercio, y el gran taller de la industria de España. La vega, fecundada por un sabio sistema de riegos, ofrecia el aspecto de un inmenso jardin, cubierto durante todo el año de los frutos, y de las producciones mas utiles. Las artes y las manufacturas habian recibido tanto fomento, que los negociantes de Siria, de Egipto, de Africa y de Italia, acudian a Granada con las ricas mercancías de sus paises, a cambiarlas por las que alli se criaban y producian. Las tiendas, las aduanas, los mercados estaban siempre llenos de Cristianos, Judios, y Muslimes; en fin todo respiraba en la ciudad y en el estado la paz, la holgura, la prosperidad y la abundancia.

El rei, aunque moderado en los gastos de su servicio y palacio, no escaseaba la profusion y la magnificencia, cuando asi convenia a los fines de su politica, y a la dignidad de su corona. Para prolongar el tiempo de la tregua con el rei de Castilla, le hizo un suntuoso regalo de joyas y preseas, que le habian costado grandes sumas en oriente, y con ocasion de la jura de su hijo Abu Abdala Jusef, como heredero del trono, dio esplendidas fiestas publicas en la capital, con justas, torneos y otros egercicios militares y de caballeria, a que concurrieron muchos caballeros de Africa, Egipto, España y Francia. Todos ellos fueron recibidos y hospedados por el rei, y quedaron prendados de su hospitalidad, de su urbanidad y de su gentileza.

Pocos años despues de estos festejos perdio la vida aquel exelente principe con general sentimiento de todos los buenos, y dejando trazas duraderas de su sensata politica, y de sus gloriosas y utiles tareas.

CAPITULO XIX.

Abu Abdala Jusef. Muhamad VII. Jusef III.

Muhamad VIII. Muhamad IX.

ABU Abdala Jusef tenia cuatro hijos, el mayor de los cuales, que tenia su propio nombre, Jusef, era el preferido en su cariño, tanto por los derechos que su edad le daba a la corona, como por las exelentes prendas que lo adornaban. Concibio grandes celos de esta predileccion uno de sus hermanos llamado Muhamad, hombre violento, tiranico y ambicioso, y de sus resultas concibio contra el principe un odio tan implacable, que olvidando los respetos paternales, y las obligaciones de subdito, intentó destronar a Abu Abdala Jusef, y ocupar su puesto. Valiose para esto del falso pretesto del celo religioso, y de la defensa y restablecimiento de la fe del Islam. En efecto, el pueblo murmuraba contra el rei, por su amistad y trato con los Cristianos, y por favorecer y amparar a muchos caballeros de aquella religion, que se habian amparado de su corte, y vivian con él en intima familiaridad.

Asi fue que Muhamad, valiendose de estas predisposiciones y fomentandolas, facilmente dio valor y vulto a aquellos murmullos populares, acreditando por industria de sus parciales la opinion general de que su padre era mal Muslim, Cristiano de corazon, y favorecedor publico de infieles.

Cundieron estos ruidos ; comentaronse malignamente por los descontentos y mal intencionados ; desenfrenaronse los maldicientes contra el rei, hasta tanto que incitados los mas insolentes por los facciosos del principe rebelde, se atrevieron a juntarse en tumulto, y a pedir la deposicion del monarca reinante. Empezó el alboroto enfrente del alcazar, y ya iba propagandose en la ciudad, y el rei estaba a punto de renunciar a su soberania, y ponerse en manos de su alevoso hijo, cuando el embajador de Fez, que estaba con él en palacio, y era hombre de mucha autoridad, sabiduria y elocuencia, salio a caballo a la plaza, y habló a los amotinados con tanto vigor y destreza, que los obligó a retirarse a sus casas, y a entrar en la debida sumision que debian al gefe del estado. Manifestoles los horrores de la guerra civil ; las ventajas que de ella resultaban a los enemigos del Islam ; los males que habian traído a los Ommiyahs, a los Almo-

ravides, a los Almohades, y a todas las ilustres familias Mahometanas de la peninsula; les hizo patentes las glorias que habia adquirido el ultimo monarca, la felicidad de que gracias a su sabiduria gozaban los pueblos, y que todo aquel lustre, y toda aquella ventura se sumirian en un abismo de infamia y de infortunios, si se alteraba la paz publica, y se rompian los vinculos de la subordinacion; por ultimo, los indujo a reunir sus esfuerzos, y a tomar las armas contra el enemigo de su religion, apresurandose a invadir sus fronteras, y a talar sus campos, en cuyas empresas serian guiados por su buen rei Jusef, que nada deseaba tanto como la dicha de sus subditos, y el triunfo del Koran.

Las aclamaciones estrepitosas de la muchedumbre pusieron termino al discurso del embajador, pero no al entusiasmo con que supo inflamar los pechos de cuantos lo habian oido. Resonaron los ecos del patriotismo donde antes los alaridos de la rebellion, y los Granadinos corrieron a armarse, y salieron por los campos de Murcia y Lorca, talando viñas y huertas, robando ganados, quemando aldeas y alquerias, y matando y tomando cautivos a los moradores. Los Cristianos se pusieron en defensa, y hubo diferentes encuentros, sin resultado notable, ter-

minando la campaña con la retirada de los Muslimes, que entraron en la capital con ricos despojos. Como el rei habia hecho aquella guerra contra su voluntad, y con el solo obgeto de alejar la tormenta revolucionaria, aceptó sin dificultad ni retardo las condiciones que el rei de Castilla le propuso, y se celebró una tregua, con satisfaccion de ambas partes.

No tardaron sin embargo en romperla los Castellanos. El maestre de Alcantara entró en la vega de Granada acaudillando una hueste de aventureros indisciplinados, y sea con el beneplacito de su rei, sea por temeridad y arrojo personal o deseo de rapiña y despojos, puso sitio a la fortaleza de Hasnegea, haciendo de camino gran estrago en los campos y pueblos vecinos. El rei mandó salir toda la caballeria, y cuanta infanteria se pudo juntar, y el maestre levantó el cerco, y salio a encontrarse con aquellas tropas. El encuentro duró poco: pero fue tan reñido, decisivo y sangriento, que todos los Castellanos y su caudillo murieron peleando. Pocos dias despues llegaron cartas del rei de Castilla, y de los gobernadores de su frontera, escusando aquel atrevido rompimiento, como hecho sin licencia ni aun noticia del soberano. Pero el pueblo de Granada, tan ofendido de

aquella violacion de un tratado solemne, como envanecido con tan completa victoria, pedia a gritos guerra contra Cristianos, y que el rei se pusiese a la cabeza de las huestes, como les habia sido prometido en su nombre.

Jusef no pudo acceder a esta solicitud. Aca-
baba de enfermar gravemente, segun unos, de una dolencia que habia padecido en los primeros años de su vida; segun otros, de resultas de unas ropas emponzoñadas que le envió de regalo el rei de Fez, cuyo veneno se introdujo en el cuerpo en el acto de sudar, en una correria que hizo a caballo. Cualquiera que fuese la causa, el resultado fue breve y funesto, pues a pocos dias de haber caido con aquel achaque, perdio la vida.

Las intrigas y mañosas artes de Muhamad, hijo segundo del rei Jusef, valieron tanto con la caballeria y nobleza de Granada, que atropellando el derecho de su hermano mayor, y el nombramiento que su padre habia hecho en él para sucederle en el imperio, lo proclamaron solemnemente antes de enterrar al rei, cuyas exequias dispuso él mismo, ya como soberano, mandando que fuese sepultado en Generalife, junto a las tumbas de sus predecesores. Terminados aquellos ritos funebres, Muhamad VII mandó prender a su hermano, que contento con

la vida privada, no salia de su casa, ni pensaba en tomar parte en los negocios publicos, y mucho menos en recobrar los derechos de que tan ilegalmente habia sido despojado. Jusef, que tal era el nombre de aquel principe, fue encerrado en la fortaleza de Jalubania, con orden de que se le tubiese estrechamente guardado, pero que nada le faltase para su comodidad y regalo. Enviólo con buena escolta, y le permitio llevar su harem, y la servidumbre y familia necesaria.

Era Muhamad de gallarda persona, de ingenio vivo, de grande animosidad e intrepidez, y sumamente afable y popular con toda clase de personas. Temeroso de las hostilidades de Castilla, y no fiandose en negociaciones y embajadas, que por lo comun solo conducian, en aquellos tiempos, a tratados ilusorios y poco durables, tomó la estraña resolucion de salir de Granada, sin comitiva ni aparato real, con pretesto de recorrer la frontera, y de secreto, y fingiendo ser embajador de su propia corte, pasó, acompañado de veinte y cinco esforzados caballeros, a la de Toledo, y se presentó de repente al rei D. Enrique III, llamado el Enfermo, que lo honró y trató con muestras de gran confianza y amistad, le dio suntuosos convites, y celebró con él un tratado de paz como antes habia existido entre

las dos coronas, en tiempo de D. Pedro. Quedó muy agradecido Muhamad al rei de Castilla, y volvió a Granada, antes que en ella se supiese el obgeto de su viage. Por este tiempo ya habia tomado la precaucion de escribir al rei de Fez, escusandose del encarcelamiento de su hermano, y alegando motivos de politica, y de tranquilidad publica.

Pocos meses despues, los fronteros de Andalucía, no ostante los ultimos tratados, corrieron y saquearon los pueblos de Granada, sin que estos hubiesen dado motivo a esta irrupcion, y quando se abandonaban a sus pacíficos trabajos y faenas, confiando en la buena inteligencia que reinaba entre los dos estados. El rei, que era tan político como soberbio, no quiso quejarse al rei de Castilla de esta injusta violacion, si no tomar por su mano la debida venganza: así que, acercando un numeroso exercito a las fronteras de Algarbe, se entró por ellas, talando los campos, y despues de tomada por fuerza la plaza de Ayamonte, volvió triunfante a la capital, cargado de ricos despojos.

Vinieron luego a Granada embajadores del rei Enrique, a exigir del rei que cumpliese las condiciones del tratado, y restituyese la fortaleza de Ayamonte de que se habia hecho dueño

sin previa declaracion de guerra. Aunque la respuesta del rei de Granada fue comedida, diciendo que las ultimas hostilidades no habian tenido otro obgeto que castigar las que se habian hecho en plena paz contra sus armas, no trató de devolver lo que se le pedia, si no que propuso una estimacion de los daños hechos por los primeros transgresores, asegurando que conservaria la plaza de Ayamonte interin no se le abonasen aquellos perjuicios. Poco satisfecho D. Enrique con esta respuesta mandó a los comandantes de su frontera que hiciesen guerra a las de Granada, para reducir a aquel monarca al cumplimiento de los pactos convenidos. El rei salio con todo su poder contra los Cristianos, y peleó con ellos, ganando algunas ventajas parciales, pero a costa de mucha sangre, y perdiendo los mejores caudillos y guerreros de sus tropas. Suspendieron las aguas del invierno las hostilidades, y en tanto fallecio el rei de Castilla. D. Juan, que heredaba el trono, se hallaba en menor edad, y su tio D. Fernando, que gobernó el reino en su nombre, continuó la guerra, como acreditado y valiente general, apoderandose de Ayamonte, y otras plazas principales, aunque no fue parte a tomar la de Setenil, que fue defendida con invencible constancia

por la guarnicion. Los Granadinos no tenian bastantes fuerzas para resistir a las que se habian juntado bajo las banderas del infante: asi que para dividir las y llamar su atencion entraron en tierras de Jaen, y los enemigos levantaron el sitio de Setenil en donde sufrieron graves perdidas.

La campaña siguiente empezó mas favorablemente para los Muslimes. Muhamad marchó sobre Alcaudete con siete mil caballos, y doce mil peones, y empezaron los encuentros y los combates, con tanto ardor de uno y otro lado, y tantos estragos padecieron uno y otro exercito, que de comun acuerdo concertaron treguas por ocho meses, para cuya confirmacion, se enviaron reciprocamente embajadores los dos soberanos. El de Granada se sintió enfermo durante la tregua, y tanto se agravó su dolencia, que los medicos, habiendo apurado en vano todos los remedios, conocieron que el término de su mal era la muerte. Tambien lo creyó así él mismo, y mui al cabo de sus dias, y para asegurar la sucesion en su hijo, escribió al alcaide de Jalubania mandándole que cortase la cabeza a su hermano, y se la enviase sin perdida de tiempo con el portador.

Cuando llegó este mandato al alcaide, se hallaba

jugando al agedrez con el principe Jusef, sentados ambos en preciosos tapices bordados de oro, y en almohadones de oro y seda: por que conservaba todo el lujo y aparato conveniente a una persona real, y los que lo custodiaban, no pudiendo considerarlo como criminal, si no mas bien como victima de la ambicion de su hermano, lo trataban no solo con respeto y decoro, sino con afecto y veneracion. La suavidad de sus modales, la resignacion con que sufria su adversa fortuna, y su prudencia y liberalidad le habian grangeado el cariño de cuantos lo rodeaban. El oficial que habia llevado la orden daba prisa a su cumplimiento: pero el alcaide no osaba dar parte al principe de tan inhumana resolucio[n]. Conociendo él la importancia del mensaje, en la turbacion y pesadumbre del alcaide: “¿qué es eso? le dijo. ¿Qué es lo que manda el rei? ¿Quiere que me quites la vida? ¿Pide mi cabeza?” Entonces el alcaide le entregó la carta, y Jusef al leerla pidio algunas breves horas para despedirse de sus mugeres, y distribuir sus ropas y alhajas. El mensagero no quiso consentir en aquella dilacion, diciendo que estaba tasado por horas el tiempo de su vuelta, y que el castigo de su tardanza seria la muerte. “Pues a lo menos, dijo el principe, concluyamos el juego,

y acabaré perdiendo.” La confusion del alcaide era tal que no acertaba a mudar las piezas, de modo que el mismo Jusef le notaba las faltas que cometia. Mas antes de concluir el juego, llegaron dos caballeros de Granada aclamando a Jusef, y pregonando la muerte de su hermano Muhamad. Esta novedad hizo tanta impresion en su animo, que a penas podia resolverse a creer tan extraordinaria mudanza de fortuna, cuando llegaron otros caballeros, y confirmaron la primera noticia.

Jusef partio inmediatamente, con los portadores de tan buenas nuevas a la capital, donde fue magnificamente recibido, con gran acompañamiento de nobles a caballo, brillantes adornos y arcos de triunfo en las calles, y esplendidas colgaduras de paños y flores en las casas. Mostróse en esta ocasion sumamente afable y agradecido al pueblo, y como todos sabian los pormenores de su vida privada, y la conducta que habia observado durante su prision, esperaban en él un rei cumplido que renovase la memoria de Nazar, Abu Abdalah, y sus inclitos abuelos.

Luego envió sus cartas y embajada al rei de Castilla, con su amigo y privado Abdalah Alamin, para comunicarle su exaltacion al trono por

voto general de la nacion, y para manifestarle sus intenciones pacificas, y sus sinceros deseos de conservarse en buena inteligencia con todos sus vecinos. Esta embajada fue bien recibida, y aceptadas las condiciones de una tregua por dos años, lo que dio lugar a que los dos soberanos se enviasen ricos presentes, y se hiciesen otras demostraciones de afecto y amistad.

Cumplido el termino, el rei de Granada, que era mui amante de la paz, envió a su hermano Ali para que concertase la prorroga, de cuya peticion se aprovecharon los Castellanos, para exigir que Jusef se declarára vasallo de Castilla, como algunos de sus antepasados lo habian hecho, pagando un tributo anual en reconocimiento de sumision. Ali se negó a esta humillacion, y dijo que no tenia poderes ni licencia de su hermano para aprobar una demanda tan estraña e intempestiva; por lo que se retiró sin dejar nada tratado, y el infante D. Fernando invadio los dominios de Jusef, y puso cerco a la ciudad de Antequera. Los Muslimes que la defendian hicieron muchas salidas en que los sitiadores experimentaban continuas perdidas, y tanto los inquietaban aquellas frecuentes hostilidades, que intentaron evitarlas alzando en torno de los muros

una cerca fuerte y elevada, que impedia enteramente la entrada y la salida. Los dos hermanos de Jusef, Cid Ali y Cid Ahmad, que se aproximaron a la plaza para socorrerla con mucha caballeria y peones, no pudieron vencer aquel ostaculo, a pesar de haberlo tentado muchas veces, y de haber empeñado para ello sangrientas refriegas y ostinados ataques. El cerco fue largo y reñido; combatian los sitiados, y los sitiadores tenian que defenderse contra el egercito de los principes: pero el hambre y la fatiga rindieron la paciencia de los Antequeranos, y los obligaron a proponer una capitulacion. En ella lograron la conservacion de sus vidas y haciendas. D. Fernando siguió tomando otros puntos de aquellos alrededores.

Ocurrió a la sazón que los Muslimes de Gibraltar, cansados de las opresiones y violencias de su gobernador, y prefiriendo la sublevacion, y los partidos violentos, a las suplicas y quejas, que sin duda hubieran sido bien acogidas y cumplidamente satisfechas por Jusef, escribieron al rei de Fez, ofreciendose a declararse por vasallos suyos, si les daba bastantes socorros para sacudir el yugo que los molestaba. El rei de Fez, Abu Said, recibió esta comunicacion con gran alegria, no tanto por la impor-

tancia de aquel punto, como por deshacerse de su hermano Cid Abu, a quien dio el encargo de ocupar la fortaleza con dos mil hombres. Era Cid Abu tan amado de los pueblos por sus exelentes prendas, como el rei aborrecido por su crueldad y despotismo, y de aqui nacia aquella enemistad, fundada en el temor de que el principe fomentase el partido que se habia declarado en su favor, y ocupase el trono. Cid Abu pasó con aquella gente a la ciudad, y los habitantes le abrieron las puertas, y lo recibieron como a un libertador. El gobernador se retiró al castillo, y quiso defenderse, mas viendo que tardaban los socorros que habia pedido, empezó a tratar de clausulas de rendicion. Aun no estaban convenidas las condiciones, cuando llegó de Granada Cid Ahmed, con una fuerte division. El gobernador entonces rompio las negociaciones, y continuó la defensa. El infante de Fez pidio auxilio a su hermano, que deseando perderlo, le envió poca gente, en pequeñas partidas, para que se aumentasen y prolongasen sus apuros. Los Granadinos estrecharon sus ataques, y sitiaron estrechamente la ciudad, que ya ocupaba Cid Abu; el cual viendose perdido, se entregó al de Granada, y puso la plaza en su poder. El infante per-

donó por su intercesion a los rebeldes, y se lo llevó consigo a la capital, no ya como cautivo, sino como amigo y huesped, y asi fue tratado por Jusef, el cual lo hospedó en uno de sus alcazares, y lo trató con afectuosa urbanidad.

No tardaron en llegar embajadores de Fez, reclamando ostensiblemente la libertad del infante, pero en sus tratos confidenciales con Jusef, le ofrecieron la amistad de su rei, si atosigaba a su hermano, o le quitaba la vida de otro cualquier modo. Jusef, que habia aprendido en la escuela de la adversidad y de la persecucion, y sabia por esperiencia lo que son enemistades y envidias domesticas, lejos de consentir en aquella alevosia, enseñó a Cid Abu las cartas en que se hacia tan criminal proposicion, y le ofrecio sus ausilios de tropas y dinero para la venganza, y si no queria tomarla, le aseguró su amistad, y le señaló casa y jardines para su habitacion y recreo.

Cid Abu prefirio el primer partido, y quiso castigar las miras traidoras y sangrientas de su hermano. Asi que, aceptó los ofrecimientos de Jusef, y con la caballeria y riquezas que le franqueó, pasó desde Almeria a la costa opuesta. Cuando el rei de Fez lo creia muerto, victima de su recelosa desconfianza, y barbara

crueidad, supo la noticia de su llegada, con egércitos que crecían a medida que marchaba, porque las tribus mas numerosas y temibles de Africa, impacientes del yugo que sufrían, aclamaban por soberano al infante perseguido, y se agregaban a sus tropas, para abatir al tirano que aborrecían. Salio este de Fez con algunas huestes, descontentas e indisciplinadas, y vencido en los primeros encuentros, y muertos sus principales caudillos, se retiró a su capital, cuyos habitantes abrieron las puertas al vencedor que ya los sitiaba. Abu Said fue puesto en un encierro, donde murio de despecho y pesadumbre. Cid Abu subió al trono, y agradecido a los oportunos socorros que del rei de Granada habia recibido, le envió esplendidos presentes, y le pagó sus beneficios ofreciendole perpetua amistad, y solida alianza.

Entretanto las guerras con Castilla eran tan ruinosas y molestas, y tan mezquinos y parciales los triunfos que por una y otra parte se conseguían, que Jusef concertó nuevas treguas que duraron todo el resto de sus dias. Desde entonces su corte fue el abrigo de los caballeros agraviados de Castilla y Aragon: allí iban a tratar sus desavenencias, y lo hacían juez, y él les daba campo para sus desafios y combates

de honor; aunque raras veces permitia que se ensangrentasen sus aceros, si no que cuando los veia dispuestos a pelear, y colocados uno en frente de otro, a caballo y lanza en ristre, en lugar de dar la señal del combate, los declaraba buenos y leales caballeros, y procuraba reconciliarlos, proponiendoles condiciones que a uno y otro conviniesen. Esta conducta pacifica y moderada le atrajo el afecto de propios y estraños, y en especial de la reina madre de Castilla, con quien tenia intima correspondencia, y a quien enviaba frecuentemente ricos y preciosos regalos. Por consejo de esta princesa, cuando su hijo tomó en sus manos las riendas del gobierno, prolongó las tregua con Jusef, que duró hasta que un subito accidente lo arrebató en la flor de su vida, cuando estaba labrando la ventura de los pueblos sometidos a su autoridad.

En el mismo dia fué proclamado rei de Granada su hijo Muley Muhamad, llamado en las *Cronicas Arabes* Muhamad VIII, y conocido tambien con el sobrenombre de *Zurdo*, sea porque realmente lo fuese, sea en alusion a su contraria y azarosa fortuna. Despues que cumplió con las exequias de su padre, envió circulares a las ciudades y pueblos principales

de cada provincia, mandando que celebrasen su inauguracion con la acostumbrada solemnidad, y que los alcaides y gobernadores enviasen sus protestas de reconocimiento y sumision. Tambien se dio prisa a enviar embajadores a los principes de Africa y España, a fin de celebrar con ellos tratados de paz y alianza: unico ramo de politica en que abrazó el sistema de su padre, descuidando al mismo tiempo cultivar la benevolencia y amor de sus pueblos, y olvidando en esta parte las grandes lecciones y modelos que le habia dejado aquel monarca. Era vano, soberbio, incapaz de sufrir la mas humilde reconvencion, sordo a los consejos de la moderacion y de la sabiduria, y precipitado en sus determinaciones y caprichos. Trataba como esclavos a los ministros, a los mas altos empleados publicos, y a los caudillos mas antiguos y benemeritos de sus tropas. Llegó a ser tan insoportable su altanería, y tanto se desdeñaba de tratar con sus subditos, que pasaban meses enteros sin que diese audiencia a los ministros que debian consultar con él los negocios graves y urgentes del estado; así que estos padecian un atraso considerable, y todos se quejaban del desorden que esta inaccion acarrea al gobierno de los pueblos, a la adminis-

tracion de la justicia, y a las operaciones del comercio y de la industria. Su enojo habitual, y su insufrible mal humor llegaron hasta el estremo de cerrar sus puertas a los nobles, y de prohibir las justas y torneos, a qué eran mudados los Granadinos, y en que se egercitaban con mucha frecuencia, habiendo adoptado las practicas caballerezcas de los Cristianos, y mezcladolas con los egercicios, y manejos de armas, en que tanto sobresalian los Africanos.

De esta conducta, tan opuesta a la de los reyes anteriores, que siempre se habian atraido la amistad de sus subditos por su popularidad, y franqueza, y por la parte que tomaban en las diversiones y concurrencias publicas, resultó el disgusto general de todas las clases del estado, y el aborrecimiento con que miraban los Granadinos al que mas bien parecia su carcelero que su monarca. El visir Jusef Aben Zeragh, caballero ilustre, de la mas noble y poderosa familia del reino, que era quien unicamente trataba con intimidad al rei, y gozaba de su confianza, conocio, por los sintomas de inquietud que se mostraban en la opinion publica, que no tardaria en estallar alguna de aquellas conmociones violentas, tan frecuentes en los ultimos reinados. Quiso cortar el mal en sus principios,

y echó mano de su prudencia y autoridad para conciliar los animos, y refrenar a los alborotadores: mas fueron inútiles sus conatos. La inquietud tomó cuerpo; empezaron a formarse corrillos de sediciosos en las inmediaciones de palacio; los susurros del descontento pasaron a griteria de rebelion, y al fin el pueblo pidió la deposicion del rei, y proclamó en su lugar a su primo Muhamad el Zaquir. Rota la valla de la sumision, los amotinados entraron atropelladamente en el alcazar, de donde el destronado rei pudo escapar de su furor, saliendo por los jardines, a favor de algunos guardias leales, que lo protegieron en su huida. De alli pasó en traje de pescador a un puertecillo de la costa, donde se embarcó para Africa, y tomó asilo en la corte de su amigo Abu Faras, rei de Tunez, que lo recibio y honró en su palacio, ofreciendole su favor si la fortuna le franqueaba alguna ocasion de recobrar sus derechos usurpados.

Muhamad el Zaquir fue solemnemente proclamado en la capital, y en las ciudades y pueblos principales del reino de Granada. Para asegurar la egecucion de sus designios, y atraerse el cariño de sus vasallos, adoptó desde el principio una conducta diametralmente con-

traria a la de su primo. Dio fiestas al pueblo, suntuosos convites a los nobles, asistia con ellos a las justas, y lucia en estas ocasiones por su destreza en los egercicios belicos, y en el manejo del caballo. Entretanto no perdia de vista la destruccion del partido del rei depuesto, para cuyo fin trató de perder a Jusef Aben Zeragh, y a sus parientes y amigos, que no habian querido asistir a la corte, y que prevenidos a tiempo de los peligros que los rodeaban salieron secretamente de Granada, y se retiraron al reino de Murcia. Algunos mas confiados, que se detubieron en la capital, experimentaron el rigor del tirano que ya iba perdiendo el temor, quitandose la máscara, y descubriendo su condicion dura y cruel.

Los fugitivos permanecieron algunos dias en Lorca, y pasaron despues a Murcia, donde fueron recibidos con estimacion y obsequio, y de donde escribieron al rei de Castilla pidiendole seguro y venia para trasladarse a su corte. Obtenido el permiso de aquel soberano, llegaron a Toledo, y alli fueron tratados por él con mucha distincion y cariño. Aben Zeragh le dio noticias del destronado Muhamad, que estaba a la sazón en Tunez en la corte de su amigo el rei Abu Faras, informandolo al mismo

tiempo de los desordenes que agitaban a Granada, de donde habian salido quinientos personajes principales, unos a Africa, y otros a los territorios Cristianos. Enrique, que era joven, compasivo y generoso, ofrecio al visir emplear todos sus esfuerzos en favor de su señor, y en castigo y escarmiento de su injusto enemigo. Jusef Aben Zeragh, aprovechandose de tan felices disposiciones, y deseoso de sacar triunfante a su protector, aconsejó a Enrique las disposiciones mas acertadas que en aquellas circunstancias podrian tomarse para llevar a cabo la empresa. El rei de Castilla dio su aprobacion a los proyectos del ministro Granadino, y en su virtud, este, acompañado del gobernador de Murcia, como embajador de Enrique, pasó a Tunez, a concertar con aquel soberano los medios de recobrar el reino de Granada, y restituir su trono a quien de derecho tocaba. Enrique proponia que Muhamad pasase a Castilla, asegurando que su presencia contribuiria en gran parte al exito feliz de aquellos designios.

Esta embajada recibio en la corte de Tunez la mas lisongera acogida. El rei ofrecio a Muhamad quinientos caballos y muchas riquezas, y con el gobernador de Murcia envió a Enrique

un magnifico regalo de paños, telas, aromas, leones domesticados y otros muchos obgetos de lujo y curiosidad. Muhamad, con la brillante escolta que le dio su generoso huesped, y en compañía de su fiel Aben Zeragh y del embajador Castellano, pasó a Oran, y alli se embarcó, y cruzó la mar, desembarcando en la costa de Granada, cuyos pueblos lo recibieron como a su rei legitimo. Almeria se distinguió en esta ocasion, por su celo y entusiasmo en favor de la causa justa, y los recursos que Muhamad sacó de aquel pueblo y de los inmediatos, lo pusieron en estado de salir a campaña con huestes numerosas y decididas a sostenerlo.

Supieronse inmediatamente en Granada estas noticias, causando un jubilo universal entre sus moradores, que aunque no tenían grandes motivos de amar al rei depuesto, aborrecian al usurpador por su crueldad, tirania y avaricia, y deseaban salir de cualquier modo del yugo con que los aquejaba. Muhamad el Zaquir entró en grandes recelos, y con gran brevedad envió a uno de sus hermanos, a la cabeza de setecientos caballos escogidos, para desbaratar a su rival, y prenderlo si era posible. Al acercarse una a otra las dos huestes, la del infante quedó

mui disminuida, por haber desertado mas de la mitad de los soldados que la componian, a las banderas contrarias : asi que no osando entrar en accion con fuerzas tan desproporcionadas, volvio a la capital, presenciando en su regreso los preparativos que los pueblos hacian para recibir al que ya miraban como su libertador.

Esta retirada facilitó el triunfo de Muhamad, cuyas tropas entraron en Granada sin resistencia, y aquel mismo dia fue aclamado rei por los moradores, por el egercito, y por la muchedumbre que se habia acogido en sus muros con el deseo de tomar parte en el destronamiento de su opresor. El rei quedó fuera de la capital, no osando fiarse de aquellas demostraciones exteriores de fidelidad, y acordandose quizas de que aquel mismo pueblo habia deseado con no menos ardor su propia caida: pero salieron a recibirlo los principales nobles y caballeros, y le aseguraron que todos lo amaban y bendecian, y que miraban en él la unica esperanza de su reposo y de su felicidad, y el unico termino de los males que hasta entonces habian sufrido. Con esto se decidio a ir a Granada, seguido del innumerable gentio que por todas partes se le agregaba, y fue recibido con alegria, y gritos de aplauso y de fidelidad.

Muhamad el Zaquir, abandonado de toda la nobleza, y de la mayor parte del egercito, pasó de noche a la Alhambra, y alli se fortificó con los pocos que se le habian mantenido adictos. El rei cercó aquella fortaleza. y sus tropas empezaron el ataque con tanto impetu, que los cercados no quisieron esponerse a su furor, y entregaron la persona del autor de aquellos males. Diosele muerte al instante, y sus hermanos fueron encerrados en una fortaleza.

CAPITULO XX.

Desavenencias Politicas. Jusef Aben Alahmar. Guerras de Granada. Guerras con los Cristianos. Aben Ozmin. Aben Ismail.

CUANDO Muhamad VIII hubo allanado todas las dificultades que oponian al establecimiento de un buen gobierno, los trastornos que habian traído consigo las ultimas revueltas, y restituido el empleo de visir del reino a su privado Jusef Aben Zeragh, que siempre lo habia servido con tanta lealtad, envió una embajada al rei de Castilla para darle gracias por sus buenos auxilios, y comunicarle el estado de sus dominios, pidiendole al mismo tiempo treguas, o mas bien paz y amistad perpetua. Mas como a la sazón Enrique se hallase en guerras, y disturbios con sus parientes; Muhamad no satisfecho con aquella embajada publica, le envió ademas el noble Granadino Abdelmenam, su amigo y confidente, para que le ofreciese cuantas tropas necesitase. Llegó este emisario a Burgos, y

Enrique despues de haberle dado la enhorabuena, por el restablecimiento de su señor en sus legitimos derechos, y de haber reusado las ofertas que le hacia, le propuso que el rei de Granada se reconociese vasallo suyo, y le pagase en calidad de tal, cierta cantidad de doblas de oro al año. Abdelmenam se retiró sin atreverse a entrar en concierto alguno, no estando autorizado para ello, y Muhamad informado de las pretensiones de Enrique, le respondió que jamas aceptaria aquellas condiciones, y que si era necesario, defenderia y sostendria con las armas su independencia y dignidad. Mostrabase tan decidido, porque confiaba en que Enrique no se atreveria a dividir sus tropas, que las habian con enemigos fuertes y temerarios.

Enrique conocia tambien la critica situacion en que se hallaba, y escribió al rei de Tunez, quejandose de la ingratitud de Muhamad, y rogandole que no lo auxiliase en la guerra que pensaba hacerle, para obligarlo a cumplir lo que debia. Prometiolo asi Abu Faras, y en su consecuencia faltó a la palabra que habia dado al rei de Granada de enviarle tropas y galeras, y le escribió aconsejandole que pagase al de Castilla, a quien debia la corona, la concertada suma que le pedia, y que de no hacerlo asi, no

esperase su ayuda mientras viviese. Al mismo tiempo respondió a Enrique que habia hecho lo que le encargaba, y le pedia que fuese moderado en su venganza, y no llevase a extremo rigor el castigo que trataba de imponer a Muhamad.

No tenia este el menor recelo de que se verificasen aquellas amenazas: pero mui en breve salio de su engaño, pues el rei de Castilla hizo la paz con los infantes, y envió al reino de Granada, dos egercitos, uno de los cuales iba mandado por el adelantado de Cazorla, y constaba de la flor de la caballeria de sus tropas. Muhamad salio contra estas, y peleó con tan buena fortuna que rompio y deshizo sus escuadrones, de los que pocos hombres escaparon con vida. Mas se amargó este triunfo con la noticia de que el otro egercito contrario habia talado la campiña de Ronda, y tomado la fortaleza de Gimena, y que el rei de Castilla habia reunido todas las fuerzas de sus estados, y venia decidido a terminar aquella desavenencia en una batalla campal. Muhamad temio que estos rumores ocasionasen alguna conmocion en su capital, por lo que dejó el mando del egercito a sus mas acreditados caudillos, y volvió a ella con cinco mil caballos, ocupandose inmediata-

mente en la defensa de Granada, con cuyo obgeto armó y distribuyó en sus principales puntos una guarnicion de veinte mil hombres. Entretanto los Cristianos corrian y asolaban las tierras de Illora, Tajajar, Alora, Archidona, y otros lugares, y el rei, satisfecho con los despojos que esta expedicion le habia valido, volvió a Ecija, y de alli a Cordoba.

No eran infundadas las sospechas de Muhammad, porque a poco tiempo de su regreso, estalló contra él una conjuracion terrible. Era su autor y gefe un caballero de sangre real, llamado Jusef Aben Alahmar, hombre rico y ambicioso, cuyo obgeto era nada menos que ceñir la corona, y que para esta empresa contaba con el favor y apoyo de los Castellanos. Habiendo comunicado sus planes y deseos a muchos amigos y parciales, de comun acuerdo enviaron a Cordeba a un caballero de la familia de los Benegas, que era de linage de Cristianos, y a quien el rei habia desterrado a la fortaleza de Alhama. Las proposiciones que tenia encargo de hacer, en nombre de los conjurados, se reducian a que Enrique invadiese la vega de Granada con sus tropas; que inmediatamente se le agregarian mas de ocho mil hombres, muchos de ellos de la primera nobleza del reino, mandados por Jusef

Aben Alhamar en persona, y que si este lograba con aquellas fuerzas unidas sentarse en el trono de Granada, se declararia vasallo de Castilla, pagaria a su rei la suma que Muhamad habia reusado, y le suministraria un gran contingente de tropas, para ausiliarlo en sus guerras y conquistas. El emisario logró que Enrique aprobase este proyecto, y se obligase a desempeñar la parte que en él se le señalaba, lo que en verdad no le costaba grandes sacrificios, pues de todos modos estaba resuelto a hacer una entrada en la vega. Animados con esta respuesta los del bando de Jusef Aben Alahmar, se fueron retirando poco a poco de la capital, con pretesto de ir a las fronteras, que por estar amenazadas, requerrían considerable aumento en sus guarniciones.

Enrique y su secreto aliado cumplieron exactamente sus reciprocos empeños. El primero entró en la vega, con lo mejor de sus tropas, y el segundo se le reunió con los ocho mil caballeros prometidos. Acampó el rei en las faldas de la sierra Elvira, desde donde descubria en toda su estension la bella ciudad de Granada, que como reina de aquella vasta llanura enseñoreaba sobre ella sus soberbios muros, dorados capiteles y altivos torreones. Jusef ben Alahmar le indicaba desde aquella distancia los puntos mas

notables y distinguidos; los cipreses de Genera-life, los miradores del Alhambra, el castillo de Torres Bermejas, y las casas del Albaicin. Los caudillos de Granada y su caballeria, gente valiente y aguerrida, salieron contra el egercito aliado, y empezaron a escaramucear entre sí, con designio, por una y otra parte, de empeñar una accion general, que terminase en sus principios aquella contestacion. En efecto se trabó mui en breve como todos deseaban, y se sostubo con igual ardor y violencia por los Granadinos y por sus contrarios, particularmente por la caballeria, que fue la que mas trabajó, y la que hizo mas estrago. Mantubose la batalla igual todo el dia, en las perdidas y en las ventajas: al caer el sol empezaron a ceder las tropas de Muhammad, y favorecidas por las tinieblas de la noche, abandonaron el campo de batalla, en que yacia exanime lo mas florido de la nobleza y del egercito.

El exito de esta batalla llenó de tristeza y luto a la capital: pero la presencia del rei Muhammad, que no perdio animo por aquella desventura, no dejaba tomar otro partido a los moradores que el de la defensa. La tierra misma parece que quiso tomar parte en la consternacion general, estremeciendose con grandes vaivenes, y

bramidos subterráneos, que amedrentaban a los mas valientes, e inspiraban grandes temores para el porvenir.

Los Castellanos, que habian salido tambien mui malparados de la batalla, levantaron el campo, talaron la vega, y, bien a pesar de Aben Alahmar, se retiraron a Cordoba. Alli, para consolarlo de su despecho, y a los suyos de la desconfianza que podria inspirarles aquella retirada, que los dejaba abandonados enfrente de fuerzas superiores, Enrique proclamó a Jusef Ben Alahmar rei de Granada, presentandolo como tal a su corte, y a su egercito, y dando orden a los gobernadores de las fronteras que hiciesen guerra a Muhamad hasta derribarlo, y poner a aquel aliado en su lugar. Esta declaracion fue de grande efecto, porque luego abrazaron aquel partido muchos pueblos del reino de Granada, entre ellos Montefrio, Illora, Loja, Ronda, que entonces tenian mucha poblacion, y otros de no menos importancia.

Jusef Ben Alhamar reunio en Ardales los sugetos mas distinguidos que habian seguido su causa, y habiendo nombrado un visir, y montado su corte y servidumbre, como correspondia a la dignidad real, de que se decia revestido, otorgó carta de reconocimiento de señorío al rei de Cas-

tilla, obligandose a pagarle un tributo, a servirlo en tiempo de guerra con mil y quinientos caballos, y a concurrir a sus cortes, cuando las celebrase en Andalucía, en persona, o por medio de alguna de las de su familia. Terminadas estas diligencias, engrandecido su ejercito con muchas tropas que los pueblos rendidos le enviaban, y viendose dueño de una parte considerable del reino, se dirigió contra la capital, de la que salió Jusef Aben Zeragh, con las huestes que habían permanecido fieles al rei, y con otras que a fuerza de dinero y actividad pudo reunir en los últimos apuros.

No tardaron en acometerse los dos bandos, aguijoneados por el odio reciproco, y por el temor de las venganzas del que saliese vencedor. Aben Zeragh murio peleando con noble bizarría a los principios de la acción, y su muerte fue la señal de la disolución, y de la fuga de sus tropas, las cuales entraron aterradas en la ciudad, ponderando el increíble número de los contrarios, y el irresistible furor con que peleaban, sin dar cuartel a los rendidos, y sin reparar en peligros ni en ostáculos. El temor de los pueblos y las exageraciones del vulgo dieron mayor realce a esta victoria, de modo que casi todo el reino

abandonó la causa de Muhamad, y para evitar los males de la guerra salian los habitantes a porfia a prestar homenaje al vencedor.

Este se aproximó entonces a Granada, con cuya nueva se alborotaron los animos, se intimidaron los vecinos, y se agolpaban las gentes en los sitios publicos, pidiendo que se tomase alguna pronta resolucion, para evitar los estragos de una entrada violenta. Los nobles y principales sugetos de la ciudad representaron al rei que no era posible defenderse, y le aconsejaron que se pusièse en salvo, y no quisiese esponerlos a los males que provienen de una resistencia inutil. Fue preciso ceder a la fatalidad, y acompañado de sus mas intimos amigos, tomando su harem, los tesoros del alcazar, y los dos hijos de Muhamad el Zaquir, que todavia estaban aprisionados, se encaminó aquel desventurado monarca acia Malaga, donde tenia mucho partido, y algunas huestes de las que habian quedado adictas a su persona.

Jusef Aben Alahmar entró en la capital con solos seiscientos caballos, a fin de tranquilizar a los habitantes, y disipar todos sus temores. Recibiolo la nobleza, y lo acompañó hasta la Alhambra. Alli se reunieron los magnates, go-

bernadores, caudillos y todas las autoridades, y se hizo la jura solemne, y en seguida un paseo triunfal por las calles.

El nuevo rei envió sin perdida de tiempo sus embajadores al de Castilla, con las protestas y reconocimiento de agradecido vasallo, reiterándole sus promesas y empeños, y dándole menudamente cuenta de todo lo ocurrido en su entrada, y en la fuga de Muhamad. Confiado en sus relaciones pacíficas con todas las potencias inmediatas, se dedicó al gobierno del estado, en cuya tarea lo sorprendió la muerte, seis meses despues de haber consumado la usurpacion del trono.

Con este acaecimiento terminaron por entonces los bandos y desavenencias que dividian a los Granadinos, y unos y otros proclamaron al retirado y fugitivo Muhamad VIII, que tantas veces habia experimentado los vaivenes de la fortuna, y pasado alternativamente del supremo poder, a la desgracia y a la persecucion. Llegó la nueva en Malaga, y despues de practica-
das muchas diligencias para asegurarse de la sinceridad de los que lo aclamaban, pasó a la corte, y nombró por visir a un caballero llamado Abdelbar, que gozaba de la estimacion y del respeto de todo el reino. Por consejo suyo, re-

novó su amistad con el rei de Tunez, y la tregua con el de Castilla.

Cuando hubo espirado esta, los Cristianos entraron en tierra de Granada, y tomaron la fortaleza de Benimaurel, despues de haber combatido reciamente sus muros. Por la parte de Murcia hicieron otra irrupcion, con escogida caballeria mandada por el esforzado Fayard, y les salio al encuentro el visir Abdelbar con huestes de Granada y Estremadura. Despues de un combate reñidísimo y sangriento, los tercios Cristianos fueron vencidos, y quedó muerto su valiente caudillo, que se empeñó en mantener la accion cuando ya la mayor parte de los suyos iban huyendo. Al mismo tiempo se defendian los Muslimes en Huescar, contra las tropas que los cercaban, y apesar de los socorros que recibieron, se entregaron por hambre, obteniendo honrosas condiciones, en consideracion al valor que habian manifestado en la defensa.

Abdelbar, desembarazado de enemigos, acudio presuroso adonde le llamaban otros la atencion. Dirigióse acia Archidona, noticioso de que se aproximaba a la plaza una fuerte division de Cristianos. Dispuso su hueste en emboscada al rededor de una angostura escabrosa, por la cual debian pasar los enemigos, y alli los acomet-

tio tan de improviso, y con tanto acierto, que casi todos quedaron muertos o cautivos. El maestre de Alcantara que los mandaba escapó a uña de caballo con unos pocos; pero sus banderas y bagages quedaron en poder de los Muslimes.

De encuentro en encuentro llegó a trabarse guerra general en las fronteras, con frecuentes irrupciones y correrias en uno y otro territorio, y sin que se consiguiesen triunfos notables ni ventajas decisivas por una ni otra parte; hasta que salio a campaña el caudillo Granadino Aben Zeragh, hijo del visir Jusef Aben Zeragh, obligado por las inquietudes que causaban las muchas tropas que habia reunido, y las atrevidas entradas que no cesaba de hacer el adelantado de Cazorla. Encontrose con él en una vasta llanura, y el acometimiento de los Muslimes fue tan impetuoso, como firme y denodada la resistencia de los Cristianos; mas estos sin embargo fueron arrollados con enorme perdida, apesar de los esfuerzos heroicos del adelantado Perea, que murio peleando, y rodeado de enemigos. Aben Zeragh, que habia recibido profundas heridas en el calor de la batalla, siguió animando con su egemplo a sus guerreros, sin curarse de

la mucha sangre que vertia, hasta que agotadas sus fuerzas, cayó sin vida del caballo.

Con este suceso perdieron animo los de Castilla, y no osaron volver a pasar las fronteras. La muerte del inclito Aben Zeragh fue mui llorada en todo el reino, y en especial de la noble juventud de Granada, y de las damas, de quien era mui favorecido por su gallardia y gentileza. Como en Castilla se hubiesen sucitado entretanto nuevas revueltas y parcialidades, parece que el contagio se comunicó a los Granadinos, pues muchos caballeros de la capital, ofendidos del rei Muhamad, o viendo quizas frustradas sus miras ambiciosas, salieron del reino, y pasaron a los egercitos Castellanos. Fue el principal de estos descontentos Muhamad Ben Ismail, sobrino del rei, que se dio por agraviado porque este le negó un casamiento que solicitaba, prefiriendo a un caudillo hermano suyo. Otro sobrino suyo llamado Aben Ozmin, que estaba a la sazón en Almeria, noticioso de estos disgustos, y de la penosa sensacion que hacian en la opinion publica, se vino de secreto a Granada, con muchos amigos y parciales, y derramando grandes sumas entre la plebe, y animando las pasiones y el desasosiego de los nobles, en poco tiempo conmo-

vio los espíritus, sucitó un alboroto, durante el cual acudio a la Alhambra, con sus parciales armados, y tremoló el estandarte de la rebelion en sus almenas. Los gefes de su partido se apoderaban entretanto de las otras fortalezas. El rei Muhamad cayó en manos de estos rebeldes, y fue puesto en una prision. El pueblo, que miraba con indiferencia los vaivenes de un trono tantas veces derrocado, y tantas restablecido, sufrio que los que tomaban su nombre, proclamasen rei de Granada al ambicioso Aben Ozmin.

Mas no fue tanta la inaccion general que faltasen defensores al orden publico y a la justicia. Abdelbar, el visir de Muhamad VIII, se salio de la capital con un numeroso partido, y pasó a Montefrio, donde trató de hacer los ultimos esfuerzos en favor del rei destronado: mas viendo que por entonces eran inutiles sus diligencias y conatos, formó el proyecto de aumentar el desorden general, para que de su mismo exeso resultase el esterminio de sus primeros autores. Con este obgeto escribio al infante Aben Ismail que estaba en Castilla, ofreciendole el reino de Granada. Sus mensageros llegaron disfrazados a la corte de Juan II, y concertaron con Aben Ismail los medios de sacarlo de alli en secreto, sin que pudieran estorvarselo los Cristianos;

mas él, confiado en la nobleza del rei de Castilla, no quiso salir sin su licencia, y le comunicó sin rebozo el negocio que trataba. Juan, tan interesado como el visir, en aumentar las discordias de los Granadinos, no solo le dio el permiso que solicitaba, sino que le ofrecio su ayuda, y le dio cartas para que los gobernadores de sus fronteras promoviesen sus intentos, y le facilitasen los socorros que le fueran necesarios.

Partio Aben Ismail con los caballeros que estaban en su compañía al servicio de Castilla, y desde la frontera lo acompañaron los adelantados con escogidos tercios. Llegó a Montefrio, y salio a recibirlo Abdelbar con los de su bando, y alli lo reconocieron por rei de Granada. Informado de estas novedades Aben Ozmin, que estaba en Granada, y queriendo castigar a los Cristianos por el apoyo que daban a su primo y competidor, acometio las fronteras, cercó la fortaleza de Benaumarel, la tomó por fuerza de armas, mató a los Cristianos que la defendian, cautivó al alcaide Herrera que la mandaba, y siguió adelante con su correria, sin que osasen salirle al encuentro los Cristianos, que tenían una parte de sus tropas con Aben Ismail. Zulema tubo la misma infausta suerte que Benaumarel, y mayor hubiera sido la perdida de Cas-

tilla, si no llamase la atencion de Aben Ozmin la situacion peligrosa de Granada, adonde se restituyó sin perder tiempo, satisfecho con aquella venganza que habia tomado de los aliados de su enemigo.

Alli empezo a tomar medidas en grande para asegurar su trono. Juntó nuevas tropas, y las dividio en dos cuerpos. Uno partio a la frontera, y otro salio a cerrar el paso a Ismail. Aben Ozmin se puso al frente del primero, corrio lo tierra de Andalucia, tomó las villas de Huescar, Veladabiad, y otras plazas fortificadas, hizo gran numero de cautivos, y con ellos, y con grandes recuas cargadas de despojos volvio a la capital, a reparar sus perdidas, y apercibirse a nuevas expediciones. Sabiendo entanto que los reyes de Aragon y Navarra estaban desavenidos con el de Castilla, les envió embajadores con preciosos regalos, y concertó alianzas con ellos, ofreciendose a continuar molestando por su parte al enemigo comun.

Hizolo asi al año siguiente, penetrando por los confines de Murcia, con mucho estrago de pueblos y campiñas, y venciendo al egercito Cristiano que acaudillaba el famoso Tellez de Giron. Pero habiendo dejado en su lugar al valiente joven Muhamad hijo de Abdelbar, con

orden de que continuase la guerra en aquella provincia, aquel caudillo hizo tanto daño en las inmediaciones de Lorca, que la guarnicion Cristiana de esta plaza determinó no aguardarlo en sus muros, sino salir a detener aquellos destrozos. Los Muslimes del egercito de Muhamad ben Abdelbar aguardaron bien apercebidos a sus contrarios, y resistieron con brio el choque de su caballeria. Varias veces rompieron los Cristianos sus filas sin poderlas desordenar, ni forzarlas a retroceder. Al fin lo consiguieron, y arrollaron los cuerpos de la vanguardia, y tras ellos el grueso de las tropas, quitandole las ricas presas, y muchos cautivos que llevaba. Muhamad ben Abdelbar, que apesar de haber hecho prodigios de valor, se vio arrebatado en el tropel de los fugitivos, llegó a Granada con los pocos que con él se salvaron, y se presentó a Aben Ozmin, el cual, olvidando sus antiguos servicios, mandó darle muerte diciendole que debia morir como cobarde, ya que no habia sabido hacerlo como hombre de pro.

Manteníase durante esta guerra Aben Ismail en Montefrio y en su comarca, animando a los que seguian su partido con ofertas y esperanzas, y aguardando que el rei de Castilla se hallase desembarazado de sus enemigos, para que le

prestase nuevos socorros contra su rival. Los que en la capital promovian sus intereses, y disponian los animos en su favor, sacaban grandes ventajas del descontento general que ocasionaba la crueldad de Aben Ozmin, porque habia llegado a tal extremo que por el mas leve motivo mandaba matar a los hombres mas principales del reino; daba en casamiento las doncellas mas nobles a los aventureros mas ruines y desalmados; por ultimo, no habia consideracion por sagrada que fuese que él supiera respetar, y todos los hombres inocentes y pacificos lo miraban como un enemigo publico, y temblaban en su presencia. Con estos antecedentes no fue difícil que se acrecentase el partido de su rival, el cual auxiliado por fin con un cuerpo escogido, que le suministró el rei de Castilla, por haber hecho la paz con los de Aragon y Navarra, se puso en marcha contra su primo, y lo vencio en una sangrienta batalla, obligandolo a huir a Granada, donde por mas esfuerzos que hizo, no pudo reunir un exercito capaz de medir sus fuerzas con el contrario. Con sus ultimas desgracias, se agrió el despecho, y crecieron las sospechas de Aben Ozmin. Encerrose en la Alhambra, donde sacrificó a su furor muchos nobles y caudillos, en venganza de la frialdad, y

poco celo con que lo servian; pero viendo que la ciudad se alborotaba y proclamaba a su primo antes que llegase, no se creyó seguro en aquella fortaleza, se salio de ella antes de que la cercasen, y con algunos pocos compañeros de sus desordenes y complices de sus crímenes, huyó a la sierra, y allí desaparecio sin dejar trazas de su existencia.

Entró Ismail en Granada, tomó posesion del trono, y escribió a D. Juan II renovandole su reconocimiento de vasallage, y dandole gracias por las mercedes que le habia hecho. Pero habiendo muerto aquel monarca, y sucedidole su hijo D. Enrique IV, lejos de entablar con él negociaciones amistosas, como viese que aquellas alianzas con Cristianos ofendian y exasperaban a los Muslimes, mandó que los caudillos de la frontera empezasen las hostilidades, haciendo presa de ganados y cautivos, lo que se egecutó sin estorvo por el descuido en que estaban los adelantados de Castilla, y las guarniciones de la linea. No habiendo ocasion para este rompimiento, el rei D. Enrique quiso hacer un castigo egemplar, en quien tan alevemente rompía los pactos mas solemnes, y faltaba a la deuda sagrada de la gratitud: así que con catorce mil caballos, y una hueste innumerable de infanteria,

entró por tierra de Granada, llevándolo todo a sangre y fuego, y destruyendo cuanto hallaba de muros afuera. Aben Ismail no quiso esponerse al riesgo de una batalla de poder a poder: solo permitio que saliesen compañías sueltas, y trabasen escaramuzas con los Cristianos, en lo que les llevaban considerable ventaja, por la superior destreza de los Muslimes en esta especie de guerra. Los Castellanos, no pudiendo conseguir lo que deseaban, que era venir a las manos con todo el egercito Granadino, se retiraron por entonces, y volvieron el año siguiente, haciendo los mismos destrozos que en el anterior. Salio caballeria de Granada a estorvarlo, y se empeñó tan recia escaramuza, que sin que lo pudieran estorvar los caudillos Cristianos, casi todo el egercito se halló comprometido en trozos y pelotones. En uno de aquellos encuentros murio con las armas en la mano el inclito Garcilaso de la Vega, y para vengar su lamentable perdida, los Castellanos hicieron una tala destructora en los alrededores, y pasaron a cuchillo a los vecinos y guarnicion de Gimena, apoderandose de su fortaleza.

CAPITULO XXI.

*Fin del Reinado de Aben Ismail. Mulei Abul
Hacen. Isabel la Catolica.*

ERAN tan espantosos los males que sufrían los pueblos indefensos de la vega de Granada con estas entradas de los Castellanos, que Aben Ismail pidió treguas a D. Enrique, y aunque con gran repugnancia de este y de sus caudillos, le fueron otorgadas por cierto tiempo, y con ciertas condiciones, siendo una de ellas, que no se comprendería la frontera de Jaen, y que por allí quedaria abierta la guerra a los egercitos de una y otra parte. Aprovechando esta proporcion, los caudillos de Granada entraban por aquella parte, y viniendo á veces a las manos con fuerzas respetables, se seguian batallas serias y destructoras, en una de las cuales, cayó prisionero el adelantado Castañeda, y entró con las tropas triunfantes en la capital. Sin embargo estas hostilidades no eran tan importantes que atragesen la atencion del rei, el cual empezaba a manifestarse amante de la justicia, y pro-

curaba grangearse el afecto de sus vasallos. Dedicose a hermosear la ciudad y sus contornos; reparó los edificios publicos, plantó arboledas y jardines, y aumentó y perfeccionó el de Genera-life, en donde residia una parte del año, y que desde entonces fue uno de los sitios de recreo de las personas reales.

Su hijo, el principe Mulei Abul Hacen, que no era de tan pacificas inclinaciones, y que deseaba adquirir fama militar peleando contra Cristianos, rompio de pronto la tregua, y con un escogido escuadron, violó el territorio de Andalucia, y entró en la comarca de Estepa, robando ganados, y cautivando y matando los moradores de los campos y de las aldeas. Sallieron contra él los fronteros de Osuna, y despues de muchas reñidas batallas, lo obligaron a dejar su presa, y a evacuar la provincia.

No por esto se disminuyó su arrojo, ni se alteraron sus intenciones hostiles. Volvio el año siguiente a cometer nuevos exesos, y los Cristianos, que se habian dispuesto a la venganza, y que tenian preparados dos cuerpos para ponerla en egecucion, los enviaron contra Gibraltar y Archidona, y ambas fortalezas cedieron a su poder. Enrique pasó a la primera que era la mas importante, y alli recibio cartas de

Ismail, escusando como podia las violencias de su hijo, y pidiendole la renovacion de la tregua. El rei de Castilla quiso responder personalmente al de Granada, y entró como amigo en la vega, donde ambos monarcas se vieron, y festejaron, quedando en apariencia tan consolidada su amistad, que muchos personajes Granadinos escoltaron a Enrique hasta las fronteras de sus dominios; algunos pasaron a su corte, y vivieron en ella con seguridad e independencia, y a Granada vinieron no pocos caballeros Castellanos, siendo en ella recibidos y agazajados con la mayor urbanidad y franqueza. Mas con la muerte de Ismail terminaron estas pacificas demostraciones, y cuando su hijo y sucesor Mulei Abul Hacen tomó las riendas del gobierno, empezaron a descubrirse los sintomas precursores de la catastrophe que debia aniquilar el dominio de los Muslimes en la parte occidental de Europa.

Pasaron sin embargo en paz y tranquilidad los primeros años de su reinado, durante los cuales, mientras procuraba que sus armas no cometieran la menor ofensa a los enemigos, dirigia todos sus conatos a la formación de un poderoso egercito, que lo pusiese en estado de restablecer la antigua grandeza y dignidad de su imperio. Pero cuando se hallaba empleado en

estos preparativos, se rebeló el alcaide de Málaga, hombre de mucha autoridad y valor, y de gran reputacion en el egercito y en la nobleza. Mulei Abul Hacem dio su empleo a un pariente suyo, y lo mandó con algunas tropas a combatir al rebelde. Este habia escrito al rei de Castilla, pidiendole ausilios, y aconsejandole que se guardase del de Granada, el cual con las repetidas violaciones que habia hecho de las treguas pactadas, daba a entender bien a las claras el odio que profesaba a los Cristianos, y lo que de él podia temerse, cuando hubiera reunido las fuerzas que necesitaba para llevar a cabo sus proyectos. Enrique dio tanta importancia a este aviso, que pasó personalmente a Archidona, donde vio al alcaide, y recibió con agrado sus proposiciones, y los presentes que le traia; de lo que altamente ofendido Mulei Abul Hacem, salio con sus tropas a campaña, y tantos estragos hizo en las campiñas de Cordoba y Sevilla, que los pueblos se aterraron, y las guarniciones Cristianas de la frontera no osaban salir a defenderse, ni a rechazar aquellos audaces invasores. Sin embargo, el trato continuo entre Cristianos y Muslimes habia establecido entre ellos ciertas relaciones caballerezcas y amistosas, que no fueron parte a desarraigar de un todo las

nuevas hostilidades, ni los temores fundados que reinaban en unos y otros de una guerra general y ostinada. Los paladines Castellanos que no podian por alguna razon poderosa vengar sus reciprocas ofensas en los dominios de su soberano, imploraban el favor del Granadino, y con su autorizacion tomaban la satisfaccion debida, con la misma seguridad que si estuvieran en su patria. Asi lo hizo, poco tiempo despues de la expedicion que acabamos de referir, D. Diego de Cordoba, pidiendo campo contra D. Alonso de Aguilar, con quien estaba enemistado, y a quien Enrique habia negado el permiso de terminar la disputa en su reino. Acogio favorablemente esta demanda Abul Hacem, y le señaló campo en la vega, y como no compareciese el caballero retado, por que Enrique lo detenia en su corte, cuando Abul Hacem lo declaró solemnemente por vencido, otro caballero Cristiano que estaba entre la turba que rodeaba el palenque, tomó la defensa de Aguilar, se ofrecio a pelear en su nombre, asegurando que este no faltaba por su voluntad a la aplazada lid, y que no consentiria que se declarase por vencido ni por cobarde. El rei no quiso darle el permiso que solicitaba, y el desconocido se propasó en tales terminos, que Abul Hacem

mandó quitarle la vida; pero intercedió D. Diego, a quien el rei estimaba mucho, y a sus instancias lo perdonó, mandandolo salir inmediatamente de sus estados.

Seguian entanto las hostilidades, y cada dia tomaban mas cuerpo, y se acrecentaba el rencor de ambas naciones. D. Rui Ponce de Leon, que mandaba la frontera Cristiana de Andalucia, dejó entrar en su termino a los Muslimes que habia enviado a ellas Mulei Aben Hacen, y cuando los vio mui adentro del territorio, cargó sobre ellos con impetu, les arrebató los preciosos despojos que llevaban, les mató mucha gente, y les tomó la fortaleza y el pueblo de Montegicar. Volaron los caudillos de Granada a su socorro, y los echaron de aquel punto, atacando por fuerza la plaza, que fue vigorosamente defendida.

Pero las conmociones que al mismo tiempo agitaron los reinos de Granada y Castilla, suspendieron por algunos años los efectos de aquella animosidad, dando lugar a que se celebrasen treguas, por mediacion de D. Diego de Cordoba, que pasaba mucha parte del año en Granada, y gozaba tambien de gran favor del monarca Castellano. Como estos disturbios aceleraron los sucesos que despues vamos a referir,

parece necesario dar alguna idea de su origen y de sus progresos.

El rei Abul Hacem tenia dos mugeres hermosas a quienes daba la preferencia sobre todas las otras de su harem, y que valiendose de este favor querian tomar parte en los negocios del estado. La una era de sangre Cristiana, y hija del alcaide de Martos; la otra, prima del rei, y se llamaba Zoraya. Esta, que aborrecia a su rival, y que solo pensaba en el engrandecimiento de su hijo Abdala, tubo bastante astucia y poder para formarle un numeroso partido, que aspiraba nada menos que a ponerlo en el trono, desposeyendo de él a su padre que lo ocupaba. Esta enemistad, y la division que de ella provenia no quedaron encerradas en los muros del alcazar, sino que cundieron en la nobleza y el pueblo, dandoles mayor impulso la popularidad que se grangeaba el infante por su amabilidad y gallardia, mientras el rei, atosigado por aquella discordia domestica, se mostraba cada dia mas cruel y malhumorado, y perdía la confianza y el amor de sus subditos.

Las inquietudes de Castilla nacieron tambien en los crímenes y en los delirios de la ambicion, pero tubieron resultados mas gloriosos. Isabel, llamada despues la Catolica, hija de Juan II, y

hermana de Enrique IV, se habia declarado heredera del trono, renunciando al favor que le querian prestar los que en una ceremonia ridicula y absurda habian depuesto a Enrique como indigno de reinar; pero alegando, o suponiendo a lo menos el origen bastardo de la infanta D. Juana, hija de la esposa de aquel monarca, origen que este mismo habia reconocido, privando de la corona a la que se decia hija suya, y declarando heredero al infante D. Alfonso hijo de Isabel. La conducta noble y generosa de aquella muger inmortal impuso silencio a los partidos. Enrique, lleno de confusion al ver tanta magnanimidad en tan tiernos años, pues Isabel no contaba mas de diez y siete, repudió a su criminal esposa, y la envió con el fruto de sus adúlteros amores a un pueblo de Portugal.

Isabel, que se habia casado con Fernando de Aragon, y cuyo primer hijo D. Alfonso habia muerto, poco tiempo despues de la declaracion de que acabamos de hablar, heredó sus derechos, y por muerte de Enrique, fue proclamada en Segovia Reina de Castilla y Leon, mientras la bastarda Juana, conocida con el nombre de Beltraneja, lo era al mismo tiempo en Madrid, por el partido de los discolos y descontentos, que

solo podian prosperar al abrigo de los disturbios. Tantos resortes emplearon para conseguir su objeto, que Alfonso V de Portugal dio la mano de esposo a Juana, y se dispuso a destronar a Isabela. Combates sangrientos, asperas enemistades, los desordenes y los crímenes de una guerra fratricida, tales fueron los resultados de las arterias y tramas de un puñado de cortesanos impotentes. Los rebeldes y sus aliados, destrozados en la sangrienta batalla de Toro, acabaron de perder sus esperanzas en el combate de Albufeira. La Duquesa de Viseo, infanta de Portugal, princesa sensata y religiosa, se aprovechó del exito de aquella accion, y persuadió al rei que abandonase una causa tan injusta y tan malparada. Alfonso cedió aunque con repugnancia a tan saludables consejos, y firmó un tratado en que abandonaba el titulo y las armas de rei de Castilla, y se obligaba a no ratificar su casamiento con Juana. Esta se consoló de la perdida de todas sus ilusiones en el seno de la religion, y tomó el velo en uno de los Conventos de Coimbra.

Isabel entró desde entonces en la noble carrera que ha colocado su nombre al lado de los monarcas mas perfectos que han honrado los

tronos del mundo *. Dueña absoluta de la voluntad de su esposo, esenta de aquella ambicion mezquina que nace de las exigencias del egoismo, y que se vale para satisfacerlas de la sangre de los pueblos, y de la prosperidad de los estados, dotada de miras grandiosas y de sentimientos exaltados y magnanimos, consagró todas las facultades de su espíritu, todos los recursos de su actividad y de su celo, al bien de la nacion, y a la consumacion de la gran obra empezada por Pelayo. Su firmeza y sabiduria se ocuparon desde luego en abatir el orgullo de los grandes, y en oponer un sistema popular, juiciosamente construido, al barbaro, sanguinario, y anarquico sistema feudal, que tanto ha retardado los progresos de la razon en Europa, y que otros monarcas, ensalzados por la adulacion de los historiadores, no supieron destruir, sin erigir en su lugar instituciones no menos funestas, y no menos contrarias al bien publico.

Cuando con esta, y otras grandes y saludables innovaciones hubo reparado Isabel los desastres

* Vease el elocuente aunque sucinto cuadro del reinado de Isabel trazado por el sabio Liaño en su *Repertoire portatif de l'histoire des nations Portugaise et Espagnole*. Berlin, 1818.

de los reinados precedentes, y esterminado los germenés de la discordia y de la rebeldia, se ocupó esclusivamente en arrancar a los Mahometanos la unica posesion que conservaban en la peninsula Española, que era el reino de Granada, proyecto en que quizas tubo parte el fanatismo religioso, que era el alma de las costumbres publicas de aquella epoca, y de que no estuvo esenta aquella princesa ilustre, pero que por otro lado estaba de acuerdo con las maximas de la mas sana politica, que es la que estriva en los principios de la moral.

En efecto, el reino Muslimico de Granada no podia existir, sin turbar a cada paso el reposo de los reinos Cristianos de Castilla y Aragon. Mientras mas se debilitaba el poder de los Sarrazenos, mas interesados estaban en dividir, agriar, y armar unos contra otros a sus enemigos. Ya hemos visto que lo hicieron muchas veces, y que sabian emplear con buen exito toda clase de seducciones para perpetuar las guerras, y las disensiones no solo entre monarcas de una misma creencia, sino entre principes de una misma familia. Por otra parte, era imposible cimentar un buen plan de gobierno, ni fecundar las semillas del bien general, mientras existiesen las fronteras de los dominios Cristianos espuestas a los rompimien-

tos y correrias de una nacion fanatica, discola y belicosa, que desde su establecimiento en la peninsula habia estado con las armas en la mano, y que no vacilaba en emplearlas contra sus pacificos vecinos, cuando le daban algun intervalo sus interiores revueltas y desordenes. Isabel habia dado en pocos años al trono de Castilla una dignidad que lo ponia al nivel de los mas encumbrados y poderosos de Europa, y la unica joya que faltaba a su diadema era la que poseia aquel pueblo inquieto y temerario, que en verdad habia civilizado a España, y dado un saludable impulso a su industria y a su agricultura, pero cuyo dominio, fundado en la voluntad absoluta del que mandaba, y no en la base solida de la lei, no podia producir mas que bienes pasajeros, gloria deleznable, y efimeras e imperfectas instituciones.

Cuando todo estuvo dispuesto para la consumacion de sus vastos y pátrioticos designios, Isabel y Fernando establecieron su corte en Sevilla, interin se les reunian los egercitos que debian plantar el estandarte de la Cruz en los muros de la Alhambra.

En aquella capital recibieron una embajada de Abul Hacem, que previendo los infortunios que se le aparejaban, y cada vez mas molestado por

la ambicion de su hijo, a quien habia mandado encarcelar en una torre, pedia treguas, olvidando quizas que él mismo habia violado las que existian. Los reyes Catolicos respondieron con otra embajada que reclamó de Abul Hacen el vasallage tributado por sus predecesores a los monarcas de Castilla. Mas el rei de Granada, en quien no se habian abatido de un todo el orgullo y el ardimiento: "Id," contestó a los embajadores Castellanos: "Id, y decid a vuestros soberanos, que ya murieron los reyes de Granada que pagaban tributo a los Cristianos, y que en esta ciudad no se labran si no alfanges y puntas de lanza contra nuestros enemigos." Con esto los despidio, y mandó hacer preparativos de guerra, sin embargo de que los Cristianos concedieron la tregua sin otra condicion.

No tardó el agraviado Granadino en dar rienda suelta a su exasperacion. Teniendo noticia del abandono en que estaba una parte de la frontera, allegó su escogida caballeria y fue con extraordinaria diligencia sobre Zahara, fortaleza situada entre Ronda y Medina, a la que se acercó favorecido por las tinieblas de una noche tempestuosa. Acometió con barbaro ardimiento las puertas principales, y escaló por diferentes partes los bien torreados muros, en despecho de

los consejos de sus caudillos, que miraban como mal agüero el desorden y furor de los elementos. Los Cristianos atemorizados, y sin saber donde mas pronto debian acudir, no pudieron resistir al impetu de los Muslimes, y los unos perecieron al filo de sus cimitarras, y los otros fueron llevados cautivos a la capital. Abul Hacen mandó reparar la fortificacion, dejó guarnicion escogida en ella, y volvió a Granada, donde no faltó quien, en lugar de felicitarlo por aquel triunfo, le anunciase que las ruinas de Zahara caerian sobre su cabeza. Lejos de intimidarse con este vaticinio, siguió el rei haciendo intrepidamente la guerra, y acometió a Castellar y Olbera, de que no pudo apoderarse, aunque sí de los copiosos despojos de los pueblos y campos inmediatos. Al mismo tiempo las huestes de los reyes Catolicos volvieron sobre Zahara, y habiendose ocultado durante el dia en unos valles y quebradas que estan a media legua del pueblo, se adelantaron de noche sin ser sentidas, y como hallasen que todo estaba en el mayor sosiego en el castillo, aplicaron cautelosamente sus escalas, subieron sin ostaculo a las almenas, mataron las centinelas, que hallaron dormidas, degollaron a los pocos de la guarnicion que se reunieron de pronto, y abrieron las puertas al resto de las tropas, que

aguardaban al pie de los muros el exito de aquella sorpresa. Los Muslimes, recobrados del primer sobresalto, huyeron al pueblo, y trataron de defenderse en él, cerrando las calles con empalizadas y barreras. Al rayar el día los atacaron los Cristianos, y, aunque con gran mortandad, lograron salvar las defensas exteriores, sin que esta ventaja pusiese fin a la pelea, porque los sitiados resistian tenazmente, combatiendo con furor, y defendiendo palmo a palmo las calles y las plazas. Duró la accion todo el día, sin un instante de reposo, y cuando al acercarse la noche parecia que iba a cesar tan atroz matanza, se renovó con mayor empeño por la llegada de nuevas tropas Cristianas. Los Muslimes al cabo fueron vencidos y muertos, y la poblacion, que se habia acogido a la mezquita, fue pasada inhumanamente a cuchillo.

Cuando llegó a Granada la noticia de esta catastrofe, quedaron sus moradores sumergidos en el espanto y en el abatimiento: mas no desmayaron por esto los brios de Abul Hacem, el cual inmediatamente se dirigió al desventurado pueblo, de cuyas desgracias era verdadero autor, con tres mil caballos, y cincuenta mil peones que juntó en poco tiempo. No pudiendo sin embargo recobrar la fortaleza, dividió sus tropas, y

las envió a cerrar el paso, y cortar los socorros que enviaban los Castellanos, lo que dio lugar a reñidos encuentros y gran mortandad de ambas partes. Entretanto se extendia rapidamente la linea de las operaciones. Los Cristianos pusieron cerca a Loja, ciudad importante, tanto por su riqueza y fortificacion, como por su inmediacion a la capital del reino. Defendiala el valiente Ali Atar, con tres mil caballeros escogidos, y tomó la resolucion de no permitir que los sitiadores tubiesen tiempo ni reposo para empezar las hostilidades contra los muros. Sus salidas eran frecuentes y arrojadas. En una de ellas se apoderó de los reales de los Castellanos, en cuya defensa murio el valiente joven Tellez Giron, maestre de Calatrava.

Esta victoria reanimó las esperanzas de Abul Hacem, y junta con los murmullos del pueblo, que no podia perdonarle las desgracias de Zahara, lo indujo a emprender de nuevo su reconquista. Para esto escribió cartas al rei de Marruecos, pidiendole un cuerpo de tropas auxiliares, pero interin llegaba la respuesta, estallaron las convulsiones que la enemistad de su hijo habia preparado, y que habian acelerado sus propios infortunios e imprudencias. La sultana Zoraya, temiendo que Abdalah fuese vic-

tima de algun raptó de despecho de su padre, valiendose del favor e industria de sus doncellas, y preparando a los de su parcialidad, cuyo numero crecia por instantes, logró que el principe saliese de su prision, descolgandose de una de sus ventanas, con las cuerdas que las doncellas le habian proporcionado, y que ellas mismas sostenian mientras bajaba. Recibieronlo al pie de la torre los caballeros y tropas de su faccion, y lo llevaron a la ciudad, aclamandolo rei. Las expediciones desventuradas de Abu Hacen, y sus crueldades con la nobleza dieron mucha gente al partido del principe. Al ruido de este primer alboroto acudieron las guardias del visir, y del gobernador de la ciudad, y trabaron reñida pelea con los rebeldes, que se apoderaron del Albaicin, y se fortificaron en aquellos barrios elevados. Acudio alli mas tropa, venida la mañana, y se renovaron con empeño los combates. La mayoria del pueblo, movida por su aficion a disturbios y novedades, se agregó al partido de Abdalah, y los que intentaban sostener los derechos del rei padre fueron desbaratados, y echados de todas las plazas en que hacian gente por él. Abul Hacen, viendose en tanto peligro, y cuanto se habia disminuido el numero de sus defensores,

por muerte de los unos, y desercion de los otros, acudio a su hermano Zelim, que mandaba en Almeria, y con los socorros que este le envió, se apoderó de la fortaleza y alcazar de Granada, menos de una torre, que defendia Aben Omija, celoso partidario del principe Abdalah. Con esta pequeña ventaja, cobraron animo las tropas del rei padre, bajaron a la llanura, y vinieron a las manos con el partido contrario, que logró destruirlas y ponerlas en fuga. En medio de tanta confusion y matanza, algunos nobles que veian el resultado natural de aquella discordia, y que deseaban conciliar los animos, y reunirlos en defensa comun contra los Cristianos, exortaron al pueblo, y trataron de hacer proposiciones que combinasen intereses tan opuestos; mas fueron vanos sus esfuerzos, habiendo llegado a su ultimo punto la exasperacion de las facciones, y el deseo mutuo que tenian de aniquilarse. El cansancio, y la mortandad hicieron lo que no pudieron conseguir las voces de la prudencia. Suspendieronse por algun tiempo las hostilidades, mientras Abdalah en el Albaicin, y Aben Hacen en la Alhambra se disponian a renovarlas con las fuerzas que de los diversos puntos del reino les ofrecian sus respectivos partidarios. Mas el

rei padre no pudo desatender el peligro de Loja, sitiada de nuevo por los Cristianos, con un empeño y vigor que manifestaban la importancia que daban a aquella plaza, llave de la vega y salvaguardia de la capital; así que suspendiendo por entonces el recobro de sus derechos, salio con sus tropas de la Alhambra, que fue inmediatamente ocupada por las de su hijo.

La expedicion de Abul Hacen fue rapida y violenta, como todas las que antes habia emprendido, y su resultado quizas superior a las esperanzas de los Granadinos. Los Cristianos, inferiores en numero al cuerpo que formaban sus tropas unidas con las de Ali Atar, levantaron el cerco, y en su retirada fueron acuchillados, y vencidos por los Muslimes. Con este venturoso suceso volvio sobre Alhama, donde halló mas resistencia que la que aguardaba, y no queriendo perder el tiempo en infructuosas tentativas, partió con su campo volante a Cañete, mató y cautivó a los moradores, quemó sus casas, y arrasó los edificios publicos.

Pero cuando volvia a la capital, creyendo que sus ultimos triunfos exitarian en su favor el entusiasmo de sus vecinos, salieron a su encuentro algunos confidentes, y le noticiaron que

Abdalah reinaba como dueño absoluto, que todos lo obedecian sumisamente, y que serian vanos cuantos esfuerzos se hiciesen para derrocarlo. Entonces tomó el partido de retirarse a Malaga, que, como Guadix y Baza, no habian roto la fidelidad que le habian jurado.

Mas los Cristianos no tardaron en acometerlo en aquella pequeña fraccion que le quedaba de sus antiguos y vastos dominios. El maestre de Santiago, el marques de Cadiz, y el conde de Cifuentes, valientes y esforzados capitanes del egercito de los reyes Catolicos, entraron con tres divisiones en aquel territorio, quemando las mieses, y arrasando los arboles y viñas. Los infelices habitantes de Malaga veian desde sus muros y torres el fuego y las columnas de humo que oscurecian el aire. Abul Hacen quiso salir en persona a reprimir tan destructora invasion, pero por sus años y fatigas pasadas no se lo permitieron su hermano Abdalah, ni Reduan Venegas, que era uno de sus mas fieles y acreditados caudillos. Estos dos guerreros salieron con dos divisiones, el infante a combatir en campo llano a la cabeza de la caballeria escogida, y Reduan a emboscarse en los montes, para socorrer a los otros si era necesario, o completar la derrota de los ene-

migos, si huian vencidos por aquella parte. Esto fue lo que puntualmente sucedio, porque como fuese extraordinario el primer impetu de los caballeros Muslimes, y de sus resultas quedasen desbaratados los tercios de Castilla, bajó Reduan de su emboscada, y acabó de atropellarlos y destruirlos, haciendoles terrible matanza. En uno de los encuentros parciales a que dio lugar esta derrota, Reduan Venegas salvó la vida al conde Cifuentes. Viendolo cercado de seis caballeros, contra quienes peleaba valientemente, entró en el circulo que formaban, gritando: “esto no es de buenos caballeros;” estos lo dejaron solo con su contrario, y a la primera arremetida lo derribó y lo hizo prisionero.

CAPÍTULO XXII.

Batalla de Lucena. Negociaciones con los Cristianos. Continuacion de la Guerra Civil. Abdalah el Zagal.

CUANDO los Granadinos tubieron noticia de la victoria obtenida por las tropas fieles de Abul Hacen, empezaron a murmurar de la inaccion de su nuevo rei, y a comparar su desidia y negligencia, con la inflexible constancia, y actividad incansable de su padre. Abdalah el Zaquir, que asi lo llaman los historiadores Arabes, para distinguirlo de su tio Abdala el Zagal, que era el infante gobernador de Malaga, y hermano de Abul Hacen, exitado por aquellas hablillas, y viendo ademas que le era importantisimo atajar los progresos de los Cristianos, se puso a la cabeza de sus tropas, y se dirigio acia Lucena, donde sabia que la guarnicion era poco numerosa, y que podia servirle de punto de apoyo para continuar las operaciones de la guerra. Mandaba en Lucena D. Diego de Cordoba, de quien ya hemos hablado, caudillo diestro y acre-

ditado, y que por la larga mansion que habia hecho en Granada, y el trato intimo en que habia vivido con su nobleza, conocia a fondo las practicas de los Muslimes, y el partido que de ellos se podia sacar en lances apurados. Fortificó la plaza lo mejor que pudo, y avisó a los fronteros D. Alonso de Aguilar, y el gobernador de los Donceles, que acudiesen inmediatamente con cuanta caballeria pudiesen reunir. Llegó Abdalah el Zaquir enfrente de los muros, despues de haber tomado ganados y cautivos en tierra de Aguilar, y intimó a D. Diego que se rindiese, o que se espondria de lo contrario a ver pasada a cuchillo la guarnicion, como debia esperarse de las fuerzas superiores que consigo traia. El gobernador, que aguardaba a cada momento los socorros que habia pedido, entabló negociaciones con los Muslimes, por medio de uno de sus capitanes, Ahmed Aben Zeragh, con quien habia tenido grandes relaciones de amistad y confianza. Pasó la mayor parte del dia sin convenir en nada, y en continuos mensajes de una parte a otra con proposiciones, y respuestas, y nuevas adiciones, y nuevas dificultades: pero cuando de pronto se aparecieron los tercios de D. Alfonso de Aguilar, y de la guarnicion de los

Donceles, sobrecogidos los Muslimes, que estaban lejos de sospechar esta estratagema, echaron a correr sin orden, y sin aguardar el mandato de sus gefes, esparciendose la caballeria por el llano, y dejando abandonada la infanteria a los golpes de los reciénvenidos.

Sin embargo, a cierta distancia de la plaza, y a fuerza de gritos y persuasiones de Aben Zeragh, y de los otros caudillos, se reunió toda la gente de a caballo, y salió al encuentro de los Cristianos, que tubieron que ordenarse al notar aquel movimiento, y recoger las partidas que iban en persecucion de los fugitivos. Acometieronse denodadamente ambas huestes, y la batalla fue una de las mas sangrientas y reñidas de aquella campaña. Cuando en el ardor del conflicto, los Muslimes echaron de ver que los mejores y mas nobles caballeros de Granada habian perecido defendiendo valerosamente sus estandartes y la persona del rei, la polvareda que oscurecio el orizonte, anunció la llegada de otros refuerzos contrarios, que eran en efecto los tercios de la retaguardia de Aguilar. Entonces empezaron a huir, revolviendose de cuando en cuando para prevenir su completa ruina, y en estos encuentros parciales murio el valiente Ali Atar, alcaide de Loja, que estaba

al lado de Abdala el Zaquir, y otros cincuenta caballeros que rodeaban su persona, y querian sacarlo con vida de aquel encuentro.

El rei quedó solo, y con su caballo fatigadísimo y herido procuró pasar el rio, aunque lo seguian de cerca tres Cristianos. Al llegar a la orilla opuesta, bajó del caballo, y se escondio en la maleza, pero habiendolo descubierto sus perseguidores, tubo que declarar quien era, y entregarse a discrecion. Llevaronlo a sus caudillos, que bien lo conocian, y lo trataron con el respeto debido a su dignidad.

Voló la fama de este infausto suceso a Granada, donde la perdida de tantos caballeros principales, y jovenes ilustres y valientes, produjo una afliccion general, y disminuyó el partido del rei Abdalah el Zaquir. Abdalah el Zagal se apoderó sin resistencia de la Alhambra, y la sultana Zoraya envió embajadores a los Reyes Catolicos para tratar del rescate de su hijo, con grandes tesoros, y regalos, escribiendole al mismo tiempo que ofreciese a aquellos soberanos cuantas proposiciones le hiciesen, sacrificandolo todo al recobro de su libertad, y asegurandole que aquella que le parecia desgracia, seria el principio de su engrandecimiento y de su fortuna, si sabia congraciarse a los reyes

de Castilla, y negociar con ellos un tratado de amistad y alianza como lo habian hecho muchos de sus predecesores.

Abdala el Zaquir, adoptando las miras de su madre y pensando tan solo en asegurarse en el trono, aunque fuera a costa de la prosperidad de sus estados, y de la dignidad de su imperio, ofrecio por rescate, perpetua sumision y vasallage a los reyes Catolicos, un tributo anual de doce mil doblas de oro, mayor suma pagada de una vez, y trecientos cautivos de los que estaban en Granada, los que los reyes escogiesen. Ofrecio ademas acudir a su servicio cuando lo mandasen, asi en paz como en guerra, y en rehenes y seguridad se obligó a dar a su hijo mayor: pero exigió que los Castellanos lo ayudasen a cobrar los pueblos que estaban fuera de su obediencia, y que seguisen el partido de su padre.

En el consejo de los reyes hubo diversos pareceres acerca de estas proposiciones; unos querian reusarlas de un todo, creyendo que de este modo su partido dejaria las armas, y no ofreceria resistencia a las hostilidades que se preparaban, otros por el contrario decian que la celebracion del tratado propuesto, y la libertad de Abdalah el Zaquir aumentarian las fac-

ciones del reino, exasperarian el rencor con que peleaban, y acelerarian de este modo la completa ruina del dominio Muslimico en España. Fernando, cuya politica tortuosa y artera preferia siempre los medios indirectos y disimulados, adoptó este ultimo partido. Abdalah el Zahir pasó a Cordoba donde estaba la corte, fue presentado a Fernando e Isabel, que lo trataron como amigo, y recobró su libertad con las condiciones propuestas.

Avisada Zoraya de que su hijo se restituia a la capital, mandó a los principales sugetos de su partido que lo recibiesen y acompañasen, y a pesar de que las ultimas desventuras del rei, y sus avenencias con los Cristianos habian disminuido su bando considerablemente, logró entrar con un cuerpo de buena caballeria, y apoderarse del Albaizin donde se reunieron algunas partidas de gente baldia y amiga de novedades. Los tesoros de la sultana derramados oportunamente aumentaron poco a poco aquella muchedumbre, y el rei procuró al mismo tiempo cautivarse el afecto de algunos sugetos principales, ofreciendoles puestos lucrativos, con lo que logró verse en pocos dias a la cabeza de huestes numerosas.

El rei Abul Hacen que estaba en la Alham-

bra, cuando tubo nuevas de aquellos ultimos sucesos, reunio el consejo, y en él se trató de vindicar la dignidad real humillada y abatida, y de emplear la fuerza para castigar la audacia de tan ingrato hijo y tan rebelde vasallo. Todo se dispuso por una parte y otra para combatir al dia siguiente, y cuando este amanecio, los gritos de las tropas, sus marchas y movimientos, y el ruido de los instrumentos belicos, llenaron de espanto a la ciudad, presagiandole una catastofre espantosa. Los vecinos pacificos no osaban abrir las puertas de sus casas; por las calles corrian tropeles de gentes armadas, unas proclamando al rei Zaquir, otras gritando en favor de su padre. Los soldados de este acometieron primero a los rebeldes, que repulsados en la primera accion huyeron a las fortificaciones y barreras; alli fue mayor la resistencia, y mas reñida y sangrienta la porfia. La noche puso fin al encarnizamiento y a la matanza.

Mientras al favor de las tinieblas se preparaban las dos facciones a renovar tan sangrientas escenas, y el rei padre deploraba amargamente la perdida de tantos hombres distinguidos y buenos vasallos, uno de los principales doctores de la mezquita mayor se ofrecio a proponer ter-

minos de conciliacion que el mismo Abul Hacen aprobó aquella noche, persuadido especialmente por las exortaciones de su hijo el infante Cid Alnayar, que le aconsejó se apartase de las inquietudes y turbaciones del mando, dejando los peligros y los cuidados del gobierno, y retirandose a pasar en un asilo sosegado el resto de su vida.

Venido el dia, todos estaban ya armados, y las plazas y calles hervian en hombres, sedientos de sangre, que iban a ocupar los puestos que les estaban señalados para defender sus bandos respectivos. En medio de esta agitacion, y cuando ya se habia dado la señal del acometimiento, se presentó a vista de las dos facciones Macer, que así se llamaba el doctor de que hemos hecho mencion, y les habló con tanta elocuencia, que atrajo la atencion general, y logró que se aguardase con favorable interes la proposicion que habia anunciado para poner termino a aquellos disturbios. Reduciase a que siendo tan anciano el rei Abul Hacen, que no podia atender al gobierno de sus estados en circunstancias tan criticas, y siendo, por otra parte, su hijo Abdalah el Zaquir la causa verdadera de toda aquella division y discordia, por lo que los hom-

bres sensatos y amigos de la paz, lo aborrecian y reusaban doblar el cuello a su ilegítimo yugo, se confiriese el trono, y se depositase el poder supremo en manos del infante Abdalah el Zagal, hermano del rei padre, principe tan valiente como entendido, y tan temido de los Cristianos, como respetado por todos los que sabian apreciar sus nobles prendas. Terminó su peroracion haciendo ver los progresos que hacian en todas las fronteras las tropas de Castilla, y la necesidad de combinar los esfuerzos de los Muslimes contra aquellos poderosos enemigos, en lugar de armarse unos contra otros los que profesaban la misma lei, y los que estaban unidos por los mismos intereses.

El discurso del doctor Mahometano fue acogido con aclamaciones de entusiasmo por el partido de Abul Hacen, e inmediatamente se dispuso que saliesen emisarios a Malaga, para anunciar al infante Abdalah el Zagal los deseos del pueblo de que viniese a calmar con su presencia los males que afligian a la patria. Abdalah el Zagal, prevenido ya de cuanto habia ocurrido por cartas de sus confidentes, se puso sin tardanza en camino con un cuerpo de tropas, y con su amigo Reduan Venegas, a quien prometio el gobierno de la capital. Al entrar en la Sierra

Nevada derrotó a un cuerpo de noventa Cristianos, de que ninguno escapó con vida, y con este suceso entró mas contento en Granada donde fue recibido en triunfo. Fuese a hospedar a la Alhambra, abrazó tiernamente a su hermano Abul Hacen, que se avino con todo lo que propuso, y que con su acuerdo, y acompañado por algunos nobles que le habian sido fieles en todas sus vicisitudes, pasó a Illora, y estableció en aquel pueblo su corte y su harem.

Abdalah el Zaquir no quiso sin embargo allanarse a ninguna condicion que disminuyese su autoridad y poderio. Propusole su tio una division de todo el reino, de modo que cada uno dominase en igual numero de provincias y pueblos, uniendo sus fuerzas para atajar los triunfos de los Cristianos, e impedir la aniquilacion del estado, que parecia inevitable si continuaban las revueltas y la guerra civil. Por aparentar el celo del bien comun, y entretanto que reparaba las quiebras que su partido acababa de experimentar, manifestó acceder a aquella propuesta: pero la reconciliacion no fue sincera por una ni otra parte. Abdalah el Zagal pidio auxilios a los gobernadores de Guadix y Almeria, que eran sus parientes y amigos, y Abdalah el Zaquir imploró el favor de los reyes

Catolicos, que no tardaron en enviarle caballeria y ballesteros, para avivar el incendio que devoraba a la nacion. Este socorro no fue de gran utilidad a aquel desacordado principe, por que al ver que contaba con el apoyo de los Cristianos, muchos personages abandonaron sus banderas, y se acogieron a las de su rival.

Las tropas Cristianas entretanto tomaron a Alora, y a Cazara Bonela, y derrotadas las huestes que para evitar esta entrada les salieron al encuentro, entraron en la vega, y cubrieron de ruinas los campos y pueblos de su transito. Setenil se rindio despues a su artilleria, siendo vanos los clamores de la guarnicion porque le enviasen refuerzos de la capital. En esta ya no se pensaba en el mayor peligro, si no en defender cada cual el partido que habia abrazado, y quitada la mascara del bien comun, en satisfacer la ambicion, y las miras audaces de los que incitaban a la muchedumbre. Cayeron sucesivamente en poder de las armas de Castilla Cokin, Cartama, y Ronda, considerada hasta entonces como el baluarte del imperio; cayó tambien Marbella, tan importante por su posicion maritima, y a tantos golpes, los pueblos se llenaron de terror, suspendieron los trabajos de la industria y de la agricultura, y parecian

abandonar toda esperanza de resistir al torrente que iba a sumergirlos, y a privarlos de patria, y de bienestar. Por fin llegó la nueva de que las armas vencedoras de Fernando e Isabel estaban sobre Velez Malaga, y entonces los caudillos del egercito, y los magnates de Granada rogaron encarecidamente al rei Zagal que atendiese a la conservacion de aquella ciudad, y olvidase sus intereses personales, si queria evitar su ruina y la de todos sus pueblos. Abu Zagal salio con Reduan Venegas y dos divisiones de caballeria, y despues de haber conseguido algunas ventajas sobre los Cristianos en Moclin, se dirigieron a Velez Malaga, adelantandose Reduan con lo mejor de la caballeria, y quedando detras el rei con el grueso del egercito, para socorrerlo en caso de necesidad.

Aquel intrepido caudillo entró por el campamento Cristiano, atropellando cuanto se le ponía delante, y causando tal destrozo, que ya pensaban los enemigos en retirarse, abandonando el sitio, y curandose tan solo de su seguridad. Pero cuando menos se aguardaba recibieron tropas de refrezco que cargaron sobre Reduan, y lo obligaron a buscar amparo en la ciudad. El rei tardó tanto en llegar, que dio tiempo a los enemigos para que congregasen el todo de sus

fuerzas, y lo atacasen con todas ellas, desbaratando los escuadrones Muslimes compuestos en gran parte de gente visón, que huyó precipitadamente sin osar volver el rostro a las que la perseguían.

Abdalah el Zagal volvió a Granada, después de esta derrota, con algunos pocos caballeros, reliquias del destrozado ejército, y como muchos fugitivos se le adelantasen con la triste nueva del éxito de la expedición, se alborotó el pueblo, maldijo al rei vencido, y no quiso darle entrada. Retirose a Guadix, que se habia declarado en su favor, y allí recibió diputaciones de Almería y Baza, que le reiteraron su sumisión y obediencia.

CAPITULO XXIII.

Nuevas Conquistas de los Cristianos.

ENTRETANTO el rei Abdalah el Zaquir quiso tambien manifestar que tomaba interes en la defensa y amparo de sus pueblos, y salio a defender a Loja, donde continuaba el cerco, que los Cristianos no osaban apretar, por no tener toda la gente que para tanta empresa necesitaban. Entró el rei por medio del campamento contrario, sin hallar mucha resistencia, y cuando se hubo encerrado en la ciudad, tubo noticia de que venian refuerzos de Castilla, y quizo estorvar su reunion, emboscandose en unas angosturas con parte de su caballeria: pero siendo el terreno mui dificil y escabroso, nada pudo conseguir, y tubo que volver a Loja, cuyos arrabales estaban ya ocupados por los sitiadores. Estos cortaron el puente, y asi estorvaron que hiciese nuevas salidas la caballeria. En seguida atacaron los muros, y derribaron un gran lienzo de ellos, y Zaquir viendose en peligro de caer

en manos de sus aliados, que al mismo tiempo eran sus enemigos, mandó que capitulase la plaza, como lo hizo, consiguiendo que los habitantes saliesen con sus bienes a otros pueblos ocupados aun por las armas Granadinas.

Presentose despues al caudillo de los Cristianos, y reconvenido por estos a causa de haber infringido las treguas celebradas, faltando a la gratitud que debia a los reyes Catolicos, se escusó con la violencia que le habian hecho sus vasallos, y aseguró que su animo era siempre el mismo, y que cuando le fuera licito obrar libremente, acreditaria la sinceridad de sus disposiciones amistosas y pacificas. Los Cristianos disimularon su resentimiento, y lo dejaron libre, conociendo que con su presencia aumentarían los disturbios de Granada, y se facilitaria su conquista. Sin hacer caso de aquella alianza, que era la de la fuerza con la debilidad, continuaron sus escursiones, entraron en Illora, donde acababa de morir Aben Hacen, y en Moclin, Zagra, Baños y otros pueblos que por su inmediacion a la capital anunciaban su caida.

Volvió a ella el rei Abdalah el Zaquir, ya sin temor de rivalidades ni facciones, puesto que

todo el egercito y el pueblo lo obedecian, no por amor a su persona, ni por esperanza que tubiesen de salvarse bajo su autoridad, si no por que el temor de los ultimos males habia impuesto silencio al espiritu de partido, o mas bien porque miraban con indiferencia la suerte del trono, cuando estaba en tanto riesgo la de la nacion entera. Cada dia llegaban noticias de nuevas perdidas y desventuras. Reduan Venegas capituló en Velez Malaga, por mediacion del Conde de Cifuentes, que habia sido su cautivo, y a cuyo favor debio algunas condiciones ventajosas para los habitantes. Malaga defendida por el heroico Muza y victima del furor de los Africanos que este habia traído para la defensa de sus muros, cedio al terror de sus ricos moradores, que no por haber entregado la ciudad, preservaron sus tesoros de la comun ruina.

Con motivo de la rendicion de esta plaza, el debil y malhadado Zaquir envió la enhorabuena a los reyes de Castilla con magnificos regalos de hermosos caballos y jaeces para Fernando, y de preciosas telas de oro y seda, y cajas de aromas orientales para Isabel. Estos principes, que ya veian aproximarse el cumplimiento de

sus deseos, y la consumacion de sus planes, le escribieron en los terminos mas afectuosos, ofreciendole ausilios para defensa de sus tierras, y conservacion de sus dominios, pero exigien-dole que cuando las tropas de Castilla se apo-derasen de Guadix, Baza, y Almeria, o por fuerza de armas, o por avenencia y capitulacion, les entregase él los muros de Granada, en cambio de lo cual se le darian grandes riquezas y estados, en que dominaria como vasallo de los reyes Catolicos. Zaquir firmó este tratado sin que lo entendiesen sus pueblos, que ya lo mira-ban con desprecio y execracion, y que quizas lo hubieran destrozado, en el exeso de su enojo, a tener alguna idea de tanto envilecimiento y perfidia.

Abdala el Zagal, que en aquel intervalo habia vencido repetidas veces a los Cristianos en las inmediaciones de Huescar y Baza, sin sospechar las condiciones del tratado de su sobrino, no pudo dudar de su buena armonia con los Cris-tianos, puesto que todas las fuerzas de estos se dirigian contra él solo. En efecto, cincuenta mil infantes y doce mil caballos que se habian reunido en Jaen entraron a marchas forzadas por Cujar, y se dirigieron a Baza, que era uno de los pocos

puntos importantes ocupados aun por los Muslimes. Defendiala el infante Cid Yahie, hijo del infante Zelim de Almeria, que acababa de morir, y con los diez mil esforzados Muslimes que tenia bajo sus ordenes, y con las grandes provisiones que antes se habian encerrado en la plaza, logró resistir seis meses a los sitiadores, haciendo frecuentes salidas, y causando sangrientos estragos en sus huestes. Los Cristianos, viendo que aquella tardanza impedia la egecucion de sus planes, y podia dar lugar a que en Granada se alzase algun gefe intrepido que pudiese hacer uso de todos los recursos que aun ofrecia tan vasta y rica poblacion, fortificaron su campamento de Baza, y rodearon la plaza con fosos y barreras, levantando torres de trecho en trecho, desde las cuales les era facil estorvar las salidas de los sitiados. Con esto, y con la llegada de Isabel, que aunque enferma quiso activar con su presencia las operaciones del sitio, decayó el animo de los Muslimes, en terminos que Yahie envió al real de los Cristianos al caudillo Hacén, gobernador de la ciudad, para que entablase negociaciones de entrega con la reina de Castilla. Al mismo tiempo escribió al rei Abdalah el Zagal, que a la sazón estaba en

Guadix, diciendole que ya le era imposible prolongar la defensa, y dandole parte de la resolucion a que lo habian obligado sus aprietos. Abdalah recibio esta noticia como la precursora de su completa perdicion, pero viendose en la incapacidad de enviarle socorros, y conociendo que nada podia esperar de Granada, por la alianza de su sobrino con los Cristianos, le respondió conformandose con su parecer, y permitiendole hacer la entrega con las condiciones mas ventajosas que pudiese.

El gobernador Hacen concertó los artículos de la rendicion con D. Gutierre de Cardenas, y en su virtud el infante Yahie y otros principales caballeros salieron al campo de los Cristianos, y presentaron las llaves de Baza a los reyes Catolicos, que le hicieron grandes honras, y prendados de su gentileza y amabilidad, le dieron cuantiosas rentas, y le ofrecieron el señorío de Marchena y de su comarca, si por su mediacion e influjo conseguia que su primo Abdalah el Zagal les entregase pacíficamente las ciudades de Guadix y Almeria, evitando la desolacion de la tierra, y los otros males de una guerra tan calamitosa.

El infante conocio que toda resistencia era inutil, y partio para Baza a desempeñar la comi-

sion de que se habia encargado. Sus persuasiones, y mas aun la triste situacion en que ya se hallaba el dominio Muslimico en España redugeron el animo de Abdalah el Zagal, y le hicieron conocer que era llegada la hora de la destruccion de su casa y de su imperio. Los principes pasaron juntos al campamento de Fernando y de Isabel, que estaban a la sazón en tierras de Almeria. Fueron recibidos con gran distincion y respeto, y quedó concertada la entrega de aquellas dos plazas, y de todas las otras tierras que obedecian al rei Zagal, y en recompensa se prometieron a este grandes rentas y posesiones. Tambien se estipuló que los moradores de los pueblos cedidos quedarian libres y dueños de sus bienes y haciendas, francas como antes las tenian: pero como vasallos y sugetos al señorío de los reyes de Castilla, les pagarian los mismos tributos que pagaban a sus antiguos dominadores.

Publicaronse estas avenencias el dia en que los Cristianos tomaron posesion de aquellas dos ciudades. Los de los pueblos comarcanos se espantaron de la entrega de unos puntos tan fuertes y bien guarnecidos. Apenas creian lo que estaban viendo: pero se acostumbraron a la triste realidad, y habiendo empezado a dis-

frutar algun reposo, y pudiendo darse seguros a sus faenas y labores, no tardaron en creerse felices, y aconsejaron a sus vecinos que imitasen su egemplo. Asi fue que voluntariamente abrieron sus puertas a los Castellanos las fortalezas de Taberna y Seron, y las grandes e inespugnables que estaban en la costa de Almuñecar y de Jalubania.

CAPITULO XXIV.

Fin del Imperio de los Muslimes en España.

LAS nuevas del tratado de Abdalah el Zagal con los reyes Catolicos, y de las perdidas y desastres que habian sido su consecuencia, fueron recibidas en Granada con aquel terror que inspira la proximidad de una desventura inevitable. El pueblo que cada dia estaba mas descontento y exasperado contra Abdalah el Zaquir, en quien miraba el verdadero origen de todas aquellas calamidades, llegó a saltar la valla de la obediencia y del respeto, y por todas partes se le prodigaban las maldiciones y los denuestos, llamandolo publicamente traidor, cobarde, y enemigo de su patria y religion. Los murmullos y las injurias pasaron a violenta asonada, y tumultuoso rompimiento. Congregose la muchedumbre, y agolpada a las puertas del alcazar, bramaba de colera y de indignacion, y parecia resuelta a no separarse sin acabar con el autor de la desgracia comun, y del aniquilamiento de la patria. Los nobles mas respetados por su

edad y por sus virtudes, los caudillos cubiertos de heridas y de laureles, los doctores de las mezquitas, corrian de calle en calle, y de tropel en tropel, exortando a los moradores a la paz, y a la union, y procurando desarmar el odio y la animosidad que ya estallaban en sangrientas amenazas, y proyectos destructores. Los parciales del rei despacharon correos a la frontera de los Cristianos, pidiendo socorros en nombre de un monarca amigo, y proximo a ser victima del furor popular. Las huestes de Castilla entraron en la vega, y talaron sus sembrados y alquerias, y esta nueva hizo mas efecto en el pueblo que los consejos de la prudencia y de la moderacion, porque al ver acercarse el peligro, cada cual pensó en armarse para repelerlo.

Con ocasion de este suceso escribio el rei de Castilla al de Granada, recordandole el ultimo convenio, y exigiendole la entrega de la ciudad, segun los terminos estipulados. El miserable Abdalah conocio ya tarde su inconsideracion e imprudencia, por que ni podia asegurarse una existencia tranquila, a favor de la proteccion que los reyes Catolicos le habian ofrecido, si observaba el tratado, ni defender su territorio contra fuerzas tan desproporcionadas, y con un ejercito que no parecia mui dispuesto a obedecerlo y seguirlo. Respondio escusandose con

los disturbios en que hervia la capital; con la repugnancia que el pueblo manifestaba al yugo extranjero, y con el poco caso que ya se hacia de su voz y de su autoridad, concluyendo con pedir sumisamente perdon de su desobediencia, y con suplicar a los reyes que se contentasen con las venturosas conquistas que Dios les habia dado, y lo dejaran dueño de aquel pequeño territorio.

No satisfechos los reyes Catolicos con esta respuesta, determinaron obligar por fuerza a Zaquir al cumplimiento de las promesas que torpe y neciamente habia hecho; aproximaron todas sus tropas, y declararon solemnemente guerra al rei de Granada.

Al mismo tiempo, Abdalah el Zagal que habia conservado con la venia de los reyes el señorío de Andarax, excitó el descontento de aquellos pueblos, y huyendo de su venganza, se acogio a los reales de Fernando e Isabel, a quienes pidio permiso de retirarse a Africa. Concedieronsele, y él les vendio aquellos dominios en cinco millones de maravedises, renunció en su pariente Yahie otras posesiones de que los reyes le habian hecho donacion, y partio lleno de riquezas y de desengaños.

Su competidor Abdala el Zaquir, habiendo logrado calmar algun tanto la tormenta que

habian exitado su imbecilidad y desidia, envió a los doctores de las mezquitas de Granada a predicar la guerra sagrada por los pueblos que aun no habian cedido al poder de los contrarios. No fue inutil diligencia, que luego se rebelaron los de la serrania, distinguiendose entre ellos Adra, que por su posicion maritima y su proximidad a los montes, ofrecia grandes ventajas como punto de resistencia, y repuesto de armamento y municiones. El mismo salio con un cuerpo escogido a sitiar a Jalubania, y otra division tomó a Alhendin, arrasando la fortaleza, y degollando a la guarnicion. Los Cristianos entraron furiosos en la vega, y talaron la cosecha de panizo y de mijo, que era la unica que podia hacerse aquel año, pues en la primavera y verano habian sido quemadas todas las sementeras, antes que se hubiese cogido una espiga. Otro refuerzo considerable acudio a socorro de Jalubania, y Cid Yahie, y su hijo el infante Alnayar, que habian abrazado con calor la causa de los reyes, tomaron a su cargo la sumision de Adra, que ofrecia grandes dificultades. El padre trató de ocupar el pueblo por la parte de tierra, y el hijo se embarcó con una escuadrilla; vistio de Muslimes a los Cristianos que la tripulaban; puso bandera de Africa, y los de Adra, que

aguardaban auxilios de aquella costa, lo dejaron entrar libremente en el puerto. Cuando conocieron su error, y se vieron entre dos fuerzas enemigas, pues Yahie ocupaba ya las entradas de las calles, quisieron defenderse en el pueblo, y pelearon en él, sufriendo y ocasionando sangriento destrozo. El rei el Zaquir, que iba a socorrerlos desde Jalubania, como tubiese noticia de aquellos sucesos, retrocedio desde mitad del camino, y Adra se rindio por capitulacion, como todos los pueblos comarcanos.

Fernando e Isabel se habian ocupado entre tanto en preparar el ultimo golpe que faltaba a su engrandecimiento. Para hacer frente a los gastos que aquella vasta empresa exigia, impusieron una contribucion a los Judios de sus estados, que habian llegado a ser los dueños de la riqueza publica. Cuando estuvieron reunidos los cincuenta mil peones, y diez mil caballos destinados a la conquista de Granada, los reyes partieron de Sevilla, acompañados del gran Gonzalo de Cordoba, del maestro de Santiago, D. Alfonso de Cardenas, del arzobispo de Sevilla, y de otros nobles y magnates que eran la flor de la nobleza Andaluza. Al llegar a la vega, previendo que el sitio seria largo, temerarias las salidas, y tenaz la resistencia, en lugar

de campamento se edificó la ciudad de Santa Fe, que debia ser el punto central de las operaciones, y el cuartel general de los dos augustos esposos. Llenaron de pavor estos aparatos a los moradores de la capital, y hasta los mas esforzados caudillos se sobrecogieron, y perdieron toda esperanza. Abdalah convocó a los principales gefes de su egercito, y de la nobleza, y ninguno acertaba con las medidas que en tan amargo aprieto podian tomarse. El gobernador de la ciudad Abul Cazim Abdelmelic presentó el estado de las provisiones, sin contar lo que tubiesen en sus graneros los habitantes ricos. Tambien se manifestaron las matriculas de los nombres en estado de tomar las armas. “ La gente es mucha, decia el gobernador, pero esta muchedumbre de ciudadanos ¿ qué puede prestarnos sino estorvo y desasosiego ? ” El intrepido Muza respondió: “ no hai que desconfiar de nuestras fuerzas si se dirigen con inteligencia y valor. Ademas de la gente de armas de a pie y de a caballo, que es la flor de España, y está endurecida en los trabajos, y acostumbrada a los peligros, tenemos veinte mil mancebos ardientes y entusiasmados, que haran por defender sus hogares, tanto como los soldados mas practicos y aguerridos. ” El rei, despues de haber

oido los pareceres de todos los concurrentes, “vosotros, les dijo, sois el amparo del reino, y los que con ayuda de Alah, vengareis las injurias hechas a nuestra religion, las muertes de nuestros amigos y parientes, y los ultrages hechos a nuestras mugeres. Disponed lo que convenga para salvar la patria de la furiosa tempestad que la amenaza. En vuestras manos está su seguridad, su dignidad, y su salud.”

Alli mismo se distribuyeron los cargos y comisiones para la mejor defensa de la ciudad. El visir tomó por su cuenta los acopios de viveres, el armamento, y el alistamiento, y organizacion de las tropas. El formidable Muza, que no sabia mas que pelear, tomó el mando de la caballeria, y se ofrecio a hacer continuas salidas, y a molestar el campamento enemigo. Los alcaides mas inteligentes se encargaron de los diversos puntos de la fortificacion, y Muhamad Zahir ben Atar, que con quinientos caballos andaba en los montes, acometiendo a las partidas sueltas de Cristianos que los invadian, se obligó a proteger las recuas que viniesen con viveres, y todas las comunicaciones con los pueblos de la serrania y de la vega.

Muza empezó las hostilidades. Sus continuos ataques al campamento de los Cristianos, su ina-

peable osadia, las frecuentes escaramuzas que empeñaba, y en que lucia su valor y pericia militar, causaban admiracion en los dos egercitos, y llegaron a veces a poner en cuidado a los sitiadores. Su arrojo lo condujo a intentar el sitio de Santa Fe, y con este fin salio de Granada a la cabeza de todas las tropas que dejaba libre la defensa de los muros. Salieron a su encuentro los Cristianos, y se empeñó una accion reñidissima en que ambas caballerias hicieron admirables proezas: pero la infanteria Granadina no sufrio el acometimiento de los Cristianos, huyó desordenada a la ciudad, y dejó abandonada la artilleria, que cayó en manos de los enemigos. Estos siguieron el alcance hasta los muros, donde entró Muza frenetico de despecho y de indignacion, jurando que jamas tomaria el mando de tan cobardes e indisciplinados peones.

Desde entonces se mandaron cerrar las puertas de la vega, y solo se trató de resistir desde las almenas y torreones. Las talas y robos de los Cristianos interceptaban el paso a las recuas de viveres, y el temor del hambre exitó el descontento, y los murmullos del pueblo y de las tropas. Reunióse el consejo en la Alhambra, y fueron llamados a él los vecinos que de mas

consideracion gozaban en la ciudad. Estos digeron que los trabajos y las privaciones se iban ya haciendo irresistibles; que los Cristianos parecian decididos a no levantar el campo sino para entrar en la capital; que no se veia otro termino a tantas desventuras si no los horrores de una entrada violenta, o un convenio amistoso en que se salvarsen a lo menos las vidas y las haciendas. Todos los caudillos se inclinaron a abrazar este ultimo partido. Solo lo contradijo Muza, manifestando que aun no estaban apurados todos los recursos, que el pueblo no habia hecho aun ningun esfuerzo, y que aun no se habia echado mano de las armas de la desesperacion, que son las que ganan las victorias, y consuman las venganzas. Sin embargo se acordó que el gobernador de Granada saliese a proponer pactos de avenencia con los reyes Catolicos.

Salio este noble anciano, con la escolta que convenia a su dignidad, fue bien recibido de Fernando y de Isabel, y despues de muchas y graves propuestas, quedó sancionada la capitulacion, cuyas principales condiciones eran: 1. Que el rei de Granada, no siendo socorrido por mar ni por tierra en dos meses contados de aquel dia, entregaria la ciudad a los reyes vencedores.

2. Que el rei de Granada y sus caudillos jurarian obediencia y lealtad al rei de Castilla, y todos los moradores de aquellos dominios lo tendrian por su soberano y señor. 3. Que se pondrian en libertad sin rescate todos los cautivos Cristianos que hubiese en la ciudad. 4. Que el rei de Granada se retiraria a Purchena, de cuya villa y su termino seria señor, asi como de otros lugares que escogiese en las Alpujarras. 5. Que se nombraria un consejo de Muslimes, para ayudar en los cuidados del gobierno al virrei que los reyes Catolicos pusiesen en Granada. 6. Que los Muslimes conservarian sus bienes muebles e inmuebles, armas y caballos, usos, lengua, costumbres y trage, y el libre egercicio de su religion, con la mitad de las mezquitas que entonces habia, para las ceremonias y ritos de su fe. 7. Que serian gobernados segun sus leyes, por alcadies de su secta. 8. Que no se les impondrian, por el espacio de tres años, otros tributos, derechos, ni contribuciones que los que pagaban a sus antiguos monarcas; por ultimo, que el rei de Granada enviaria a los reyes Catolicos a su hijo mayor, y a cuatrocientos jovenes de las mas ilustres familias de Granada, para que sirviesen de rehenes hasta la entrega de la

plaza. Firmaron este tratado, por parte de Abdalah el Zaquir, Abul Cazim Abdelmelec, wazir o gobernador de Granada, y por los reyes Catolicos, el gran capitan, Gonzalo Fernandez de Cordoba, y el secretario Fernando de Zafra.

“ Cuando se esparcio en Granada, dice el elocuente Llaño, la noticia de este convenio, todos los habitantes se abandonaron a los exesos del despecho y de la consternacion. Olvidaronse los peligros del hambre, y de las privaciones, y solo se fijaba la atencion en el aniquilamiento de la monarquia. Los recuerdos nacionales, y los afectos profundos que son los que constituyen la esencia del patriotismo, atormentaban aquellos corazones, que iban a perder tantos goces inocentes, tantos habitos arraigados desde la juventud, y como si no hubiese bastante con estas penas y estos sobresaltos, la supersticion los atosigaba con los remordimientos y los odios, que sabe inspirar y agriar de un modo tan irresistible. Era necesario abandonar, sin mas seguridad que el capricho del vencedor, aquellos templos, aquellas escuelas, aquel culto en que se mezclaban con verdades augustas y poeticas, las tradiciones de los tiempos antiguos, y aquel prestigio encantador que tanto se parece a la religion ver-

dadera, y que los pueblos de imaginacion viva y de sentimientos exaltados miran siempre como el mas sagrado, y el mas precioso de todos los derechos.”

Mientras los Granadinos deploraban la perdida de tantos bienes, el gobernador daba cuenta del tratado a los miembros del consejo, los cuales no pudieron contener el llanto que arrancaba de sus ojos la ruina de un imperio tan floreciente. Muza fue el unico que habló contra aquella determinacion; el unico que en lugar de lagrimas echaba centellas de rabia por los ojos. “Os engañais, dijo, si creéis que los Cristianos seran fieles a lo que prometen, y que el rei Castellano se mostrará tan generoso vencedor como venturoso enemigo. Los Cristianos están sedientos de nuestra sangre, y se hartarán de ella. La muerte es lo menos que nos amenaza. Tormentos y afrentas mas graves nos prepara nuestra enemiga fortuna; el robo y el saqueo de nuestras casas, la profanacion de nuestras mezquitas, los ultrages y violencias de nuestras mugeres y de nuestras hijas, opresion, mandamientos injustos, intolerancia cruel, y ardientes hogueras en que abrasarán nuestros cuerpos: todo esto verán nuestros ojos; lo verán a lo menos los de los

mezquinos que ahora temen una muerte gloriosa, que yo por Ala, prefiero morir a tantas calamidades."

Calló el inflexible guerrero, y viendo que todos callaban tambien, y que sus palabras no hacian impresion en aquellos espíritus, sumidos ya en lo profundo del temor, y resueltos a trocar la patria y la gloria por el envilecimiento y la esclavitud, salio sin hablar del consejo, pasó a su casa, tomó armas y caballo, y partio por la puerta de Elvira, y nunca mas parecio, ni se supo su paradero.

Impulsados entretanto por el fanatismo religioso, como Muza por el fanatismo patriótico, los doctores de las mezquitas recorrían las calles y las plazas, procurando exitar al pueblo en nombre de Dios y del profeta, y vomitando maldiciones y anatemas contra los que habían sancionado el envilecimiento del Koran, y el triunfo de la idolatria. Uno de estos vehementes oradores inflamó de tal modo los animos de la muchedumbre, que en un instante se cerraron las puertas de Granada, y veinte mil hombres despechados y furiosos tomaron las armas, gritando que no las abandonarían hasta haber vengado la patria y la religion. El rei estaba lejos

de participar de aquel impetu de entusiasmo : su hijo y los de los principales habitantes estaban en manos del enemigo, y por otra parte aquel monarca no tenia mas interes que su egoismo, la conservacion de su vida y la de sus riquezas. Escribio inmediatamente a Fernando e Isabel justificandose de tener parte en aquella sumision, y ofreciendose a entregar la ciudad al dia siguiente, para evitar nuevos alborotos que hiciesen sospechosa su fidelidad, comprometiendo al mismo tiempo su seguridad y su vida.

Salio con esta nueva proposicion el visir Aben Tomira, que llevaba al mismo tiempo un regalo de caballos castizos, ricos jaeces y alfanges. Los reyes Catolicos aceptaron alegres el ofrecimiento, y reiteraron las seguridades prometidas al rei Abdalah el Zaquir, y la cesion de las haciendas y posesiones estipuladas.

Amanecio el 2 de Enero de 1492, y sus primeros albores anunciaron a los desventurados Granadinos el mayor de los infortunios que pueden sobrevenir a una nacion sensible, valiente y orgullosa. Los vecinos no osaron abrir las puertas de sus casas, y cada cual se concentraba en sus hogares y en el seno de su familia, a llorar el mal que se aproximaba, y los inciertos, y

no menos terribles que debian ser su consecuencia. Sonaron las trompetas del egercito vencedor, que venia con banderas desplegadas, trayendo a su cabeza a los monarcas de Castilla, rodeados de la brillante nobleza de sus estados, y de los inclitos caudillos, que con los esfuerzos de su valor habian engrandecido y consolidado su poder. El rei Abdalah el Zaquir con cincuenta caballeros principales, y sus visires salio al encuentro de los vencedores, y el rei de Castilla se adelantó al verlo, con los mas distinguidos personajes de su corte. Quiso apearse Abdalah, como lo hicieron los que lo acompañaban, mas no lo permitio Fernando, y solo consintio en que le besase el brazo derecho, diciendo, con el acento de la humillacion, y del dolor mas profundo: “tuyos somos, rei poderoso y ensalzado; esta ciudad y reino te entregamos, que asi lo quiere Alah, y esperamos que usarás de tu triunfo con clemencia y generosidad.” El rei de Castilla lo abrazó y consoló diciendole que en su amistad ganaba lo que la adversidad y la suerte de la guerra le habia quitado; que viviese seguro de su proteccion y amor. Entonces Abdalah entregó a Fernando las llaves de la ciudad, y este las puso en manos del conde de

Tendilla, el cual acompañado del cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo, de D. Gutierre de Cardenas, y de algunos tercios del egercito, partio inmediatamente a tomar posesion de la Alhambra.

Los reyes con el grueso del egercito permanecieron a orillas de Genil, fijas sus miradas en aquella magnifica fortaleza, sobre cuyas almenas parecio mui en breve el conde de Tendilla con el estandarte de Castilla en las manos. La bandera de la Cruz tremoló al mismo tiempo en las torres de palacio, y a esta señal Fernando, Isabel, y sus tropas se arrodillaron, y derramaron lagrimas.

Abdalah el Zaquir, con su madre, amigos y riquezas, marchó inmediatamente acia Purchena, donde debia pasar el resto de sus dias. Al llegar al Padul, que era el ultimo punto de donde podia descubrir la capital de sus perdidos estados, volvio acia ella los ojos, arrasados en lagrimas de tardio arrepentimiento. Cuentan que su madre le echó en cara entonces su pusilanimidad, diciendole: “razon es que llores como muger, ya que no supiste defenderla como hombre.”

Estubo aquel malhadado principe algunos meses en Purchena, entregado a los pesarosos recuerdos de su antigua prosperidad; mas no pu-

diendo soportar la condicion de hombre privado, pasó con su familia a las costas de Africa, donde murio peleando en defensa de un pariente suyo.

Tal fue la suerte de los estados fundados por los Muslimes en España. Desde su salida de aquel pais, el Mahometismo no ha dominado sino en pueblos degradados por la tirania, y embrutecidos por la ignorancia.

CRONOLOGIA

DE

LOS PRINCIPALES SUCESOS

REFERIDOS

En el segundo tomo de los Cuadros de la Historia de los Arabes, y su correspondencia con los de la Historia General de la misma epoca.

	Años despues de Jesu Cristo.
Eleccion de Gehwar en Cordoba	1030
Reunion del reino de Borgoña por Conrado III	1032
Division de los estados de Sancho el Grande en reinos de Navarra, Castilla y Aragon	1035
Fernando I toma el titulo de rei de Leon	1037
Fundacion del Imperio de los Turcos Selju-cides	1038
Muerte de Edris, rei de Malaga	1039
Abdala ben Alhakem mata a Mondar, rei de Zaragoza	1039

Años despues
de Jesu Cristo.

Zuleiman ben Mondar, rei de Zaragoza	1039
Muerte de Zohair, señor de Almeria	1041
Aben Abed engrandece sus estados de Sevilla ..	1041
Muerte de Aben Abed	1042
Espulsion de los Daneses de Inglaterra	1042
Muerte de Gehwar, rei de Cordoba	1044
Muerte de Zuleiman, rei de Zaragoza	1046
Alianza entre los reyes de Toledo y Valencia ..	1048
Alianza entre los reyes de Cordoba y el señor de Algarbe	1051
Abu Yahie, proclamado señor de Almeria	1051
Roberto el Normando, Duque de la Pulla y de Calabria, se declara vasallo del papa	1059
Muerte de Almanzor, rei de Valencia	1060
Muerte de Enrique I, rei de Francia	1060
Abu Bekir en Africa: principio de los Almo- ravides	1061
Muerte de Ramiro I, rei de Aragon	1063
Batalla de Hastings en Inglaterra. Conquista de la isla por Guillermo el Conquistador	1065
Introduccion de los torneos, justas, y pasos de armas	1065
Yahie Almanzor en Algarbe	1068
Toma de Barbastro por Abu Giafar	1068
Aben Abed muere en Sevilla	1069
Almutamed, rei de Sevilla	1069
Fundacion de Marruecos por Abu Bekir	1070

Años despues
de Jesu Cristo.

Jusef, nombrado teniente de Abu Bekir	1071
Renuncia de Abu Bekir en favor de Jusef	1073
Jusef se apodera de Tanger	1073
Gregorio VII, Hildebrando, electo papa, y confirmado por el emperador	1073
Prohibicion del casamiento de los clerigos por Gregorio VII, origen del nuevo poder de los papas ; decadencia del imperio de Alema- nia ; origen del sistema feudal hereditario en el imperio	1074
Muerte de Dilnun en Toledo	1074
Jusef estiende sus dominios en Africa	1075
Conquista de la Palestina por los Turcos	1075
Enrique IV, emperador de Alemania, depuesto por el papa Gregorio VII. Abusos de la autoridad papal. Guerra entre el sacerdocio y el imperio	1076
Muerte de Sancho IV, rei de Navarra	1076
Sancho V, rei de Navarra y Aragon	1076
Fundacion de la orden de los Cartujos	1080
Almutamed implora el socorro de Jusef	1082
Los caudillos Muslimes de España siguen su egemplo	1083
Ceuta se rinde a las armas de Jusef	1084
Jusef toma el titulo de califa	1085
Toma de Toledo por Alfonso VI	1086

Años despues
de Jesu Cristo.

Escribe Alfonso VI a Almutamed, y este le responde	1086
Almutamed pasa a Africa a pedir auxilios a Jusef	1086
Desembarca Jusef en España	1086
Batalla de Zalaca	1086
Vuelve Jusef a Africa	1086
Visita Jusef sus estados	1087
Primera guerra entre Francia e Inglaterra; origen de la rivalidad entre ambas naciones	1087
Segunda entrada de Jusef en España	1088
Toma de Alid por Alfonso VI. Jusef vuelve a Africa huyendo de Alfonso. Tercera entrada de Jusef en España	1090
Desavenencias de los Muslimes de España con Jusef. Vuelta de este a Africa	1090
Toma de Sevilla por los Almoravides	1091
Muerte de Almutamed en Africa	1091
Division del imperio de los Turcos Seljucides ..	1092
Toma de Denia por los Almoravides	1092
Alianza de Jusef y Giafar, rei de Zaragoza	1093
Ocupan los Almoravides la provincia de Algarbe, y asesinan a su rei	1094
Entrada de los Almoravides en Valencia. El Cid	1094

Años despues
de Jesu Cristo.

Enrique de Borgoña, principe de la casa de Francia, creado conde de Portugal	1094
Concilio de Clermont	1095
Cruzada de Gofredo de Bullon	1096
Fundacion del reino de Jerusalem por Gofredo de Bullon	1099
Fundacion de la orden de San Juan de Jerusalem	1100
Los Almoravides arrojan a los Cristianos de Valencia	1102
Jusef entra cuarta vez en España	1103
Jusef nombra por sucesor a su hijo Ali	1103
Muerte de Pedro I, rei de Aragon	1104
Alfonso I, rei de Aragon y de Navarra	1104
Republicas Italianas	1106
Muerte de Jusef en Africa	1107
Ali, proclamado rei en Marruecos	1107
Primera entrada de Ali en España	1107
Segunda entrada de Ali en España	1108
Muerte de Alfonso VI, rei de Leon y de Castilla	1109
Urraca, reina de Leon y de Castilla	1109
Tercera entrada de Ali en España	1109
Muerte de Giafar, rei de Zaragoza, en la batalla de Tudela	1110
Toma de Badajoz por los Almoravides	1111

Años despues
de Jesu Cristo.

Alfonso I rei de Aragon levanta el sitio de Zaragoza.....	1116
Cuarta entrada de Ali en España.....	1117
Alfonso I toma a Zaragoza.....	1118
Fundacion del orden de los Templarios.....	1119
Batalla de Cutanda. Alfonso toma a Calatayud.....	1120
Primeras predicaciones del Mehedi.....	1120
Sublevacion de Cordoba contra los Almoravides.....	1121
Jura del Mehedi en Tinmal.....	1121
Principio de la guerra entre Almohades y Almoravides.....	1122
Concordato entre el emperador Enrique V, y el papa Calisto II.....	1122
El Mehedi se establece en Tinmal, y edifica alli una fortaleza.....	1123
Derrota de los Almohades por los Almoravides	1125
Los Muslimes se quejan al rei Ali de la traicion de los Cristianos	1125
Alfonso I, rei de Aragon y de Navarra, entra en Andalucia	1125
Tagfin, hijo de Ali, entra en España.....	1126
Muerte de Urraca, reina de Castilla.....	1126
Alfonso II, rei de Castilla.....	1126
Abdelmumen victorioso se acerca a Marruecos.	1130

Años despues
de Jesu Cristo.

Rogero II, primer rei de las dos Sicilias, de la dinastia de los Normandos.....	1130
Muerte del Mehedi....	1130
Abdelmumen, elegido gefe de los Almohades...	1130
Muerte de Amad Dola, rei de Zaragoza.....	1130
Sale se entrega a los Almohades mandados por Abdelmumen	1132
Alfonso, rei de Aragon y Navarra, muere pe- leando con los Almoravides en el cerco de Fraga	1134
Abdelmumen toma el titulo de Califa.....	1134
Ramiro II, rei de Aragon.....	1134
Enrique el Soberbio, duque de Baviera, reúne el ducado de Sajonia.....	1136
Tagfin se apodera de Cuenca.....	1137
Ramiro II de Aragon abdica la corona.....	1137
Petronila hereda la corona de Aragon. Rai- mundo, conde de Barcelona, su esposo, es declarado regente del reino.....	1137
Principio de las particiones de Polonia por muerte de Boleslao III.....	1138
Introduccion del derecho canonico en Ingla- terra.....	1140
Alfonso I, rei de Portugal, se declara vasallo y tributario del papa	1142
Revueltas en España contra los Almora- vides.....	1140, 1144

Muerte de Ali en Marruecos.....	1144
Tagfin, proclamado rei de Marruecos.....	1144
Guerra entre Tagfin y Abdelmumen.....	1145
Muere Tagfin despenado en Oran.....	1145
Toma de Fez por Abdelmumen.....	1145
Entra Abdelmumen en Agmat.....	1146
Entran los Almohades en Algeciras.....	1146
Cerco y toma de Marruecos por Abdelmumen.	1146
Entrada de los Almohades en Sevilla.....	1146
Toma de Almeria por Alfonso II.....	1147
Apoderanse los Sicilianos de la ciudad de Ma-	
hedía en Africa.....	1148
Abdelmumen toma a Ceuta y a Mequinez.....	1148
Los Almohades entran en Jaen.....	1150
Espedicion de Abu Hafas en España.....	1151
Cerco de Almeria por los Almohades.....	1151
Publicacion del decreto de Graciano.....	1152
Abdelmumen nombra por heredero de la corona	
a su hijo Cid Muhamad.....	1154
Enrique II, rei de Inglaterra.....	1154
Los Almohades entran en Granada.....	1155
Toma de Almeria por los Almohades.....	1157
Conquista de la Finlandia por los Suecos.....	1157
Cisma político de la Rusia.....	1157
Muerte de Alfonso VII, rei de Castilla.....	1157
Sancho III, rei de Castilla.....	1157
Muerte de Sancho III.....	1158

Años despues
de Jesu Cristo.

Alfonso VIII, rei de Castilla	1158
Espedicion de Abdelmumen contra Mahedia....	1158
Conquista de Mahedia por Abdelmumen.....	1160
Conspiracion contra Abdelmumen, y muerte de un caudillo en su lugar	1160
Acabanse las fortificaciones de Gibraltar man- dadas construir por Abdelmumen.....	1160
Pasa Abdelmumen a Gibraltar.....	1161
Arreglo de la division territorial, y de las con- tribuciones en los estados Africanos de Ab- delmumen	1162
Victoria de los Almohades junto a Cordoba....	1163
Muerte de Abdelmumen en Sale.....	1164
Jusef, proclamado rei de Marruecos.....	1164
La Cerdeña erigida en reino por el emperador Federico I.	1164
Embajada de los Muslimes de España a Jusef.	1166
Liga de las ciudades de Lombardia contra el emperador Federico I	1167
Abu Hafas, hermano de Jusef, pasa a España con una fuerte expedicion	1170
Saladino se apodera de Egipto, y funda la di- nastia de los sultanes Ayubitas.	1171
Entrada de Jusef en España.....	1171
Valencia se entrega a las tropas de Jusef.....	1171
Conquista de Irlanda por Enrique II de In- glaterra	1172

Años despues
de Jesu Cristo.

Jusef hermosea a Sevilla.....	1172
Entrada de Abu Beker en tierra de Toledo.....	1173
Muerte de Sancho Abulbarda.....	1173
Continuan las conquistas de los Almohades en España.....	1176
Paz de Venecia. El emperador Federico I re- nuncia a la prefectura de Roma; los Vene- cianos se arrogan el señorio del mar Adriatico	1177
Jusef vence a los rebeldes de Cafisa.....	1179
Muerte de Luis VII, el joven, rei de Francia. Felipe Augusto, rei de Francia.....	1180
Gran expedicion de Jusef a España.....	1184
Cerco de Santaren por Jusef.....	1184
Muerte de Jusef.....	1184
Almanzor proclamado rei de Marruecos.....	1184
Manda dar muerte Almanzor a sus dos her- manos.....	1186
Saladino destruye el reino de Jerusalem.....	1187
Espedicion de Almanzor a Lisboa....	1189
Ricardo Corazon de Leon, rei de Inglaterra...	1189
Cruzada de Ricardo, Corazon de Leon, Felipe Augusto, rei de Francia, y el emperador Fe- derico I.....	1189
Entrada de los Cristianos en Algarbe. Espe- dicion de los Almohades contra aquella pro- vincia.....	1190
Entrada de Almanzor en Telencen.....	1191

Años despues
de Jesu Cristo.

Sitio y toma de Tolemaida por los Cruzados....	1191
Fundacion de la orden Teutonica	1191
Guido de Lusñan, creado rei de Chipre, por Ricardo Corazon de Leon	1192
Muerte de Sancho VI, el Prudente, rei de Na- varra	1194
Sancho VII, el Fuerte, rei de Navarra	1194
Batalla de Arcos	1195
Sitio de Toledo por Almanzor.....	1196
Muerte de Almanzor en Marruecos	1196
Muhamad proclamado rei de Marruecos	1196
La Bohemia erigida en reino	1198
Espedicion de Muhamad a Fez	1199
Primer uso de la brujula.....	1200
Espedicion de Muhamad contra los Mallor- quines	1202
Cuarta Cruzada, bajo las ordenes de Bonifacio, Marques de Monferrat.....	1202
Victoria de Muhamad contra los Mallorquines	1204
Toma de Constantinopla por los Cruzados. Division del imperio Griego. Origen del imperio Latino en Constantinopla	1204
Los Ingleses pierden la Normandia	1204
Origen de la Inquisicion.....	1204
D. Pedro II, rei de Aragon, se declara vasallo del papa	1204
Muhamad se apodera de Almahedia	1205

	Años despues de Jesu Cristo.
Conquistas de Tschinghis-Khan. Origen del gran imperio de los Mongoles.....	1206
Batalla de Alacab	1212
Toma de Ubeda por los Cristianos.....	1212
Vuelta de Muhamad a Marruecos	1212
Juan-Sin-Tierra, rei de Inglaterra, se declara vasallo del papa	1213
Batalla de Bouvines, ganada por Felipe Au- gusto, rei de Francia	1213
Jaime I rei de Aragon	1213
Muerte de Alfonso VIII, rei de Castilla	1214
Enrique I, rei de Castilla	1214
Almostansir Bila, rei de Marruecos	1214
Pacto de Juan-Sin-Tierra con los Barones In- gleses, llamado Magna Charta	1215
Conquistas de los Cristianos despues de la ba- talla de Alacab.....	1216
Muerte de Enrique I, rei de Castilla.....	1217
Fernando III, el Santo, rei de Castilla	1217
Cruzada de Andres II, rei de Ungria	1217
Los Cristianos levantan el sitio de Baeza	1218
Los Cristianos destruyen a los Almohades en Abidenis	1219
Carta de Andres II, origen de la constitucion de Ungria.....	1222
Muerte de Almostansir. Guerra de sucesion en Marruecos	1223

Años después
de Jesu Cristo.

Abdala Abu Muhamad, rei de Murcia	1223
Almemun, proclamado rei de Marruecos	1226
Abdala Abu Muhamad, rei de Murcia, es de- puesto y asesinado	1227
Pasa Almemun a Africa; anula las leyes de el Mehedi, y manda dar muerte a cuatro mil rebeldes	1230
Establecimiento de la orden Teutonica en Prusia	1230
Conquista de las islas Baleares por Jaime I rei de Aragon	1230
Fernando III, el Santo, proclamado rei de Leon.....	1230
Almemun derrota el egercito de Abu Yahie ...	1230
Aben Hud, proclamado rei en Granada	1231
Muerte de Almemun en Africa	1232
Anarquia, guerras civiles y destronamientos en Africa	1233
Decretales de Gregorio IX.....	1235
Conquistas de Fernando III en España. Los Muslimes empiezan a perder las mejores provincias	1235
Conquista de la Rusia por Batou-Khan	1235
Toma de Cordoba por los Cristianos	1237
Aben Hud asesinado en Almeria.....	1238
Alahmar, señor de Jaen, estiende sus domi- nios	1238

Años despues
de Jesu Cristo.

Se apodera de Granada, y establece alli su dinastia	1238
D. Jaime el Conquistador toma a Valencia.....	1238
Origen de la liga Anseatica.....	1241
Invasiones de los Mongoles en Polonia, Silesia, y Ungria	1241
Alahmar hermosea a Granada.....	1242
Los Cristianos entran en Lisboa.....	1242
D. Jaime el Conquistador toma a Denia	1243
Fernando III toma a Jaen	1245
Cruzada de San Luis, rei de Francia.....	1248
Toma de Sevilla	1248
Alahmar fomenta la industria y la agricultura en Granada	1249
Muerte de Fernando III, el Santo	1252
Alfonso X, el Sabio, rei de Castilla	1252
Muerte de Tibaldo I, el Postumo, rei de Na- varra	1253
Tibaldo II, rei de Navarra	1253
Fin del dominio de los sultanes Ayubitas en Egipto. Principio del imperio de los Ma- melucos	1254
Alfonso el Sabio se apodera de Xerez	1254
Alianza entre Alahmar y Alfonso	1255
Cerco de Niebla, en que se hace uso de ar- tilleria	1256

Años despues
de Jesu Cristo.

Los Cristianos se apoderan de Niebla, Huelva, y una parte del Portugal.....	1257
Rebelaue las principales ciudades de Andalucia contra los Cristianos	1261
Guerra entre Alfonso el Sabio y Alahmar	1261
Miguel Paleologo, emperador de Nicea, se apodera de Constantinopla. Fin del im- perio de los Latinos.....	1261
Rebelanse tres gobernadores contra Alahmar...	1262
Alfonso, el Sabio, sujeta a los Muslimes re- beldes de Andalucia. Despoblacion de Xerez	1265
Primera reserva general del papa Clemente IV, de los beneficios vacantes	1265
Admision de los comunes en el parlamento de Inglaterra.....	1266
Renuncia Alahmar a sus derechos al trono de Murcia.....	1267
Alfonso, el Sabio, defiende a los gobernadores rebeldes a Alahmar	1267
Conradino decapitado en Napoles	1268
El infante D. Felipe, desavenido con su her- mano Alfonso el Sabio se acoge a Granada	1270
Alahmar pide socorros al rei de Marruecos ...	1270
Muerte de Luis IX, el Santo, rei de Francia ...	1270
Felipe III, el Atrevido, rei de Francia	1270
Muerte de Tibaldo II, rei de Navarra	1270

Años despues
de Jesu Cristo.

Enrique I, rei de Navarra.....	1270
Muerte de Alahmar, rei de Granada	1273
Muhamad I, proclamado rei de Granada	1273
Paz entre Muhamad y Alfonso, el Sabio, en Sevilla	1273
Consolidacion del imperio de los Beni Merines en Marruecos. Abu Jusef, rei de Marrue- cos, llamado por Muhamad, viene a España.	1273
Abu Jusef vence a los Cristianos junto a Ecija.	1273
Batalla de Martos ganada por los Muslimes. El infante D. Sancho es hecho prisionero, y asesinado despues de la accion	1274
Juana I, reina de Navarra.....	1274
Muerte de D. Jaime I, el Conquistador, rei de Aragon	1276
Pedro III, el Grande, rei de Aragon.....	1276
Los Cristianos entran en la vega de Granada.	1280
El infante D. Sancho se liga con Muhamad...	1280
Segunda expedicion de Abu Jusef a España....	1280
Tratado entre Alfonso el Sabio y Aben Jusef contra el rei de Granada.....	1280
Visperas Sicilianas. Pedro III, de Aragon, declarado rei de Sicilia	1282
Conquista del pais de Gales por el rei de Ingla- terra	1282
La orden Teutonica termina la conquista de la Prusia	1283

Años despues
de Jesu Cristo.

Muerte de Alfonso I, el Sabio, rei de Castilla.	1284
Sancho IV, rei de Castilla.....	1284
Muerte de Felipe III, el Atrevido, rei de Francia	1285
Felipe IV, el Hermoso, rei de Francia.....	1285
Muhamad, y Abu Jusef envian embajadas a Sancho IV.	1285
Aben Jusef hace la guerra a Sancho.....	1286
Muerte de Jusef en Algeciras	1286
Abu Jacob, proclamado rei de Marruecos, vuelve a España.....	1286
Alianza entre Muhamad, y Abu Jacob	1287
Muhamad y Sancho se ligan contra Abu Jacob.	1288
Los Cristianos queman la escuadra de Marruecos en Tanger.....	1289
Defensa de Tarifa por Guzman.....	1290
Caída de la republica de Pisa: elevacion de la de Genova	1290
Muerte de Sancho IV, rei de Castilla.....	1295
Fernando IV, rei de Castilla	1295
El infante D. Juan pelea con los Muslimes	1295
Los Cristianos toman a Alcaudete.....	1296
Guerra continúa de Muhamad con los Cristianos.....	1296—1298
Introduccion de la aristocracia hereditaria en Venecia.....	1298
Muhamad recobra a Alcaudete.....	1298

Años despues
de Jesu Cristo.

Abu Jacob renuncia a sus dominios en España.	1299
Guerra civil en Castilla durante la menor edad de D. Fernando IV.....	1299
Bonifacio VIII. Engrandecimiento de los papas.	1300
Fundacion del imperio Turco moderno por Othman I.	1300
Muerte de Muhamad, rei de Granada.....	1302
Abdala Muhamad, aclamado rei de Granada...	1302
Abdala Muhamad hace la guerra a su primo Abul.....	1303
Admision del estado llano a los Estados Gene- rales de Francia.....	1303
Ceuta se rinde al rei de Granada.....	1306
Abdala Muhamad hermosea a Granada.....	1306
Los Cristianos toman a Gibraltar.....	1308
Primer origen de la confederacion Helvetica...	1308
Los papas en Aviñon. Decadencia de su au- toridad.....	1309
Abdala Muhamad renuncia a la corona.....	1309
Nazar es aclamado rei de Granada.....	1309
Los Cristianos levantan el cerco de Almeria...	1310
Conquista de la isla de Rodas por los caballe- ros de San Juan.....	1310
Muerte de Fernando IV de Castilla	1312
Alfonso II, rei de Castilla.....	1312
Concilio de Viena. Abolicion de la orden de los Templarios.....	1312

Años despues
de Jesu Cristo.

Propagase el uso de la artilleria en las guer-	
ras de España	1314
Muerte de Abdala Muhamad	1314
Abul Walid se rebela contra Nazar.....	1315
Nazar pide ausilios al principe D. Pedro de	
Castilla	1315
Nazar depuesto del trono de Granada.....	1315
Ismail, rei de Granada.....	1316
El principe D. Pedro tala la vega de Granada.	1316
El infante D. Juan muere peleando con los	
Muslimes de Granada.....	1319
Treguas entre Ismail y los Cristianos...1320—	1325
Ismail muere asesinado en Granada	1325
Abu Abdala, o Muhamad ben Ismail, procla-	
mado rei de Granada	1325
Abu Abdala manda dar muerte al visir Almah-	
ruc	1328
Los Cristianos toman a Algeciras, a Marbella,	
y a Ronda	1330
Abu Abdala muere asesinado en Gibraltar	1333
Jusef proclamado rei de Granada	1333
Eduardo III, rei de Inglaterra, aspira a la co-	
rona de Francia	1337
Union general de los electores del imperio de	
Alemania. Lei de Francfort para mantener	
la independendencia del imperio contra los papas	1338
Jusef depone y manda prender a su visir.....	1340

Años después
de Jesu Cristo.

Jusef, unido con el rei de Fez, pone sitio a Tarifa	1340
Batalla de Guadalecito, o de Tarifa. Derrota del egercito unido de los Muslimes.....	1340
Alfonso XI toma a Algeciras	1340
Treguas entre Jusef y Alfonso.....	1340 — 1349
Peste general en Europa. Persecucion de los Judios	1349
Carlos II, el Malo, rei de Navarra	1349
Muerte de Alfonso XI, de Castilla. Vistense de luto los Muslimes	1350
Pedro, el Cruel, rei de Castilla.....	1350
Jusef muere asesinado por un loco.....	1354
Muhamad V, rei de Granada.....	1354
Rebelanse los vecinos de Gibraltar contra su gobernador, y lo envian a Ceuta.....	1355
Bula de oro del emperador Carlos IV.....	1356
Conspiracion en Granada y deposicion de Muhamad V.....	1359
Ismail II, usurpa el trono de Granada	1359
Abu Said destrona a Ismail y le manda dar muerte. Abu Said, rei de Granada	1360
Toma de Andrinopolis por Amurates I. Los Turcos establecidos en Europa.....	1360
Muhamad V, ausiliado por D. Pedro, el Cruel, renuncia a sus derechos al trono por evitar males a sus pueblos	1362

Años despues
de Jesu Cristo.

Muhamad V proclamado en Malaga.....	1362
Abu Said se acoge a la corte de Pedro, el Cruel, y este le da muerte.....	1362
Muhamad V restablecido en el trono de Gra- nada	1362
Juan Wicliff se erige en reformador en Ingla- terra.....	1362
Destruccion del imperio de los Mongoles en China.....	1368
Timur, o Tamerlan, conquistador de los Mon- goles.....	1369
Pedro, el Cruel, muere a manos de su her- mano en el campo de Montiel.....	1369
Enrique II, el Magnifico, rei de Castilla.....	1369
Treguas entre Castilla y Granada.....	1370
Los Estuardos reinan en Escocia.....	1371
Gran Cisma de Occidente.	1378
Muerte de Enrique II de Castilla.....	1379
Juan I, rei de Castilla.....	1379
Union de Dinamarca y Noruega.....	1380
Batalla de Aljubarrota, ganada por los Portu- gueses contra los Castellanos.....	1385
Juan I, rei de Aragon.....	1387
Muerte de Juan I de Castilla.	1390
Enrique III, el Enfermo, rei de Castilla.....	1390
Primera fabrica de papel en Europa.	1390
Muerte de Muhamad V o VI.....	1391

	Años despues de Jesu Cristo.
Jusef II, rei de Granada.....	1391
Conspira contra Jusef su hijo Muhamad.....	1392
Muere el Maestre de Alcantara peleando en la vega de Granada	1393
Muerte de Jusef II.....	1395
Muhamad VII, rei de Granada.....	1395
Muhamad VII prende a su hermano Jusef.....	1395
Ereccion del Ducado de Milan.....	1395
Entrevista de los reyes de Castilla y Granada...	1397
Muerte de Muhamad VII.....	1399
Jusef III, rei de Granada.....	1399
Muerte de Enrique III de Castilla.....	1406
Juan II, rei de Castilla.....	1406
Muerte de Jusef III.....	1420
Muhamad VIII, rei de Granada.....	1420
Muhamad VIII depuesto, y proclamado Mu- hamad el Zaquir, su primo.....	1421
Muerte de Enrique V, rei de Inglaterra, y de Carlos VI, rei de Francia.....	1422
Enrique VI, rei de Inglaterra, proclamado rei de Francia	1422
Muhamad VIII, recobra el reino, y Mu- hamad el Zaquir muere a manos de sus sol- dados.....	1423
Conjuracion de Alahmar.....	1425
Batalla perdida por los Muslimes en la vega de Granada.....	1425

Años despues
de Jesu Cristo.

Alahmar, proclamado rei de Granada por Juan II en Cordoba.....	1426
Alahmar entra en Granada. Huye Muha- mad VIII a Malaga.....	1427
Muerte de Alahmar. Vuelve Muhamad VIII a Granada. Los Cristianos toman a Hues- car	1433
Muerte de Juana II de Napoles	1435
Invencion de las letras mobiles de imprenta, por Juan Gutemberg, en Estrasburgo.....	1436
Abdelbar vence a los Cristianos junto a Archi- dona	1436
Disolucion del concilio de Basilea por el papa Eugenio IV	1437
Alfonso V, el Africano, rei de Portugal.....	1438
Deposicion de Eugenio IV. Cisma de Basi- lea	1439
Federico III, emperador de Alemania.....	1440
Alfonso V de Aragon invade el reino de Na- poles.....	1443
Aben Ozmin conspira contra Muhamad VIII, y es proclamado rei de Granada.....	1445
Aben Ismail aspira al trono de Granada.....	1445
Aben Ismail proclamado rei de Granada en Montefrio.....	1446
Muerte de Juan II, rei de Castilla.....	1454
Enrique IV, rei de Castilla.....	1454

Huye Aben Ozmin, y entra Ismail en Gra-	
nada	1454
Entra Enrique IV en la vega de Granada.....	1455
Los Cristianos toman a Gibraltar.....	1460
Entrevista de Ismail y Enrique III en la	
vega.....	1463
Muerte de Ismail. Mulei Abul Hacem, su	
hijo, rei de Granada.....	1466
IncurSIONES de Abul Hacem en tierras de Cas-	
tilla.....	1467
Muerte de Enrique IV. Isabel, la Catolica,	
reina de Castilla.....	1474
Embajada de Abul Hacem a los reyes Catolicos,	
en Sevilla.....	1476
Toma de Zahara por los Granadinos.	1477
Victorias de los Suizos.	1477
Carlos el Temerario, ultimo duque de Borgoña,	
muere en la batalla de Nancy.....	1477
Fernando e Isabel establecen la Inquisicion. ...	1477
Fernando hereda el trono de Aragon.....	1479
Intrigas de la sultana Zoraya. Insurreccion	
en Granada. Abdalah el Zaquir proclamado	
rei.....	1480
Abdala el Zaquir cae prisionero de los Cris-	
tianos. Declarase vasallo de los reyes Cato-	
licos y recobra su libertad.	1481
Abdala el Zagal, rei de Granada.....	1484

Años despues
de Jesu Cristo.

Descubrimiento del Cabo de Buena Espe-	
ranza	1486
Toma de Malaga por los Cristianos.....	1487
Los reyes Catolicos salen de Sevilla para el	
sítio de Granada.....	1491
Fundacion de Santa Fé.....	1491
Entrega de Granada a los reyes Catolicos en	
2 de Enero de.....	1492

FIN.

LONDRES:

IMPRESO POR CARLOS WOOD,
Poppin's Court, Fleet Street.

NOTA.

EL Editor de esta Obra ha sabido que se estan imprimiendo en Francia todas las que ha publicado en lengua Castellana, con el designio de introducirlas en America, y venderlas a precios mas comodoss, como es facil hacerlo cuando no hai que pagar los originales. Los Congresos de las Republicas Americanas le han asegurado la propiedad literaria, y es de esperar que el publico justo e ilustrado de aquellos paises la confirme, reusando todo estimulo y favor a una violacion tan escandalosa de un derecho sagrado. El Editor ha tomado la precaucion de comunicar su catalogo a las oficinas de las Aduanas, a fin de que se impida la entrada de estas ediciones ilegales.

OBRAS ESPAÑOLAS

PUBLICADAS POR EL SR. ACKERMANN,

Que se hallan en su Repositorio de Artes, Strand, Londres, y
en su Establecimiento de Megico.

EL MENSAGERO, por D. JOSE BLANCO WHITE. Toda la coleccion.

MUSEO UNIVERSAL de CIENCIAS y ARTES, por J. J. DE MORA. El Primer numero del segundo tomo saldra a luz en Primero de Enero de 1826.

NO ME OLVIDES, Coleccion de Composiciones por J. J. DE MORA. Cada año a principios de Enero se publica un tomo de esta Coleccion, adornado con exelentes laminas.

VIAGE PINTORESCO a las Orillas del GANGES y del JUMNA, en la India; con 24 Estampas, un Mapa y Viñetas, y la explicacion en Castellano.

CARTAS sobre la EDUCACION del BELLO SEXO, por una Señora Americana.

MEMORIAS de la REVOLUCION de MEGICO, y de la Expedicion del General Mina. Escritas en Ingles por ROBINSON, y traducidas por J. J. DE MORA, con el retrato de Mina y un Mapa.

GIMNASTICA del BELLO SEXO, con 11 estampas finas.

EL ESPAÑOL, por BLANCO WHITE; toda la Coleccion.

TEOLOGIA NATURAL, o Pruebas de la Existencia y de los Atributos de Dios, por PALEY, traducida por el Dr. D. J. L. DE VILLANUEVA.

LA GASTRONOMIA, ó los Placeres de la Mesa, Poema en Cuatro Cantos, traducido del Frances, por D. JOSE DE URCULLU. Segunda Edicion, corregida y aumentada.

GRAMATICA INGLESA, dividida en 22 Lecciones, por D. JOSE URCULLU.

CATECISMO de GRAMATICA LATINA, por J. J. DE MORA.

DESCRIPCION ABREVIADA del MUNDO. Dos Volumenes que comprenden la Descripcion de Persia, con 30 Laminas iluminadas; escrita en Ingles por F. SHOBERL, y traducida al Español por J. J. DE MORA.

NOTICIAS de las PROVINCIAS UNIDAS del RIO de la PLATA, por D. IGNACIO NUÑEZ. Esta obra contiene un cuadro historico de la ultima revolucion de Buenos Aires, una coleccion de datos Estadisticos sobre aquellas provincias, y algunos documentos oficiales sumamente interesantes. Con un Mapa de las Provincias Unidas. 1 volumen en 8vo.

EL TALISMAN, cuento del tiempo de la CRUZADAS, por el Autor de Waverley, Ivanhoe, &c. Traducido al Castellano con un discurso preliminar. 2 tomos en 8vo.

OBRAS ESPAÑOLAS.

IVANHOE, Novela por el Autor de Waverley y del Talisman.

CUENTOS de DUENDES y APARECIDOS: compuestos con el objeto espreso de desterrar las preocupaciones vulgares de Apariciones. Adornados con seis estampas iluminadas. Traducidos del Ingles por D. JOSE DE URCULLU.

LA SOLEDAD, por YOUNG; traducida al Castellano.

CUADROS de la HISTORIA de los ARABES. Dos Tomos.

LECCIONES de MORAL, VIRTUD, y URBANIDAD, por D. J. DE URCULLU.

EL PADRE NUESTRO del SUIZO, ilustrado en una Serie de Estampas, con sus Explicaciones.

RECREACIONES GEOMETRICAS, con Laminas y una Cajita que contiene Figuras de Madera, traducido por D. J. DE URCULLU.

RECREACIONES ARQUITECTONICAS, con Laminas y una Cajita que Contiene Figuras de Madera, traducido por D. J. DE URCULLU.

CATECISMO de GEOGRAFIA.

_____ QUIMICA.

_____ AGRICULTURA.

_____ INDUSTRIA RURAL Y ECONOMICA.

_____ HISTORIA DE LOS IMPERIOS ANTIGUOS.

_____ HISTORIA DE GRECIA.

_____ HISTORIA ROMANA.

_____ HISTORIA DEL BAJO IMPERIO.

_____ ASTRONOMIA.

_____ GRAMATICA CASTELLANA.

_____ ECONOMIA POLITICA.

_____ GEOMETRIA ELEMENTAL, por D. JOSE NÚÑEZ ARENAS.

_____ MITOLOGIA, por D. J. DE URCULLU.

_____ ARITMETICA COMERCIAL, por el mismo.

_____ MORAL, por el Dr. D. J. L. DE VILLANUEVA.

ELEMENTOS de la CIENCIA de HACIENDA, por D. JOSE CANGA ARGUELLES.

OBRAS LIRICAS de D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

OBRAS POSTUMAS de D. NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

MUESTRAS de LETRA INGLESA, en cuatro cuadernos.

TRAGES de BODA de las Principales Naciones de la Tierra.

HIMNO a BOLIVAR, poesia de J. J. DE MORA; musica del Caballero Castelli.

HIMNO a VICTORIA, por los mismos.

HIMNO a BRAVO, por los mismos.

NO ME OLVIDES, Cancion por los mismos.

LA MARIPOSA, Cancion por los mismos.

AMOR ES MAR PROFUNDO, Bolero a duo, por los mismos

OBRAS ESPAÑOLAS, EN PRENSA.

EL PESCADOR, Cancion por los mismos.

TRIUNFO de la INDEPENDENCIA AMERICANA, Estampa Alegorica.

EN PRENSA.

ELEMENTOS de ESGRIMA.

ELEMENTOS de EQUITACION, que contienen un tratado sobre las diferentes castas de caballos, sus enfermedades, y proporciones.

El Primer numero del AMIGO de los NIÑOS, periodico mensual dedicado a la Educacion.

El Tercer Año del NO ME OLVIDES.

MANUAL de MEDICINA DOMESTICA.

CATECISMO de HISTORIA MODERNA, dividido en dos partes.

CORREO LITERARIO Y POLITICO DE LONDRES :

PERIODICO TRIMESTRE,

PARTICULARMENTE DESTINADO A LA AMERICA QUE FUE ESPAÑOLA, EN EL CUAL SE PRESENTA UN CUADRO SUCINTO DE ACACIUMIENTOS POLITICOS, Y DE COMPOSICIONES Y NOTICIAS RELATIVAS A LA LITERATURA Y A LAS ARTES.

PROSPECTO.

EL MENSAGERO DE LONDRES anuncia al público literario, en su ultimo numero, el fin de su brillante carrera.

EL CORREO LITERARIO Y POLITICO debe considerarse como el sucesor de aquel Periodico.

El Titulo indica el plan que se propone seguir el Autor. La primera Parte sera dedicada a la Literatura, dando una distinguida preferencia a las composiciones ligeras que, sin fatigar el espiritu, recrean la imaginacion. Analisis y extractos de las mejores obras literarias que se publiquen en Europa durante el trimestre; pormenores geograficos y descriptivos sobre los paises mas interesantes del globo; ensayos sobre asuntos de Bellas Letras, de Moral, y de Historia; cuentos y narraciones morales; poesias ineditas, tales seran los materiales de que se compondra está primera parte. Sera mui grato al autor continuar la Coleccion de Americanos célebres que ha empezado el Mensagero: mas para esto es necesario que le suministren retratos originales, y pormenores biograficos sus amigos de Ultramar.

La segunda Parte ofrecera un resumen veridico y sucinto de todas las principales ocurrencias politicas del trimestre. Dos reglas que seran escrupulosamente observadas, se ha propuesto el Autor, en la redaccion de esta segunda parte: primera, no dar noticia alguna que no se halle sancionada por la notoriedad. Segunda, no añadir de suyo ninguna nota ni comentario.

Destinado a circular en todo el Continente de America, que antes fue Español, este Periodico, consultará el gusto dominante en aquellos paises. Todo lo que pueda interesar, instruir y recrear a los habitantes de aquellos Estados, hallará en sus columnas un lugar preferente.

Cada numero se compondra de cerca de cien paginas de impresion, y de ocho estampas grabadas e iluminadas con el mayor esmero. Las ultimas representarán las modas mas recientes de Paris y Londres.

Se publicará este Periodico por trimestres, y saldra un numero el dia primero de Enero, Abril, Julio, y Octubre. Su precio será inferior al del Mensajero.

Lo Publica R. ACKERMANN, en su Repositorio de Artes en Londres, 101, Strand, y en su Establecimiento de Megico.

ADVERTENCIA.

EL SR. ACKERMANN, de Londres, ha formado en Megico, y confiado a su hijo D. JORGE ACKERMANN y a su amigo D. JUAN HENRIQUE DICK un establecimiento de Libreria y obgetos de Bellas Artes.

El ramo de Libreria que el SR. ACKERMANN despacha comprende una vasta coleccion de libros ingleses y españoles, publicados por él mismo en Londres. Las obras españolas han sido escritas con el espreso designio de que circulen en America y todas ellas tienen por obgeto la propagacion de los conocimientos utiles, bajo la salvaguardia de la Religion y de las buenas costumbres.

Los renglones de Bellas Artes que se despachan en el establecimiento del SR. ACKERMANN abrazan un gran numero de estampas de todo genero de asunto y grabado, y un completo surtido de colores, pinceles, lapices, tintas, papel, paletas, y demas obgetos, materiales e instrumentos necesarios y utiles al cultivo de las Bellas Artes. La enumeracion de estos diferentes articulos no ha podido entrar en los limites de este Catalogo. Sera conveniente que los Srs. Profesores y aficionados acudan al establecimiento mismo, donde podran examinar la coleccion en todos sus pormenores. El obgeto del SR. ACKERMANN es propagar en estos paises la aficion a las Bellas Artes, convencido de ser el dibujo, en todos sus ramos, el ausiliar mas poderoso de toda especie de manufactura, y obra mecanica, ademas de las grandes ventajas que ofrece a la educacion de las personas de todo rango. Los artesanos y fabricantes no podran sobresalir en los ramos que cultivan, sino es por medio del dibujo, al cual deben la Francia y la Inglaterra los admirables progresos de su Industria.

El establecimiento del SR. ACKERMANN se encarga de hacer venir de Europa en comision toda clase de libros, maquinas, producciones artisticas, instrumentos, enfin todos los obgetos que se le demanden, y que esten en relacion con los ramos de su comercio.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
 LIBRARY
 540 EAST 57TH STREET
 CHICAGO, ILL. 60637
 TEL: 773-936-5000
 FAX: 773-936-5001
 WWW: WWW.CHICAGO.EDU

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
 LIBRARY
 540 EAST 57TH STREET
 CHICAGO, ILL. 60637
 TEL: 773-936-5000
 FAX: 773-936-5001
 WWW: WWW.CHICAGO.EDU